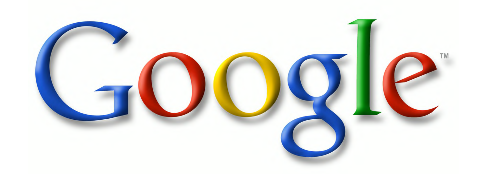
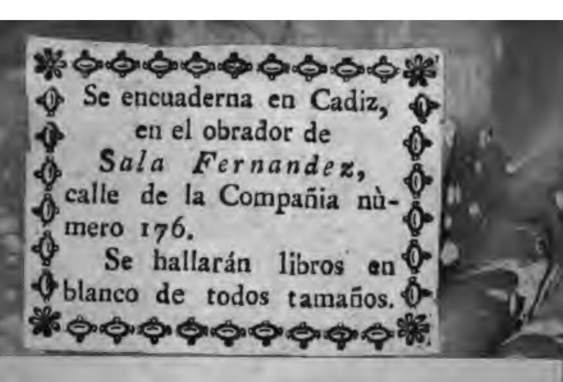
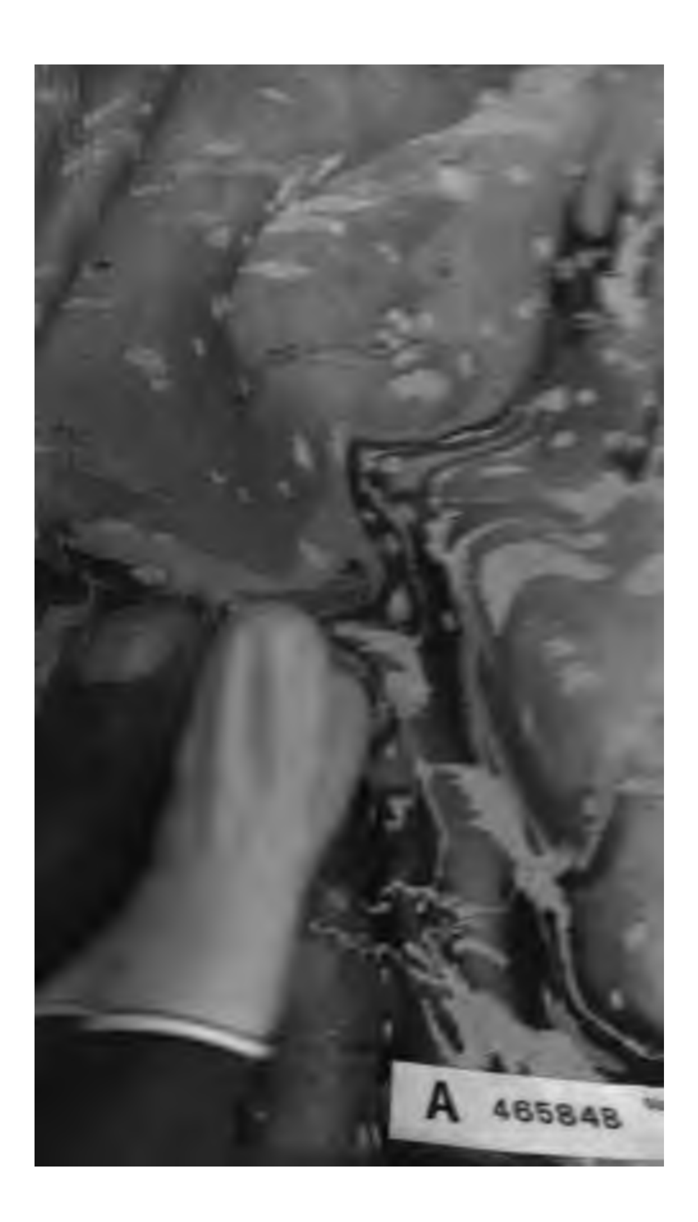





Se encuaderna en Cadiz,
en el obrador de
Sala Fernandez,
calle de la Compañia nù-
mero 176.
Se hallarán libros en
blanco de todos tamaños.




A 465848

COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

DON AGUSTÍN MORETO

Y CABAÑA.

TOMO SEGUNDO.

CON LICENCIA.

Madrid, Imprenta de ORTEGA Y COMPAÑIA.

1828.

NO PUEDE SER.

PERSONAS.

Don Felix de Toledo.
Doña Ana Pacheco.
Don Pedro Pacheco.
Doña Inés Pacheco.
Don Diego de Rojas.
Manuela, criada.
Tarugo.
Alberto.
Criados.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DOÑA ANA.

Don Felix y Tarugo.

Tarugo.

Eso, señor, es virtud,
que en tí no acabo de creer.

Don Felix.

Esto es para entretener,
sin ocio la juventud.
Doña Ana Pacheco es,
por su virtud estimada,
por su ingenio celebrada,
por sus partes lo que ves.
Es sola, rica, y discreta,
su honestidad conocida,
y el empleo de su vida
le da al estudio.

Tarugo.

¿Es poeta?

Don Felix.

Aunque ella no es la primera,
pues en Madrid hoy se ven
mugeres, que hacen tambien
versos, que envidia cualquiera
te aseguro de doña Ana,
que sin ser sola pudiera
ser en esto la primera;
y los aplausos, que gana,
á que tenga la han movido.

una académia en su casa,
donde yo acudo, y se pasa
un rato muy divertido;
porque de mis mocedades
este cuidado me priva,
aquí el discurso se aviva,
y escuso otras liviandades.

Tarugo.

Señor, cosa es muy posible
ser bella, rica, y discreta;
pero ser rica, y poeta,
vive Dios que es imposible.

Don Felix.

¿Por qué?

Tarugo.

¿Eso dudas?

Don Felix.

Si dudo.

Tarugo.

¿Pues hay hombre á quién dé el cielo
con gracia aquese desvelo,
que no esté siempre desnudo?
Y esto es forzoso, señor;
porque la poesía es cosa,
que aunque es virtud, y gustosa,
nunca ha tenido valor.
Es flor de esta humanidad;
y como una flor en fin,
sirve de adorno al jardin,
mas no de necesidad:
adornan las flores bellas,
y el que en un jardín las mira,
como hermosas las admira;
pero no cena con ellas.
Y el que un jardin entra á ver,

mas presto se irá á buscar
espárragos que cenar,
que las flores para oler.
Demas de esto, la fortuna
parte igualmente sus dones,
y no da sus perfecciones
al que le quiso dar una.
El bien con el mal mezcló,
nadie á otro envidiará,
si sabe el hueso que da,
con la carne que le dió.
Al entendido, da ocio,
y pobreza; al que dá precio
de hacienda, siempre es un necio,
mas no para su negocio.
La hermosa es boba, y pesada;
la fea, discreta, y graciosa,
y tal vez es melindrosa
la aguileña desgraciada.
Y si una llega á tener
hermosura y discrecion,
le da una mala eleccion,
con que se lo echa á perder.
Y esto tan claro se nota,
que de esto salió el refran,
de que al ruin puerco le dan
siempre la mejor bellota.
Y yo en todas siempre advierto
el galan discreto, airoso,
dejado por un roñoso,
necio, zambo, zurdo, y tuerto.
Y en fin, en todo hay su peso,
porque en la mejor fortuna,
verás lo que en la aceytuna,
que en la mayor hay mas hueso.

Poesía, y riqueza ingrata,
siempre trocarón los frenos;
y no hallarás versos buenos
hechos con bujias de plata.
Con candil sí, que es civil
la musa para la vena;
solo la poesía es buena
hecha á moco de candil.

Don Felix.

¡Qué locura!

Tarugo.

A los pasados
mira, y verás el efecto;
¿por el candil de Epiteto
no dieron tres mil ducados?

Don Felix.

Ese es filósofo.

Tarugo.

Cesa:
¿pues toda la poesía,
que es sino filosofia?
Así fuera Ginovesa.

Don Felix.

¿Tu juicio en fin pertinaz,
entre riqueza y poesía,
no quiere dar compañía?

Tarugo.

Como cuñados en paz.

Don Felix.

Eso niega la esperiencia;
pues prueba, que en Grecia Homero
fue muy rico, y el primero;
despues con mas esperiencia,
Virgilio en Roma dejó
tanta suma de dinero,

que al Cesar hizo heredero
del tesoro que él le dió.
El Petrarca en Francia fue
riquísimo, y laureado
del Pontífice sagrado
en Roma; y acá se vé,
que el Rey don Juan el segundo
hizo rico á Juan de Mena,
y estimó en su aguda vena
aquel discurso profundo.
El caballero Marino
fue rico, y el de la casa
don Jardo en Francia sin tasa,
el Sanazaro, el Guarino.
A no haber sido atrevido,
fuera riquísimo el Taso;
y en Toledo Garcilaso
fue rico, ilustre, y lucido.
En un asalto murió,
como valeroso, y fuerte,
sintiendo España su muerte,
que Carlos Quinto vengó.
¿Y qué ingenio en nuestra edad
nuestro Rey no ha enriquecido?
¿Qué pluma empleo no ha sido
de su liberalidad?
¿El rector de Villa-Hermosa,
Góngora, Mesa, y Enciso,
Mendoza, y otros que quiso
por su eleccion generosa?
Y si toda esta verdad
tu mala aprension no allana,
¿No fué el de Villa-mediana
rico, y señor?

Tarugo.

Es verdad.

Don Felix

¿No ha habido muchos señores
que ilustraron la poesía?
¿y en particular hoy dia?
no hay uno de los mayores?
que despues que su valor
en el circo mas lucido
aplauso de España ha sido,
la tiene con tal primor,
que hoy sin ser lisonja son
en la corte sus sonetos,
por lo alto de sus concetos,
de todos admiracion?

Tarugo.

Eso será la verdad;
mas para esos qué así fueron
hay cuatro mil que murieron
de pura necesidad.

Don Felix.

Eso su estrella causó;
que en cualquiera facultad,
oprimió necesidad
á quien no la mereció.
Mas no lo prueba ese indicio;
que lo que alguno baldona,
teniéndolo en la persona,
no es pension del egercicio;
y ella es virtud, y tenella,
con premio, ó sin él, es bueno;
que en la virtud es ageno
lo que pende de la estrella.

Tarugo.

¿Pues por qué el vulgo indiscreto

la llega á desestimar?

Don Felix.

Eso suele acasionar
la pobreza del sugeto:
¿díme, la despreciará
en un señor?

Tarugo.

Ni aun por chiste.

Don Felix.

¿Luego en ella no consiste,
sino en el vaso en que está?
Del agua, un egemplo breve
te distinguirá esa ley,
que en oro es digna de un rey,
y en barro un pobre la bebe.

Tarugo.

Pero ya, señor, el cuarto
de la académia han abierto.

Don Felix.

Ya doña Ana viene aquí.

Tarugo.

Con ella viene don Pedro
Pacheco, nuestro vecino,
que es un zeloso estremeño
en el guardar á su hermana.

Don Felix.

Nó anda en aqueso muy cuerdo.

Tarugo.

¡Qué rica que está la sala!

Don Felix.

¿No infieres, Tarugo, de eso,
que hay poesía con riqueza?

Tarugo.

Lo estoy viendo, y no lo creo;
mas, vive Dios, que como eres

tú don Felix de Toledo,
si es poeta ha de ser pobre.

Don Felix.

¿Cómo puede ser, teniendo
en su casa tal riqueza?

Tarugo.

Una noche haciendo versos
se le ha de quemar la casa,
y ha de amanecer en cueros.
Mas ya salen, yo me voy.

Don Felix.

¿Donde?

Tarugo

A casa de un Flamenco,
que lo vende sin bautismo;
y allí van unos mozuelos
muy ricos, que juegan largo,
y me entretengo con ellos.

Don Felix.

¿Pues tú juegas?

Tarugo.

A las pintas.

Don Felix.

¿Y largo?

Tarugo.

No, sino huevos:
á cuatro, y cuatro, y terceras
nos quitamos el pellejo.

Don Felix.

¿No quieres ver la académia?

Tarugo.

¿Yo académia? no haré luego
cinco pintas en diez años,
si estoy un hora entre versos.

ESCENA II.

Don Felix, don Diego, don Pedro, Alberto, doña Ana y músicos.

Música.

Es el ingenio noble como el sol,
que con la luz que alumbra dá calor.

Don Felix.

Nuevo, é ingenioso modo
tiene la letra.

Doña Ana.

La he hecho
para introducir con ella
la académia.

Don Pedro.

En vos no es nuevo
el hacer las novedades
con tal gracia.

Doña Ana.

Id prosiguiendo
la letra, mientras que todos
van tomando sus asientos. (1)

Música.

Es la gala y hermosura perfeccion,
mas la del alma siempre es la mayor.

Don Felix.

¿No es muy pulida la letra,
señor don Pedro Pacheco?

Don Pedro.

Si vos la admirais, don Felix,
¿qué haré yo que el alma tengo

---

(1) *Siéntanse las damas en estrado y los galanes en sillas.*

en doña Ana, y solicito
en ella mi cautiverio?

Doña Ana.

Comience, pues, la académia.

Don Diego.

Diga doña Ana primero.

Doña Ana.

Señor don Diego de Rojas,
que no es lisonja os advierto;
porque en la académia, es
méjor lugar el postrero.

Don Diego.

Es dar lugar á que escojan.

Alberto.

Pues yo diré.

Don Pedro.

Diga Alberto.

Alberto.

Un soneto me ha encargado
la académia.

Doña Ana.

¿A qué sugeto?

Alberto.

Al amor.

Doña Ana.

Mucho hay escrito;
dificil es el intento.

Alberto.

Es el amor deseo de un contento,
Que nunca llega á su dichoso estado;
Si no es fino, no hay gusto en su cuidado;
Si es fino, es todo pena, y sentimiento.
Correspondido está del temor lento,

De la desconfianza atormentado:
¿Pues qué será el amor desesperado,
Si aun el correspondido es un tormento?
En su triunfo mayor padece olvido,
Y en la esperanza pena, si no alcanza:
De cualquier modo muerte siempre ha sido.
Todos ven su traicion, y su mudanza,
Todos cuantos le siguen van perdidos
Y todos van tras él con esperanza.

Doña Ana.

Está muy bien definido
el amor por sus efectos,
y aunque amor hay tan dichoso,
cierto que es nuevo, y es bueno.

Don Diego.

Yo tengo á cargo una glosa,
y es solamente de un verso,
que por dificil me ha dado
la académia.

Doña Ana.

Ya la espero.

Don Diego.

Para fines, males, cuando.
Oid.

Doña Ana.

Ya estamos atentos.

Don Diego

Para fines de su amor,
suele dar males Inés
en desdenes, y en rigor;
pero luego de allí á un mes
vuelve á amar con mas primor.
No hay que preguntar en dando
males, cuando volverá
á amar, aunque esté olvidando;

que bien se infiere, si dá
para fines, males, cuando.

Doña Ana.

Glosó con todo rigor.

Don Pedro.

Yo á cargo una octava tengo
en que he de pintar la fúria
de un leon acometiendo.

Doña Ana.

Asunto es de buen poeta,
decidla.

Don Pedro.

Ya la refiero.

En medio estremo el bruto se enarbola
Espeluzada la cerviz valiente,
A la frente feroz vuela la cola;
Es la cola penacho de la frente:
Los pies arranca de una estampa sola,
De las garras el cuerpo ya pendiente,
Y centelleando con la vista enojos,
Se le pasan las garras á los ojos.

Doña Ana.

Bien pintado, y juntó bien
naturaleza y conceto.

Don Felix.

A mi definir me toca
la dicha, y desdicha á un tiempo,
en una décima sola.

Doña Ana.

Mucho asunto en poco verso.

Don Felix.

Dicha es el seguir un bien,
y desdicha no tenerle;
tenido, es fuerza perderle,
y esto es desdicha tambien,

Quien siempre sufrió un desden,
no llega á estado peor:
con que dicha es en rigor
causa de un mal mas mortal,
y la desdicha es un mal,
que escusa de otro mayor.

Doña Ana.

Estraña definicion,
y es aguda por estremo.
Yo tengo á cargo un enigma,
y proponérosle quiero.
Píntase una carbonera
natural, que siempre ardiendo,
cubierta de tierra exhala
por la tierra el humo denso;
y la glosa dice así:
escúchala.

Don Félix.

Ya atendemos.

Doña Ana.

Este fuego que arde en mí,
otro fuego le encendió,
que arde tambien como yo,
y á un tiempo ardemos así.
El humo que exhala el fuego
conviene á mi perfeccion,
y el cubrirle es por razon
de que no le exhale luego.
Mientras que no me consumo,
cuando mas tierra me das,
mas me abrigas, y arde mas,
con que he de arrojar mas humo.
No dejando yo de arder,
salir un vapor presumo;
decid quién soy yo, y el humo,

Don Pedro.

Porque del hombre el desvelo
puede asegurar su honor,
y con cautela, y esfuerzo,
vencer puede este peligro;
que las mugeres que vemos
livianas, no es por su industria,
sino descuido del dueño.

Doña Ana.

¿Pues no hay hombres cuidadosos,
y honrados, y aqueste riesgo
cautelan, y las mugeres,
cuando hay mas cuidado en ellos,
crece en ellas mas la industria,
y ofenden al mas atento,
seguras de su noticia?

Don Pedro.

Muchos hay, mas todos esos
lo yerran de confiados,
pues cautelan solo el riesgo
que piensan, y no el que deben;
que si hubiera uno discreto,
que previniese el peligro,
y con cautela, y aliento,
mirára todas las puertas,
que puede tener el riesgo,
y las defendiese todas,
fuera imposible ofenderlo.
Y finalmente concluyo,
que las que hacen este yerro,
se le ocasiona el descuido
sin que le busque el ingenio:
y sino la que engañó
á quien la guarda, ¿no es cierto
que le ofendió por la parte

que él no defendió?

Doña Ana.

Eso infiero.

Don Pedro.

¿Luego si el que fue ofendido
hubiera visto primero
aquel riesgo, y le guardára,
no le ofendiera?

Doña Ana.

Es muy cierto;
mas si la muger estaba
metida ya en este empeño,
si aquel medio no lógrara,
hubiera hallado otro medio.

Don Pedro.

Pues por eso digo yo,
que el hombre honrado, y discreto
ha de prevenirlo todo,
y al que fuere tan atento,
lo que nó puede ser, es,
que le ofendan.

Doña Ana.

Para eso
es menester ser un hombre
mas que hombre; porque el ingenio
humano, es casi incapaz
de prevenir tanto riesgo.

Don Pedro.

Cuanto fuere riesgo humano
lo alcanza el entendimiento,
y el hombre es capaz de todo.

Doña Ana.

Pues si vos presumís eso,
en práctica lo pongamos,
yo os ruego; mas suponiendo,

que á prevenir todo el daño,
sois vos el hombre discreto
que defendeis la muger
que se resuelve á ofenderos.

Don Pedro.

Decid, y vereis si hay daño
á que yo no dé remedio.

Doña Ana.

¿Aunque esteis vos receloso,
podeis prohibir siendo cuerdo,
que salga aquesta muger
de casa?

Don Pedro.

Ya que no puedo;
saldré yo siempre á su lado.

Doña Ana.

Está muy bien, ¿y vos luego
no habeis de salir de casa?

Don Pedro.

Saldré, dejando primero
centinelas ignoradas.

Doña Ana.

Aunque es dificil empeño
para no ser continuado,
yo os le paso, mas supuesto,
que siempre esteis á su lado,
¿no habeis de dormir?

Don Pedro.

El sueño
de hombre que vela su honor,
aunque sea un letargo, el miedo
de que pueda despertarle,
le tiene en ella despierto,
para que no se le atreva.

Doña Ana.

¿Y si ella asegura el sueño
con algun arte, que es facil,
pues vemos que halló el ingenio
confecciones que le infunden?

Don Pedro.

Tener criados atentos,
que suplan ese peligro.

Doña Ana.

¿Y si son dobles?

Don Pedro.

El cuerdo
no ha de confiar su honor
de quien no esté satisfecho,
en caso que tanto importa;
y si esta esperiencia ha hecho,
lo mismo harán ellos, que él.

Doña Ana.

¿Y si la muger, sabiendo
que de ellos se ha de guardar,
los diese tambien á ellos
la confeccion que os dió á vos,
y todos duermen, qué haremos?

Don Pedro.

Ese es un caso imposible,
y fuera caerse el cielo;
y me cierro en mi opinion,
que estos son vanos intentos.

Doña Ana.

No hagais tal por vida vuestra,
señor don Pedro Pacheco,
y no querais saber vos
mas que todo el mundo en esto;
y advertid, que la esperiencia
de los sábios, conociendo

que aquesto no puede ser,
nos dejó varios egemplos.
En las fábulas antiguas
los ojos de Argos durmieron
con la vara de Mercurio,
dando á entender, que el tercero
ingenioso, vencerá
cualquier guarda en ese empeño.
Acrisio puso á su hija
Danae, en el oscuro encierro
de una torre, y halló en ella
Júpiter el fácil medio,
disfrazado en lluvia de oro,
de meterse en su aposento.
De que se infiere que al oro
no hay fortaleza, ni encierro
que no se abra, y pues os dá
la ciencia tantos egemplos,
no querais vos saber mas,
que lo que todos supieron.
Este medio que parece
mas fácil, tiene secreto
algun riesgo pues el mundo
no le usó; mas este riesgo
no se puede conocer,
hasta poner en efecto
la ejecucion de aquel caso:
egecútale el ingenio
llevado de su viveza,
y al caminar en su intento,
dá con el inconveniente:
y hallándose en un despeño,
corrido de no haber visto
con su discurso aquel yerro,
para seguir lo comun,

vuelve á deshacer lo hecho.
Política muy delgada
es esta, y para vencellos,
os daré mas claramente
su razon en un egemplo.
Va un caminante á un lugar;
en muchos caminos vemos,
que desde el principio suele
verse el lugar á lo lejos,
siguiendo el camino á veces,
se va la senda torciendo,
que parece que se aparta
del lugar, y es, que el primero
que descubrió aquel camino
halló algun mal paso en medio,
con que fue fuerza torcerle
para ir al lugar mas presto.
Si alguno por su agudeza,
este camino siguiendo,
pensase que iría mas breve
si le siguiese derecho,
y haciendo norte á los ojos,
abriese camino nuevo;
despues que con mas trabajo
hubiese andado gran trecho,
daria con el mal paso
del pantano, ó del despeño,
con que era fuerza volver
á su camino primero.

Don Pedro.

Lo que ha torcido el camino,
aquí no es del argumento;
y yo he de seguir el mio.

Doña Ana.

Mirad que vais á perderos.

Don Pedro.

¿En qué?

Doña Ana.

En errar.

Don Pedro.

Yo no soy
casado, ni en Madrid tengo
mas que una hermana, y del sol
á defenderla me atrevo.

Doña Ana.

Vuestra hermana no tendrá
la intencion que se ha supuesto
de engañaros, y así en ella
no arguis con ese egemplo.

Don Pedro.

Y á tenerla la guardára.

Doña Ana.

Mirad que no es facil eso.

Don Pedro.

El valor se ha de atrever
á lo dificil.

Don Felix.

Don Pedro,
daos por vencido, que todos
nos rendimos á este riesgo,
sin agraviar las mugeres:
pues de la mano del cielo
viene sola la que es buena,
y vive Dios que si en esto
tuviesedes cien cabezas,
como tuvo Briareo,
y en ellas los ojos de Argos,
y de Mercurio el ingenio,

os habia de engañar
la muger que sabe menos. *Levantanse.*

Don Pedro.

Vive Dios, que el que pensare
que pueda ofender mi aliento
muger ninguna, se engaña.

Don Felix.

Yo daré á entender su yerro.

Doña Ana.

Tened, don Felix; tened (1)
don Pedro, que el argumento
no se hizo para pendencias.

Don Pedro.

Lo que yo he dicho es lo cierto;
y despues de defendido,
afuera con el acero
lo aprobará la esperiencia,
con la razon, que aquí dentro. *Vase.*

Doña Ana.

Esperad, que es grande arrojo.

Alberto.

Ya es fuerza el irle siguiendo,
que aunque razon no ha tenido,
siempre á su lado estar debo. *Vase.*

Doña Ana.

Llamadle vos.

Don Diego.

A eso voy.
Mas en mi tiene un egemplo, *ap.*
de que es cierta su opinion;
pues cuando á su hermana quiero,
por él lugar no ha tenido
de ver, ni hablar mi deseo.

---

(1) *Como en medio de ellos.*

ESCENA III.

Doña Ana, don Felix y una criada.

Doña Ana.
Cierto que ha estado pesado.
Don Felix.
No pensé que era tan necio.
Doña Ana.
Don Pedro, señor don Felix,
es mí galan, y mi deudo;
y por ciertas prevenciones
dilato mi casamiento,
estando ajustados ya
entre los dos los conciertos:
para hacerle mi marido
quisiera verle mas cuerdo;
y para desengañarle
de tan loco pensamiento,
su hermana es rica y hermosa,
si vos....
Don Felix.
Tened, que ya entiendo,
y me proponeis lo mismo
que ha pensado mi deseo.
¿No es que yo la galantée?
Doña Ana.
Diera todo cuanto tengo
por verle desengañado.
Don Felix.
Pues yo en algunos encuentros,
aunque nunca la he servido,
la he dicho algunos requiebros,
y no muy mal escuchados.

Doña Ana.

No es ese mal fundamento:
¿mas como dareis principio,
si él la guarda con desvelo?

Don Felix.

A mi me sirve un criado,
con quien Merlin supo menos;
si el la introduccion no intenta,
no la intentará Juanelo.

Doña Ana.

¿Donde está?

Don Felix.

Ved si ha venido
Tarugo ahí fuera. *A una criada.*

Criada.

Eso intento. (1)
¿Está aquí Tarugo?

ESCENA IV.

Dichos y Tarugo.

Tarugo.

Adsum.

Doña Ana.

Traza tiene de discreto.

Tarugo.

Hácia el agilibus mucho.

Doña Ana.

¿De donde sois?

Tarugo.

De los Hueros.

Doña Ana.

¿Los Hueros?

(1) *Llega al paño.*

Tarugo.

Es que mi madre,
cuando pensó que era huero,
me halló pollo.

Doña Ana.

El es bellaco.

Tarugo.

Honra que me haceis es eso.

Don Felix.

Tarugo, aquí está empeñado
todo el valor de mi ingenio.
¿No conoces á la hermana....

Tarugo.

¿Cuál?

Don Felix.

De don Pedro Pacheco?
¿Te atreves á introducir
de mi parte un galanteo
con ella?

Tarugo.

Corrido estoy.

Don Felix.

¿De qué?

Tarugo.

De que digas eso;
¿con un hombre de mi sangre
pone aquí duda tu pecho
sabiendo la astucia mia?
¿pues de qué sirve mi aliento?
¿eso de mí ha de dudarse?
No solo haré, vive el cielo,
con ella la introducion,
mas con el mismo don Pedro.

Don Felix.

¿Como lo harás?

Tarugo.

¿No hay pecunia?

Don Felix.

Cuanta quisieres.

Tarugo.

Pues bueno.

Doña Ana.

¿Cómo estando muy guardada,
has de lograr ese intento?

Tarugo.

¿Ella, come, viste, y calza?

Doña Ana.

No hay duda.

Tarugo.

¿A estos ministerios
no acude gente de fuera?

Doña Ana.

Si.

Tarugo.

No hablemos mas en esto.

Doña Ana.

¿Qué quieres decir?

Tarugo.

¿No entiendes?
yo puedo ser zapatero,
sastre, hilo portugués,
ó muger que quita bello;
porque llega el atrevido
á donde su pensamiento.
¿Entendéislo ahora?

Doña Ana.

Si;
mira que este es mi empeño.

Tarugo.

¿Pues esto á vos, qué os importa?

Doña Ana.

Desengañar á este necio,
que el guardar una muger
no puede ser; y ha hecho empeño
de la cuestion arrojado,
poniéndose á defenderlo.

Tarugo.

¿Qué decís? ¡Jesus! ¿á ese hombre
le parece facil eso?
¿pues no sabe que hay Tarugos?

Don Felix.

El seguir quiere su intento
por camino estraordinario.

Tarugo.

En dejando el carretero,
va el pobre señor perdido,
¿no sabe cuantos se han muerto
por echar por el atajo?
¡Jesus, y que lindo ejemplo
con un cuento muy comun
le diera yo!

Doña Ana.

¿Qué es el cuento?

Tarugo.

Iba camino un Abad,
muy gordo, y muy reverendo;
llegando á un rio, intentó
pasar el vado; y saliendo
un pastor, le dijo: advierta,
que ayer se ahogó un pasagero,
porque erró el vado. El Abad
preguntó al pastor, tosiendo:
¿Cuanto hay desde aqui á la puente?
Dos leguas y media pienso,
dijo el pastor; y el abad

le respondió, entre un regüeldo:
si el que se ahogó hubiera ido
por la puente, aunque está lejos,
desde ayer acá ya hubiera
pasado el rio: y el freno
torciendo á la mula, dijó:
por la puente, que está seco.

Doña Ana.

Hizo muy bien, ¿y el abad
quien habrá de ser?

Tarugo.

Don Pedro.

Doña Ana.

Yo te prometo un regalo.

Tarugo.

Pues á la puente, y piquemos.

Don Felix.

Señora, al intento vamos.

Doña Ana.

Con el aviso os espero.

Don Felix.

Cuenta os vendré á dar de todo.

Doña Ana.

Me lograreis un deseo.

Don Felix

Vamos, pues, Tarugo.

Tarugo.

Vamos,
que no hay ley en el ingenio,
si no vieres que á este hermano
en la capacha le meto.

ESCENA V.

Sala en casa de don Pedro.

Don Pedro y Alberto.

Don Pedro.

Esto ha de ser; no ha de quedar abierta
ventana en casa, ni ha de verse puerta
sin guarda en ella; veamos si es posible
guardar una muger.

Alberto.

Ya estás terrible:
¿pues qué culpa, me di, tiene tu hermana,
de que haya sido su opinion liviana,
ni arrojada la tuya en su argumento,
para ponerla en tanto encerramiento?

Don Pedro.

Alberto, esto ha de ser, vos sois mi deudo,
y á quien toca mi honor, y el duelo obliga:
no quiero que haya quien, porque se diga
que yo fui en la porfía demasiado,
ponga en ella los ojos, y el cuidado,
y de ello me resulte una deshonra.
Vos habeis de ser guarda de mi honra,
desde hoy está mi casa á vuestra cuenta:
vos como guarda, y centinela atenta,
Argos habeis de ser de este cuidado.

Alberto.

Pues todo eso don Pedro es escusado,
con doña Inés, cuando en su honor emplea
el cuidado mayor.

Don Pedro.

Aunque lo sea
lo habeis de ser, pues yo de vos lo fio,
y no me repliqueis.

ESCENA VI.

Dichos, doña Inés y Manuela.

Doña Inés.

Hermano mio,
¿qué es esto? ¿tú enojado?
¿tú mudado el color, y el rostro airado?
¿qué tienes?

Don Pedro.

No sé hermana lo que tengo,
solo sé que al peligro me prevengo
de una juventud loca, un vulgo ciego,
que un notable descuido en mi sosiego
el riesgo de mi honor, irá sin tasa;
y es deuda de mi honor velar mi casa.

ESCENA VII.

Dichos, menos don Pedro.

Doña Inés.

¿Qué es esto Alberto? ¿qué palabras necias
son estas de mi hermano? ¿que ay? ¿qué pasa?
¿riesgo en su honor? ¿cuidados en su casa?
¿Habla de mí? responde, ¿ó ha perdido
mi hermano la memoria, y el sentido?

Alberto.

Señora, vive Dios que lo parece;
segun sin causa su cuidado crece.

Doña Inés.

Sin causa, es imposible.

Alberto.

No la tiene por Dios.

Doña Inés.

Es imposible;

*

decidme la verdad, que aqueste esceso
no puede ser sin causa.

Alberto.

Yo confieso
que la tiene, mas no de haber andado
aquí tan ciego, y tan desalumbrado,
que su cuidado dé á entender su pecho;
mas si á tu honor, estando satisfecho,
un tan necio desvelo no recata,
callarlo yo, sería culpa ingrata.
Hoy en una académia ha defendido,
don Pedro necio, si saberlo quieres,
que es facil el guardar á las mugeres:
y el ser ellas livianas, no es empeño
suyo, sino descuido de su dueño;
á esta razon don Felix de Toledo......

Doña Inés.

Conózcole muy bien.

Alberto.

Decirte puedo
que este don Felix es el caballero
mas discreto, galan, noble, y severo,
que yo en toda mi vida he conocido:
hízole oposicion, y él ofendido,
rematando en disgusto el argumento,
dejó á un tiempo la sala, y el asiento:
de esto se le ha metido en la cabeza,
que han de solicitarle á tu belleza,
para dejarle en su opinion vencido,
que yo vele tu honor, pues que me toca
por deudo suyo; y tanto se provoca
del riesgo imaginado,
que á cada puerta ha puesto su criado:
Yo, que tu honor conozco, y tu recato,
te lo prevengo, por no ser ingrato,

al amor, que en tu infancia me has tenido;
y porque esté el peligro prevenido,
dés á entender por esto que sucede,
que lo que ser no puede,
sin la necesidad de ser guardada
es conquistar una muger honrada.

ESCENA VIII.

Doña Inés y Manuela.

Doña Inés.

¿Has escuchado, Manuela,
una, y otra ceguedad?
Siendo tal la de mi hermano
la de Alberto es otra tal.
El por prueba de su ingenio
defiende, que ha de guardar
una muger, siendo cosa
que nadie supo jamás.
¿Lo que erró con el discurso
quiere en la apariencia obrar?
errarlo allí fue agudeza
y errarlo aquí necedad.
Estotro, muy prevenido
de consejo, y de piedad,
me alaba un hombre, de quien
dice que me ha de guardar.
Yo, que en mi recato he sido
una torre, una ciudad
cerrada del alto muro
de mi altivez principal,
no he conocido en mi vida
deseo á mi voluntad;
y desde que esto he escuchado,
estoy resistiendo ya.

sin mas daño que en arderse,
exalado el alquitran;
pero oprimido en la mina,
todo el mundo volará.
La muger es como el vidrio,
que el que le quiere guardar,
le ha de poner en seguro,
mas si por guardarle mas,
desconfiado del riesgo
entre las manos le trae,
con lo que guardarle piensa
suele venirle á quebrar.
Yo á don Felix de Toledo
he visto, y aunque es galan,
y me ha hablado muchas veces,
no le respondí jamás.
Y desde que sé que es él
quien tal cuidado les dá,
estoy deseando verle;
esto es de mi voluntad,
que en cuanto á mi entendimiento
tambien por tema me va,
siendo muger, no ser menos
yo que todas las demas.
No hay muger tan necia, á quien
el mas discreto sagaz;
si ella no quiere guardarse,
piense que la ha de guardar:
y es fuero de nuestro honor,
porque si fuera verdad
que el hombre guardarla puede,
aunque le intente agraviar,
consistiendo esto en el daño,
á quien sujetas están;
ni en la honrada hubiera honor,

ni en la libre liviandad:
y mi hermano ha de saber,
que esto en mi eleccion está,
y no ha de hacer accion suya
la que fue mia no mas.
Manuela, no hay que perder
ocasion, que en esto vá
la opinion de las mugeres;
sepa esté necio el refran.

Manuela.

Señora, lo que te pasa
á mi pasado me ha
con mi ayuno esta cuaresma:
yo sin mandarme ayunar,
cuando obligacion no tuve,
no quebré ayuno jamás,
y ayunaba á pan, y agua;
este año fue de mi edad
el tener obligacion,
y en mandándome ayunar,
maldito dia he dejado
de almorzar y merendar.

ESCENA IX.

Dichas y Alberto.

Alberto.

Entrad amigo.

Doña Inés.

¿Quién es?

Alberto.

El sastre envia un oficial
á que os tome la medida
del vestido, que ha de dar
para el dia del sotillo.

Doña Inés.

Entre, pues.

Alberto.

Amigo, entrad. *Va*

Manuela.

Señora, Alberto á la puerta,
¿qué es esto? gran novedad.

Doña Inés.

Eso es disculpar que yo
castigue su necedad.

ESCENA X.

Doña Inés, Manuela y Tarugo.

Tarugo.

Sea Dios en esta casa,
ó no pase del umbral.

Doña Inés.

¿Quién sois?

Tarugo.

Sastre con perdon....

Doña Inés.

¿De qué?

Tarugo.

De lo que he de hurtar.

Doña Inés.

¿Y á qué venís?

Tarugo.

El maestro,
por probar mi habilidad,
á que yo os corte un vestido
me envia; porque al lugar
soy recien venido, y tengo
grande opinion por allá
en el cortar de vestir.

Doña Inés.

¿Y él, porque no viene acá?
¿Quiere probar á mi costa?

Tarugo.

En vos no cabe el refran
de que en la barba del ruin;....
porque el que me envia acá,
está muy bien informado
de que yo no lo he de errar.

Doña Inés.

¿Y cómo os llamais?

Tarugo.

Garulla.

Doña Inés.

¿Qué decís?

Tarugo.

Soy del Corral,
y en naciendo, fué mi cuna
un cesto de vendimiar.

Doña Inés.

¿Y donde habeis aprendido
tan diestramente á cortar?

Tarugo.

En Marruecos.

Doña Inés.

¿En Marruecos?

Tarugo.

Fuí niño cautivo allá,
comprome un sastre morisco,
y aprendí con gracia tal
su oficio, que á la Princesa,
que es la mas rara beldad,
hacia yo de vestir;....
trajome la Trinidad,
y ahora vengo á la Merced

que espero que vos me hagais.

Doña Inés.

¿Pues el vestir á las moras,
qué importa al uso de acá?

Tarugo.

Entre moras y cristianas
poca diferencia hay;
para mí todas son unas,
digo con mi habilidad.

Doña Inés.

Bestialidad. ¿La princesa
como se llamaba allá?

Tarugo.

Doña Fátima de Aguirre.

Doña Ines.

¿De Aguirre?

Tarugo.

Si, ¿qué dudais,
si su madre es renegada?

Doña Inés.

Ea, pues, tomadme ya
la medida.

Tarugo.

Antes quisiera
que aquí unas telas veais,
y algunas cosas curiosas
de las que trage de allá.

Doña Inés

Veamos.

Tarugo.

Estas son joyas.

Doña Inés.

¿Y qué es aquesta?

Tarugo.

Aguardad.

que esta no es joya....

Doña Inés.

¿Pues qué es?

Tarugo.

¡Que aquí la hube de olvidar!
Vive Dios.

Doña Inés.

Ten; no la escondas,
que no te la he de quitar.

Tarugo.

No hay porque, él es un retrato;
veisle aquí.

Doña Inés.

Bien hecho está.

Tarugo

¿Conoceis el dueño?

Doña Inés.

No.

Manuela.

Cierto que está muy galan.
¿Señora, este no es don Felix?

Doña Inés.

Calla, que en el sastre hay mas
malicia de lo que piensas.
¿Quereisme acaso feriar
esta joya?

Tarugo.

No señora;
que si he de decir verdad,
me la han dado para darla
á una dama del lugar;
que tambien yo en este trato
tengo un poco de oficial.

Doña Inés.

¿Quién es la dama?

Tarugo.

No sé;
porque no la ví jamás,
ni he sabido donde vive,
solo su nombre sé ya.

Doña Inés.

¿Cuál es?

Tarugo.

Doña Inés Pacheco,
que es muy bella.

Doña Inés.

Si será;
¿mas si esta joya os feriase
á otra de valor igual?

Tarugo

No es posible que la haya.

Doña Inés.

¿Valdrálo esta?

Tarugo.

Si valdrá.

Manuela.

Señora, tu hermano viene.

Tarugo.

¡Pese á mi! ¿puedo escapar
sin ser visto?

Doña Inés.

¿Pues qué importa,
si sois sastre?

Tarugo.

Tengo azar
con hermanos; porque un hombre
astrólogo singular,
me ha dicho, que cuatro hermanos
me han de llevar á enterrar.

Manuela.

Que se entra ya.

Tarugo.

Pues yo quiero
ponerme aqueste disfraz. (1)

ESCENA XI.

Dichos y don Pedro.

Don Pedro.

¿Hermana, qué hace aquí este hombre?

Doña Inés.

El sastre enviado le ha
porque corta de vestir
con gran destreza, y me trae
algunas telas que venden,
por si las quieres comprar.

Don Pedro.

¿Antojos trae?

Tarugo.

¿Por qué no?

Don Pedro.

No los vi en sastre jamás.

Tarugo.

Si el sastre es corto de vista,
y vé bien por su cristal,
¿por qué no se ha de poner
antojos?

Don Pedro.

Es gravedad
á que el sastre no se atreve.

Tarugo.

Yo he visto sastre que trae

---

(1) *Ponese unos anteojos.*

relox en la faltriquera.

Don Pedro.

Mira tú, hermana, si hay
tela alguna de tu gusto,
y se la puedes comprar.
Y tú, Manuela, á mi cuarto
lleva luz, que quiero ya
recogerme.

Manuela.

Ya yo voy. *Vase.*

Don Pedro.

Haz en saliendo cerrar.

ESCENA XII.

Doña Inés y Tarugo.

Tarugo.

Ya la tragó, vive Cristo;
pues mas falta que tragar.

Doña Inés.

Hombre, quien quiera que seas,
no me niegues la verdad;
que en el susto he conocido
que no eres sastre; habla ya
sin miedo, y yo te aseguro
que de mí puedes fiar.

Tarugo.

Pues, señora.....

Doña Inés.

Antes advierte
que nada me has de ocultar,
pues te va premio, ó castigo.

Tarugo.

Ya picó el pez. Preguntad.

Doña Inés.

¿Eres criado de don Felix?

Tarugo.

En este caso algo mas.

Doña Inés.

¿Amigo?

Tarugo.

Mas un poquito.

Doña Inés.

¿Deudo?

Tarugo.

Otro poquito mas.

Doña Inés.

¿Pues qué eres?

Tarugo.

Su tercero.

Doña Inés.

¿Qué dices?

Tarugo.

¿Te pesará?

Doña Inés.

No, que antes me has hecho gusto.

Tarugo.

¿Y lo estimas?

Doña Inés.

Claro está.

Tarugo.

Tragóse todo el anzuelo, *ap.*
iré alargando el sedal.

Doña Inés.

Vete, pues.

Tarugo.

¿Y qué me dices?

Doña Inés.

¿No vá mi retrato allá?

Tarugo.

Y acá queda el suyo.

Doña Inés.

¿Pues

qué mas quieres?

Tarugo.

Algo mas.

Doña Inés.

Vuelve á verme.

Tarugo.

Eso mañana.

Doña Inés.

Bien recibido serás.

Tarugo.

¿Qué dices?

Doña Inés.

Que esto aseguro.

Tarugo.

¿Con memoria?

Doña Inés.

Y voluntad.

Tarugo.

Pues con esto á Dios, señora.

Doña Inés.

Hasta mañana no mas. *Vase.*

Tarugo.

Miren los que ven aquesto,
si es bien grande necedad,
el guardar una muger,
que no se quiere guardar.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DOÑA ANA.

Tarugo, don Felix y doña Ana.

Doña Ana.

Notable principio ha sido,
y mejor fin asegura.

Don Felix.

¿No es donosa travesura
la que Tarugo ha emprendido?

Doña Ana.

Tan rara, que dudo el modo.

Tarugo.

Pues oid atentamente,
si gustais, que brevemente
os daré cuenta de todo.
Lo primero me informé
quién á su casa acudia
de fuera, que en compañía
entrar con alguien pensé.
Supe el sastre, esto me alabo,
que la hacia de vestir;
fui allá, y viéndole zurcir,
dije, tate, aqueste es bravo;
prometíle unos escudos
solo por la permision
de ir en su nombre á esta accion,
y no me salieron mudos;
porque él lo dudó primero,

y temió hacerme oficial
por si el riesgo era fatal,
mas apenas vió el dinero,
cuando las señas me dió;
con que en su nombre fuí allá,
y ya tal el sastre está,
que era lo mismo que yo.
Entré, pues, en la tal casa,
por medio de tres porteros
que tiene, como cerberos,
atisbando lo que pasa.
Llevé mi arenga pensada,
y fue tal mi desventura,
que pensando hallarla dura,
estaba ya perdigada.
Yo entro, y salgo allá á llevarle
recados, y ella desea
solo, que mi amo la vea;
porque rabia por hablarle.
Y si los lances postreros
no le mienten á mi estrella,
he de hacer que quiera ella,
el hermano, y los porteros.

Doña Ana.

De tu industria la alabanza
sea esta sortija.

Tarugo.

Bravo;
pues me la llevo, ahora acabo
de creer que soy buena lanza.

Doña Ana.

Don Felix, por todo el precio
del mundo, y todo el poder,
no trueco el gusto de ver
desengañado este necio.

Don Felix.

Mas tiene un inconveniente,
que lo que tema hasta aquí,
pienso que va siendo en mí
cuidado muy diferente.
Yo tenia inclinacion
de doña Inés al recato;
y mirando en su retrato
su divina perfeccion,
me dejó tan satisfecho
su hermosura, que he pensado,
que por él se me ha pasado
el original al pecho.

Doña Ana.

Pues cuidado, que es cruel
ese mal, nó sea por Dios,
que os hagais la burla á vos,
queriendo hacérsela á él.

Don Felix.

Aunque inclinado me siento,
y aun algo mas que inclinado,
aun no llego á enamorado.

Doña Ana.

No os fieis del sentimiento,
que es como el áspid amor,
que el que encontrándole helado,
de su languidez fiado,
le dá del seno el calor,
obra libre, y satisfecho,
del desmayo compasivo,
y no sabe que está vivo,
hasta que le muerde el pecho.
¿A cuantos ha sucedido,
que de estar enamorados,
no hay mas seña en sus cuidados,

que un estar agradecido?
Suelen decir estos, yo
no estoy mas que bien hallado;
y es, que aun susto no le ha dado
el áspid que él abrigó;
y en la primera ocasion
del calor de sus desvelos,
siente el diente de los zelos
hasta el mismo corazon:
para él el mundo se acaba;
su ardor con sus ansias mide,
y en los remedios que pide
confiesa el mal que negaba.

Tarugo.

Yo á mi modo, si así os place,
os pondré un egemplo breve;
el que bebe, cuando bebe,
no sabe el mal que le hace,
y el que bebe sin empacho,
imita al amante fino,
que hasta que bomita el vino,
no sabe que está borracho.

Don Felix.

En llegando á enamorar
no hallo nada que perder,
siendo doña Ines muger
con quien me puedo casar.

Tarugo.

Si esto hay, vano es el rezelo.

Doña Ana.

Trastezo, tened cuidado.

Tarugo.

¿Para qué hande andar atado,
teniendo remedio el duelo?

Don Felix.

¿Dime, y qué medio tendré
yo dé hablarla?

Doña Ana.

Eso seria
corona de la porfia.

Tarugo.

Yo anoche me desvelé,
y una industria he imaginado:
¿tú no me digiste á mi,
que este don Pedro es preciado
de amigo, y aun de pariente
con el Marqués de Villena?
¿Y que desde España ordena
el ser su correspondiente
en Méjico, donde está?

Doña Ana.

Es cierto, y que de él recibe
cartas, y aun á mi me escribe.

Tarugo.

Pues por hecho el caso dá.

Don Felix.

¿Cómo?

Tarugo.

La flota ha venido;
tú un regalo has de buscar
de Indias, que poder llevar,
muy hermoso, y muy lucido.
Si doña Ana carta tiene
del Marqués, yo sacaré
la firma, y carta me haré,
como quien se la previene:
fingiréme Indiano en ella,
y que me hospede en su casa.
Mira tú, si aquesto pasa,

si podrás hablalla y vella.

Doña Ana.

Sabiendo su condicion,
no puede haber discurrido
á su génio mas medido.

Don Felix.

Pues ponlo en egecucion.

Tarugo.

¿Quieres que vaya á buscallo,
Y á prevenirlo?

Don Felix.

Al instante.

Tarugo.

Y que compre lo importante.

Don Felix.

¿Pues eso dudas?

Tarugo.

Andallo:
si tú no la hablares hoy,
mañana quemo mis flores.
Alto, pues, yo voy. Señores, *ap.*
tengan cuenta á lo que voy,
á fingirme caballero,
á comprar regalo indiano,
á engañar á aqueste hermano,
y á sisar en el dinero.

ESCENA II.

Doña Ana y don Felix.

Doña Ana.

La agudeza de Tarugo
es estraña.

Don Felix.

Celestina

no supo embustes con él.

Doña Ana.

Con este doy por vencida
la porfia de don Pedro.

Don Felix.

Tened, que él viene.

Doña Ana.

Pues finja
el descuido otro cuidado,

Don Felix.

Bien decís, que ya nos mira.

ESCENA III.

Dichos y don Pedro al paño.

Don Pedro.

Sin vida vengo, y sin alma:
bien esforzó la porfia
la cautela de don Felix,
si estaba ya prevenida
su traicion contra mi honra.
A ver á mi hermana iba:
mi temor que el riesgo vela,
y en su cuarto ¡qué desdicha!
ví esta mañana un retrato,
y aunque sus señas afirman
que es de don Felix, le traigo
por cotejar con la vista
retrato, y original;
que cosas de tanta estima
no se han de juzgar con menos
informacion, mas mi dicha
me ha ofrecido la ocasion,
quiero reportar las iras.

Doña Ana.

Señor don Pedro Pacheco.

Don Pedro.

En vos, doña Ana divina
viene á hallar mi amor su centro:
Todas las señas confirma *ap.*
mi sospecha y su partido. *Mira el re*

Doña Ana.

¿Qué reparais? Lo que os mira *á D. I*

Don Felix.

Y el semblante demudado.

Doña Ana.

Si acaso de la porfia
le ha quedado algun rencor.

Don Felix.

No os deis vos por entendida.

Don Pedro.

A darle de puñaladas *ap.*
el furor me precipita.
Mataréle; mas acaso
aunque es dificil, podria
no haber aquí culpa suya,
y hasta ver en mi noticia
mas cabal informacion,
es mi templanza precisa.

Doña Ana.

¿Qué suspensiones son estas,
don Pedro?

Don Pedro.

¿De quien os mira
estrañais que se suspenda?
No es nuevo en mi. En vano anima
la voz mi pecho asustado.

Don Felix

Aun á hablar no acierta, é indicia

lo que vos habeis pensado.

Doña Ana.

Si acaso de la porfia
de ayer, ya os habeis vencido,
no os embarace el rendirla,
que el hombre se vé en el yerro
y el sábio, en que se corrija.

Don Pedro.

Antes tengo en la opinion,
por tan segura la mia,
que hoy vuelvo á ratificarla.

Doña Ana.

Eso será bizarría
del ingenio, que aunque vea
su sentencia concluida,
por vanidad la defiende
contra la evidencia misma.
Y advertid, señor don Pedro,
si eso os mueve á repetirla,
que el ser ignorante, es falta
al ingenio concedida,
y el ser necio, es una culpa
del entendimiento indigna.
El que ignora, en confesando
lo que ignoró, se acredita,
pues tuvo luz en su ingenio
para ver lo que no via.
Mas quien quiere defendérlò,
se hace con una accion misma,
ignorante por la duda,
y necio por la porfia.
Si conoce la verdad,
es necio en contradecirla,
pues va contra su dictámen,
y si de él no es conocida,

le está peor con su ingenio,
pues da á entender si replica,
que en él no hay capacidad
para ver lo que otro mira.
Por todas estas razones
justo es, don Pedro, que os pida
que mudeis de parecer,
que como mi afecto os mira
como quien ha de ser dueño
de mi amor, y de mi vida,
no os quisiera ver tan ciego
en verdad tan conocida.

Don Pedro.

No solamente, señora,
esa opinion no me inclina;
mas lo que no puede ser,
si mi opinion os admira,
digo, que he de sustentar
(sin que ofenda la malicia)
el que se guarde, pues cuando
hubiera alguna atrevida
que intentára, ¿qué es intento?
que piense en ofensa mia,
no manchar, deslucir solo,
el valor que me acredita,
con mi espada, con mis brazos,
con mi aliento abrasaria
su imaginacion, de suerte,
que aun no quedasen cenizas
del que inventó mis ofensas
para egemplo de ellas mismas.

Doña Ana.

¿Pues contra quién decís eso?

Don Pedro.

Perdonad, señora mia,

que el haber yo discurrido
á solas con mi porfía,
me ha llevado á este furor;
y para que no prosiga
con mi error, dadme licencia.
Voy á juntar la noticia *ap.*
con el exámen, y si hallo
que don Felix solicita
mi desastre, vive el cielo
que le ha de costar la vida.

ESCENA IV.

Doña Ana y don Felix.

Doña Ana.

¿Habeis visto tal locura?

Don Felix.

A mí me provoca á risa.

Doña Ana.

Sin duda está sospechoso.

Don Felix.

El enojo lo confirma,
y esto da seguridad
al caso; mas es precisa
diligencia ir á avisar
á Tarugo.

Doña Ana.

No se evita
prevencion.

Don Felix.

Y con efecto,
¿quien al necio le diria,
que me ha enviado su hermana
un retrato antes de vista?

Doña Ana.

Quien sabe que las mugeres

cuando las guardan peligran.

Don Felix.

Que no puede ser es cierto.

Doña Ana.

Y el que lo intenta, lo escriba
con letra grande en su puerta.

Don Felix.

¿Qué señora?

Doña Ana.

Bobería.

ESCENA V.

SALA DE CASA DE DOÑA INÉS.

Doña Inés y Manuela.

Doña Inés.

Manuela, yo soy muerta si él ha hallado
el retrato.

Manuela.

¡Tan poco es tu cuidado,
que tal prenda aventure de esta suerte!

Doña Inés.

El, que en guardarme nada se divierte,
fue á verme esta mañana á mi aposento,
propia accion de un hermano desatento:
como él de susto me cogió antemano,
y yo por no encubrirle de mi mano,
con un descuido le arrojé en el suelo,
y no se le vi alzar; pero busquélo,
despues que ya mi hermano se habia ido,
y en todo el dia hallarle no he podido.

Manuela.

Pues, señora, sin duda que él le ha hallado,
y es muy fácil no haber tú reparado.

que un zeloso es sútil en sus acciones.

Doña Inés.

Pues para eso son mis prevenciones,
y que tú tengas atencion te advierto
con lo que ordeno, por si acaso es cierto
que le tiene.

Manuela.

Ya estoy de ello advertida.

Doña Inés.

Que yo lo he de escuchar aquí escondida.

Manuela.

Pues ya á tu cuarto pasa.

Doña Inés.

Y así saber espero lo que pasa.

ESCENA VI.

Don Pedro y Alberto.

Don Pedro.

Alberto, esto que digo me ha pasado,
este retrato en su cuarto he hallado,
mirad si tiene indicios mi deshonra.

Alberto.

Tened, don Pedro, en cosas de la honra,
no hagais tan presto el juicio temerario.

Don Pedro.

Buena temeridad ¡es tan ordinario
es hallarse en el cuarto de una dama
un retrato, que es nota de su fama?
¿Es esto disculparos neciamente
del no haber sido guarda diligente?

Alberto.

¿Pues qué hombre habeis hallado?

Don Pedro.

Buen concierto,

sino le hallé, que pude hallarle, es cierto
pues venir pudo, y es sombra de su nombre
por donde entró un retrato, entrará un ho
mas si á decir mi prevencion tan vana
el remedio es, que yo case á mi hermana
que don Diego de Rojas me la pide;
y aunque no es rico, cuando el riesgo mi
la descomodidad, y la deshonra,
no hay mas comodidades que la honra.

Doña Inés.

¿Veslo? al remedio, que esto va perdido.

Alberto.

Mirad que doña Inés aquí ha salido,
no entienda lo que pasa.

Don Pedro.

Idos afuera.

Alberto.

El á cargo tomó linda quimera.

ESCENA VII.

Don Pedro, doña Inés y Manuela.

Doña Inés.

Esto importa, Manuela; finge ahora.
Aquel retrato me has de dar traidora.

Manuela.

Señora, sabe Dios que le he perdido.

Doña Inés.

Si por curiosidad le has escondido,
y si me pones yá mas embarazos,
del pecho he de sacártele á pedazos.

Manuela.

¡Triste de mí! Señora, yo protesto
que en tu aposento le perdí.

Don Pedro.

¿Qué es esto?

Doña Inés.

Maldades son, hermano, de criadas.
Viniendo ayer de Misa descuidadas;
esta criada se encontró un retrato,
y menos obligada á su recato,
le alzó del suelo; anoche estándo en casa,
me le mostró; advierte, si esto pasa,
el riesgo que resulta á mi recato,
de que en mi casa tengan un retrato,
que no sé de quien sea, mis criadas,
cuando andan las malicias desveladas
sin dejar sombras que en sus ojos pase.
Díjele que al instante le quemase;
y ella por su capricho inadvertido,
quiere decirme ya que le ha perdído.

Don Pedro.

Lo estraño del recato, bien indicia
que ha sido prevencion á la malicia.
¿Qué dices tú?

Manuela.

Señor, creerme no quieres
me lleve el diablo, donde Dios quisiere,
sino le perdí anoche en su aposento.

Doña Inés.

No tal.

Manuela.

Y aun perdí el entendimiento.

Don Pedro.

Bien, está, Inés, que ya tengo entendido
que tú, que mis sospechas has sabido,
te curas en salud, y te disculpas.

Doña Inés

¿Qué es esto? ¿pues tú ahora á mí me culpas?
¿No te lo dige yo? véslo, traidora,
busca el retrato luego.

Manuela.

¿Yo, señora,
donde le he de buscar?

Doña Inés.

Has de buscarle,
ó de tu pecho tengo de sacarle.

Don Pedro.

Tente, Inés, que ya es en vano tu recato:
bien sabes tú, que yo tengo el retrato,
y que has oido las sospechas mias.

Doña Inés.

¿Cómo?

Don Pedro.

Y que tú primero le tenias;
y sabiendo que yo lo he conocido,
tu engaño esta cautela ha prevenido.

Doña Inés.

¿Qué es lo que dices? ¿Has perdido el seso?

Don Pedro.

Si, Inés, que le he perdido te confieso;
pero mucho no ha sido
si el seso, y el honor junto he perdido.

Doña Inés.

¿Hablas conmigo?

Don Pedro.

Calla, aleve hermana;
dé este puñal á tu traicion liviana
justo castigo. *Hace que va á sacar la daga.*

Doña Inés.

¿Qué es esto?

Don Pedro.

La verdad es lo que digo,
y has de decirme como á ti ha llegado
este retrato, y quien te le ha enviado.

Doña Inés.

Aunque pueda merecer
tu error la desconfianza
á mi pecho, has de saber,
que te quiere responder,
mi honor con esta templanza.
Y aunque causa me hayas dado
para pensar, que ya dejo
de ser quien soy á tu lado,
las iras que me has causado,
te he de trocar á un consejo.
Si tú, hermano, has conocido
que te ofendo, aquí has errado,
pues mi culpa has escondido
con haberme prevenido,
y no haberme castigado.
Si yo lo intento no mas,
y quieres con ese amago
vencerme, mas ciego estás;
pues otro deseo me dás
para que logre el estrago.
Si lo presumes, es cierto,
que es peor, que si yo estaba
dormida, á tu voz despierto;
y acaso me has descubierto
lo que yo no imaginaba.
Con que entre el daño que toco
con este furor que escucho,
has andado necio, y loco;
si lo sabes, porque es poco;
si lo dudas, porque es mucho.
Y al contrario, en la ocasion
quien desconfia, dispensa;
pues si imagina traicion,
ya ella tiene en su opinion

hecho el gusto de la ofensa.
Y en fin, el que una muger
guardar quiere, lo ha de errar,
porque no se puede hacer;
y decid si puede ser,
no queriéndose guardar.

Don Pedro.

¡Corrido, viven los cielos,
con sus razones me deja!
yo hice mal en declararme:
vete allá dentro, Manuela.

Manuela.

Señor, dí que no me riña.

Don Pedro.

No te reñirá, no temas.

Manuela.

No hay que temer, pues no teme;
que acá la llevamos hecha.

ESCENA VIII.

Don Pedro y Alberto.

Alberto.

Un indiano caballero,
que ahora dice que llega
á Madrid, y que una carta
trae del Marqués de Villena,
te quiere hablar, y con él
muchos ganapanes entran
que traen unos cajones.

Don Pedro.

Venga muy en hora buena:
decid que entre el caballero.

Alberto.

Entrad.

ESCENA IX.

Dichos, y Tarugo de caballero del hábito de Santiago, con botas y espuelas.

Tarugo.

A las plantas vuestras
me teneis ya.

Don Pedro.

Con los brazos
es el recibiros deuda.
¿Quién sois?

Tarugo.

Vedlo en esta carta.

Don Pedro.

Antes de mirarlo en ella,
de la inclinacion que os debo,
vuestra persona es la muestra.

Tarugo.

Cuanto á lo primero, ya *ap.*
vá tragada la presencia:
¡gran trozo de personage
debo de tener!

Don Pedro.

Licencia
me dad de leer la carta.

Tarugo

Leed muy en hora buena.

Don Pedro.

El Marqués mi primo firma.

Tarugo.

Primo le llama, clavela. *ap.*

Don Pedro.

Lee. *El señor don Crisanto de Arteaga es persona de toda mi obligacion; vá á esa corte á negocios*

importantes, y la estrañeza de su condicion, qu si toca en locura, le arriesga en sus pretensione teniendo á su lado quien le dé á conocer: y pa grar la memoria de nuestra amistad, he queri vaya con carta mia, y un regalo de la tierra pa comendar la estimacion de su persona; la cual que sea la misma que la mia.

De su letra dice luego.

Encargo mucho de su agasajo, que en todo se mayor estimacion.

Caballero, mi persona,
esta casa, y cuanto en ella
hubiere, está á vuestros pies.

Tarugo.

Yo estoy á las plantas vuestras,
mi señor. La añadidura *ap.*
pegó como girapliega.

Don Pedro.

De vuestro despacho ahora
tratar lo primero es fuerza.
Vive Dios, que esto en mi casa
á que le hospede me enseña,
y es grandísimo peligro.

Tarugo.

Parece que titubea: *a*
póngole un madurativo.
Yo, que de eso hablar quisiera,
os advierto, que no puedo
estar sin gran riesgo, y pena
en casa donde hay mugeres;
y si las hay en la vuestra,
no acetaré el hospedage,
sino es que imposible sea
que yo las vea de noche.

Don Pedro.

¿Por qué?

Tarugo.

Es una cosa nueva.
Yo en Méjico una criolla
hablaba, esta fué hechicera;
dióme un hechizo, zelosa,
y de su mucha violencia
me resultó un mal tan grande,
que hasta hoy mas barras me cuesta,
que cabezas de muchachos
hay desde Cádiz á Armenia.
De noche fué la bebida,
y me ha resultado de ella,
que en viendo muger de noche,
me dá un mal en la hora mesma
de corazon, que me quedo
con tanta bocaza abierta,
que se me ven los riñones,
por la senda de las venas.
Y así, si en casa hay mugares
que yo de noche ver pueda,
perdonad, que no la aceto.

Don Pedro.

Con este hombre nada arriesgan *ap.*
mis temores, y peligros.
No temais vos que os suceda
en mi casa.

Tarugo.

Lumbre ha dado. *ap.*
Pues me hareis merced en ella.

Don Pedro

Yo os he de suplicar eso.
Apartaré de manera *ap.*
su cuarto del de mi hermana

que viva en casa sin verla.
De esta suerte lo aseguro.

Alberto.

Y cuando aquesto suceda
yo sé unas ciertas palabras
con que sano esta dolencia.

Tarugo.

Pues vos me dareis la vida.
¡Jesus! la carta primera
se me ha de ir toda en dar gracias.

Don Pedro.

¿A quién, señor?

Tarugo.

A Villena.

Don Pedro.

¿Sois su amigo?

Tarugo.

Y camarada.
Le tengo yo allá á mi mesa
todos los mas de los dias;
es gran señor su escelencia,
y sabe como ha de honrar
á los hombres de mis prendas.
Y aunque yo lo diga todo
cabe en mi sangre, que lleva
de Noé acá caballeros,
como berzas una huerta.

Don Pedro.

¿Y habeis estado otra vez
acá?

Tarugo.

No, esta es la primera.

Don Pedro.

¿Luego allá el hábito os dieron?

Tarugo.

Con notables preeminencias
su Magestad me rogó
que este hábito me pusiera,
y yo por hacerle gusto,
lo aceté.

Don Pedro.

¡Rara grandeza!
¿Habeis vos servido al Rey?

Tarugo.

¿Yo servídole? ¡esa es buena!
él me sirve á mi.

Don Pedro.

¿De qué?

Tarugo.

De gusto en coplas diversas,
que le hago yo cada dia.

Don Pedro.

¿Luego tambien sois poeta?

Tarugo.

Esta es una habilidad
que me hallé en la faltriquera
un dia sacando un lienzo;
mas ya no hago caso de ella.

Don Pedro.

Estraño humor tiene el hombre; *ap.*
bien la carta me lo acuerda.
Alberto, aquí es menester
que el regalo se prevengá,
y el cuarto de don Crisanto.

Tarugo.

¡Ay bobo! que á pagar llegas *ap.*
los azotes al verdugo!

Don Pedro.

Dadnos ahora licencia

de preveniros la casa.

Tarugo.

Pues mirad que tenga cuenta
quien reciba aquestas cajas,
porque lo que dentro encierran
no se maltrate al tomarlas.

Don Pedro.

¿Pues qué es lo que víene en ellas?

Tarugo.

Chocolate de Guajaca,
y filigranas diversas,
jícaras de Mechoacan,
y paños que dar con ellas.

Don Pedro.

Chucherías son de gusto,
y dígnas de la grandeza
del señor que las envia.

Tarugo.

Un tuerto es, que tiene tienda *ap.*
junto á la puerta del sol.

Don Pedro.

Perdonad, dadme licencia.

Tarugo.

Bien está.

Don Pedro.

Venid, Alberto.

ESCENA X.

Tarugo.

Bueno va el bobo, que piensa
que es fácil guardar mugeres;
mas facil de guardar fuera
una viña de muchachos:
mas todo esto en la presencia

pase de Inés, que avisada
está ya de aquesta treta;
y así, aquel resquicio pienso
que huele á faldas que acechan.

ESCENA XI.

Tarugo, y doña Inés al paño.

Doña Inés.
Seor Tarugo.
Tarugo.
Ya voy. ¡Tomen *ap.*
si soy mal perro de muestra!
miren si olí la perdiz.
Doña Inés.
Ya he escuchado tu cautela.
Tarugo.
¿No está bien introducida?
Doña Inés.
Vida me has dado con ella.
Tarugo.
Pues no ha de parar en esto;
que esta noche haré que veas
á don Felix aquí dentro.
Doña Inés.
¿Cómo, si hay en cada puerta
una guarda?
Tarugo.
¿No hay jardin?
Doña Inés.
Si, mas él solo abre, y cierra.
Tarugo.
Pues mejor.
Doña Inés.
Si, pero advierto,

que está con grande cautela,
porque me ha hallado el retrato.

Tarugo.

Malo, mas no tengas pena,
que yo lo remediaré.

Daña Inés.

¿Cómo?

Tarugo.

¿Qué hay de la materia?

Doña Inés.

Que yo he dicho, que en el Cármen
ayer se le halló Manuela,
y aun sospecha la malicia.

Tarugo.

Pues yo haré que me le vuelva.

Doña Inés.

¿A tí, qué dices?

Tarugo.

Que vuelve:
retirate allá, y acecha.

ESCENA XII.

Tarugo y don Pedro.

Don Pedro.

Señor don Crisanto, ya
prevenido el cuarto queda,
y podeis entrar á honrarle.

Tarugo.

Para pagar la fineza
del hospedage, mi honor
quiero fiaros.

Don Pedro.

Es deuda
con que empeñais mi amistad.

Tarugo.

Yo tengo una hermana bella
en Indias, que es un prodigio:
cuando sale á alguna fiesta
de diez leguas en contorno
van forasteros á verla.
Tiene un dote que es locura;
en casas solo la cuentan
ciento y treinta mil ducados:
á mas de las diligencias
que yo vengo, es á casarla;
traigo de allá la propuesta
de un caballero de aquí,
que vos conocer es fuerza.

Don Pedro.

Podrá ser, decir quien es.

Tarugo.

¿Si yo su retrato os diera
conoceréisle por él?

Don Pedro.

Viéndole os daré respuesta.

Tarugo.

Pues yo os le quiero enseñar:
mas aguardad, esta es buena,
vive Dios que le he perdido.

Don Pedro.

¿Cómo?

Tarugo.

De la faltriquera
se me ha caido.

Don Pedro.

Su nombre
me decid, si se os acuerda.

Tarugo.

Don Felix es de Toledo.

Don Pedro.

¡Cielos! bien dijo Manuela: *ap.*
albricias doy á mi honor.
¿Donde se os cayó?

Tarugo.

Eso piensa
mi cuidado, y no me acuerdo,
sino es que ayer en la iglesia
del Cármen se me cayese,
porque allí una tabaquera,
que se me habia perdido
me volvieron á la puerta.

Don Pedro.

¡Cielos! allá va mi hermana *ap.*
á misa. ¡Que su inocencia
culpase yo, ciego, y loco!
¿Y si yo el retrato os diera,
qué digérais?

Tarugo.

¿Dónde está?

Don Pedro.

Veislo aquí.

Tarugo.

¿Hay dicha como ésta?
dos mil ducados de hallazgo,
si los tomarais os diera;
mas hallazgo os he de dar.

Don Pedro.

¿Qué decis?

Tarugo.

Una cadena
que pesa catorce libras
de filigrana.

Don Pedro.

Eso fuera

agraviar mi voluntad.

Tarugo.

Tomadla por vida vuestra.

Don Pedro.

¡Yo tomarla!

Tarugo.

No, no importa, *ap.*
que aun pienso que no está hecha.

Don Pedro.

¿Miren si el guardar mi honra *ap.*
se luce?

Tarugo.

Pero él se quema: *ap.*
sino le echo esta botana,
todo el peligro rebienta.

Don Pedro.

Venid, señor don Crisanto.

Tarugo.

¿Digo, conoceis quien sea
este caballero?

Don Pedro.

Si,
que es muy grande su nobleza.

Tarugo.

Pues eso es lo que yo busco,
que allá nos sobra la hacienda.

Don Pedro.

Vos haceis muy digno empleo.

Tarugo.

Gozará la mejor prenda
de España, y la mas guardada;
porque hay muchos que desean,
y esta noche he de ajustarlo.

Don Pedro.

¿Con quién?

Tarugo.

Con él, y con ella.

Don Pedro.

¿Pues cómo?

Tarugo.

Eso en el jardin *ap.*
se verá de aquí á hora y media.
Yo traigo aquí poder suyo.

Don Pedro.

Hareis bien, porque se arriesga
la muger hermosa en casa.

Tarugo.

Y yo sé alguno que piensa
que la guarda, y es en vano.

Don Pedro.

Será tonto el que la vela.

Tarugo.

Como vos lo habeis pensado.

Don Pedro.

Venid, pues.

Tarugo.

En hora buena.

Don Pedro.

Entrad vos.

Tarugo.

Guiadme vos.

Don Pedro.

Eso es forzoso.

Tarugo.

Esto es deuda.

Don Pedro.

No haré tal.

Tarugo.

Por vida mia.

Don Pedro.

Ha de ser.

Tarugo.

Pues obediencia.

Don Pedro.

El don Crisanto es un bobo. *ap.*

Tarugo.

El hermano es un bestia. *ap.* (1)

ESCENA XIII.

DECORACION DE JARDIN.

Doña Inés y Manuela.

Doña Inés.

Manuela ¡hay dicha mayor!
lograrle amor, y recato.

Manuela.

Que le sacase el retrato
con tal traza es la mejor;
que en una palabra sola
lo entendiese, es lo que dudo.

Doña Inés.

El Tarugo es muy agudo.

Manuela.

No ha menester llevar cola.

Doña Inés.

Como en casa ha de meter
á don Felix, no lo entiendo,
por mas que esté discurriendo.

Manuela.

Señora, déjale hacer,
y cuanto dicho te hubiere,

---

(1) *Vanse con las cortesias que dicen los versos.*

pues tú se lo ves lograr,
no hay sino creer, y callar,
y venga lo que viniere.
Doña Inés.
El dió á entender, que al jardin
luego me le ha de traer;
no sé como puede ser.
Manuela.
El sabe mas que Merlin,
y ya tendrá su desvelo
hecho el enredo á esta hora;
y estas cosas son, señora,
como el huevo de Juanelo.
Doña Inés.
Yo aquí le pienso esperar,
aunque el medio busco en vano:
¿mas que harán él, y mi hermano?
Manuela.
Dándole está de cenar
con aparato ruidoso;
y es aqui lo que mas vale,
haber hecho que regale
al alcahuete el celoso.
Dentro don Pedro.
Ola, luces al Jardin.
Doña Inés.
Que aquí vienen imagino.
Manuela.
Traza será de Tarugo.
Sale don Pedro.
¿Doña Inés?
Doña Inés.
¿Hermano mio?
Don Pedro.
Que á tu cuarto te retires

por un rato te suplico;
porque ese huésped que tengo,
que le traiga me ha pedido
despues de cena al jardin.

Doña Inés.

Pues yo aquí me habia venido,
porque estas noches no duermo;
y la frescura del sitio
me suele llamar el sueño.

Don Pedro.

Yo haré en habiéndole visto
se vuelva luego á su cuarto,
y entrarás tú.

Doña Inés.

Esto te pido;
porque yo en mi soledad
no tengo mas que este alivio;
ven Manuela.

Manuela.

Á estar alerta.

Doña Inés.

Por la reja de los mirtos
estaremos escuchando.

ESCENA XIV.

Don Pedro, Tarugo y los criados con luces.

Tarugo.

¡Bendito sea el que hizo
tal hermosura! ¡Es posible
que esto pueda el artificio!

Don Pedro.

Para dentro de la corte
no es malo este rinconcito.

Tarugo.

¿Cómo rincon? ¡vive Dios,
que no es sino un paraíso!
y está dentro la culebra *ap.*
y ha de llevarla mi amigo,
porque ya Eva está avisada,
y Adan está prevenido.

Don Pedro.

¿Os quereis recoger luego?

Tarugo.

Antes en tal no imagino;
porque acostarse en cenando
algo mas tiene peligro.

Don Pedro.

¡Vive Dios que está despacio *ap.*
este hombre, y como lo he dicho
volverá mi hermana luego.

Tarugo.

Sentemonos un poquito,
que para de aquí á las doce
está famoso este sitio.
Bien podeis dejarnos solos.

Don Pedro.

Retiraos. (1)

ESCENA XV.

Don Pedro y Tarugo.

Tarugo.

Para mi aviso, *ap.*
ya tarda mucho don Felix,
y tener yo aquí es preciso
este hombre, para lograr

(1) *Sientanse, y vanse los criados con las lu*

el embuste que está urdido.

Don Pedro.

¿Usais acostaros tarde?

Tarugo.

Si señor, este es mi estilo;
no me he acostado en mi vida
sin dos horas de palillo;
y ahora habiendo jardin,
pienso alargarlas á cinco.

Don Pedro

Despacio estamos por Dios. *ap.*

Tarugo.

Esto lo aprendí de un primo,
que es grandísimo ginete,
y por eso le he traido
á España.

Don Pedro.

¿A qué?

Tarugo.

A torear.

Don Pedro.

¿Pues como con vos no vino?

Tarugo.

Posa en casa de una tia.

Don Pedro.

¡Vive Dios que estoy perdido, *ap.*
si vuelve luego mi hermana!!
Yo estoy aquí desabrido,
porque me ofende el sereno.

Tarugo.

No digais tal desatino;
¿sereno ahora por mayo?
si vos quereis divertirlo,
discurramos aquí un poco.
¿Sabeis de historias?

Don Pedro.

No he sido
inclinado á leer jamás.

Tarugo.

Gran hombre fué Titolivio.

Don Pedro.

¡Vive Dios, que estamos buenos! *ap.*

Tarugo.

¡Mucho tarda, vive Cristo, *ap.*
don Felix, y mucho aprieta
este hombre!

Don Pedro.

Yo estoy sin tino. *ap.*
Algo indispuesto me siento,
y así amigo me retiro.

Tarugo.

Aguardad por vida vuestra;
¿quereis aquí divertiros
sin daño?

Don Pedro.

¿Qué hemos de hacer?

Tarugo.

Jugar unos cientecitos.

Don Pedro

Ya yo pierdo la paciencia. *ap.* (1)

Dentro don Felix.

¡Ha traidores!

Tarugo.

Ya estoy vivo. *ap.*

Don Pedro.

¿Mas qué es esto?

Tarugo.

Cuchilladas.

---

(1) *Suena dentro ruido de cuchilladas.*

Don Felix.

¿Traidores, á un hombre cinco?
¿No hay quien á un hombre socorra?

Tarugo.

Cuerpo de Cristo conmigo.

Don Pedro.

¿Esperad, adonde vais?.....

Tarugo.

Esta es la voz de mi primo.

Don Pedro.

Que está cerrada esa puerta.

Tarugo.

Abridla, pleguete Cristo.

Don Felix.

Que me matan.

Tarugo.

Abrid presto.

Don Pedro.

Ya lo está.

Tarugo.

Venid conmigo.

Don Pedro.

Vamos.

ESCENA XVI.

Doña Inès y Manuela.

Manuela.

Señora, esto es cierto.

Doña Inés.

Ya yo la industria he entendido;
mira si viene don Felix,
que yo aquí espero tu aviso.

ESCENA XVII.

Dichas y don Felix.

Doña Inés.

Bien la ocasion se ha logrado.

Manuela.

Don Felix es, hecho y dicho,
¿ sois don Felix ?

Don Felix.

Si, yo soy.

Manuela.

Escondeos aquí conmigo,
presto, que pueden volver.

Don Felix.

Por vos no temo el peligro. *Escó*

ESCENA XVIII.

Don Pedro y Tarugo embainando las espad

Tarugo.

Vive Dios que se escaparon.

Don Pedro.

¿ Donde se fue vuestro primo ?

Tarugo.

¿ Pues qué demonios sé yo ?
pudo engañarse mi oido.

Don Pedro.

O eran capeadores.

Tarugo.

O eso:
acostarme determino,
que me ha hecho mal este susto.

Don Pedro.

Idos pues.

Tarugo.

Venid conmigo.

Don Pedro.

Pues cerrar quiero la puerta.

Tarugo.

Lindamente ha sucedido.

Don Pedro.

Vamos. Don Crisanto es *ap.* (1)
valiente como Rodrigo.

Tarugo.

En dándole tras canton *ap.*
volveré.

ESCENA XIX.

Don Felix y Manuela.

Manuela.

Ya ellos se han ido;
señor don Felíx, salid.

Don Felix.

Apenas el alvedrio
á vuetras plantas, señora....

Manuela.

Mirad que errais el estilo,
que yo no soy doña Inés.

Don Felix.

¿Pues quién?

Manuela.

Manuela.

Don Felix.

¡Qué miro!
¿Pues donde está doña Inés?

---

(1) *Hace que ha cerrado.*

Tarugo.

Ahora saldrá á recibiros.

ESCENA XX.

Dichos, Tarugo y luego doña Inés.

Tarugo.

Ya queda el bobo en su cuarto.

Don Felix.

¿Es Tarugo?

Tarugo.

Señor mio.

¿Y doña Inés?

Manuela.

Ya saldrá.

Tarugo.

Pues salga, plegue te Cristo,
que me cuesta mi sudor
el zurcir este cariño.

Doña Inés.

Ya sale quien le agradece.

Don Felix.

Bien en las flores se ha visto,
señora, que vos salis,
pues si las marchitó el frio
la noche, vuestra presencia
les da matizes mas vivos.

Doña Inés.

Manuela, ten tú cuidado,
si hácia la puerta hacen ruido,
y si hablais sea muy quedo.

Manuela.

Hablad que yo os daré aviso.

Tarugo.

Pues seamos dos á dos.

que quiero estando contigo,
lograr el rato, y no ser
aqui el Sastre del Campillo.

Doña Inés.

Señor don Felix, dudosa
aqui os escucho, y os miro;
porque como aqueste intento,
en vos de tema ha nacido,
para vencer á mi hermano
en su opinion, yo imagino,
que es porfia, y no fineza.

Don Felix.

Suspenso, señora, he oido
en vuestra desconfianza
contra vos misma un delito;
pues cuando de la porfia
naciera en mi este designio,
al mirar vuestra hermosura
se me trocara el motivo;
porque cuando su opinion
sola me hubiese movido
á amaros, siendo forzoso,
por vuestros ojos divinos,
lo era tambien adoraros,
porque el poder de ellos mismos
la voluntad me arrastrara,
y negara mi alvedrio.
Verdad es, señora mia,
que del intento el capricho
fue el caer en vuestro hermano
aquel tan ciego delirio.
Mas luego vuestro retrato
como antes os habia visto,
y inclinacion os tenia,
me robó todo el sentido;

y para que está verdad,
y la fe con que la digo
conozcais, mano, y palabra
os daré, si en esto os sirvo,
de ser vuestro esposo, y juro
esto á los cielos divinos;
haciendo testigos de ello
á las estrellas que miro;
y ellas dirán la verdad
del amor con que lo afirmo,
que si están en vuestros ojos,
no serán falsos testigos.

Doña Inés.

Mano, y palabra, don Felix,
te aceto, y de mi te digo,
que aunque mil vidas arriesgue,
yo he de ser tuya, y tú mio;
y ahora por esta noche,
no arriesguemos lo adquirido;
procura, señor, volverte.

Tarugo.

¿Qué es volver? pléguete Cristo,
lo de dentro afuera puede,
que aquí no hay otro camino.

Doña Inés.

¿Luego no puede salir?

Tarugo.

Cerrada como castillo
está ya toda la casa.

Doña Inés.

¿Pues qué hará?

Tarugo.

Entrarse conmigo,
que yo cerraré mi cuarto.

Manuela.

Ten, que pasos he sentido.

Tarugo.

¡Qué dices cuerpo de Dios! (1)
la espada se me ha caido.

Dentro don Pedro.

¿Ola, qué ruido es aquel?

Manuela.

¡Ay Dios!

Tarugo.

Esto va perdido.

Dentro don Pedro.

Alberto, ola, sacad luces,

Dentro Alberto.

Ya vamos.

Tarugo.

Pléguete Cristo.

Doña Inés.

¿Qué hemos de hacer? ¡ay de mí!

Tarugo.

Escóndase entre estos mirtos
don Felíx, y estaos vosotras
como os estais, que al proviso,
yo daré remedio al daño.

Doña Inés.

Presto.

Don Felix.

Ya yo me retiro. *Escóndese.*

Tarugo.

Decid cuando entre, que yo
de la ventana he caido.
Con el mal de corazon
remediarlo determino.

---

(1) *Caesele la espada.*

ESCENA XXI.

Dichos, don Pedro, Alberto con luz, y Tarugo e en el suelo, como que le ha dado mal de corazon

Don Pedro.

Mirad quién está aquí dentro,
porque yo he sentido ruido.
¿Quién está aqui hermana?

Doña Inés.

Este hombre
de esa ventana ha caido.

Don Pedro.

¡Don Grisanto es vive el cielo!

Alberto.

¡Ay señor! que segun miro
le dió el mal de corazon.

Don Pedro.

Decidle vos al oido
las palabras que sabeis.

Alberto.

Eso procuro. (1)

Tarugo.

¡Ay Dios mio!

Don Pedro.

¿Qué es esto, señor?

Tarugo.

¡Ay triste!
Hombre, que me has destruido,
¿no decias que no habia en casa
mugeres, que el diablo quiso,
que me asomé á esa ventana,
y las ví, y de haberlas visto,
me dió el mal de corazon?

---

(1) *Llega á decirle Alberto las palabras al o*

Don Pedro.

¡Válgame el cielo divino;
que no previniese yo
el cerrar aquel postigo!

Tarugo.

¡Ay! que me he perniquebrado,
llevadme á la cama, amigos.

Don Pedro.

Alberto ayudadme, alzad.

Tarugo.

Quedo, mi señor, pasito,
que llevo desencajados
los huesos del entresijo.

Alberto.

Vamos, señor.

Don Pedro.

Anda paso.

Tarugo.

Si, por amor de san Lino,
que no es daño el que se vé,
sino el que queda escondido. (1)

ESCENA XXII.

Doña Inés, Manuela, y despues don Felix.

Doña Inés.

¿Qué haremos ahora, Manuela?

Manuela.

Que en nuestro retrete mismo
pase esta noche don Felix.

Doña Inés.

Eso habrá de ser preciso.
¿Don Felix?

(1) *Vanse llevándole.*

Don Felix:

¿Qué me decís?

Doña Inés.

Que la palabra te pido,
de que pasar no te atrevas
el límite en tus cariños,
que permite mi decoro.

Don Felix.

Yo señora te lo afirmo,
y lo juro.

Doña Inés:

De esa suerte,
entra en mi cuarto conmigo,
que en mi retrete podrás
pasar la noche escondido,
y luego por la mañana
puedes salir sin ser visto,
y irte al cuarto de Tarugo.

Don Felix.

Solo tu ingenio divino
hiciera......

Doña Inés.

No es sino amor,
el que me dá estos arbitrios.

Don Felix.

¿Qué en efecto ya eres mia?

Doña Inés.

Como tú, don Felix, mio.

Don Felix.

Mas cierto es esto que esotro.

Doña Inés

La desconfianza estimo.

Don Felix.

¿Por qué?

Doña Inès.

Parece fineza:

Ven tras mí.

Don Felix.

Ya tu honor sigo.

Manuela.

Y de este egemplo.....

Doña Inès.

¿Qué dices?

Manuela.

Sepan los necios del siglo,
que el guardar una muger,
si ella guardarse no quiso,
no puede ser, aunque tenga
mas guardas que el vellocino.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Don Felix y Tarugo.

Don Felix.
Ocho dias ha que aquí
estoy, Tarugo, escondido;
y un hora me ha parecido.

Tarugo.
Y cuarenta horas á mí;
segun los sustos que paso,
por haberte de ocultar;
pues es forzoso inventar
un embuste á cada paso.
Y aunque hasta aquí en general
todos me han salido bien,
puedo alguno errar tambien,
que el ingenio no es igual;
y segun los testimonios
de este hermano; temer puedo
que yo yerre algun enredo,
y nos lleven los demonios.

Don Felix.
Todo el susto que es forzoso
se descuenta en la alabanza;
que de engañarle te alcanza
á un hombre tan receloso.

ESCENA II.

Dichos y doña Inés á la ventana.

Doña Inés.

Ce.

Don Felix.

Aguarda, que á la ventana
imagino que han llamado.

Doña Inés.

¡Gran desdicha! muerta salgo.

Don Felix.

¿Muerta? ¿qué dices, mi bien?

Doña Inés.

Que ya ha sabido mi hermano
que hay hombre en casa escondido.

Don Felix.

¡Válgame el cielo!

Tarugo.

¡Zapato!

Don Felix.

¿Pues cómo ha sido?

Doña Inés.

La esclava
te vió en el jardin pasando
hácia el cuarto de Tarugo,
y todo se lo ha contado.

Tarugo.

¿La Mora?

Doña Inés.

Si.

Tarugo.

¿Pues la perra
quien la mete con los pasos,
que eso toca á los judios?

no á los moros?

Doña Inés.

Yo he arriesgado
el venir á esta ventana,
por avisarte del daño,
de que aqui mas nos importa
el poner tu vida en salvo,
que asegurar tu defensa
de riesgo tan declarado;
que viviendo tú, bien mio,
para mí no hay riesgo humano,
que por tí sabré esponerme
á peligro mas estraño;
y á Dios; que no puedo estar
mas aquí.

Don Felix.

Aguarda.

Tarugo.

Esperaos.

Don Felix.

¿Puedo ya salir de casa?

Doña Inés.

¿Cómo, si él queda en mi cuarto
registrando pieza á pieza,
y las armas en las manos,
cerrando toda la casa
andan todos los criados?
á Dios. *Vase.*

Tarugo.

Con la colorada.

Don Felix.

¡Grave mal!

Tarugo.

Frescos quedamos.
Llegó la hora, esto es hecho.

Don Felix.
¿Qué haceis?
Tarugo.
Sacar el rosario;
y ponerme bien con Dios.
Don Felix.
Pues yo he de morir matando.
Tarugo.
Eso es cosa de doctor.
Don Felix.
¿Pues qué he de hacer?
Tarugo.
Escusarlo;
que si el morir no se escusa,
el matar es valor de asno;
pues lo mismo hace una albarda,
que mata estando debajo.
Dentro don Pedro.
Requerid todas las puertas.
Tarugo.
¡Vive Cristo, que esto es malo!
Don Felix.
Este es el postrer remedio;
Tarugo, ponte á mi lado.
Tarugo.
Aguarda; pléguete Cristo,
ya dí en ella: soberano
ingenio, norte del hombre;
mas vale un ingenio claro
que todo el oro del mundo.....
Métete dentro del cuarto.
Don Felix.
¿Qué es lo que intentas?
Tarugo.
Sacarte

de esta casa á paz, y á salvo.

Don Felix.

¿Cómo?

Tarugo.

Luego lo verás.

Don Felix.

De tí tengo de fiarlo.

Tarugo.

No lo fies, que el que fia
es el que viene á pagarlo:
mas cree que has de salir;
y que el bobo del hermano
te ha de regalar primero,
y te ha de ir acompañando.
Entra presto.

Don Felix.

No lo creo.

Tarugo.

Entrate allá con mil diablos. (1)

ESCENA III.

Dichos, don Pedro, Alberto, y Sancho con escopetas.

Don Pedro.

Es imposible escaparse.
Poneos vos aquí, Sancho.

Sancho.

Déjeme usancé apuntar,
y venga el género humano.

Don Pedro.

Guardad esa puerta, Alberto.

Tarugo.

¿Qué es esto? ¿armas en mi cuarto?

---

(1) *Entrase don Felix.*

¿ pues qué prevencion es esta ?

Don Pedro.

He sabido, don Crisanto,
que andan ladrones en casa.
Encubrir quiero el agravio *ap.*
que de mi hermana presumo.

Tarugo.

A buen tiempo en esto os hallo,
cuando tengo una visita,
y venia á suplicaros,
que me hiciesen chocolate,
que es el preciso agasajo
que á una visita se debe.

Don Pedro.

¿ Visita hay en vuestro cuarto ?

Tarugo.

Si, amigo, y de cumplimiento,
que no he podido escusarlo;
porque como ya por cartas
está el concierto tratado
de mi hermana; y ya está el novio
de mi venida avisado,
supo donde estoy, y ahora
le encontré saliendo acaso,
que buscándome venia,
y así le tengo en mi cuarto.

Don Pedro.

¿ Qué aqui está ?

Tarugo.

El entró conmigo
delante de esos criados.

Don Pedro.

¿ Quién ?

Tarugo.

Don Felix de Toledo.

Don Pedro.

¡Cuanto va que ha sido acaso *ap.*
el hombre que vió la esclava!
¿Y al jardin habeis entrado
con él?

Tarugo.

Lo primero que hice
fue llevarle á ver los cuadros,
y al punto que los miró,
se quedó el hombre pasmado.

Don Pedro.

¿Qué decís?

Tarugo.

Dice que ha visto
Retiro, casa de Campo,
Aranjuez; pero ningunos
le llegan á su zapato.
Si á don Felix le parece
la novia como los cuadros,
los amantes de Teruel
con él han de ser guijarros.

Don Pedro.

¿Veis como son necios sustos *á Albert.*
los que siempre me estais dando?

Alberto.

Digo que entrar no le he visto.

Sancho.

Ni yo.

Tarugo.

¡Hay tales mentecatos!
¿delante de vos no entró?
por señas, que al darle paso
se os cayó al suelo la gorra.

Sancho.

¿La gorra á mí? ¡Verbum caro!

Señor, tal hombre no he visto.

Tarugo.

Si eso decís, no me espanto
que os olvideis de la gorra.

Don Pedro.

Misterio tiene el negarlo. *ap.*
¿Este es el cuidado, Alberto,
que de mi honor os encargo?
Ved si por donde entró un hombre,
sin verle tantos criados,
pueden haber entrado otros.

Alberto.

Señor.....

Don Pedro.

Andad, descuidados.

Alberto.

Sino es que ha sido invisible.

Don Pedro.

Idos allá fuera.

Alberto.

Vamos.

Sancha.

Por Dios que pienso que entró; *ap.*
mas yo siempre estoy rezando,
y no puedo tener cuenta
en la vista, y en la mano.

Tarugo.

Haced que hagan chocolate.

Don Pedro.

Alberto.

Alberto.

Voy á mandarlo.

ESCENA IV.

Don Pedro, Tarugo, y despues don Felix.

Don Pedro.

Miren si decia yo bien, *ap.*
que era imposible mi agravio,
guardando tanto mi honor;
porque aunque este hombre ha entrado,
suceder puede una vez
en una casa un acaso,
mas no es para cada dia,
Señores, no hay que dudarlo,
el que guardare su honor,
hallará lo que yo hallo.

Tarugo.

Al novio quiero llamar.
¿Señor don Felix?

Don Felix.

Ya salgo.

Tarugo.

A conocer por mi dueño
al señor don Pedro os llamo,
porque cierto, que en su casa
recibo todo agasajo.

Don Pedro.

Mi obligacion es serviros.

Don Felix.

Don Pedro, y yo ha muchos años,
que somos grandes amigos.

Tarugo.

Mucho me huelgo; sentaos.
¿Qué os parece de la novia,
pues habeis visto el retrato? *Siéntanse.*

Don Felix.

Aseguro hermano mio,

que no caben en mis labios
los hipérboles que debo
al bien que en él idolatro.
Absorto en ver su hermosura
todas las noches me paso;
y crece tanto mi amor
con esta dicha que alcanzo,
que presumo que lo escucha,
y está durmiendo á mi lado.

Tarugo.

¿Qué digera el hermanico, *ap.*
si aquí hubiera un comentario
que la alegoría esplicase?

Don Felix.

Aun de admirarme no acabo *ap.*
del ingenio de Tarugo.

Don Pedro.

Estando ya en este estado
el casamiento, don Felix,
el parabien puedo daros:
goceis esa mi señora
en dulce paz muchos años.

Don Felix.

Yo le recibo, don Pedro,
y sea para lograrlos,
viendo vos la suerte mia.

Tarugo.

La suya vendrá debajo. *ap.*
¡Vive Cristo que es lo mas
que ha podído hacer el diablo,
que de que le hurte la hermana
dé parábien un hermano!

Don Pedro.

Miren esto, yo pensaba *ap.*
que don Felix con engaño

ponia en mi hermana los ojos;
y que el caso averiguado,
tiene su ambre en las indias.
¡Lo que es juicio temerario!

Don Felix.

Hermano dadme licencia,
porque he de ir á palacio
á hacer una diligencia.

Tarugo.

Aguardad, que aun es temprano;
¿no viene ya el chocolate?

ESCENA V.

Dichos, y Alberto y dos criados con jícaras de chocolate.

Alberto.

Aquí está.

Tarugo.

A queso aguardo;
que la mejor circunstancia *ap.*
que aquí tiene aqueste caso,
es haber hecho mi industria
que él le regale á mi amo.
Tomad hermano.

Don Felix.

Señor,
eso por mi es escusado;
que le he tomado dos veces.

Tarugo.

No se os dé nada, tomadlo,
que el chocolate en Madrid
se usa ya como el tabaco.

Don Pedro.

Hacedme á mi esta lisonja.

Don Felix.

Ya lo bebo, si es mandado.

Tarugo.

¡Cuerpo de Dios que bien hecho!
cierto que parece caldo
de empanada de figon.

Don Felix.

Mucho toma el don Crisanto. *ap.*

Tarugo.

Yo lo bebo, y no lo sorbo.

Don Felix.

Si es deuda de cortesano,
para cumplimiento basta.

Tarugo.

Dadlo acá, si dejais algo.

Don Felix.

Mirad que está muy caliente.

Tarugo.

Tengo el gaznate empedrado.

Don Pedro.

Don Felix, aquesta casa,
que en vos no es nuevo agasajo,
ya con mas obligacion
por el señor don Crisanto,
podeis honrar como vuestra.

Don Felix.

Yo espero ser de ella tanto
como él, y mas, si os merezco
mas favor, por mas esclavo.
Guardeos Dios.

Don Pedro.

Dadme licencia
de que os vaya acompañando
hasta palacio en mi coche.

Don Felix.

No ha de ser eso, quedaos.

Don Pedro.

Yo he de ir con vos.

Don Felix.

No ha de ser.

Tarugo.

Pues partase el agasajo,
dadnos el coche á los dos,
que yo á acompañarle salgo.

Don Felix.

¿Qué es lo que intentas, demonio? *ap.*

Tarugo.

He de hacer que aqueste hermano *ap.*
te dé la cama tambien.

Don Pedro.

Pues si quereis eso, vamos.

Don Felix.

No habeis de pasar de aquí.

Don Pedro.

Yo solo obedezco, y callo:
que llegue el coche, Domingo.

Don Felix.

Don Pedro, besoos las manos.

Tarugo.

A Dios.

Don Pedro.

El guarde á los dos.

Tarugo.

Señor receloso, vamos. *ap.*

ESCENA VI.

Don Pedro y Alberto.

Don Pedro.

Viven los cielos, Alberto,

que casi desesperado
me tiene vuestro descuido.

Alberto.

¡Vive el cielo soberano!
que tal hombre entrar no he visto,
y de la puerta no falto
hasta la hora que me acuesto,
desde la que me levanto;
y no sé como esto sea.

Don Pedro.

De que eso digais me espanto,
¿Este hombre entró por el cielo?
¿que estaba dentro no es claro?
luego si entró por la puerta,
que no le visteis, es llano?

Alberto.

Yo he de perder el sentido.

Don Pedro.

Mas le perderé yo, dando
ocasiones á mi hermana,
nacidas de sobresalto
de vuestra mucha torpeza.

Alberto.

¿Pues no es mejor escusaros
de ese desvelo, y casarla?

Don Pedro.

A eso estoy determinado,
y hoy ha de ser, vive Dios.

ESCENA VII.

Dichos, doña Inès y Manuela.

Doña Inès.

Manuela, el ingenio raro
de Tarugo, dió el remedio,

ahora importa hacerle el cargo.
No dirás, don Pedro, ahora,
que son mis quejas en vano;
mira si tenerlas puedo
de estos zelos mal fundados;
pues por tu injusta sospecha,
con arrojos temerarios,
tanto tu opinion desdoras
como infamas mi recato.
El cuerdo en una sospecha
ha de callar recatado;
porque si cuando la tiene
hace público el agravio,
cuando sabe que es injusta,
y lo que pensó es en vano,
solo él queda satisfecho,
y no los que le escucharon;
que tú para tí lo estés,
no te saca del agravio;
que de la opinion de todos
se comprende el ser honrado.
Y aunque tú quedes contento,
no lo queda mi recato;
pues la que tú habrás creido,
habrá quien quiera dudarlo.
Yo en fin no te he de sufrir,
que tus zelosos engaños
con todos me infamen, siendo
tú solo el desengañado.
Conventos tiene Madrid,
donde mientras que me caso
podré estar....

Don Pedro.

Detente, hermana,
que en mi error considerando

la mucha razon que tienes,
quiero escusar estos daños,
Ya yo te tengo casada.

Doña Inés.

¿Y con quien saber aguardo?

Don Pedro.

Es con don Diego de Rojas,
un caballero bizarro.

Doña Inés.

¿Y sabes tú si yo quiero?

Don Pedro.

¿Pues queriendo yo, no es llano,
que has de querer tú tambien?

Doña Inés.

¿No; que soy yo quien me caso.
Si tú hubieras de vivir
con mi marido á tu lado,
bastaba que tú quisieses;
pero habiendo yo de estarlo,
es menester que yo quiera
el marido, y no tú, hermano;
que no ha de ser la eleccion
de quien no ha de ser el daño.

Don Pedro.

¿Pues como tú me respondes
con esa libertad?

Doña Inés.

Paso,
¿pues no tengo yo alvedrio?

Don Pedro.

Doña Inés, no en este caso.

Doña Inés.

¿Pues en cual?

Don Pedro.

En otro intento,

que puede ser voluntario.

Doña Inés.

Yo no conozco ninguno.

Don Pedro.

Muchos hay.

Doña Inés.

Dirás acaso
en elegir confesor.

Don Pedro.

Yo no digo, mi señalo
mas de que has de obedecerme:
mas en este mandato
que yo soy tu padre aquí.

Doña Inés.

¿Padre nuestro? y que milagro
muy mozo sois, padre mio.

Don Pedro.

No hagamos chiste del caso,
que vive Dios, doña Inés...
mas todo esto es escusado,
lo que te prevengo es solo
que luego á don Diego traigo,
que le he dado la palabra,
y que le has de dar la mano.
Guardad, Alberto, esas puertas;
que hoy saldreis de este cuidado.

ESCENA VII.

Doña Inés y Manuela.

Doña Inés.

¿Manuela, no oyes aquesto?

Manuela.

Señora, no hay, pues te ha dado
don Felix mano de esposo,
sino ganar por la mano;

peticion, doblon de á ocho,
y darle con el Vicario.

Doña Inés.

Bien dices si ser pudiese;
mas no sé de quien fiarlo,
para que avise á don Felix.

Manuela.

Tarugo vendrá volando.

Doña Inés.

¿Y si acaso se tardase,
que ignora el riesgo en que estamos;
y mi hermano con don Diego
vuelve, y su furor tirano
á dar la mano me obliga?

Manuela.

Eso seria muy malo:
mas apelar á la audiencia
del susodicho Vicario,
que yo juraré la fuerza,
y la maña.

Doña Inés.

Eso es en vano,
que hay muchos riesgos, y en fin
es pleito.

Manuela.

Pero ordinario.

ESCENA VIII.

Dichas y Alberto.

Doña Inés.

No sé aquí de quien valerme.

Alberto.

Doña Ana Pacheco ha entrado
á visitaros.

8

Doña Inés.

¿Mi prima?
venga en buen hora.

Manuela.

El recado
puede dar ella á don Felix.

Doña Inés.

No hará ella tal por mi hermano,
porque ha de ser su marido.

Manuela.

Si es cuñada, dala al diablo.

ESCENA IX.

Doña Inés, Manuela, y doña Ana.

Doña Ana.

¿Doña Inés?

Doña Inés.

¡O prima mia!
dame en albricias los brazos.

Doña Ana.

De que os llego á ver tan buena.
¿Puedo sin recato hablaros,
porque he menester secreto?

Doña Inés.

Con Manuela nó hay recato,
porque de ella el alma fio.

Doña Ana.

Siendo así, vamos al caso.
Yo he venido, doña Inés,
lo primero, á visitaros
por mi obligacion, y luego
por sacar de un sobresalto
en que teneis, á quien fia
de mí todos sus cuidados;

y para que no estrañeis
el intento en que he de hablaros,
ya vos sabeis, prima mia,
como estaba concertado
ya ha dias el casamiento
conmigo y con vuestro hermano.
Su zelosa condicion,
solo ha sido el embarazo
que no me case con él,
cuando yo en sus partes hallo
todas las de un caballero
de su sangre, y de su aplauso.
Y en fin, como siento en él
tal error, he procurado
suavizarle con razones,
moverle con desengaños.
Mas siendo su terquedad
tanta, que al fin, yo no basto,
me valí de la esperiencia,
que es argumento mas claro.
Y sabiendo, que don Felix
de Toledo, enamorado
de vos estaba, le dige,
que intentase festejaros;
porque habiendo conseguido
vuestra voluntad, casado
con vos, sin haber noticia
en ello de vuestro hermano,
aunque á él le está tambien,
tenga un castigo, sin daño
del yerro de la opinion,
y halle, que no hay medio humano
de guardar una muger,
si ella quiere contrastarlo:
que conseguido el intento

podré yo darle la mano;
porque para mi marido
le quiero desengañado.
Esto supuesto, don Felix
me ha dicho lo que ha pasado;
y sabiendo que os dejaba
con algun susto del caso,
yo vengo aquí de su parte,
porque hableis sin embarazo;
á que me digais el medio,
que escogeis para casaros,
que él se dispondrá á cualquiera,
aunque temais intentarlo.

Doña Inés.

No paseis mas adelante,
que el cielo aquí os ha enviado
para enmendar el peligro.
Yo á don Felix idolatro,
y el riesgo yo me le escojo;
pues el riesgo en que me hallo,
me obliga á valerme de él:
yo ahora estoy esperando
que con don Diego de Rojas
venga á casarme mi hermano;
y el remedio que hay, es solo
que don Felix, ó arrojado,
ó industrioso, ó con el medio
de valerse del Vicario,
venga á sacarme de aquí;
porque sino, á riesgo estamos
del amor, y de la vida
él, y yo..... Pero mi hermano
viene; señora doña Ana,
válgame aqui vuestro amparo,
en este riesgo en que estoy,

ved si podeis dilatarlo
hasta que tenga don Felix
aviso, y pueda escusarlo,
sacándome de este riesgo:
y á Dios, que entra ya mi hermano.

Manuela.

Hoy sin duda aquí ha de haber
una de todos los diablos.

ESCENA X.

Don Pedro, don Diego y despues doña Ana.

Don Pedro.

Todo lo consigue el oro.
Mirad que presto sacamos,
sin las amonestaciones,
licencia de desposaros.

Don Diego.

Es tanta dicha, don Pedro,
que estoy confuso, y turbado;
no sé como os agradezca
esta ventura que gano.

Don Pedro.

No mas sustos, vive Dios.
Ya estoy de guardar cansado
á mi hermana, pesie á ella;
guárdela este mentecato,
que el peligro del marido
no esta á cuenta del hermano;
viva cuidadoso él.

Sale doña Ana.

De ver á mi prima salgo,
que ha dias que no la he visto,
y me voy yo..... Mientras hallo *ap.*
medio de dar el aviso

á don Felix; que el sacarlo
de aquí, ha de ser el mejor.

Don Pedro.

Pues á tiempo habeis llegado,
que es forzoso que os quedeis,
porque luego al punto aguardo
que se despose mi hermana,
que con don Diego la caso.

Doña Ana.

Ya no es posible quedarme,
que estando ahora en el estrado
me ha dado allí un accidente
con principio de desmayo,
y se va avivando mucho,
que es lo que me dá cuidado,
y así es forzoso irme luego.

Don Pedro.

Perdonad no acompañaros,
por quedar en este empeño.

Doña Ana.

Cuando podeis dilatarlo,
por el plazo solamente
de venirme acompañando,
sin riesgos del desposorio,
sois muy poco cortesano
en escusaros de empeño
á que estais tan obligado,
por vos, por mí, y por deciros
que voy con este cuidado.
Pero si sois tan grosero,
que cuando esperais mi mano
teneis otras atenciones,
la calidad no reparo
por primero que la mia:
señor don Pedro quedaos,

que habiendo yo de ir con vos,
que iré mejor sola es llano,
que tan mal acompañada.

Don Pedro.

Señora, aguardad.

Doña Ana.

Ya aguardo.

Don Pedro.

Perdonadme, y sea disculpa
la llaneza con que os trato,
que yo no puedo tener
mas dicha que acompañaros.

Doña Ana.

Eso que llamais llaneza
vos, en lo que es agasajo,
á cualquier muger se debe.
Dispensais mal cortesano
con la que amor os obliga:
¿con qué título, ó que cargo
desestimais la licencia
que os doy yo de ir á mi lado?
¡Conmigo llaneza! andad
que sois necio, y mal mirado.

Don Diego.

Mal habeis hecho.

Don Pedro.

Forzoso
será el irla acompañando,
aunque ella no lo permita;
venid vos conmigo.

Don Diego.

Vamos.

ESCENA XI.

DECORACION DE CALLE.

Tarugo, don Felix, y despues una criada.

Don Felix.
Tarugo, riesgo notorio.
Tarugo.
Quien te sacó sin azar,
bien merecia sacar
un alma del Purgatorio.
Criada.
Sin duda son estos dos.
¿Señor don Felix?
Don Felix.
¿Quién llama?
Criada.
Quien buscándoos con gran prisa
por aquestas calles anda.
Don Felix.
No conozco con quién hablo.
Criada.
Criada soy de doña Ana,
y me envia con cuidado,
á deciros lo que pasa.
Don Felix.
¿Pues qué hay?
Criado.
Don Pedro Pacheco
quiere casar á su hermana
con un don Diego de Rojas;
y esto está ya de tal data,
que si vos no acudís luego
á sacarla de su casa,

la ha de casar esta noche:
ella está determinada
á que la saqueis del riesgo,
pensad vos como sacarla;
porque á deciros me envia,
que en vós tiene su esperanza:
y á Dios. *Vase.*

ESCENA XII.

Don Felix y Tarugo.

Don Felix.
! Válgame mi amor!
¿Tarugo, amigo, á qué aguardas?
¿Tarugo?
Tarugo.
¿Qué Tarugueas?
¿qué he de hacer yo, si la casa?
Don Felix.
Aplicar algun remedio
á tan forzosa desgracia.
Tarugo.
¿Qué remedio? ¿soy yo unguento
de sánalo todo?
Don Felix.
El alma
se está saliendo del pecho.
Tarugo.
Señor, déjala que salga.
Don Felix.
¿Qué dices?
Tarugo.
Que así saldrá
ella tambien que es tu alma.

Don Felix.

Pues vive Dios que yo estoy
resuelto á entrar, y sacarla
á todo riesgo.

Tarugo.

¿Eso intentas,
siendo un castillo esta casa?

Don Felix.

¿Tarugo, yo he de arriesgar,
siendo su violencia tanta,
que mi diligencia llegue
tarde, sí aquí se dilata?
Para entrar contigo allá,
ya está la licencia dada,
y para salir con ella
el valor es quien lo allana.

Tarugo.

¿Y te parece eso fácil
con la gente que la guarda,
y mas si está aquí el hermano,
y el novio que le acompaña,
que hechos pedazos entre ellos,
no hay á tajada por barba?

Don Felix.

Pues Tarugo esto ha de ser.
ven á entrar conmigo.

Tarugo.

Aguarda,
que ya he pensado una industria
con que tengo de sacarla
á doña Inés de este riesgo.

Don Felix.

¿Qué dices?

Tarugo.

Que á esta ventana

me dejes llegar primero
á saber si ahora está en casa
don Pedro.

Don Felix.

No sea, Tarugo,
que ahora yerres la traza.

Tarugo.

¿Ahora la habia de errar
á la tercera jornada,
para que á silvos me abriesen?

Don Felix

Pues mira que si haces falta....

Tarugo.

No haré tal.

Don Felix.

A que te espones.

Tarugo.

A que me dés de puñadas;
¿y si acierto?

Don Felix.

Mil escudos,
y el vestido de escarlata,
tambien con sus aderezos.

Tarugo.

Con eso saco la cara,
sin temor de que don Pedro
diga al saber la maraña,
que me he puesto colorado.
Aqui has de esperar.

Don Felix.

Acaba.

Tarugo

Hago una seña á esta reja.

Dentro doña Inés.

Manuela, mira quien llama.

ESCENA XIII.

Dichos, y Manuela y doña Ines á la reja.

Manuela.

¿Quién es?

Tarugo.

Yo soy.

Doña Inés.

¿Es Tarugo?

Tarugo.

¿Ipsa, tu hermano está en casa?

Doña Inés.

No.

Tarugo.

Pues poneos los mantos,
y para ir bien disfazadas
algunas basquiñas viejas;
y luego, luego en volandas
idme á esperar á mi cuarto.

Doña Inés.

¿Para qué?

Tarugo.

Así he de sacarlas.
Vayan luego.

Doña Inés.

Pues si Alberto....

Tarugo.

No repliquen noramala;
¡han visto, que estas mozuelas
siempre han de ser mal mandadas!

Doña Inés.

Luego vamos.

Tarugo.

Eso pido,

por ellas voy; tú me aguarda
en ese portal de enfrente.

Don Felix.

En tí dejo mi esperanza.

Tarugo.

Entro en casa, Dios delante,
invocó ahora la pala
de Ceron, que es en Madrid
la cosa que mejor saca.

ESCENA XIV.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Alberto y Sancho.

Alberto.

Sancho, estad con gran cuidado,
pues tan poco al plazo falta
de esta prolija asistencia.

Sancho.

Ya los ojos se me saltan
de atisbar á cuantos vienen,
que aquel que entró esta mañana
yo le ví; mas me olvidé.

Alberto.

¿Pues por qué me lo negaba?

Sancho.

No habia cantado el gallo.

ESCENA XV.

Dichos y Tarugo.

Tarugo.

Sea Dios en esta casa,

Sancho

Guarde á Usancé muchos años.

Tarugo.

Ya es la calor demasiada,
quiero entrar á desnudarme.

Sancho.

Usancé en buen hora vaya.

Tarugo.

Aquella es la guarda vieja, *ap.*
mas la amarilla es la mala.

Alberto.

Venga, señor, en buen hora.

Tarugo.

¿Habrá frio?

Alberto.

Las garrafas
estan siempre prevenidas.

Tarugo.

Pues á mi cuarto las traigan.

Alberto

¿Quereis agua de limon?

Tarugo.

Esas bebidas nos matan.
¿Han puesto á enfriar cerbeza?

Alberto.

¿Quereisla?

Tarugo.

Si, que es más sana

ESCENA XVI.

Alberto y Sancho.

Alberto.

Estraño es el don Crisanto.

Sancho.

¡Mal año, y cual se regala!
Medio Madrid me hizo ayer
andar buscando patatas.

ESCENA XVII.

Dichos y Tarugo corriendo.

Tarugo.

¡Jesus, Jesus, qué traicion!
¿Aquí mugeres tapadas?
¿Así me quereis matar?
¿pues qué es esto, guardas falsas?

Alberto.

¿Señor, qué es lo qué decis?

Tarugo.

¿Qué he de decir? Lo que pasa:
¿dos mugeres en mi cuarto,
sabiendo que á mi me mata
el ver mugeres de noche?
Yo voy á buscar posada,
aunque duerma en un meson.

Alberto.

¿Qué es esto, señor? aguarda.

Tarugo.

Esto es gran bellaquería.

Alberto.

¿Mugeres estan en casa?
¿por donde han de haber entrado?

Tarugo.

¿Pues eso dudais? miradlas.

ESCENA XVIII.

Dichos, doña Inès y Manuela disfrazadas y tapadas.

Alberto.
¡Valgame el cielo, qué veo!
Sancho.
¿Qué es esto? ¡Santa Susana!
Alberto.
¿Pues quién son estas mugeres?
Tarugo.
¿Pues eso no es cosa clara?
¿quién han de ser? busconcillas
que se andan buscando gangas,
y habrán olido el indiano.
Alberto.
¡Hay desvergüenza tan rara!
Sancho.
Antes que venga don Pedro,
Alberto, echaldas de casa.
Alberto.
Pues antes, viven los cielos,
tengo de verlas la cara.
Tarugo
Tente, hombre de Barrabas,
¿qué es lo que intentas? aguarda,
¿no ves que el mal no me ha dado
porque encubiertas estaban?
Alberto.
Mugeres, idos de aquí,
idos al instante.
Sancho.
Vayan
á los árboles del Prado.

Tarugo.

Véyanse, pesie sus almas.

ESCENA XIX.

Tarugo, Alberto y Sancho.

Alberto.

¡Hay tan gran bellaquería!

Sancho.

¡Hay desvergüenza mas rara!

Tarugo.

Milagro de Dios ha sido
no meter á una esta daga.
Vosotros teneis la culpa.

Alberto.

Señor....

Tarugo.

No me hableis palabra;
andad, que sois un pobrete
y sois....

Alberto.

¿Qué soy?

Tarugo.

Un panarra. *Vase.*

Alberto.

Vive Dios, que por don Pedro
sufro aquestas palabradas:
el Sancho, tiene la culpa.

Sancho.

¿Yo?

Alberto.

Sí, que por él pasan;
y es que no tiene cuidado.

Sancho.

¿Pues vuesarcé dónde estaba?

si no lo ve, siendo mozo,
¿qué haré yo con estas canas?
creame, que ni usancé,
ni yo, somos para guardas. *Vase*

Alberto.

Vive Dios que estoy corrido;
válgate el diablo por casa,
y quien me ha metido en ella
á ser yo guarda de hermanas.

ESCENA XX.

DECORACION DE CALLE.

Don Felix por una parte, y Doña Inés y Manuela por otra.

Don Felix.

¡Cielos, sin duda son ellas!
¡Vive Dios; que ha sido rara
la cautela de Tarugo!

Doña Inés.

Aquí dijo que aguardaba.

Don Félix.

¿Sois el dueño de mis ojos?

Doña Inés.

Soy quien ya tiene esperanza
y á vivir vuelve á tu vista.

Don Felix.

Encúbrete bien la cara;
que aunque es de noche, sus luces
para conocerla bastan;
y importa el ir encubierta:
¿mas como entre tantas guardas
posible ha sido salir?

Doña Inés.

Con la agudeza mas rara
que pensar pudo el ingenio,
las dejó á todas burladas.

Manuela.

Todo lo ha hecho Tarugo;
habia de ser de plata
para el chapin de la reyna.

Doña Inés.

Vámonos, señor, á casa
de doña Ana, porque allí
me halle mi hermano casada;
no arriesguemos esta dicha,
porque su agudeza es tanta,
que es para oirla despacio.

Don Felix.

Sígueme, pues; pero aguarda,
que viene gente.

ESCENA XXI.

Dichos, don Diego y don Pedro.

Don Pedro.

Don Diego,
ya queda desenojada
doña Ana, con que tambien
yo me casaré mañana.

Don Diego.

Ella ha tenido razon.

Don Pedro.

¿Mas qué gente es la que pasa?

Don Diego.

Un hombre con dos mugeres.

Don Pedro.

Mi condicion es estraña,

*

cualquier sombra me da zelos
de mi honor.

Don Diego.

Vamos.

Don Pedro.

Aguarda;
¿quién va?

Don Felix.

Un hombre, ¿no lo ven?

Don Pedro.

¿Pues quién es quien le acompaña?

Don Felix.

¿Sois justicia?

Don Pedro.

Ni aun piedad.

Don Felix.

¿Sino es justicia, qué manda?

Don Pedro.

¿Es don Felix?

Don Felix.

¿Es don Pedro?

Don Pedro.

Perdonad, pues fue la causa
de no haberos conocido.

Doña Inés.

¡Hay muger mas desdichada! *ap.*

Don Pedro.

Disculpado estais con eso.

Doña Inés.

¡Yo estoy muerta! *ap.*

Manuela.

¡Aquí me mata! *ap.*

Don Felix.

¿Quereis algo?

Don Pedro.

Dad licencia,
sino es que esto os embaraza
yendo con tal compañia,
de que yo sirviendo os vaya
porque no os encuentren otros.

Don Felix.

Su necia desconfianza *ap.*
me ha de pagar, vive Dios.
Esta señora es casada,
y voy con grande recelo
que me sigan de su casa
yendo solo, y os suplico
que os vengais conmigo.

Don Pedro.

Basta;
los dos que estamos iremos.

Don Diego.

Vamos, pues.

Don Felix.

Yo os doy las gracias,
que me haceis un grande gusto;
delante id.

Don Pedro.

De buena gana.

Don Diego.

Vamos delante don Pedro.

Doña Inés.

¿Qué has hecho don Felix?

Don Felix.

Calla.

Don Pedro.

Miren cual anda don Felix,
para inquietarme á mi hermana;
al cabo sabe que son

pocas mis desconfianzas.

Don Felix.

Venid vosotras tras mí.

Doña Inés.

Voy temiendo una desgracia.

Don Felix.

Vive Dios que me la lleva
su mismo hermano á mi casa.

ESCENA XXII.

SALA EN CASA DE DOÑA ANA.

Doña Ana y Tarugo.

Tarugo.

Aquesto que te digo ha sucedido.

Doña Ana.

Y como tuya, al fin, la industria ha sido.

Tarugo.

Ya el hábito, y vestido me he quitado,
y cuando llegue á estar desengañado
de lo que al tonto presumirle plugo,
me planto en su presencia de Tarugo.

Doña Ana.

Muerto se ha de quedar de ver el caso.

Tarugo.

Celebrado ha de ser en el Parnaso
el cuento, pues haberle yo engañado,
mas de dos mil escudos le ha costado.

Doña Ana.

¿A dónde está don Felix?

Tarugo.

Ya con ella;
mas no está sino aquí.

ESCENA XXIII.

Dichos, don Felix, doña Inés y Manuela.

Don Felix.

Feliz estrella
hasta veros, doña Ana, me ha guiado.

Doña Ana.

El parabien os doy.

Don Felix.

Mas he logrado
de lo que vos pensais.

Doña Ana.

¿Qué ha sucedido?

Don Felix.

Que hasta aquí acompañándome ha venido
don Pedro, sin saber que era su hermana
la que venia conmigo.

Tarugo.

Jesus que gana
me ha dado de reir.

Don Felix.

Y aguarda abajo.

Doña Ana.

Pues entraos allá todos, que al atajo
se ha de echar por aquí de este suceso.

Tarugo.

Si, porque eso es armársela con queso.

Doña Ana.

Baja, y llama á don Pedro, que entre luego.

Don Felix.

Vamos.

Doña Inés.

En mis temores no sosiego.

Tarugo.

Entra allá dentro, y tu temor se venza,
que él no ha de hablar palabra de vergüenza.

Doña Ana.

Si con esto se diere por vencido,
sabrá lo que ha de hacer siendo marido.

ESCENA XXIV.

Doña Ana, don Pedro y don Diego.

Don Diego.

¿Qué me mandais señora?

Doña Ana.

¿Acompañado
venía?

Don Pedro.

Voy con don Diego mi cuñado.

Don Diego.

Yo soy criado vuestro.

Doña Ana.

Yo os estimo,
pues esta noche habeis de ser mi primo.
Don Pedro, yo he deseado
en vuestra opinion vencer
una ceguedad tan loca,
pues confesar no quereis,
que no se puede guardar,
si ella quiere á una muger.

Don Pedro.

Y ahora es cuando mas lo niego,
pues hasta aquí lo negué
por discurso, mas ahora
por esperiencia lo sé.

Doña Ana.

¿Pues si yo os pongo un egemplo,

en que, aunque mas lo dudeis,
llegueis con los mismos ojos
á ver que no puede ser,
confesaréislo?

Don Pedro.

¿Como
á mí ponerme podeis
ese egemplo? Aqueso solo
es lo que no puede ser.

Doña Ana.

¿No pensais que en vuestra casa
está ahora doña Inés?

Don Pedro.

Y de esto estoy muy seguro.

Doña Ana.

Pues para que egemplo os den
vuestras mismas ceguedades...
Don Felix y doña Inés,
salid á fuera.

ESCENA XXV.

Dichos, doña Inés y don Felix.

Don Felix.

Aqui estamos.

Don Pedro.

¿Qué es lo que mis ojos ven?
¿pues quién te trujo aquí?

Don Felix.

Vos.

Don Pedro.

¿Qué decís?

Don Felix.

Que aquesta fue
la dama que acompañasteis

conmigo.

Don Pedro.

¡Ah traidor cruel!
¿pues tú á mí me has engañado?

Don Felix.

Tened, que no os engañé;
con una muger casada
dige que iba, y verdad es
que doña Inés es casada,
puesto que ya es mi muger. (1)

Doña Inés.

Y habeis de saber, hermano,
que esto solo os está bien.

Don Diego.

Bien dice, pues ya el casarme
con ella no puede ser.

ESCENA XXVI.

Dichos, Tarugo y Manuela.

Tarugo.

Sosiéguense, que es Manuela
de don Grisanto tambien.

Don Pedro.

¡Cielos, qué es esto que miro!

Tarugo.

¿Qué se espanta? esto que vé
no fue por arte del diablo,
ni milagro, sino es
que con limpieza de manos,
el que don Crisanto fue
se ha convertido en Tarugo:
mamola vuesa merced.

(1) *Dánse las manos.*

Manuela.

Y yo tambien soy su esposa.

Doña Ana.

¿Viendo esto, qué direis?
¿puede una muger guardarse?

Don Pedro.

Digo que no puede ser,
y que miente el que lo piensa.

Doña Ana.

Pues como esto confeseis,
ya podeis ser mi marido.
Esta es mi mano tambien.

Don Pedro.

Corrido aceto la dicha.

Don Felix.

Y sirva este egemplo fiel
para los que se presumen,
que el guardar una muger
es facil; con este aviso,
digan, que no puede ser.

No puede ser.

El pensamiento de esta comedia, el plan, la conducta de la fábula, la intriga, el desenlace y aun los caractéres, todo es obra original de Lope. Nuestros lectores han visto ya el *Mayor imposible* en el cuaderno 11, y ahora en éste una copia de aquella pieza, muy mejorada sin duda por el autor del Desden con el desden. Este célebre escritor adoptó muchas de las creaciones de Lope, y aunque á veces no sigue exactamente la marcha de su modelo, siempre que se separa de él, lo hace con tal acierto que acredita su buen gusto y su talento cómico. En esta pieza suprimió los personages ociosos, dió mas enlace y unidad á la accion, mejoró las situaciones, y formó en fin una de las mejores composiciones dramáticas de nuestro antiguo teatro. En el *Mayor imposible* se funda la intriga en la disputa que origina la pregunta de la Reina, que es puramente casual.

En la comedia de Moreto doña Ana propone la cuestion en un enigma; no por pasatiempo y diversion, sino con la idea de corregir el carácter celoso de don Pedro, con quien ha de casarse, y convencerle prácticamente de que es imposible el guardar una muger.

Don Pedro, señor don Felix,
es mi galan y mi deudo,
y por ciertas prevenciones
dilato mi casamiento,
estando ajustados ya
entre los dos los conciertos:
para hacerle mi marido
quisiera verle mas cuerdo, &c.

Asi dice en la escena III del primer acto; y en la XXIII del último:

Si con esto se diere por vencido
sabrá lo que ha de hacer siendo marido.

Esta intencion dramática está mas meditada que la de Lope, es mas propia del argumento, y escita con mas viveza la curiosidad de los espectadores. Con el mismo acierto colocó á todos los interlocutores en la clase media de la sociedad, suprimió los personages del Rey de Aragon y del Almirante, y evitó las digresiones que entorpecen el curso de la accion en la comedia de Lope, con las cuartanas de la Reyna y su matrimonio con aquel Monarca.

Conservó casi todas las situaciones: pero variadas algunas de ellas. Lope introduce á Ramon vestido de buhonero en casa de Diana, y Moreto presenta á Tarugo como oficial del sastre que hace de vestir á doña Inés. Estas dos escenas son buenas; pero la de Lope nos parece superior; porque ademas de estar bien desenvuelta, y escrita con delicadeza y urbanidad, se vé en ella preparada la seduccion con mas decencia y artificio que en la de Moreto. La llegada de don Pedro no produce mas efecto que asustar á Tarugo y aumentar las sospechas de doña Inés, que le apura para que se declare.

Hombre, quien quiera que seas,
no me niegues la verdad;
que en el susto he conocido
que no eres sastre: habla ya
sin miedo, y yo te aseguro
que de mi puedes fiar.

Ademas de no ser necesaria esta venida de don Pedro, perjudica despues á la verosimilitud de la escena IX del acto segundo, cuando Tarugo se hospeda en su casa; pues habiéndole visto y hablado ya, parece que debia reconocerle á pesar de su nuevo disfraz.

El arbitrio de que se vale el fingido don Crisanto, para facilitar á su amo la entrada en casa de don Pedro, es mas verosimil y teatral que el que discurre Ramon en la comedia de Lope para introducir á Lisardo. Moreto, ademas de haber mejorado está situacion, añade la supuesta caida de Tarugo al jardin, y la sorpresa de don Felix por el zeloso y sus criados en la escena III del tercer acto. Ambas escenas son muy cómicas; y la última está bien preparada en la XII del segundo, cuando Tarugo dá parte á don Pedro del contratado matrimonio de su hermana con don Felix. La salida de Lisardo con la pistola en la mano en el *Mayor imposible* no tiene tanta gracia; pero es mas interesante; porque aumenta el riesgo de Diana, hace que su hermano resuelva el ponerla inmediatamente en un convento mientras dispone su boda; y produce la fuga precipitada de Diana y Celia.

Finalmente, el desenlace de la comedia de Moreto es mas rápido y natural que en la de Lope.

Estas breves observaciones creemos que bastarán para que nuestros lectores puedan formar una idea exacta del mérito de estas comedias, y del carácter, estilo y versificacion de ambos poetas.

DE FUERA VENDRÁ

QUIEN DE CASA NOS ECHARÁ.

LA TIA Y LA SOBRINA.

PERSONAS.

El capitan Lisardo.
El alferez Aguirre.
El capitan don Luis Maldonado, barba.
Doña Cecilia Maldonado.
Doña Francisca, su sobrina.
Margarita, criada.
Don Martin de Herrera.
El licenciado Celedon de Ampuero, gorron.
Chichon, gracioso.
Yañez, vejete.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Lisardo, y Aguirre rompiendo unos naipes.

Aguirre.

¡O maldita sea el alma que os consiente,
ruina de la paciencia, y del dinero!
en átomos al aire echaros quiero.

Lisardo.

Aguirre, alferez, ¿vos tan impaciente?

Aguirre.

Lisardo, capitan, ¿esto os espanta?
trás de verme perder con furia tanta
hoy doscientos escudos con un page,
que no los tuvo todo su linage,
y me ganó en dos suertes el sarnoso
lo que yo gané en Flandes á balazos....
¡Por vida del demonio!....

Lisardo.

Estais furioso:
con eso habreis salido de embarazos,
que vos hasta perderlo no hay teneros,
porque sois insufrible con dineros:
con eso estais en paz.

Aguirre.

¿Y la piñata
con qué se ha de poner?

Lisardo.

No se os dé pena,
que aun tengo una cadena.

Aguirre.

¿Una cadena?
aunque fuera mayor que una reata;
¿pues tiene en ella vuestro amor Macias,
para que vos enamoreis dos dias?

Lisardo.

¿Tanto es, Aguirre, lo que yo enamoro?

Aguirre.

Vos, aunque sus cadenas fueran de oro
y las damas pagárades á cuarto,
con las del Escorial no teneis harto.

Lisardo.

¿Y vos no enamorais?

Aguirre.

Yo, hermano mio,
no enamoro princesas; mi terrero
hago en tiendas, plazuelas, ó en el rio,
donde hallo proporcion á mi dinero;
porque la mas hermosa, y entonada,
no pide mas que aloja, y limonada.
Vos hablais damas de tan alta esfera,
que la tercer palabra es la pollera:
si por hombre de manos sois tenido,
en dar pollera sois poco entendido,
y que arriesgais el crédito no dudo,
porque pareceis pollo, siendo crudo.

Lisardo.

Eso, Aguirre, es culpar la bizarría.

Aguirre.

¿Bizarría llamais la bobería
de desnudaros vos por darlas trage?

Lisardo.

¿Y es mas cordura que los gane el page?

Aguirre.

Dejadme, que os confieso,
que si me acuerdo de eso,
me lleva el diablo en calzas, y zapatos;
de ver que me ganase un lameplatos.

Lisardo.

Para ganar no es menester sugeto.

Aguirre.

¡Que no teman las pintas un coleto!
mas vienen juntas quince, ó diez y siete,
que perderán el miedo á un coselete.

Lisardo.

Ea, no os aflijais; que cuando estemos
sin dinero, á la carta apelaremos;
que nos dió el capitan Luis Maldonado
en Flandes, donde vengo encomendado
á su hermana, riquísima viuda;
que aquí en Madrid está; y siempre que acuda;
me dará cuánto fuere yo á pedirla.

Aguirre.

Pesia mi vida, vamos á embestirla.

Lisardo.

Eso ha de ser al vernos apretados.

Aguirre.

¡Pues qué mas, si á Madaid recien llegados
el page nos lamió la faldriquera,
mas que si plato de conserva fuera?
Mas al despique apelo;
que yo con estas gradas me consuelo
de San Felipe; donde mi contento
es ver luego creido lo que miento.

Lisardo.

¡Qué *no sepais* salir de aquestas gradas!

Aguirre.

Amigo, aquí se ven los camaradas; y
estas losas me tienen hechizado,
que en todo el mundo tierra no he encontrado
tan fértil de mentiras.

Lisardo.

¿De qué suerte?

Aguirre.

Crecen tan bien aquí, que la mas fuerte,
sembrarla por la noche me sucede,
y á la mañana ya segar se puede.

Lisardo.

De vuestro humor, por Dios, me estoy riendo;

Aguirre.

Por la mañana yo al irme vistiendo
pienso una mentirilla de mi mano:
vengo luego, y aquí la siembro en grano,
y crece tanto, que de allí á dos horas
hallo quien con tal fuerza la prosiga,
que á contármela vuelve con espiga.
Aquí del Rey mas saben, que en Palacio,
y del turco, se finge mas despacio,
porque le hacen la armada por diciembre,
y viene á España á fines de septiembre.
Aquí está el Archiduque mas que en Flandes,
aquí hacen todos títulos, y grandes:
ver, y oir esto, amigo, es mi deseo,
mi comedia, mi Prado, y mi paseo;
y aquí solo estoy triste, cuando hallo
quien mienta mas que yo sin estudiallo.

Lisardo.

Siempre graciosas son vuestras locuras.

Aguirre

Mira, hay aquí de tabla unas figuras,
que para entretener basta cualquiera:

es cotídiano un don Martin de Herrera
todo suspiros, ansias, y querellas;
solo su tema es galantear doncellas,
y el segundo papel que las envia,
es palabra de esposo, y su porfia
es tal, que á una monja en un convento
palabra la dará de casamiento.
Tambien aquí es contínuo el licenciado
Celedon, gran sugeto, y gran letrado,
que fué alcalde mayor en San Clemente,
y á todo saca un texto de repente;
viene aquí á San Felipe su deseo.
Y el don Martin le ha olido un galanteo,
que tiene aquí con una doncellita,
que la guarda una tia tan maldita,
que la sierpe de Adan fué Angel con ella,
y á cuantos dicen algo á la doncella,
se los quiere tragar, y es que se enfada,
de ver que ella no es la enamorada;
que aunque es viuda, piensa en su persona,
que Venus fué con ella una fregona.
Y en fin, el don Martin, y el licenciado,
muy pulidito aquel, y este espetado,
uno pretende á testos compelido,
y otro apurar palabras de marido.
Viene luego un vejete, que es archivo
de todos los sucesos mas estraños,
y tiene ya de gradas setenta años.
El trae la novedad, y la pregona,
y ahora todo es contar lo de Girona,
como suceso fresco.

Lisardo.

Vive el cielo,
que ya que lo acordais, nada he sentido,
como haberme venido.

de Cataluña, habiendo allí llegado,
despues de haber pasado
toda Francia, y hallarme en el socorro
de Girona, por no poder quedarme
con el señor don Juan, que ya olvidarme
jamas podré de su bizarro aliento.
Cierto, que haberle conocido siento,
no pudiendo asistirle, que á su brio
en la faccion quedó inclinado el mio.

Aguirre.

Eso no puede ser, que hay pretensiones,
que no permiten esas dilaciones;
mas ya los cotidianos van viniendo;
por vuestra vida reparar sus modos.
Este es el viejo, que los trae á todos;
notadle bien el talle, y la persona.

ESCENA II.

Dichos, Yañez, y despues Martin y Celedon.

Yañez.

¡Bravo socorro se metió en Girona!
ya queda por la cuenta
socorrida hasta el año de noventa;
es el señor don Juan bravo soldado.

Lisardo.

Gracioso es el vejete.

Aguirre.

Pues cuidado
que viene don Martin.

Martin.

Ver no se escusa
las doncellas que acuden á la Inclusa,
aunque el dote no es fijo, á lo que infiero,
porque su padre ha sido Tesorero.

Aguirre.

Tras él viene tambien nuestro Letrado.

Celedon.

Todo el Código entero hoy he pasado,
y un testo he hallado ya en la ley tercera,
para que esta doncella mas me quiera.

Yañez.

¡O caballeros! sean bien venidos.

Aguirre.

¿Señor Yañez, que hay?

Yañez.

Que destruidos
quedan ya los Franceses;
cabeza no han de alzar en treinta meses.

Celedon.

¿Pues cómo, por su vida?

Yañez.

Porque está ya Girona socorrida.

Lisardo.

Aqui está quien se halló en esa pelea.

Martin.

¿Quién es?

Lisardo.

Yo fuí.

Martin.

En hora buena sea.

Lisardo.

Que de Flandes por Francia pasé á España,
viniendo de Girona á la campaña,
(despues de haber pasado
toda su tierra, á hallarme en el socorro)
quise en esta faccion, que se ofrecia,
de paso allí mostrar mi bizarría.

Celedon.

Por acá variamente se ha contado;

vos direis la verdad; como testigo.

Aguirre.

Vaya, Lisardo.

Celedon.

Vaya.

Lisardo.

Ya lo digo.

Estando prevenido ya el socorro......

Yañez.

Diga usted antes que se junte corro.

Lisardo.

Sabiendo el señor don Juan,
como ya Girona estaba
en el último conflicto,
pues de bastimentos falta,
para un dia solo habia
las raciones limitadas;
debiéndose haber llegado
á necesidades tantas,
con peligro, y sin socorro
á los cabos de la Plaza,
y en ella principalmente
á la osadía bizarra
del Condestable; pues él
solo pudo sustentarla
con su sangre, y con su nombre,
resistiendo su constancia
la necesidad, y el riesgo.
con valor, y con templanza:
y luego en la resistencia
de los asaltos se hallaba
su valor siempre el primero,
coronando la muralla.
Conociendo, pues, su Alteza
el grande riesgo en que estaba,

aunque siempre el Condestable
tuvo segura la Plaza,
pues nunca con su persona
tuvo riesgo la fianza:
y aunque se hallaba sin medios,
y prevencion necesaria
para intentar el socorro,
con los pocos que se hallaba,
á los quince de setiembre,
con resolucion bizarra,
de Barcelona salió
á dar vista á la campaña.
A los veinte y tres, con pocas,
aunque dificiles marchas,
por ser fragoso el pais,
llegó á vista de la Plaza.
Reconociendo los puestos,
que el enemigo ocupaba,
resolvió luego su Alteza
acometer sus Escuadras;
intentó hacer tres ataques,
uno real, con su ordenanza,
y los dos de diversion.
El ataque real encarga
á don Gaspar de la Cueva,
que en él iba de vanguardia.
Seguíale don Francisco
de Velasco, cuya espada
ilustró allí con su sangre
los blasones de su casa;
con él el conde de Humanes,
llevando entrambos la Escuadra,
que se formó de la gente
de navios de la armada.
Tras ellos iban los tercios

con militar ordenanza
del Baron de Amaro, y Conde
Hércules, que le acompaña,
para lograr la faccion;
y de la gente bizarra
de Galeras otro tercio
del marqués de Flores de Avila;
los tercios de catalanes
cubriendo la retaguardia.
La caballería de Flandes,
y Borgoña, gobernada
por el Baron de Butier;
y así dispuesta la marcha,
su alteza el señor don Juan
sacó bizarro la espada,
mandando que acometiesen.
No cabrán en mis palabras
afectos para decir
la merecida alabanza
de este príncipe, el valor,
la osadía, la templanza,
el arrojo, la cordura,
la modestia, la arrogancia,
mezcladas unas con otras,
que hacen la virtud mas clara.
Mas solo podré decirlas,
con que la gloria mas alta,
es ser hijo de su padre;
y cuando la suerte avara
no le diera esta grandeza,
él por sí merece tanta,
que aun siéndolo, ya el ser hijo,
de tan ínclito monarca,
tanto como por su sangre,
lo merecen sus hazañas.

Acometió don Gaspar
de la Cueva con tan rara
resolucion la colina,
que en breve espacio ocupada
se retiró el enemigo,
y él siempre dándole carga,
como tenia por orden,
hizo que desamparára
los puestos fortificados,
hasta llegar á una casa
de Esguízaros guarnecida,
donde hizo pie, y peleaban
como rayos los Franceses;
pero en este tiempo abanzan
don Francisco de Velasco,
y el de Humanes con su escuadra;
y pelearon de suerte,
que tomándoles la casa,
se retiraron á otra,
que mas adelante estaba
con mas fortificacion.
Y haciendo mas amenaza
al camino de Girona,
porque la mano se daba
con un Fuerte, que tenian
en un parage, que llaman
de la Cuesta de la Liebre.
Aquí ardia la batalla,
que un infierno parecia
la confusion exhalada
contra los rayos del sol,
de humo, polvo, sangre, y balas.
Don Francisco de Velasco,
herido entre furia tanta,
anhelaba por entrar,

y en la sangre que derrama ;
por olvidar su peligro,
iba poniendo sus plantas.
Crecia la confusion,
mas de su Alteza irritada
la cólera generosa,
por en medio de las armas
se metió, y á sus soldados
alentando en voces altas,
parece que en cada uno
se metió su misma saña;
porque como ardiente fuego,
que por las mieses doradas
entra talando, y su ardor,
de espiga en espiga salta,
dejando hecha una luz misma
todo el oro de sus cañas;
así el valeroso joven,
por sus valientes escuadras,
del fuego de su furor
iba sembrando las brasas,
dejando todos los pechos
tan vestidos de su llama,
que á su egemplo todos eran
ya como él en la batalla.
A este tiempo el condestable,
juntando la mas bizarra
gente, que en la plaza habia,
salió de ella, y por la espalda,
dando sobre el enemigo,
le apretó con furia tanta,
que obligándole á la fuga
del rayo que le amenaza,
no dió lugar al valor
para que le hiciese cara.

Y empeñado en deshacerle,
se mezcló entre sus escuadras
de tal suerte, que llegando
á pelear con la espada,
una estocada le dieron
á su salvo por la espalda:
Herido el valiente joven,
cual fiero leon de Albania,
que de sus heridas nacen
los furores de su saña,
por entre sus enemigos
rompe, hiere, y desbarata;
con tal prisa, y tal violencia,
que en los golpes de su espada,
por donde quiera qué iba,
las centellas que levanta
del triunfo de su victoria,
iban siendo luminarias.
Viendo el riesgo el enemigo,
hizo del fuerte llamada,
y con capitulaciones
se rindieron, ocupadas
casa, y fuerte, y casi todos
los puestos de la campaña.
No le quedaba al francés
recurso ya de esperanza,
y marchando á toda prisa,
sus cuarteles desampara,
pegando fuego, por dar
seguro á la retirada;
mas con tanta brevedad,
que se dejó en partes varias
mucha ropa, y bastimentos,
quedando para la plaza
libre el paso del socorro.

Picóle en la retaguardia
su Alteza, y en el camino
le obligó á que se dejára
dos piezas de artillería,
con lo cual desbaratada
su gente, y casi deshecha,
dentro de muy pocas marchas
quedó vencido su orgullo,
victoriosas nuestras armas,
la campaña fenecida;
y socorrida la plaza.
Y de esta faccion resulta
mas gloria á nuestro Monarca;
pues ha librado en tal hijo
tantas victorias á España.

Martin.

Cierto, que fue gran faccion;

Celedon.

La ley trigésima cuarta
habla de la guerra, y dice,
milites plurimum valeat.

Aguirre.

Y dice bien, porque aquí
todos los soldados valan.

Yuñez.

¿Y usancé, señor alferez,
no hizo en esta faccion nada?

Aguirre.

¿Cómo no? miren ustedes,
ya estaba en una barraca,
y acometí hácia unos turcos;
que nos hacian mas cara.
Yo los cogí de revés;
y al capitan, que llamaban
Celin Gutierres de Soto,

le dí tan gran cuchillada;
que le cercené la frente
con todas sus tocas blancas;
y volando por el aire
iba con tanta pujanza;
que en Guadarrama paró,
por ser la tierra mas alta;
y entónces dijeron todos
ya es turbante Guadarrama.

Celedon.

¿Pues allí turcos habia?

Yañez.

¿Pues eso duda? ¿no basta
que lo diga el seor alferez?

Aguirre.

Saben poco de batallas
los letrados.

Lisardo.

A lo menos,
como perros peleaban.

Aguirre.

¿Cómo perros? juro á Dios,
que habia un tercio de Irlanda
que se comia la gente.

Celedon.

Solo en este caso no habla
ninguna ley del derecho.

Martin.

¿Pues es preciso que haya
ley para todo?

Celedon.

Eso es bueno;
no hay cosa en el mundo rara
de que no haya ley; y yo,
si estudio esta cuchillada,

he de hallar ley para ella:

Martin.

Que ley, ni que patarata.

Celedon.

¿Piensa usted que son las leyes
enamorar en las gradas?

Martin.

Yo pienso que eso es locura.

Lisardo.

Caballeros, basta.

Yañez.

Basta.
Por Cristo, el señor alferez
no nos dió la cuchillada
á nosotros, para que
sobre ella pendencias haya.
Yo he visto cosas aquí,
que han pasado en Alemania,
en Flandes, y en Filipinas,
mas esquisitas, y raras,
sin hacer tanto aspaviento.

Aguirre.

¿No veis que está en Guadarrama
el turbante? De aquí á un hora
ha de estar en las Canarias.

Lisardo.

Buen gusto teneis, por Dios.

Martin.

Cielos, sacudo la capa;
doña Francisca, y su tia,
ya entrando van por las gradas.
Largo va este ferreruelo,
esta golilla es muy ancha;
¿si tendré bueno el vigote?
¡Que no se use en España

espejos de faldriquera!
cierto, qué hacen mucha falta.

Celedon.

¡Que miro! doña Cecilia
con doña Francisca pasan
á misa con su escudero.
Este don Martin me cansa,
porque yo le tengo miedo,
y enamorar me embaraza.
Digo, señor capitan,
¿quiere usted hacerme espaldas
para hablar á estas señoras?

Aguirre.

Esta es la viuda vana.

Celedon.

Porque aqueste don Martin
es temerario, y las habla,
y yo me quedo en ayunas.

Lisardo.

Vuesarcé sin miedo vaya,
y háblelas cuanto quisiere,
que aquí tendrá retaguardia.

Aguirre.

¿No hay un testo para eso?

Celedon.

Si hay testo, pero la espada
alcanza mas.

Aguirre.

¿Eso dice?
traedla de mas de marca.
Atended al escudero
que á la tal viuda acompaña,
que es un montañes mas simple
que Pero Grullo, y Panarra.

ESCENA III.

Dichos, y doña Cecilia, con Chichon de escudero, y doña Francisca, y Margarita delante, de la mano.

Cecilia.
Frazqpita, baja los ojos,
que vas desembarazada,
y no es modo de doncella.
Francisca.
¿Yo, señora, miro nada?
los ojos llevo en las losas.
Yañez.
¡O! si han venido las damas,
voló la conversacion;
yo me voy, que en esta farsa
no hacen papel los ancianos.

ESCENA IV.

Dichos menos Yañez.

Francisca.
Los soldados son la gala
de estas gradas, Margarita.
Cecilia.
¿Qué vas diciendo, muchacha?
¿no he dicho que á nadie mires?
Francisca.
¿Yo, señora, miro nada?
Margarita.
¡Qué prolija es mi señora!
Francisca.
Margarita, harto me cansa,

solo casarme deseo,
aunque no esté enamorada,
por verme libre de tia.

Margarita.

La lleva el diablo su alma,
porque á ella no la enamoran,
que cuantos á tí te hablan
los quisiera para sí,
y todo el dia está en casa
alabando su hermosura.

Cecilia.

Chichon, múdese la capa,
porque le sudan las manos,
y con el sudor me mancha.

Chichon.

Señora, como es invierno,
tengo yo ahora esas faltas:
hasta que entren los calores
tenga usted paciencia.

Cecilia. Vaya.

Celedon.

Miren, que llego, señores.

Aguirre.

Llegue sin miedo, ¿qué aguarda?
que aquí vamos de comboy.

Celedon

Para hablaros dos palabras
he estudiado en parladorio
tres horas esta mañana,
y hallé para vuestros ojos
un lugar, que de ellos habla
in terminis.

Margarita.

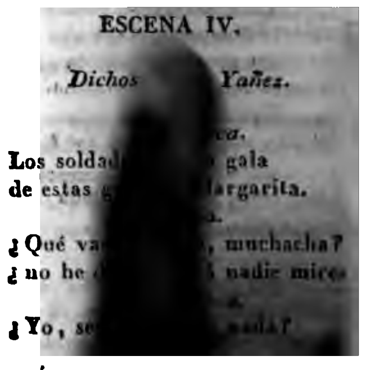
Lindo estilo.

*

ESCENA III.

Dichos, y doña Cecilia, con Chichon de escudero, y doña Francisca, y Margarita delante, de la mano.

Cecilia.
Frazquita, baja los ojos,
que vas desembarazada,
y no es modo de doncella.
Francisca.
¿Yo, señora, miro nada?
los ojos llevo en las losas.
Yañez.
¡O! si han venido las damas,
voló la conversacion;
yo me voy, que en esta farsa
no hacen papel los ancianos.



ESCENA IV.

Dichos [illegible] *Yañez.*

[illegible]*ca.*
Los soldad[illegible] gala
de estas g[illegible] Margarita.
[illegible]
¿Qué va[illegible], muchacha?
¿no he [illegible] nadie mire.
[illegible]
¿Yo, se[illegible] nada?


¿Qué

solo casarme deseo,
aunque no esté enamorada,
por verme libre de tia.

Margarita.

La lleva el diablo su alma,
porque á ella no la enamoran,
que cuantos á tí te hablan
los quisiera para sí,
y todo el dia está en casa
alabando su hermosura.

Cecilia.

Chichon, múdese la capa,
porque le sudan las manos,
y con el sudor me mancha.

Chichon.

Señora, como es invierno,
tengo yo ahora esas faltas:
hasta que entren los calores
[illegible] usted paciencia.

[illegible]a.

Vaya.

[illegible]ñores.

[illegible]ué aguarda?
[illegible]mboy.

[illegible]sbras
[illegible]lorio
[illegible]a,
[illegible]ujos
[illegible]habla

Francisca.

¿Y es el lugar Salamanca?

Cecilia.

No respondas nada, niña.

Francisca.

¿Yo, señora, digo nada?

Margarita.

Oye, señor Licenciado,
ya le he dicho, que me cansa,
me enamore.

Aguirre.

¿Caballero?

Martin.

¿Qué mandais?

Aguirre.

Una palabra
aquí á un lado.

Martin.

¿Qué quereis?

Aguirre.

Deje usted batir la estrada,
que va el señor Auditor
á averiguar una causa.

Martin.

¡Linda flema!

Aguirre.

Tenga usted.

Martin.

¿Qué quereis?

Aguirre.

Otra palabra.

Lisardo

¡Por Cristo, que la Francisca
es como una misma plata!

Cecilia.

Señores, en cortesía
les suplico, que se vayan.

Celedon.

Señora, esto es matrimonio.

Cecilia.

Estas cosas no se tratan,
ni aqui, ni con mi sobrina.

Chichon.

¿No va aquí un hombre de barbas,
si tienen algo que hablar?

Lisardo.

Soplarle quiero la dama. *ap.*
Llegad á hablar á la tia,
que es lo de mas importancia.

Celedon.

Señora, si dais licencia,
os informaré en mi causa,
y porque esteis en el hecho,
diré solo la sustancia.

Chichon.

Mi ama no la ha menester,
que está muy bien regalada.

Cecilia.

Calla, Chichon, ¿ya no sabe
que es simple? ¿porqué no calla?

Chichon.

¿Pues qué quiere usted que diga,
si dice que trae instancia?

Cecilia.

¿Qué quereis, señor?

Celedon.

Deciros
solamente dos palabras.

Chichon.

Si usted no tiene la bula,
no puede hablar con mi ama.

Celedon.

¿Por qué?

Cecilia.

¿Qué dice? ¿no ve
que es simple? ¿por qué no calla?

Chichon.

¡Válgame Dios! si es hoy viernes,
y nos tiene dicho en casa,
que usté es como una manteca,
¿sin bula podrá probarla?

Cecilia.

¿Qué es lo que dices?

Celedon.

Ya informo.

Martin.

Dejadme, que se me pasa
la ocasion del galanteo.

Aguirre.

Oigame, que poco falta.

Martin.

¿Qué he de oir, sino os entiendo?

Aguirre.

Ahora importa mas la larga, *ap.*
que con la doncella pienso
que pegó mi camarada.
Yo me esplicaré.

Martin.

Sea presto.

Lisardo.

No tiene el mayo mañana
mas florida, que esos ojos.

Francisca.

¡Ay señor! soy desdichada;
que esa tia es mi martirio.

Lisardo.

Si eso solo os acobarda,
yo vencer sabré ese estorbo.

Margarita.

¡Ay! que nos tiene encerradas,
como dinero de dueña,
y está rabiando nuestra alma
por hablar cuando salimos.

Lisardo.

Si me decís vuestra casa,
yo os daré medio de hablar.

Cecilia.

¿Qué haces, niña? ¿con quién hablas?
¿Señor soldado, qué es eso?

Francisca.

¿Yo, señora, digo nada?

Cecilia.

Entraos en la iglesia luego.

Lisardo.

Esto, señora, no pasa
de casual cortesanía.

Cecilia.

Pues para eso ya basta.
Entraos en la iglesia, niñas.

Margarita.

¡Fuego de Dios, que tarasca!
Está ella hablando dos horas,
y nosotras desdichadas,
quiere que estemos á diente.

Francisca.

Vamos, y no demos causa
á que haya en casa sermon. *Vase.*

Margarita.

¿ Señor soldado ?

Lisardo.

¿ Qué mandas ?

Margarita.

Que nos sigais en saliendo,
si quereis saber la casa.

Lisardo.

Si haré.

Margarita.

Por Dios que tengais
lástima de esta muchacha.

ESCENA V.

Lisardo, Aguirre, Martin, Celedon, Chichon, y doña Cecilia.

Martin.

Vive Dios, que se han entrado,
dejadme ir tras ellas.

Aguirre.

Vaya,
que ya es tarde: mas oid.

Martin.

No os puedo oir mas palabra,
que tengo que ir luego al Cármen,
y al Caballero de Gracia.

ESCENA VI.

Dichos, menos Martin.

Celedon.

¿ No respondeis á mi intento ?

Cecilia.

No es cosa la que se trata

para responderos luego.
Vuestra presencia me agrada;
mas si habeis de ser mi esposo,
hay muchas cosas que faltan,
y han de verse muy despacio.

Celedon.

Yo no os he dado palabra
para ser esposo vuestro.

Cecilia.

¿Pues qué?

Celedon.

Yo, señora, hablaba
solo de vuestra sobrina.

Cecilia.

Mi sobrina no se casa
hasta que me case yo,
que su edad es muy temprana;
y aunque estoy con tocas hoy,
ya de quince años lo estaba,
y aun no tengo diez y nueve
cumplidos.

Chichon

Y la mamada. *ap.*

Celedon.

Así será, mas yo á vos
no os pretendo.

Cecilia.

Pues se cansa,
si pretende á mi sobrina.
Venga, Chichon.

ESCENA VII.

Dichos, menos Cecilia.

Chichon

La muchacha

no se la darán, por Dios,
á él, ni aun para descalzarla.

Celedon.

¿Por qué?

Chichon.

Porque ni aun á mí,
con ser tanto de la casa,
no me la dará su tia.

Celedon.

Y andará muy acertada.

Chichon.

No andará, ni su zapato,
que soy yo de la Montaña
el gran Chichon de Barrientos,
mas antiguo que la sarna.
¡O qué lindo Letradillo!

Celedon.

¿Hombre, qué dices? ¿qué hablas?
¿sabes que estoy consultado
por Auditor de Guajaca?

Chichon.

Tendrá muy buen chocolate,
cásese allá con las cajas.

ESCENA VIII.

Dichos, menos Chichon.

Lisardo.

La muchacha es como un oro.

Celedon.

Mas la tia es grande maza:
vos me habeis hecho un gran gusto,
que este don Martin me enfada.

Aguirre.

En la Iglesia entró tras ellas.

Caledon.

¿Entró? fuerza es que allá vaya,
allá dentro no le temo.

Lisardo.

Si la tia os desengaña,
¿para qué os cansais en vano?

Celedon.

¿Cómo cansarme? ¿qué llama?
á testos he de vencerla,
que si en el Derecho se halla
ley prima, ha de haber ley tia,
ó me he de pelar las barbas.

ESCENA IX.

Lisardo y Aguirre.

Aguirre.

¿Qué decís de estos humores?

Lisardo.

¿Vos no sabeis lo que pasa?

Aguirre.

¿Qué?

Lisardo.

Entre vos, y yo á los dos
hemos soplado la dama.

Aguirre.

¿Cómo?

Aguirre.

Yo eché al Licenciado
á la tia para hablarla,
y me han dicho que las siga.

Aguirre.

Bravo par Dios; la criada
acoto.

Lisardo.

Pues yo á la tia.

Aguirre.

¿Tia? si fuera tia del Papa,
no la enamorára yo,
donde hay gorronas.

Lisardo.

Aguarda,
que aquí sale el escudero.

Aguirre.

De gran simple es lá calaña.

ESCENA X.

Dichos y Chichon.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Lisardo.

¿Ah hidalgo?

Chichon.

Y no es lo peor,
que tengo.

Lisardo.

Creolo, á fé:
¿quereisme oir?

Chichon.

Mire usté,
que no soy yo confesor.

Lisardo.

Que me deis pretendo, amigo,
de estas señoras razon.

Chichon.

No, sea murmuracion.

Lisardo.

Ni sombra.

Chichon.

Por eso digo,
que soy yo muy virtuoso.

Aguirre.

¿Las servís?

Chichon.

Las he criado;
mas besos las tengo dado,
que á las colmenas un oso.

Aguirre.

Bien podreis dar testimonios.

Lisardo.

De quien son es nuestra duda.

Chichon

Mire usted, lo que es la viuda
es hija de los demonios:
los mismos ojos la saca
á la pobre Francisquita:
¿vela usté? es una santita,

mas grandísima bellaca;
por casarse anda perdida:
la tia es libidinosa,
y á la niña, de envidiosa,
no deja galan á vida.

Lisardo.

¿Y entra alguno á ser dichoso?

Chichon.

¡Jesus! ni imaginacion,
que eso era murmuracion,
y yo soy muy virtuoso:
¿mas ve usté la tia? se endilga
y por marido rebienta,
se alaba; tenga usté cuenta,
y se alaba, y se remilga,
se hace niña de faicion.
Pues vé usté, aunque mas los borre,
treinta tiene, y lo que corre
desde el señor San Simon.

Aguirre.

¡Graciosa simpleza! al vella,
la risa me precipita;
¿y es doncella Margarita?

Chichon.

Mire, y me casan con ella;
pero yo no quiero tal,

Aguirre.

¿Por qué? ¿no os hará provecho?

Chichon.

¿No vé usté que tengo hecho
voto de virgen bestial?

Lisardo.

¿Cómo tiene el apellido
la tia?

Cecilia.

Señores, en cortesía
les suplico, que se vayan.

Celedon.

Señora, esto es matrimonio.

Cecilia.

Estas cosas no se tratan,
ni aqui, ni con mi sobrina.

Chichon.

¿No va aquí un hombre de barbas,
si tienen algo que hablar?

Lisardo.

Soplarle quiero la dama. *ap.*
Llegad á hablar á la tia,
que es lo de mas importancia.

Celedon.

Señora, si dais licencia,
os informaré en mi causa,
y porque esteis en el hecho,
diré solo la sustancia.

Chichon.

Mi ama no la ha menester,
que está muy bien regalada.

Cecilia.

Calla, Chichon, ¿ya no sabe
que es simple? ¿por qué no calla?

Chichon.

¿Pues qué quiere usted que diga,
si dice que trae instancia?

Cecilia.

¿Qué quereis, señor?

Celedon.

Deciros
solamente dos palabras.

que aun la calle ver las niegan,
al primero que hablan pegan,
aunqqe sean mas honradas:
ello con grande recato
se ha de dar alguna traza
para hablarlas, que esta plaza
ha de rendirse por trato.

Lisardo.

¿Cómo, si guarda con ella
la tia, casa, y sobrina?

Aguirre.

¿Hay mas de hacerla una mina,
y volar á la doncella?

Lisardo.

Alferez, de esa conquista
por el modo desconfio.

Aguirre.

Pues eso no, amigo mio,
asaltarla á escala vista.

Lisardo.

Peor medio es ese, amigo,
con tantos competidores.

Aguirre.

¿Han de faltar batidores,
si viniere el enemigo?

Lisardo.

La carta.

Aguirre.

Pesia mi alma,
que esta es braba introducion,
ya he formado el escuadron.

Lisardo.

¿Cómo?

Aguirre.

Veislo aquí en la palma,

con un alfiler se pasa
la firma.

Lisardo.

¿Y pues?

Aguirre.

Contrahacella,
y escribir carta sobre ella,
que nos hospede en su casa.

Lisardo.

¿Sabreis vos?

Aguirre.

Linda chacona;
os la pondré dibujada,
y en ganándole la entrada,
rebato, y arda Bayona.

Lisardo.

Lograré las ansias mias.

Aguirre.

Rendireisla.

Lisardo.

Al punto vamos.

Aguirre.

Pues toca al arma.

Lisardo.

Embistamos.

Aguirre.

Al arma contra las tias.

ESCENA XII.

Sala en casa de doña Cecilia.

ña Cecilia, doña Francisca, Margarita y Chichon.

Cecilia.

Esto se ha de remediar;

ni aun á Misa han de salir.
¿En la iglesia se ha de hablar?

Francisca.

¿Pues señora, no he de oir?

Cecilia.

No tienes que replicar.

Margarita.

Ya esto á rabia me provoca. *ap.*
¡qué de sed matarnos quiera,
y no nos dé aquesta loca
un poco de habla siquiera
para enjuagarnos la boca!
¿Qué ella hable, enamore, y hunda;
y marido donde quiera
es su palabra primera?
pues aunque mas nos confunda,
he de ser yo la tercera.

Cecilia.

¿Margarita, qué hablas quedo?
¿qué estás rezando?

Margarita.

¡Ay tal dar!

Cecilia.

No me reces.

Margarita

Tengo miedo,
como nos quiere matar,
estaba diciendo el Credo.

Chichon.

Ya eso es mucho apretar;
¿ni hablar ni ver? cosa es fiera.

Cecilia.

¿Pues qué han de hacer con hablar?

Cchichon.

Hacer materia siquiera

de podernos confesar.
Demas, de que su mercé
tiene la culpa de que
ella hable á los de buen talle,
que va encontrando en la calle.

Cecilia.

¿Cómo?

Chichon.

Yo se lo diré.
La mula, que hambrienta va,
si al pasar halla un sembrado,
que á tiro de diente está,
de trecho en trecho un bocado
caminando al verde dá.
Si de amor hambrientas van,
y usted no las trata bien
en parlar ¿qué mucho harán,
si á tiro de lengua ven
el alcaçér del galan?
Téngala usté en casa alguno,
y sáquela á pasear
harta de parlar con uno,
que si ella hablare á ninguno,
yo me dejaré quemar.
Míre cual está: ¡ay mí dia!
y hace pucheros á fé,
no haya mas, Frazquita mia,
que es una mala esta tia,
escupe, y yo la daré:
calla, que si te desvelas
por eso, y te desconsuelas,
te he de traer esta noche
cuatro galanes, y un coche
en yendo á las covachuelas.

Francisca.

Señora, tanto apurar,
mal con tu intento concuerda,
y á toca me harás pasar;
que por quererla afinar,
se suele quebrar la cuerda.
O soy liviana, ú honrada;
si honrada soy, ¿qué me adquieres
con tema tan porfiada?
si liviana, ¿cómo quieres,
que te sufra tan pesada?
Si honrada soy, del delito
me guarda mi condicion;
pues si yo á mi me le evito,
¿para qué es la privacion
donde falta el apetito?
Lo que yo nunca he querido,
me mueves á que lo quiera,
porque á veces el sentido
quiere lo qne no quisiera,
porque lo ve prohibido.
Y en los manjares verás,
que siendo el comun mejor,
porque no se halla jamas,
se estima el estraño mas
cuando le hay, siendo peor.

Margarita.

Y el egemplo te he de dar,
que en los tomates contemplo,
y de paso has de notar,
que te hablo con un egemplo,
como soy tan egemplar.
Por la peste se prohibieron,
nadie á ochavo los queria;
y cuando faltar los vieron,

tanto el deseo crecia,
que á real de á ocho valieron.

Cecilia.

¿Conmigo filosofias?
¿Chichon, no es cosa galante?

Chichon.

¿Cómo es eso de folías?
son muy grandes picardías,
mátelas usté al instante.

Francisca.

¿Pues la verdad no te cuento?

Cecilia.

Calla, pícara, ó ahora
vengaré mi sentimiento.

Chichon.

¿Folías á mí señora?
es muy grande atrevimiento.

Cecilia.

Y muchas bachillerías:
¿conmigo filosofias?

Chichon.

Ríñalas mas su mercé,
que yo á su lado estaré
cuando hay razon: ¿que es folías?
es muy gran disolucion,
y eso no se ha de sufrir:
lo que es razon, es razon.

Dentro Lisardo.

¿Ah de casa?

Cecilia.

Vaya á abrir,
mire quién llama, Chichon:
entraos adentro vosotras.

Francisca.

¡Jesus, qué estraño martirio!

Margarita.

Vamos, señora, que está
hecha un mismo basilisco. *ap.*

Chichon.

Dos soldados son, señora,
y pienso que son los mismos,
que hoy vimos en san Felipe.

Cecilia.

Entren, pues: mas ya los miro;
ellos son.

ESCENA XIII.

Doña Cecilia, Chichon, Aguirre, y Lisardo con una carta.

Lisardo.

Guárdeos el cielo.

Cecilia.

¿Qué mandais?

Lisardo.

Recien venidos
de Flandes, aquesta carta
os dirá á lo que venimos.

Chichon.

¡Bravos lagartos parecen! *ap.*

Cecilia.

De mi hermano es, ya la miro.

Lee. *Hermana, el Capitan Lisardo, y el Alferez Aguirre, van á Madrid, á pretensiones tan mias, como suyas. Suplícote, que pues tienes casa para poderles tener con decencia, los hospedes en ella, y los regales, como á personas á quien tengo muchas obligaciones.*

No hay que pasar adelante,
bien la firma he conocido.

Aguirre.
Tal trabajo me ha costado. *ap.*
Cecilia.
Seais, señores, bien venidos:
¿cómo queda allá mi hermano?
Lisardo.
Bueno, y mozo, que os afirmo,
que aun lo está con tanta edad.
Cecilia.
Por él me obligo á serviros,
y será vuestra esta casa.
Lisardo.
Hoy en san Felipe os vimos,
sin conoceros; mas luego
nos dió este escudero aviso.
Chichon.
Si señor, mas yo no dige,
que mi ama busca marido.
Cecilia.
Calle, Chichon, que es un simple.
Chichon.
No quiero, que usted dé gritos
sobre si yo soy parlero.
Lisardo.
A su sobrina, me dijo
vuestro hermano, que un abrazo
diese en su nombre, y no miro
quien sea aquí esta señora.
Cecilia.
Está adentro en su retiro.
Llame á Frazquita, Chichon.
Chichon.
¿Pues es boba ella? al resquicio
de la puerta está acechando.

Cecilia.

¿ Francisca ?

ESCENA XIV.

Dichos, doña Francisca y Margarita.

Francisca.

Ya yo te he oido.

Cecilia.

Al señor Lisardo envia
á nuestra casa tu tio,
y que te vea le encarga.

Margarita.

Señora, aqueste es el mismo.

Francisca.

Ya le he conocido; calla.

Lisardo.

Señora, de haberos visto
me huelgo; cierto, que ha andado
muy corto allá vuestro tio
en vuestro encarecimiento,
que sois un ángel divino.

Francisca.

¿ He de responder ?

Cecilia.

¿ Pues no ?

Francisca.

Señor, á mi tio estimo,
que nos envie el regalo
de la ocasion de serviros,
que yo agradezco.

Cecilia.

No tanto.

Francisca.

Pues callaré.

Lisardo.

Yo os suplico,
me deis licencia de darla
el abrazo.

Cecilia.

Por su tío
es muy justo.

Lisardo.

Pues, señora,
que de él le admitais os pido.

Francisca.

¿Le he de abrazar ?

Cecilia.

Claro está.

Francisca.

Pues, señor, los brazos mios
tomad, y el alma con ellos,
que os la doy para mi tio.

Cecilia.

Basta, basta; ¿tanto aprietas?
¡Jesus, y qué desatino!

Francisca.

Yo no sé abrazar mejor,
señora.

Cecilia.

Tonta has nacido.

Chichon.

Si; como caldo de zorra.

Cecilia.

Margarita, tú al proviso
adereza el cuarto bajo.

Margarita.

Señores, voy á serviros.

Aguirre.

¡O que braba es la fregona! *ap.*

ya el corazon me da brincos:
no la trueco á una duquesa.

Cecilia.

Venid, señores, conmigo
á sentaros acá adentro.

Lisardo.

A obedeceros venimos.

Cecilia.

¡Lindo mozo es el Lisardo! *ap.*
con gran gusto le recibo. *Vase.*

Lisardo.

Señora......

Francisca.

Sois mi remedio.

Lisardo.

¿No es buen medio?

Francisca.

Yo le estimo.

Lisardo.

¿Podreis hablar?

Francisca.

Lindamente.

Lisardo.

¿Y me oireis?

Francisca.

Sereis mi alivio.

Lisardo.

Pues vuestro seré.

Francisca.

Eso quiero.

Margarita.

Presto, que vuelve, por Cristo.

Sale Cecilia.

¿Qué es eso?

Francisca.

La reverencia.

Lisardo.

No es necesaria conmigo. *Vanse.*

Aguirre.

¿A quien dígo?

Margarita.

¿Será á mí?

Aguirre.

¿Y yo tengo buen partido?

Margarita.

Y robado.

Aguirre.

Pues marchemos.

Chichon.

Quedo con las uvas, tio,
que esas son para colgadas.

Margarita.

Calla, bestia. Entrad conmigo.

Chichon.

Ahora bien; estos soldados
no quisiera yo.... ya digo.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DOÑA CECILIA.

Lisardo y Aguirre.

Aguirre.

¡Hay tal regalo, hay tal cama,
tal limpieza, tal olor,
tan lindo gusto de amor,
siendo fregona la dama!
¿Lisardo, amigo, esto es sueño?
que de gusto estoy sin mí:
¡bien haya lo que perdí,
pues nos metió en este empeño!

Lisardo.

Pues yo traigo el alma loca
de un pesar que la traspasa.

Aguirre.

¿Qué decís? ¿siendo esta casa
libro de qué quieres boca?

Lisardo.

Aguirre amigo, mi amor,
que cuando aquí entramos fue
inclinacion, ya en mi fe
se va pasando á furor.

Aguirre.

¿Pues hay algo que aventure
vuestro amor en su hermosura?
¿qué os ofende la locura,
si teneis quien os la cure?

Lisardo.

Ya sabeis, que Margarita
todas las noches me mete
de su ama en el retrete,
donde amor no me limita
el favor, la estimacion,
que á doña Francisca debo.
A pintaros no me atrevo
el primor, la discrecion
de su amor casto, y discreto;
y solo esplico el primor
con deciros, que mi amor
ha vencido su respeto:
que como es tan soberano
su discurso, la imagino
deidad, y con lo divino
no me atrevo á ser humano.
A la mayor indecencia
que mi pecho se ha atrevido,
á besar su mano ha sido,
y esto por ser reverencia.
Puse en ella el lábio ufano;
mas mirad cual es mi amor,
pues no me apaga el ardor
todo el crístal de su mano.

Aguirre.

¿Pues de qué es vuestro pesar,
que no se infiere del cuento?

Lisardo.

Hasta aquí todo es contento,
mas ahóra entra el azar.
Estando con ella, amigo,
de esta ventura en el centro,
me halló la tia allá dentro,

Aguirre.

¡Cuerpo de Cristo conmigo!
¿Anoche?

Lisardo.

Sí.

Aguirre.

Y no en valde
lo sentís: ¿y halló á los dos?

Lisardo.

Juntos.

Aguirre.

Menos mal, por Dios;
fuera, que entrara un alcalde.
¿Y qué dijisteis?

Lisardo.

Amigo;
cogióme tan de repente,
que no hallé cosa decente
de mi disculpa testigo.
Mas sabiendo que ella es
tan amiga de aficion,
dile por su inclinacion,
y salió peor despues.
Dije, que de mi osadía
era disculpa el amor,
que ella me movió al error,
y que yo se lo tenia:
que es cobarde el que se inclina:
y como no me atreví
á decirlo, me valí
del medio de su sobrina;
y que á pedirla habia entrado;
que ella mi amor la dijera.

Aguirre.

¡Qué tal desatino hiciera

un hombre mozo, y soldado!
¿ á fingir amor se pasa
á una dueña?

Lisardo.

¿Por qué nó?

Aguirre.

Primero dijera yo,
que entraba á robar lo casa.

Lisardo.

¿Pues si el suceso me empeña?

Aguirre.

Mas quisiera mi opinion
ser tenido por ladron,
que por galan de una dueña.

Lisardo.

No es lo peor eso.

Aguirre.

¿No?
¿Pues qué?

Lisardo.

Que lo acetó luego,
y llena de amante fuego
á su cuarto me llevó;
y yo fingiendo querella
estuve pasando tragos,
y haciéndome mil alhagos,
sin poder librarme de ella,
me tuvo la noche toda,
dando á su sobrina zelos,
que temí, viven los cielos,
que fuese la de la boda.
De esto, amigo, resultó,
que la sobrina al salirme,
ni quiso verme, ni oirme,
diciendo, esto se acabó:

y yo estoy en el tormento
de no verla, y de la tia,
que dice, que en este dia
se ha de hacer el casamiento.
Y el medio para vencella
solo vos darle podeis,
pues con que la enamoreis,
podré yo librarme de ella.

Aguirre.

¿Jesus, eso habeis pensado?
¿habeis perdido el sentido?

Lisardo.

Pues qué importa, si es fingido.

Aguirre.

¿Yo de dueña enamorado?

Lisardo.

Solo eso este daño allana,
y por vos vivir espero.

Aguirre.

¡Vive Cristo, que primero
me eche por una ventana!
¿No sabeis que yo á una dueña
no la tengo por muger?

Lisardo.

¿Qué decís? ¿pues qué ha de ser?

Aguirre.

No es muger, sino cigüeña.

Lisardo.

¡Qué penseis tal desatino!

Aguirre.

Hermano, el temor me empeña,
porque yo en viendo una dueña,
pienso que es la de Tarquino.
¿En cosas meterme manda?
que no es Flandes, advertid,

que no es Flandes advertid
aqueste. ¿Estando en Madrid,
quereis que muera en Holanda?

Lisardo.

¿Fineza era tan estraña
la que mi amor os pidió?

Aguirre.

¿Pues era San Jorge yo
para andar tras esa araña?

Lisardo.

No es de la amistad indicio,
viendo que es mi pena mas.

Aguirre.

¡Por vida de Satanás,
que me hareis perder el juicio!
Empeñadme vos de veras,
mandadme hacer de malicia
resistencia á la justicia,
aunque me echen á galeras,
ó reñir en cosa hecha
con un zurdo, aunque yo acabe
á manos de quien no sabe
cual es su mano derecha;
mas no amar viuda tan loca.
¿Soy yo ladron negativo,
que quereis de alcalde esquivo,
darme un tormento de toca?

Lisardo.

¡Qué en muger tan principal
no sepais poner el gusto!

Aguirre.

Hermano, yo no me ajusto
en no habiendo delantal
de picote, saya vieja
sobre el guardapies alzada,

la cintura á un lienzo atada,
lazó verde en la guedeja,
mantilla que me alborota,
con boton el zapatillo,
que descubriendo el tobillo,
la brujuleo como sota.
A estas busco, á estas pretendo,
que hablan claro: hay mas que oir
una fregona decir:
¿ha visto el hombre? no entiendo:
vaya adelante, señor,
no se le acatarre el pecho;
ya aguardo Angel, bien se ha hecho;
¿qué nos quiere? ¿y eso es flor?
¿hace burla? andar con ellas
y otras cosillas así,
que nacieron para mí;
ó yo nací para ellas.
Y cuando está esquiva, mas
del gusto es, mas apacible,
ver rendir este imposible
con castañas, é hipocrás.

Lisardo.

¿Pues qué he de hacer?

Aguirre.

Engañarlo

Lisardo.

¿Y de mi angel la querella?

Aguirre.

Amarla, y satisfacella.

Dentro Cecilia.

¿Chichon?

ESCENA II.

Dichos y Chichon.

Chichon.

Ya voy, á buscarla.
¡Jesus, Jesus, qué empujones!
desde amanecer empieza;
Chichon, Chichon: la cabeza
tengo llena de Chichones.

Lisardo.

¿Qué es eso?

Chichon.

Mi ama, que toda
la mañana me ha molido:
parece que ha amanecido
rabiando de hambre de boda.

Aguirre.

¿Pues qué ahora te ha mandado?

Chichon.

Me manda que venga á usté,
y diga que voy....

Lisardo.

¿A qué?

Chichon.

¿A qué? ya se me ha olvidado.

Lisardo.

¿Qué dices? ¿qué te mandó?

Chichon.

Dijo... mas espere usté,
y se lo preguntaré;
ah, ya se me acordó;
dijo, válgate el dimoño...
que al audiencia del Vicario
vaya, y llame un perdolario (1):

*

para que haga el matrimoño.

Lisardo.

Notario diria.

Chichon.

Voltario,

si señor, que se fatiga
por voltaríos, que es amiga
de tener el gusto vario.

Lisardo.

¿Habeis visto tal quimera?
No sé, por Dios, que he de hacer.

Aguirre.

Paciencia habeis menester.

Chichon.

¡Ah! si, ¿cómo dijo que era?

Lisardo.

Notarío habeis de llamar.

Chichon.

Ya ello suena á calendario,
campanario, y boticario:
no se me puede olvidar,
¿mas donde vive el vicario,
señor?

Lisardo.

Yo no sé donde es.

Chichon.

Pues íreme á San Ginés;
mas por Atocha es mejor.

Lisardo.

¿A Atocha habeis de ir ahora?

Chichon.

Por allí no puedo errar.

Lisardo.

¿Cómo?

Chichon.

Mire ustéd, rezar
primero á nuestra Señora
que esto Dios me los reciba
y irme á palacio despacio.

Lisardo.

¿Pues qué hareis luego en Palacio?

Chichon.

preguntar á donde viva.

Aguirre.

¿Qué os importa, que lo yerre?
dejadle ir, ¿qué se os da á vos?

Lisardo.

Dices bien: andad con Dios.

Chichon.

Mi ama está erre, que erre
voy á buscar el Vicario,
que ella en él tiene su gloria;
ya bien llevó en la memoria
que he de traer un Almario. *Vase.*

Lisardo.

¡Que no me socorrais vos!
yo he de perder el sentido.

Aguirre.

Doña Francisca ha salido.

Lisardo.

No sé que hacerme, por Dios.

ESCENA III.

Lisardo, Aguirre, doña Francisca y Margarita.

Francisca.

Margarita, esto ha de ser;
yo no he de sufrir mas zelos:
¿toda la noche con ella

hablando en su casamiento?

Margarita.

Estos soldados, señora,
tienen alma de venteros.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Francisca.

No, Margarita, su intento
es casarse con mi tia
por codicia del dinero.

Margarita.

¿Pues tú no tienes buen dote?

Lisardo.

¿Aguirre, no oia aquesto?

Aguirre.

De zelos trae una escuadra,
embistan los mosqueteros
con dos mangas de lisonjas,
que con eso huirán los zelos,
que en la batalla de amor
son los caballos ligeros.

Margarita.

Señora, aquí están los dos.

Lisardo.

Aurora de mi deseo,
sol de mi verde esperanza,
dia de mi pensamiento,
primavera de mi amor......

Francisca.

Ten, Lisardo; quedo, quedo,
de primavera, y de sol,
que aunque yo á tí no te debo
ese amor que significas,
tampoco no te merezco,
sabiendo yo que son falsos,
la injuria de esos requiebros.

Lisardo.

¿Qué son falsos? ¿qué es injuria?
dueño mio, no te entiendo.

Francisca.

¿No te casas con mi tia?

Lisardo.

¿Tan poco crédito tengo
de discreto, que has creido,
que pudiera ser tan necio?
¿yo á tu tia?

Aguirre.

Vive Dios,
que aunque él estuviera ciego,
no se pusiera en los ojos
á tu tia por remedio.

Lisardo.

¿Yo á tu tia?

Margarita.

Y preparada.

Francisca.

Señor Lisardo, no vengo
á buscar en vos albagos,
que satisfagan mi pecho;
admitir satisfacciones
de agravios, es otro riesgo,
pues solo es entrarme al alma
para herírmela de nuevo.

Solo vengo á suplicaros,
que os salgais de casa luego,
porque yo que os hallo ingrato,
no es bien que os vea grosero.
Enamorar á mis ojos
á mi tia, cuando tierno
fingiais conmigo, os hace
ingrato, y mal caballero.
Dos culpas son, y sufrirlas
sino he de poder, tan presto,
que por no sufrir el otro,
os perdono un desacierto.
El de ingrato á mi me ofende,
ese os perdona mi pecho;
el de grosero os ultraja,
ese es el que ver no quiero:
mirad vos lo que os estimo,
pues perdonándoos, os dejo
que os vais desagradecido,
por no veros desatento.
Ven, Margarita.

Lisardo.

Señora,
espera, mi bien, mi dueño;
sabe el cielo, que te adoro,
que te estimo, y te venero.

Francisca.

El lo sabrá, mas yo no.

Lisardo.

¿Pues cómo puede ser eso?
¿si tú lo dudas, señora,
no puede saberlo el cielo?
Escúchame.

Francisca.

No he de oiros.

Francisca.

Ten, Lisardo; quedo, quedo,
de primavera, y de sol,
que aunque yo á tí no te debo
ese amor que significas,
tampoco no te merezco,
sabiendo yo que son falsos,
la injuria de esos requiebros.

Lisardo.

¿Qué son falsos? ¿qué es injuria?
dueño mio, no te entiendo.

Francisca.

¿No te casas con mi tia?

Lisardo.

¿Tan poco crédito tengo
de discreto, que has creido,
que pudiera ser tan necio?
¿yo á tu tia?

Aguirre.

Vive Dios
que aunque él estuviera ciego,
no se pusiera en los ojos
á tu tia por remedio.

Lisardo.

¿Yo á tu tia?

Margarita.

Y preparada.

Francisca.

Señor Lisardo, no vengo
á buscar en vos albagos,
que satisfagan mi pecho;
admitir satisfacciones
de agravios, es otro riesgo,
pues solo es entrarme al alma
para herírmela de nuevo.

Solo vengo á suplicaros,
que os salgais de casa luego,
porque yo que os hallo ingrato,
no es bien que os vea grosero.
Enamorar á mis ojos
á mi tia, cuando tierno
fingiais conmigo, os hace
ingrato, y mal caballero.
Dos culpas son, y sufrirlas
sino he de poder ambos, presto,
que por no sufrir el otro,
os perdono un desacierto.
El de ingrato á mí me ofende,
ese os perdona mi pecho;
el de grosero os ultraja,
ese es el que ver no quiero:
mirad vos lo que os estimo,
pues perdonándoos, os dejo,
que os vais desagradecido,
por no veros desatento.
Ven, Margarita.

Lisardo.

Señora,
espera, mi bien, mi dueño;
sabe el cielo, que te adoro,
que te estimo, y te venero.

Francisca.

El lo sabrá, mas yo no.

Lisardo.

¿Pues cómo puede ser eso?
¿si tú lo dudas, señora,
no puede saberlo el cielo?
Escúchame.

Francisca.

No he de oiros.

Lisardo.

Oyeme, señora, y luego,
si no quedas satisfecha,
obedecerte pretendo.

Aguirre.

Ya está Lisardo perdido: *ap.*
¡que no sepa un majadero
querer con comodidad,
como yo! No sé que tengo,
que si cada tercer dia
no me mudo, y me renuevo
el amor, y la camisa,
se me ensucian al momento.

Francisca.

Mirad, que saldrá mi tia.

Lisardo.

Alferez, estad atento.

Aguirre.

Yo me ofrezco á ser espia;
pero mientras hablan ellos,
remólquenme esa fragata,
que ya que espia me han hecho,
no quiero serlo perdida.

Francisca.

Vé, Margarita.

Margarita.

Eso quiero.

Lisardo.

Si fue forzoso fingir,
para salir del empeño,
que la amaba, y ella al punto
me propuso el casamiento,
¿cómo pude yo escusarlo?
Este engaño ha de ser medio
con que nuestro amor los dos

mejor vamos disponiendo.

Francisca.

¿Cómo ha de ser?

Lisardo.

De esta suerte.

Aguirre.

¿Qué no crees que te quiero?

Margarita.

Pienso que de mi haces burla.

Aguirre.

Miren si mi gusto es bueno: *ap.*
¿hay cosa como querer
á quien me tiene respeto,
y que en tenerla yo amor,
piensa que la favorezco?
Ven acá: ¿y qué harás de costa
cada año, si eres mi empeño?

Margarita.

Eso con un calzadillo,
tal vez unos lazos nuevos,
y esto muy de tarde en tarde;
unos guantes, los del tiempo,
la gargantilla de vidrio,
y con eso me contento.

Aguirre.

¿Y por eso me querrás?

Margarita.

Me colgaré de tu cuello.

Aguirre.

Ahorcado tal barato.

Francisca.

Si á escusar el casamiento
me prometes, á sufrir
que finjas amor me ofrezco.

Lisardo.

Yo te doy palabra, y mano
de ser tuyo á un mismo tiempo. (1)

Francisca.

Y yo de esposo la admito.

Aguirre.

Pues la mano se dan ellos,
dámela tambien. *Danse las manos.*

Margarita.

Si haré;
Alferez, toca esos huesos,
que yo seré la vandera.

ESCENA IV.

Dichos, y doña Cecilia al paño.

Cecilia.

¡Qué es lo que miro! ¡qué veo!
desafio es mano á mano.

Aguirre.

Ola, la tia, al remedio. *op.*
Esta raya os significa
inclinada por estremo
á beber, y en el beber
habeis de tener un riesgo.

Margarita.

Bien decís; y este es el trago
que me amenaza.

Lisardo.

Convento
significa aquesta raya,
que habeis de ser monja es cierto.

---

(1) *Danse las manos.*

Francisca.

Vos me dais muy buenas nuevas;
porque eso es lo que deseo,
que yo estoy tan bien hallada
con este recogimiento
en que me tiene mi tia,
que esa es la eleccion que tengo.

Sale Cecilia.

¿Qué es eso?

Aguirre.

Curiosidades,
que allá en Flandes aprendemos.

Cecilia.

¿En Flandes saben de manos?

Aguirre.

¿Pues ahora dudais eso?
sin saber Quiromancía
no puede uno ser sargento.

Cecilia.

¿Y ha de ser monja Frazquita?

Lisarda.

Tres señales tiene de ello.

Cecilia.

Cierto que le está muy bien,
que hay tan malos casamientos,
que es una muerte un marido.

Francisca.

Si señora, mas yo pienso,
que tú no temes morirte.

Cecilia.

Vivo bien, y no lo temo:
ea, entraos á hacer labor,
que aunque sea tan honesto,
parecen mal las doncellas
con los hombres.

Margarita.

Eso es cierto;
pero tambien las viudas.

Cecilia.

¿Quién os mete á vos en eso?

Francisca.

Tiene razon Margarita,
que tú te quedas con ellos,
y sabe Dios la que tiene
mas malicia en el intento.

Cecilia.

¿Pues que malicia, atrevida?
Ea, entraos allá dentro,
no me hagáis descomponer.

Francisca.

No haga tal, ya nos iremos,
que á quien trata de ser novia,
descomponerla es gran yerro.

ESCENA V.

Lisardo y doña Cecilia.

Cecilia.

¿Qué es lo qué dices, Francisca?

Lisardo.

Si tratas del casamiento
tan en público, que envias
por el notario, ¿qué esceso
hace en decirtelo ella?

Cecilia.

Pues digalo, que hoy intento
desposarme, si es posible,
que todo lo hace el dinero,
y el Nuncio. ¿Tú, dueño mio,
no irás luego á disponerlo?

¿qué es lo qué dices, querido?

Aguirre.

Vive Dios, que pierdo el seso. (*ap.*
¡Que haya hombre que oiga á una dueña
amores, sin que primero
vaya á meterse hermitaño!

Lisardo.

Señora, por tí te advierto,
que sin que hayas dado estado
á tu sobrina, es gran yerro
publicar que tú te casas.

Cecilia.

Casemonos de secreto:
¿hay mas de que no se sepa?

Lisardo.

Tú me aprietas tanto en eso,
que es forzoso aunque lo sienta,
que te declare el secreto.

Cecilia.

¿Qué secreto?

Lisardo.

Que los dos
ser casados no podemos.
En la carta de tu hermano
¿no dice, que yo le debo
mas que mucha obligacion?

Cecilia.

¿Pues bien qué se infiere de eso?

Lisardo.

Señora, yo vine aquí
por un intento encubierto,
que ya se ha desvanecido,
y declarartelo puedo
Yo soy hijo de tu hermano,
que allá en sus años primeros

me tuvo en madama Blanca;
que en todo el pais flamenco
no hubo dama mas hermosa.

Aguirre.

Vive Dios que halló remedio. *ap.*

Cecilia.

¿Pues ese es inconveniente,
sobrino? ahora te quiero
mucho mas; dame los brazos
por nueva que tanto aprecio.
que eso lo hacen mil ducados
de dispensacion.

Aguirre.

Laus Deo: *ap.*
miren que presto saltó
el foso del parentesco.

Lisardo.

Señora, ese inconveniente
no es el mayor que yo tengo.

Cecilia.

¿Pues hay otro?

Lisardo.

Si, y mayor.
Ya sabreis lo que yo debo
á Aguirre, que el ser mi alferez
en su amistad es lo menos,
y aseguro que en Vizcaya
su sangre es la de mas precio:
él me ha dicho, que de ver
vuestra gracia, y vuestro aseo,
se ha enamorado de vos.

Aguirre.

¡Qué es lo que escucho! esto es bueno:
¿hombre, has perdido el sentido? *ap.*

Lisardo.

Esto, señora, es lo cierto;
y el mayor inconveniente,
porque yo tanto le quiero,
que solo por él hiciera
la fineza de perderos.
Pero solo me consuela
lo que mejorais en esto:
¡mirad que talle, y qué brio;
que bizarría, y que aliento!

Aguirre.

¿Está borracho Lisardo?

Lisardo.

Y es tan grande caballero
como yo: aunque por mi madre
del conde Curcio desciendo.

Aguirre.

Señores, si ella lo cree,
de aquí me he de ir al infierno
antes que oirla un bien mio.

Cecilia.

¿Alferez, pues cómo es eso?
¿vos me quereis?

Aguirre.

No señora;
no, ni por el pensamiento.

Lisardo.

Fingidlo, amigo. *ap. los dos.*

Aguirre.

¿Estais loco?

Lisardo.

Fingidlo por mi.

Aguirre.

No puedo.

Lisardo.

Mirad que me dais la vida.

Aguirre.

Ya os he dicho, que no quiero.

Lisardo.

Señora, él de buen amigo
disimula, mas es cierto,
que yo le hago gran pesar.

Cecilia.

¿Alferez, qué decis de esto?

Aguirre.

Señora, yo os ví sin tocas,
y me enamoré, mas luego
se me fue el amor al punto,
que con tocas volví á veros.

Cecilia.

¿Pues si esto es así, qué quieres?

Lisardo.

Si él no dá licencia de ello,
yo no le he de hacer pesar,
que sé que lo está encubriendo.

Aguirre.

Yo no encubro tal, señora,
licencia doy al momento.

Cecilia.

¿Pues sobrino, qué mas quieres?

Lisardo.

Ello aquí no hay mas remedio, *ap.*
que de la dispensacion
me valga el plazo. Si es cierto,
que lo permite el alferez,
señora, luego al momento
por dispensacion se envie.

Cecilia.

Pues dame los brazos luego,

y no me lo regatees.

Lisardo.

Y el alma tambien con ellos.

ESCENA VI.

Dichos, doña Francisca y Margarita.

Francisca.

Ya voy, señora, ¿qué quieres?
¡Pero qué es esto que veo!
¿Señor Lisardo, pues vos
con mi tia descompuesto?
¿y aun por eso me llamabas?
es muy grande atrevimiento.

Margarita.

Y muy gran bellaquería,
y muy atrevido esceso
abrazar á mi señóra,
que es de virtud un egemplo,
y nos enseña á nosotras
el recato que tenemos.

Cecilia.

¿Qué es lo qué dices, Francisca?
esto no es atrevimiento,
que Lisardo es mi sobrino,
y le he abrazado por eso.

Francisca.

¡Jesus! ¿sobrino? ¿qué dices?
¿eso, señora, hay de nuevo?
pues si por tia le abrazas,
por prima tambien yo puedo.

Cecilia.

Detente, no puedes tal,
que no es tanto el parentesco,
que dispensacion no quepa.

Francisca.
Tú la tendrás segun eso.
Cecilia.
¿Yo de qué la he de tener?
Francisca.
O la tienes, ó á lo menos
querrás enviar por ella.
Cecilia.
¿Ya has escuchado el concierto?
Margarita.
Eso, por aquel resquicio.
Cecilia.
Pues es verdad, ¿qué tenemos?
¿no me puedo yo casar?
Francisca.
Si puedes; pero con esto
sabré yo que tus recatos,
tus voces, y tus encierros,
tus riñas, y tus enojos,
no son por mis galanteos,
sino porque no son tuyos
los galanes que yo tengo.
Yo te tenia por piedra,
mas ya que muger te veo,
tambien lo he de ser, que soy
mas niña yo para serlo.
¿Tú, que me estás predicando,
que sea monja, este ejemplo
me dás? pues yo te lo admito,
y pido el mismo convento.
Que es una muerte un marido,
dices, y á morir te has vuelto,
ó el morirse no es muy malo,
ó es el marido muy bueno.
¿Tú que lo sabes te casas,

y me predicas el riesgo?
¿Quieres que en mí sea temor,
lo que en tí no es escarmiento?
¿Cómo he de creer yo las ansias,
que siempre me está diciendo,
que pasabas con tu esposo,
si aquí las buscas de nuevo?
¡Qué vida tan trabajosa
pasé con mi esposo muerto!
¡Válgate Dios, por trabajo,
que al gusto deja deseos!
Si tú vuelves á esta vida,
sin duda hay algun contento,
que es mayor que sus trabajos,
pues tú atropellas por ellos.
Pues, tia, yo he de casarme,
que ya por saber me muero
un mal, que ponderas tanto,
y un gusto que le hace menos.
Y si preguntas, por qué
en tal peligro me meto,
respóndete tú, que yo
me tomo aquí el argumento.
Quien la culpa que condena
comete, pague su yerro,
ó absuélvale, pues por mí
le cometió en el egemplo.
Y habiendo yo de casarme,
(esto es lo peor) te advierto,
que si quieres á Lisardo,
nos encontramos en eso.
Yo tambien le quiero, tia,
y si entrambas le queremos,
tú le querras por tu gusto,
mas yo por mi honor le quiero;

que no soy yo tan liviana,
ni mi honor tan poco cuerdo,
que á quien no fuera mi esposo,
diera entrada en mi aposento.
El me ha dado la palabra;
mira lo que haces en esto;
porque yo tengo testigos,
y ha de cumplírmela luego.

ESCENA VII.

Dichos, menos doña Francisca.

Cecilia.

¿Qué es lo que dices, Francisca?
¿Margarita, qué es aquesto?

Margarita.

Yo, señora, soy testigo,
y lo juraré á su tiempo.

Cecilia.

¿Tú testigo? ¿tú lo has visto?

Margarita.

Con estos ojos no menos,
que se han de comer la tierra.

Cecilia.

¿Tú has de hacer tal juramento?
lo contrario has de jurar.

Margarita.

¿Yo he de jurar falso? arredro:
¿y el alma, señora mia?
¿pues no sabes, que hay infierno?

Cecilia.

¿Qué es infierno?

Margarita

Donde hay tias.

Cecilia.

¿Sobrino, es aquesto cierto?

Lisardo.

Yo, señora.....

Margarita.

Yo testigo,
y lo juraré á su tiempo. *Vase.*

Cecilia.

¿Qué es esto, Lisardo? ¡Alferez!
hablad: ¿de qué estais suspenso?

Aguirre.

Yo soy testigo tambien,
y lo juraré á su tiempo.

ESCENA VIII.

Lisardo y doña Cecilia.

Cecilia.

¡Qué es lo que escucho! Lisardo,
idos de casa al momento;
idos, no deis ocasion,
que á mis parientes, y deudos
dé cuenta de esta traicion;
y os hagan pedazos luego.

Lisardo.

Esto es peor, vive Cristo, *ap.*
porque con esto perdemos
comodidad, y regalo,
sin saber donde tenerlo;
y de malograr mi amor
me pongo á evidente riesgo,
si ella avisa á sus parientes:
engañarla es el remedio.

Cecilia.

¿Qué esperais aquí, Lisardo?

Lisardo.

Señora, el sentido pierdo

viendo tan gran falsedad,
cuando yo solo soy vuestro.

Cecilia.

¿Qué decís?

Lisardo.

Que aquesto afirmo.

Cecilia.

¿Pues quién mueve este embeleco?

Lisardo.

¡Como he de saberlo yo,
señora! Viven los cielos,
que es engaño: ¿pues porqué
quereis que finja que os quiero,
si no fuera la verdad?

Cecilia.

Pues si es solo atrevimiento
de mi sobrina, enojada,
porque casarla no quiero;
sobrino, ven al instante,
y llevareis el dinero
para la dispensacion;
y como mi esposo, y dueño
de esta casa, en su desorden
pon al instante remedio.

Lisardo.

Remedio, castigo, y todo.

Cecilia.

Pues entra luego por ello.

ESCENA IX.

Dichos y Chichon llorando.

Chichon.

¡Ay de mí! pobre Chichon,
que vengo ya medio muerto.

¡O lleve el diablo la viuda,
que me envió á tal enredo!

Cecilia.

¿Qué es eso, Chichon, qué trae?

Chichon.

¡Ay señora! muerto vengo.
Fui á la audiencia del Vicario,
que es en un patio, muy lleno
de mesas, con tanta gente,
y tantos gritos entre ellos.
Llegué á una, donde unos mozos
allí estaban escribiendo,
y con mucha cortesía
dige, quitado el sombrero:
¿Quien es aquí el perdulário
para hacer un casamiento?
Y apenas tal hube dicho,
cuando conmigo embistieron,
y á puñadas, y patadas
me remendaron el cuerpo.

Cecilia.

¿Qué dice, Chichon?

Chichon.

Señora,
no soy Chichon, que antes vengo
todo lleno de chichones:
mire usté, qué bien viene esto
con decirme á mí mi padre,
que tener hijos no puedo,
si traigo aquí mas de treinta
chichoncitos.

Cecilia.

¡Que tán necio
sea, que olvide un recado!

Chichon.

¡ Ay, señora ! que no es eso.

Cecilia.

¡ Que sea tan mentecato,
que á nada enviarle puedo,
que en vano siempre no sea !

Chichon

Pues ahora en vano no vengo.

Cecilia.

¿ Pues que ha hecho ?

Chichon.

¿ Qué ? aquí traigo
dos papeles, que me dieron
para Frazquita.

Lisardo.

¿ Qué dices ?

Chichon.

¿ Pues qué manda para eso ?
¿ quiere usté saber acaso
lo que á la otra escribieron ?

Lisardo.

Suelta, necio.

Chichon.

No haré tal,
que me lo han dado en secreto.

Lisardo.

¿ Quién te dió aquestos papeles ?

Chichon.

Ahí lo verán en ellos;
el Letrado, y don Martin.

Cecilia.

Léelos.

Lisardo.

Eso pretendo.

Chichon.

Señores, miren lo que hacen,
que sabe mas que Galeno
el Letrado, y nos podrá
poner despues algun pleyto,
que nos cueste nuestra hacienda.

Lisardo.

Del Letrado es el que leo.

Lee. *Señora, muchos litigantes van por vuestro parecer, pero el contrato de amor ha de ser in solidum, y no de mancomun. Un soldado teneis en casa, y aunque sea primo, yo entiendo mejor que vos de militibus, capite 6. Si enviais por dispensacion para casaros, yo lo he de estorbar, que para esto tengo á Salgado de retentione; y con esto, vale. Fecha, ut supra.*

El Licenciado Celedon de Ampuero.

Cecilia.

¡Vióse tan gran desvergüenza!

Chichon.

Mire usté, si bien le advierto;
¡tome, y los tiestos que sabe!

Lisardo.

El de don Martin ver quiero.

Lee. *Señora, muy congojado estoy de lo mucho, que ha que no os doy palabra de casamiento. Tres cédulas os he enviado, y por si el término de ellas se ha acabado, lo prorrogo en esta. Digo yo don Martin de Herrera, Regidor que fui de la Villa de Arnedo, que doy palabra de casarme con doña Francisca Maldonado, á su voluntad, á quien debo estas finezas, por tantas de contado; y asi lo juro á Dios; y á esta* ✝

Don Martin de Herrera, Regidor de Arnedo.

Cecilia.

¿Lisardo, qué es lo que dices?
¡Que á tales atrevimientos

ocasion de mi sobrina!

Ya á tí te toca el empeño.

Lisardo.

Yo pondré remedio en todo,
y castigaré este exceso.

Cecilia.

¿Y el Chichon es alcahuete?

Chichon.

¿Alcahuete? ¡Santos cielos!
¡alcahuete me han llamado
á mí, que un hermano tengo,
que va á caballo delante
del Rey!

Cecilia.

¿Pues que es?

Chichon.

Su cochero,
y tengo dos primos yo
Sacristanes en Oviedo.
¿Yo alcahuete? ¡Jesucristo!
págueme usted mi dinero,
que no quiero estar en casa.

Cecilia.

¿Qué dice?

Chichon.

Lo que la cuento:
¿Yo deshonrar mi linage?

Lisardo.

El no tiene culpa de ello.

Chichon.

Sepa su merced, que soy
mas hidalgo que un torrezno,
y si fué bruja mi madre,
no tuve la culpa de ello;
que ya por eso en Logroño

la dieron su salmorejo.
No he de parar mas en casa.

Lisardo.

Sosiéguese, que el remedio
pondré yo en quien tiene culpa.

Chichon.

No hay que tratar, esto es hecho;
¿á mí me llamà alcahuete,
que soy Chichon de Barrientos,
de Gil de Barrientos hijo,
y de Lain Lainez nieto,
viznieto de Sancho Sanchez,
y chozno de Mendez Mendo?
Eso, como el A B C
sé yo todos mis abuelos.

Cecilia.

Ven al momento, sobrino,
y luego lleva el dinero,
y mira por nuestro honor,
pues ya el de todos es nuestro.

Lisardo.

Vamos, pues, señora.

Chichon.

Vamos.

Lisardo.

¿Mil ducados? tomarelos, *ap.*
que ellos servirán de ayuda
para lograr mis intentos.

ESCENA X.

Chichon.

¿A mí alcahuete? ¿á mí teniendo abuelos?
en la garganta, cielos,
toda la honra se me ha hecho un nudo,
y aquí me temo ahogar si no estornudo.

En un libro leí los otros dias,
que hay un viejo que llaman Matatias;
pues, Chichon, luego de buscarle trata,
y si le hallo, sabré como las mata,
que quiero, por honor de mis pasados,
vengarme, aunque las mate á cien ducados.
Porque ya ha anochecido, y hace lodos,
no lo voy á buscar, mas si los codos
de hambre me sé comer, he de buscalle:
piensa que dá con bobos; pero calle:
¿ello no hay Matatias? ¡ó gran viejo!
pues hoy ha de valerme su consejo,
á todo el mundo hará gran beneficio;
no tiene el Rey que dar mejor oficio.
Pero en la sala pasos he sentido,
no puedo ver quien es, que ha oscurecido.

ESCENA XI.

Chichon y Celedon.

Celedon.

Del papel vengo á ver si hallo respuesta,
que me ha costado hoy toda la siesta
de estudio, porque fuese bien escrito.

Chichon.

¿Quién vá?

Celedon.

¿Chichon amigo?

Chichon.

¡El letradito! *ap.*

Celedon.

¿Qué hay del papel?

Chichon.

¡Ay Dios! ¿si hará prenderme *ap.*
en sabiendo lo que hay? No sé que hacerme.

Celedon.

¿Qué dices?

Chichon.

Me costó mil embarazos.

Celedon.

¿Cómo?

Chichon.

La tia le ha hecho mil pedazos.

Celedon.

¿Pues cómo tú el secreto has revelado?

Chichon.

¿Revelar? sepa usted, señor letrado;
que yo soy mas leal, sin duda alguna;
que el page de don Alvaro de Luna.

Celedon.

Ya lo sé yo.

Chichon.

La tia lo ha rompido;
y me llamó alcahuete.

Celedon.

¿Qué eso ha habido?

Chichon.

¿Quiere usted ordenarme una querella;
para el juez Matatias contra ella?

ESCENA XII.

Dichos y don Martin.

Martin.

Mientras es hora de otro galanteo,
vengo á ver si se logra mi deseo
con el papel, que á tantas que prometo
casamiento, en alguna tendrá efecto.

Chichon.

¡Ay señor! gran mal si es el soldado.

Celedon.

¿Qué he de hacer?

Chichon.

Escondeos á este lado. (1)

Celedon.

Sácame de aquí pronto, hombre del diablo.

Chichon.

Yo os sacaré: ¿quién vá?

Martin.

Yo soy.

Chichon.

¡San Pablo!

¿á qué viene, señor? gran mal sospecho;
¿no sabe el caldo que el papel ha hecho?

Martin.

¿Qué caldo?

Chichon.

De alcaparras.

Vayase no tengamos la de marras.

Dentro Cecilia.

Ola, Chichon.

Martin.

¿Quién es?

Chichon.

¡Santa María!

Martin.

¿Es el soldado?

Chichon.

No, sino la tia,

que es peor que soldado, y bandolero:
mira que viene.

Martin.

Aquí esconderme quiero.

(1) *Escóndele.*

Chichon.

¿Donde vá?

Martin.

A esconderme.

Chichon.

En otro nido,
que en este está otro pájaro escondido. (1)

ESCENA XIII.

Chichon y doña Cecilia, y Celedon y don Martin escondidos.

Cecilia.

¿Chichon, qué es eso, con quién hablaba ahora?

Chichon.

Rezo mis devociones, que ya es hora.

Cecilia.

Yo he sentido aquí pasos de otra planta.

Chichon.

¿Pasos ahora? ¿es semana santa?

Cecilia.

Yo pasos he sentido, y visto un bulto,
señal es que alguno hay por aquí oculto.

Chichon.

Pues eso es la verdad, que se me ha hinchado
no se qué, y tengo un bulto en este lado.

Cecilia.

Sacad luces: Francisca, Margarita,
sobrino, ola.

Chichon.

Tu lengua sea maldita:
¿qué hace, señora? calle, no le llame,
que topará con ellos.

---

(1) *Escóndese á otro lado.*

Cecilia.

¿Cómo, infame?

Francisca, Margarita.

ESCENA XV.

Dichos, doña Francisca y Margarita, Lisardo y Aguirre.

Francisca.

¿Qué nos quieres?

Lisardo.

¿Qué dices?

Cecilia.

¡Pues no infieres
el riesgo de mi voz? aquí he sentido,
un hombre con Chichon, y está escondido.

Chichon.

Señores, que se engaña, y precipita,
que son dos por aquesta cruz bendita.

Cecilia.

¿Qué es lo qué dices, simple?

Chichon.

Aqui está el uno. (1)

Celedon.

¿Qué haces tonto?

Chichon.

No sea usté importuno.

Cecilia.

¡Qué es lo que miro! ¿en mi casa
un hombre escondido está?
sobrino, á tu honor le importa;
este hombre se ha de casar
con mi sobrina al instante.

(1) *Saca á Celedon.*

Lisardo.

No me faltaba á mi mas.

Francisca.

¿Qué es lo que dices, señora?

Cecilia.

Contigo se ha de casar.

Margarita.

Válgate el diablo por tia,
fondo en suegra.

Celedon.

Eso me está
muy bien á mi: esta es mi mano.

Chichon.

Téngase, que hay mayor mal;
y no se remedia nada
con eso.

Cecilia.

¡Hay tal necedad!
¿qué es lo que dices, simplon?

Chichon.

¿Pues el otro que alli está,
hase de casar conmigo?

Lisardo.

¿Otro hombre escondido hay?

Chichon.

Si señor, vele uste aquí (1)

Martin.

Calla, hombre de Satanás.

Chichon.

Calle él con dos mil diablos,
que tiene porque callar.

Cecilia.

¡Qué es lo que miro! Sobrino,

(1) *Saca á don Martin.*

vuestro honor perdido está,
si uno de ellos no se casa.

Lisardo.

Bueno.

Aguirre.

¿Qué llama casar?
Lisardo, ¡mueran entrambos.

Cecilia.

Alferes, mi honor mirad,
que eso es hacer mas mi afrenta.

Margarita.

¡Qué haga esta tia infernal
el viejo de la comedia!

Celedon.

Para mí dicha será
darla al instante la mano.

Chichon.

Darla yo os importa mas;
que es dicha mia, y aun suya.

Cecilia.

Lisardo, escoge tú cual,
porque de los dos el uno
casado aquí ha de quedar.

Francisca.

Mira lo que haces, Lisardo. *ap.*

Lisardo.

Asi lo quiero estorbar. *ap.*
El que fuere de los dos
de mas mérito capaz,
se ha de casar con mi prima.

Celedon.

¿Pues en eso hay qué dudar?
Yo he sido de San Clemente
alcálde mayor, demás
de que yo entré aquí primero,

como ese hombre lo dirá;
y la ley primi ocupantis
por derecho me la dá.

Martin.

¿Qué ley? ¿pues un licenciado
se quiere ahora igualar
con un regidor de Arnedo?

Celedon.

¿Cómo regidor? ¿no es mas
un grado de bacalauro?

Chichon.

No es mas, sino mucho mas
el grado de bacallao.

Aguirre.

El remedio que aquí hay
es que salgan á campaña:
y al que allí valiere mas
le dais á vuestra sobrina.

Martin.

Yo lo aceto; salga ya,
tome armas, seor licenciado,
que yo le espero en San Blas.

ESCENA XV.

Dichos menos Martin.

Cecilia.

¿Alferez, que es lo que haceis?

Lisardo.

Esto es mas autoridad
de nuestro honor; bien ha dicho.
¿Licenciado, que esperais?

Celedon.

Señor, yo reñir no quiero,
que vengo á casarme en paz.

Aguirre.

¿Cómo no? viven los cielos,
que lo habeis de pelear,
ó se la han de dar al otro.

Celedon.

Dénsela con Barrabás,
que yo no quiero reñir.

Lisardo.

¿No veis que infame quedais?

Celedon.

Señor mio, no hay aquí
tomarlo, ó dejarlo mas;
yo no he menester muger,
que la haya de sustentar
con la espada, y la comida.

Cecilia.

Dice bien; y pues se va
el otro, este no ha de ir
sin casarse.

Francisca.

Eso será
si quiero yo, y con ninguno
de los dos me he de casar.

Lisardo.

¿Cómo no? viven los cielos,
que la mano habeis de dar
al que de los dos venciere.
¿Licenciado, qué aguardais?

Celedon.

Yo me voy; mas no á reñir.

Lisardo.

¿Pues donde os vais?

Celedon.

A cenar.

ESCENA XVI.

Dichos menos Celedon.

Cecilia.

¿Qué es esto, Lisardo? ¿cómo
entrambos á dos se van
sin casarse? ¿pues mi honor?

Lisardo.

Eso á mí me importa mas.

Cecilia.

¿Cómo importar? detenedle,
Alferez, que esto es quedar
toda mi casa sin honra.

Lisardo.

¿Deteneos, donde vais?

Cecilia.

No me detengais.

Lisardo.

Si quiero:
¿yo á mi prima la he de dar
á quien reusa un desafio?

Cecilia.

¿Pues vos cómo así me hablais?

Lisardo.

Porque el honor de mi prima
es mio, y me importa mas
á mí, que á vos; y porque
yo soy vuestro esposo ya,
y á quien los daños de casa
toca solo remediar;
y vos no habeis de tener
mas dueño que yo; ea, entrad
á cuidar de lo que os toca
dentro de casa, que acá

yo sabré lo que me importa.

Cecilia.

¿Pues como así me tratais?

Lisardo.

¿No soy vuestro esposo?

Cecilia.

Si.

Lisardo.

¿Pues por qué no he de mandar
á mi muger?

Cecilia.

Es razon.

Lisardo.

Pues entraos: ¿qué aguardais?

Cecilia.

Ya os obedezco, marido:
¡oigan! de fuera vendrá
quien nos echará de casa.

ESCENA XVII.

Dichos menos doña Cecilia.

Francisca.

¿Cómo, ingrato, y desleal,
tú marido de mi tia?

Lisardo.

¿Si señora, lo dudais?
y vos de quien yo quisiera
lo habeis de ser.

Francisca.

Eso es mas.

Lisardo.

Entraos vos tambien adentro.

Margarita.

¿A mi señora tratais

de ese modo?

Aguirre.

¿Quién la mete
á ella aquí? vaya á fregar,
y á prevenirnos la cena,
que Lisardo es su amo ya,
si fué huesped hasta aquí.

Margarita.

¡Bueno! de fuera vendrá
quien nos echará de casa.

ESCENA XVIII.

Dichos menos Margarita.

Chichon.

¿Pues de esa suerte tratais
á mi muger?

Aguirre.

¿Qué muger?

Chichon.

Margarita, que lo es ya,
que ya no quiero ser virgen,
sino martir; y mirad
que es mi esposa.

Aguirre.

Y vos tambien
idos al punto á limpiar
la caballeriza.

Chichon.

¿Yo?

Aguirre.

Sí, vos.

Chichon.

De fuera vendrá
quien nos echará de casa. *Vase.*

Lisardo.

Esto lo acredita mas;
Alferez, á mis criados,
vos no mandeis, ni riñais:
idos de aquí.

Aguirre.

¡Yo tambien!

Lisardo.

Vos tambien.

Aguirre.

Pues el refran
tambien se hizo para mí.

ESCENA XIX.

Lisardo y doña Francisca.

Francisca.

¿Dueño esquivo de mi mal,
qué es esto? con tal traicion
¿tú me has venido á engañar?
¿tú te casas con mi tia?

Lisardo.

Mi bien, yo no intentó tal:
saben los cielos divinos,
que tú sola la deidad
eres, que el alma venera.

Francisca.

¿Pues qué es esto?

Lisardo.

Dar lugar
á que nuestro amor se logre.

Francisca.

¿Pues cómo tomado has
para la dispensacion
mil ducados?

Lisardo.

Para dar
mas logro al intento mio
con este engaño, y verás
como luego en una joya
te los vuelvo.

Francisca.

No hagas tal,
deja joyas; la firmeza
solo de tu amor me da.

Lisardo.

Esa en el alma la tienes.

Francisca.

¡Ay Lisardo! ¿eso es verdad?

Lisardo.

¿Pues tú la dudas?

Francisca.

La temo.

Lisardo.

Tuyo soy.

Francisca.

Dicha será,
pues con eso......

Lisardo.

¿Qué pretendes?

Francisca.

Los pensamientos que están
tristes en mi corazon,
á los alegres que ya
entran en él, dirán luego......

Lisardo.

¿Cómo?

Francisca.

De fuera vendrá
quien de casa nos echará.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DOÑA CECILIA.

Aguirre y Lisardo.

Aguirre.

Lisardo, viven los cielos,
que toda la casa está
en un puño.

Lisardo.

Mando ya
como dueño.

Aguirre.

El fingir zelos
de la tìa no me plugo,
ni os lo he de poder llevar.

Lisardo.

¿Por qué?

Aguirre.

Lo mismo es pagar
los azotes al verdugo.

Lisardo.

Eso, amigo, es necesario,
hasta lograr mi pretesto;
con el dinero he dispuesto
sacarla por el Vicario,
que otro medio no consiente
doña Francisca á mi amor,
porque este para su honor
le parece el mas decente.

Y así, ahora os es preciso,
que pues todo está cabal,
vais á llamar al fiscal,
que está esperando mi aviso.

Aguirre.

Yo iré, mas me desatina
la tia. Pues ya sois dueño,
fingidla el amor con ceño,
y echadlo ya á la mohina.

Lisardo.

Andad, que el tema os celebro.

Aguirre.

Pues mirad....

Lisardo.

¿Qué he de mirar?

Aguirre.

Que os he de desafiar
si la decís un requiebro:
asi el mandar os señalo.

Lisardo.

¿Que mandé tanto quereis?

Aguirre.

Sí, amigo, por si podeis
tras el mando, iros al palo.

ESCENA II.

Lisardo y Chichon.

Chichon.

¡Tanto esperar con tal frio!
ya mi paciencia condeno:
no hay mal sin algo de bueno,
esto está bien á un judio.

Lisardo.

¿Chichon, que es eso?

Chichon.

En ponerse
para salir mis señoras
un manto, ha que estén dos horas;
no tarda tanto en tegerse.

Lisardo.

¿Salir?

Chichon.

Salir, si señor.

Lisardo.

¿Dónde?

Chichon.

No sé en mi conciencia.

Lisardo.

¿Pues cómo sin mi licencia?

Chichon.

¿Es usté el padre prior?

Lisardo.

Soy el dueño de esta accion,
y él, si antes no me avisa,
no ha de ir con ellas ni á misa.

Chichon.

Tiene usted mucha razon;
á misa es bien que repare,
que ir sin licencia, es error;
pero á la calle mayor,
cuando se les antojáre.

Lisardo.

No han de ir sin esta atencion,
ni aun á sermon, si eso pasa.

Chichon.

¿Pue si usted predica en casa,
para qué han de ir al sermon?

Lisardo.

A esto el ser dueño me empeña.

Chichon.

Dueño es usted, pues las ciñe:
pero, segun lo que riñe,
no parece sino dueña.

Lisardo.

Deje la capa, que no
ha de ir con ellas ahora.

Chichon.

¿Y si riñe mi señora?

Lisardo.

No hay mas señora, que yo.

Chichon.

Ola, por Dios, que lo crea.

Lisardo.

Quite la capa, ó sino
iré á quitarsela yo.

Chichon.

¿Pues ustéd manda, ó capea?

Lisardo.

Solo á mí el mandarle toca.

Chichon.

¿Luego mi ama no lo es ya?

Lisardo.

No sinó yo.

Chichon.

Bien está:
mas póngase usted la toca.

Lisardo.

Entrese adentro.

Chichon.

Si haré;
¿mas qué es mi señora en casa?
Esplíqueme, si eso pasa,
este busilis, porque
mis obediencias se midan.

Lisardo.

Nada mas, que mi muger.

Chichon.

Pues ella algo es.

Lisardo.

¿Qué ha de ser?

Chichon.

Digo yo que será un quidam.

Lisardo.

Solo á mi obedezca en casa,
que lo demas será esceso.

Chichon.

Tenga usted cuenta con eso,
que ahora verá lo que pasa.

ESCENA III.

Dichos, y doña Francisca, doña Cecilia y Margarita con mantos.

Cecilia.

Franquita, no me amohines:
¡vióse tardar tan molesto!

Francisca.

Ya yo tengo el manto puesto.

Margarita.

Y yo el manto, y los chapines.

Cecilia.

¿Chichon, no ve que le espero?
venga ya, que él es peor.

Chichon.

¿Dónde?

Cecilia.

A la calle mayor.

Chichon.

Vayáse ella, que no quiero.

Cecilia.

¿Está loco?

Chichon.

Ya es en vano,
ni mandar, ni obedecello.

Cecilia.

¿Qué habla?

Chichon.

Hay orden para ello.

Cecilia.

¿Qué orden hay?

Chichon.

La de Moyano.

Cecilia.

¿Pues palabras tan osadas
conmigo ha de pronunciar?

Chichon.

Señora mia, el mandar
ya son cosas acabadas.

Cecilia.

¿Quién le ha dado esa osadía?

Lisardo.

Yo.

Cecilia.

¿Pues sobrino, que es eso?

Lisardo.

Poner modo en el esceso
que hay en esta casa, tia;
que salga es mal consentido;
nadie va sin mi licencia,
porque hay mucha diferencia
desde un sobrino á un marido.
Y tú, esta atencion me estima,
que va muy errado el modo,
y ha de haber enmienda en todo.

Quítate ya el manto, prima.

Francisca.

Yo no soy la que lo mando,
en vano á reñir me vienes.

Margarita.

Bien haya el alma, que tienes,
que íbamos ya rebentando.

Cecilia.

¿Qué haces, Frazquita? ¿eso pasa?
¿Conmigo no han de venir?

Lisardo.

Digo, que no han de salir
sin mi licencia de casa.

Cecilia.

¡Bueno es que eso nos impidas!

Lisardo.

Bueno, ó malo, eso será.

Chichon.

Dice bien, éntrense allá,
que son unas atrevidas.

Cecilia.

¿Pues salir es indecencia
donde necesario es?

Lisardo.

No; mas ha de ser despues
de pedirme á mi licencia:
que si yo he de ser tu esposo,
no quiero que mi muger
esté enseñada á tener
el manto tan licencioso.

Cecilia.

¿Pues esto me has de quitar?

Lisardo.

Como marido lo impido.

Chichon.

¿Pues con un señor marido
se atreven á replicar?

Cecilia.

Mi decoro á mi me abona,
y donde quiera saldré.

Chichon.

Calle ahí: quítela usté
y no sea respondona.

Cecilia.

Digo que yo he de salir.
Niñas, no os quiteis los mantos,
que no es cosa estos espantos
para poderse sufrir.
¿El me ha de ir á la mano
en que salga, ó no?

Chichon.

Si hará.

Lisardo.

Pues con eso vendrá ya
la dispensacion en vano;
que yo á casarme no aguardo
con muger tan licenciosa.

Chichon.

Bien dice, que es muy briosa.

Cecilia.

¿Qué es lo que dices, Lisardo?

Lisardo.

Que casarme no imagino.

Cecilia.

Quita presto, Margarita,
quita el manto, quita, quita,
tiene razon mi sobrino.
¡Jesus! sobrino querido,
no saldré de casa yo

sin tu licencia, eso nó;
lo primero es el marido;
y si tú gustas, esposo,
me iré á la cueva.

Chichon.

Y lo creo.
¡Miren lo que hace un deseo
de boda libidinoso!

Francisca.

Margarita, lindo cuento: *Las dos ap.*
¿no ves lo que ha sufrido?
¡qué ella haga esto por marido,
y nos predique convento!

Margarita.

Pues solo, señora mia,
de ella me he de ver vengada;
porque aunque sea casada,
siempre ha de quedarse tia.

Cecilia.

¿Qué quieres? que mi alvedrio
solo en tí tiene su centro.

Lisardo.

Quiero, que te entres adentro.

Cecilia.

Al instante, dueño mio;
solo ya tu gusto espero;
que obedcerle es razon.
Venid, muchachas. Chichon,
entre conmigo.

Chichon

No quiero.

Cecilia.

¿Cómo responde ese error?

Chichon.

¿Cómo? ¿no llega á entender
que solo he de obedecer
al marido mi señor?

Lisardo.

¿Por qué no? y á ella tambien.

Chichon.

Anden, y ténganse en esto:
¿usté no me manda aquesto?

Lisardo.

Para en casa no.

Chichon.

Está bien;
pues dentro de la clausura,
mande usté hasta que no quiera,
porque en saliendo ella fuera,
se cierra la mandadura.

ESCENA IV.

Doña Francisca, Margarita, y Lisardo.

Francisca.

Esto, Lisardo, no es vida
para que sufrir se pueda:
yo del fingirte su esposo
te revoco la licencia,
porque aunque sea fingido,
tanto del marido juega,
que con el eco su lábio
tira á mi oido una flecha.
Yo no he de ver que mi tia
te enamore en mi presencia;
y cuando yo atada el alma,
tenga ella libre la lengua.
Ella repite el marido,
y tú de muger la llenas,

mi agravio el oido toca,
tu amor el mio le piensa.
¿Pues cómo yo he de sufrirlo?
¿soy monja, para que crea
satisfacciones mentales
contra vocales ofensas?
Nò, Lisardo, no es posible,
porque no es equivalencia,
que me quieras hácia dentro,
y me agravies hácia fuera.
¿Yo he de tocar mis heridas,
y quieres que esté contenta
de que hagas para curarme
por ensalmo las finezas?
No señor: ¿para qué esto?
¿yo no hablé claro con ella?
¿pues qué temes tú en mi tia
lo que mi temor despecia?
¿Qué aguardas con tu silencio,
Lisardo mio? ¿qué esperas?
¿soy plaza sitiada yo
para estar con esa flema?
¿soy yo castillo de Flandes?
Y cuando acaso lo fuera,
si te doy la puerta yo,
¿qué aguardas á la interpresa?
declárate, pues.

Lisardo.

Detente,
doña Francisca, que dejas
corrida mi bizarría,
é injuriada mi fineza.
¿No sabes que está dispuesto,
que por el Vicario vengan
á sacarte de tu casa,

con una cédula hecha
de tu mano, en que mi esposa
prometes ser, y tú mesma
este medio has escogido
por ser de mayor decencia?
Esto está ya egecutado,
y ahora espero que vengan;
¿pues qué te quejas de mí,
si egecuto lo que ordenas?

Francisca.

¿Pues si está tan cerca el plazo,
para qué me das la pena
de llamarla siempre esposa?

Margarita.

Señora, eso se remedia
con una cosa muy fácil,
que á mí de paso me venga.

Lisardo.

¿Y que ha de ser?

Margarita.

No mas de esto:
que pues ella se refresca
con lo esposa, se lo quites,
y la llameis tia á secas.

Lisardo.

¿Pues para que ha de ser eso?

Francisca.

Lisardo, vengarme de ella,
véala yo llena de tia
de los pies á la cabeza.

Lisardo.

¿No es mejor fingir ahora?

Francisca.

Lisardo, tú me atormentas.

Lisarda.

¿No lo sufrirás dos horas?

Francisca.

¿Qué se aventura en su queja?

Lisardo.

Que se presuma el engaño.

Francisca.

¿Pues luego no ha de ser fuerza?

Lisardo.

Cuando esteis fuera, no importa.

Francisca.

¿Y antes de eso, qué se arriesga?

Lisardo.

El que avise á sus parientes.

Francisca.

Pues aunque todo se pierda,
no la has de llamar esposa.

Lisardo.

¿No ves, que eso es quimera?

Francisca.

Me da pesar.

Lisardo.

Es fingido.

Francisca.

Eso es susto.

Lisardo.

No es fineza.

Francisca.

Pues no ha de ser.

Lisardo.

¿Eso dices?

ESCENA V.

Dichos y doña Cecilia.

Cecilia.

¡ Jesus ! ¿ qué voces son estas ?

Lisardo.

Cierto, tia, que mi prima
pienso que se ha vuelto suegra;
porque de haberte reñido,
por sí ha tomado la queja,
y está insufrible, por Dios.

Cecilia.

¿ Quien la mete en eso á ella ?
mi esposo puede reñirme,
y hace muy bien, y en mí es deuda
obedecer á mi esposo,
que su honor en esto cela,
y á un esposo esto le toca.

Francisca.

Ya escampa : como esposea. *ap.*

Margarita.

Dí, que á cuenta de lo esposo
le dé una zurra muy buena,
que porque no se le vaya,
le ha de sufrir una vuelta.

Lisardo.

Esto, tia, es insufrible.

Cecilia.

Esposo, es grande indecencia,
que te riña mi sobrina;
pero todo se remedia
con darla estado al instante.

Lisardo.

Sí, tia, eso ha de ser fuerza.

Cecilia.

Darsela á don Martin quiero.

Lisardo.

Tia, si conviene, sea.

Cecilia.

Pues, esposo, háblale tú.

Lisardo.

Tia, haré la diligencia.

Francisca.

¿Viste tal tema de esposo?

Margarita.

Calla, que eso se descuenta
con las tias que él le da:
ten un poco de paciencia.

Cecilia.

Pues vé á buscarle al momento,
que no quiero que esto tenga
mas plazo, que el de mañana.

Lisardo.

Sí, tia.

Cecilia.

Ese nombre deja,
sobrino, que es mucha tia
á quien ser tu esposa espera.

Lisardo.

¿Pues tia, esto no es cariño?

Margarita.

Eso si, dale con ella:
déjale tiar, señora.

ESCENA VI.

Dichos y Aguirre.

Aguirre.

¿Lisardo?

Lisardo.

¿Qué cara es esa,
Alferez? ¿qué ha sucedido?

Aguirre.

He tenido una pendencia.

Lisardo.

¿Con quién? ¿Viene ya el fiscal?

Aguirre.

Ya de ello avisado queda,
mas en vano.

Lisardo.

¿Qué decís?

Aguirre.

Vos estais con linda flema:
venid conmigo al momento.

Lisardo.

¿Pues qué ha habido?

Aguirre.

Una contienda.

Lisardo.

¿Pues con quién?

Aguirre.

Veníos,
que yo os la diré acá fuera.

Lisardo.

¿Qué es?

Aguirre.

El diablo me lleva:
venid presto.

Lisardo.

¡Hay tal respuesta!
Alferez, habladme claro.

Aguirre.

¿Qué he de hablar? mirad que llega.

Lisardo.

¿ Quien es ?

Aguirre.

Don Luis Maldonado,
que ahora de Flandes se apea,
y preguntando la casa,
ya por esta calle entra.

Lisardo.

¿ Hablais de veras ?

Aguirre.

¿ Pues quién
darme á mi susto pudiera,
sino un hermano, de quien
hijo os fingís en su ausencia ?

Lisardo.

¿ Pues quién ahora le ha traido ?

Aguirre.

Algun diablo, ó un poeta,
que trae al paso apretado
el hermano á la comedia.

Lisardo.

¿ Qué hemos de hacer ?

Aguirre.

El remedio
en dos palabras se encierra.

Lisardo.

¿ Qué son ?

Aguirre.

Escurrir la bola,
y presto, que pienso que entra.

Lisardo.

Señora, un amigo mio
de Flandes ahora llega,
y irle á ver luego es forzoso.

Cecilia.

Aguarda, sobrino, espera.

Lisardo.

No me puedo detener.

Francisca.

¡Ay señora! que es pendencia á
llámale.

Cecilia.

Sobrino, esposo.

Lisardo.

Tia, luego doy la vuelta.

Cecilia.

Escucha.

Aguirre.

Vamos de aquí.

Lisardo.

Luego vuelvo.

Aguirre.

Ved, que espera.

Lisardo.

A Dios.

Cecilia.

Lisardo.

Francisca.

Lisardo.

Aguirre.

A buen tiempo Lisardean.

ESCENA VII.

Doña Francisca, Margarita, doña Cecilia y Chichon.

Chichon.

Señora, señora, albricias.

Cecilia.

¿De qué, Chichon?

Chichon.

¡Esa es buena!
¿Luego ya no le habeis visto?

Cecilia.

¿A quién?

Chichon.

¡Hay mayor pereza!
cierto que son descuidadas.

Cecilia.

¿Qué dice?

Chichon.

¡Miren qué flema!
¡que se estén unas mugeres
en casa, y que hacer no tengan,
y haya venido un hermano
de Flandes, y no lo sepan!

Cecilia.

¿Pues cómo hemos de saberlo?

Chichon.

¿Pues en casa tan compuestas,
que hacen todo el santo dia?
¿no es mejor que lo supieran,
que estar mano sobre mano?

Cecilia.

¿Mi hermano viene?

Chichon.

¡Hay tal flema!
vélo aquí, estas son las cosas
que me apuran la paciencia.
¡Que se venga el buen señor
harto de caminar leguas,
que sabe Dios como tiene
las pobres asentaderas,
y su merced se está aquí
sin saberlo!

Luis.

¿Pues no?

Chichon.

No es sino que tú
tienes muy linda cabeza
para chichones.

Cecilia.

Hermano,
¿como en olvido lo dejas?
¿no preguntas por tu hijo?

Luis.

¿Por qué hijo?

Cecilia.

(1) En vano lo zelas,
que ya el me ha dicho el secreto.

Luis.

¿Qué secreto?

Cecilia.

¿Pues te pesa?
Ya sé que tu hijo es Lisardo.

Luis.

¿Que Lisardo?

Chichon.

El que nos echa
á todos de nuestra casa,
siendo el que vino de fuera.
No se le parece á uste,
aunque mas su hijo sea,
que tiene mas condicion
que la tia, y que una suegra;
mas manda que un mayordomo.

Luis.

No es posible que os entienda.

Francisca.

¿Tio, el capitan Lisardo,

no es mi primo el que encomiendas
á mi tia por tu carta?

Luis.

¿Qué primo? ¿qué carta es esa?

Cecilia.

Con el alferez Aguirre
vino á mi casa á traerla.

Luis

Ese hombre es capitan,
que de Flandes en la guerra
sirvió, y fué soldado mio,
y al venirse, la encomienda
le dí de una carta mia,
por si algo se le ofreciera
en que valerle pudieses.

Cecilia.

¿Y no me mandaste en ella,
que le hospedase en mi casa?

Luis.

¡Yo mandar tal indecencia!

Cecilia.

¿Y no es tu hijo?

Luis.

¿Qué hijo?

Cecilia.

De aquella dama flamenca,
que llaman madama Blanca.

Luis.

¿Quieres que el sentido pierda?
ni yo tuve hijo en mi vida,
ni supe jamas quien fuera
aquella madama Blanca.

Chichon.

Pues será madama negra.

Luis.

¿Qué dices?

Chichon.

Que esto es forzoso,
si es el primo de Guinea.

Margarita.

¡Ay señora! que el sobrino
se volvió con la veleta.

Francisca.

¡Ay de mi! que el desengaño,
cuando es sin remedio, llega.

Luis.

¿Luego ha dicho que es mi hijo?

Cecilia.

Y con esa fe se hospeda
en casa desde que vino.

Luis.

¡Vióse mayor desvergüenza!
¿Y dónde está?

Cecilia.

De aquí ahora
se fué.

Luis.

Antes que las espuelas
me quite, le he de buscar,
y castigar esta ofensa.

Chichon.

Pues yo iré con su mercé,
que hemos de ajustar la cuenta,
y me ha de restituir
lo que ha mandado en su ausencia
como hijo falso.

Luis.

Ven luego,
donde estuviere me lleva.

Chichon.

El es quien ha de llevar.

Luis.

Vamos pues.

Cecilia.

Hermano, espera.

Luis.

¿Qué dices?

Cecilia.

Que hay mas empeño.

Luis.

Calla, no hables, si es afrenta,
que hasta tomar la venganza,
mejor es que no la sepa.
Ven, Chichon.

Chichon.

Vamos al punto.

Francisca.

Tio, señor....

Chichon.

Callen ellas.

Luis.

Vive Dios, que he de matarle.

Francisca.

¡Hay desdicha como aquesta!
oye antes.

Luis.

No quiero oirte
hasta que este infame muera. *Vase.*

Francisca.

Chichon, repórtale tú.

Cecilia.

Repórtale, si se empeña.

Chichon.

¿Soy yo reportorio acaso?

dejenle matar siquiera. *Vase.*

Cecilia.

¡Ay Frazquita!

Francisca.

¿Qué, señora?

Cecilia.

Gran mal habrá si le encuentra.

Francisca.

Eso mismo digo yo.

Cecilia.

Mas que la tuya es mi pena.

Francisca.

¿Por qué mas, si como á primo
le amaba?

Cecilia.

Porque yo es fuerza,
que como amante le llore,
y como esposo le pierda. *Vase.*

Francisca.

¡Ay Margarita!

Margarita.

¿Qué dices?

Francisca.

¡Muerta voy!

Margarita.

Tu mal alienta.

Francisca.

¿Pues qué he de hacer?

Margarita.

Consolarte
con lo que á mi me consuela.

Francisca.

¿Qué?

Margarita.

Que tu tia esta noche,

no hay razon si no rebienta.

Francisca.

¿De qué?

Margarita.

De dolor de tripas.

Francisca.

¿Cómo?

Margarita.

Echó al marido de ellas
y se le han llenado de aire.

Francisca.

Ven, amiga, que voy muerta.

ESCENA IX.

DECORACION DE CALLE.

Aguirre.

Ya que habemos perdido la posada,
y en paz quedamos yo, y mi camarada,
por la infausta venida del hermano,
que el pájaro nos quita de la mano,
del susto, y de la pérdida del caso
á hartarme de mentir, para despique,
á las gradas me vengo paso á paso,
y vive Dios, que si hallo quien replique
á cuchillada alguna,
aunque yo os diga que la dí en la luna,
y del creciente le corté una pieza,
se la he de dar á él en la cabeza.
Yo solo he de embestir aquí á un castillo,
y he de ganar el foso y el rastrillo;
y por suponer algo de batalla,
se ha de volar un lienzo de muralla,
que fué á parar volando en Alicante.

de que se hizo el turron de allí adelante.

ESCENA X.

Aguirre, Celedon y despues don Martin.

Celedon.

¡Señores ¿ hay tal tema de hombre osado!
¡Jesus, Jesus!

Aguirre.

¿Qué es eso, licenciado?

Celedon.

Usted, señor alferez, me defienda
de don Martin, que aun dura la contienda.

Martin.

Ha de salir al campo, por san Pablo.

Celedon.

Yo no quiero reñir, hombre del diablo.

Martin.

¿Pues por qué no permite el galanteo?

Celedon.

Yo no compito, logra tu deseo,
que yo diré ante el Nuncio,
que esa doncella, y todas te renuncio,
y á las del fuero real del mismo modo,
y á la doncella de labor y todo.

Martin.

Yo no puedo casarme si no riño,
que dirán que he quedado como niño.

Aguirre.

Dice bien, porque está comprometido.

Celedon.

¿Qué llama bien? que perderé el sentido.

Aguirre.

Oiga, señor letrado,
el reñir no lo escusa un hombre honrado.

si usted no tiene cólera bastante,
yo un desafio le pondré delante,
que tuve en Flandes; mire como riño,
y haga cólera usted.

Celedon.

¡Gentil aliño!

Aguirre.

Ocho franceses me desafiaron:
salí al campo con ellos, y chocaron;
cercené á uno de un tajo la garganta,
y la testa saltó con furia tanta,
que se virló otras cuatro como bolos.
Murieron cinco, tres quedaron solos,
y viendo que quedaban en hilera,
metí una zambullida, de manera,
que á todos tres de solo una estocada,
los lanceté ensartados en mi espada.
Viéndome vencedor, mi espada zampo,
y ochenta dejé muertos en el campo.

Martin

¿Pues si eran ocho, cómo errais la cuenta?

Aguirre.

Eso, lo mismo son ocho, que ochenta.
¿No se irrita con esto?

Celedon.

No me irrito,
señor, que antes me ha puesto tamañito.

Martin.

Pues habeis de reñir, ó por mi fama
habeis de decir delante de la dama,
que en mi cedeis, por no reñir, su pecho.

Celedon.

Y con todas las leyes del derecho.

Aguirre.

¿Eso, de miedo hablais?

Celedon.

Señor, nimirum,
qui est metus cadens inconstantem virum.

Martin.

Pues conmigo venid, señor Alferez:
¿dónde está el Capitan?

Aguirre.

En casa queda.
Esto es famoso para que no pueda *ap.*
buscarnos el hermano, si yo trazo,
que á casa vaya ahora este embarazo.
Idle á buscar allá, y quede ajustado,
que si él no riñe, vos quedeis casado.

Celedon.

Que me dé en el camino no quisiera.

Martin.

Vamos.

Celedon.

Pues vaya usted por otra cera.

Martin.

En vano es su temor.

Celedon.

No muy en vano,
que lleva usted la daga muy á mano.

ESCENA XI.

Aguirre y despues Lisardo.

Aguirre.

¡Cielos! la vida nos da,
que halle ahora este embarazo
el Capitan en su casa,
porque no venga á buscarnos.
Mas Lisardo viene aquí.

Lisardo.

¡Ay Aguirre!

Aguirre.

¿Qué hay, Lisardo?

Lisardo.

Muerto vengo, vive Dios.

Aguirre.

¿De qué?

Lisardo.

De que fuí al Vicarío,
para avisar al fiscal,
que suspendiese el asalto;
y ya dicen que ha salido
con ministros, y notarios,
y que iba á nuestra posada
á la egecucion del caso.
Yo he andado medio Madrid,
y no he podido encontrarlos,
con que es forzoso que encuentren
al capitan Maldonado.

Aguirre.

¿Pues de eso venís con susto?
vaya con todos los diablos
la soga tras el caldero.

Lisardo.

Mas aguarda, por Dios Santo,
que viene aquí el capitan.

Aguirre.

¿Qué decis?

Lisardo.

Miradle.

Aguirre.

Malo:
entrémonos en la Iglesia.

Lisardo.

Decís bien, andad á espacio.

ESCENA XII.

Dichos, don Luis y Chichon.

Chichon.

Ellos son, señor.

Luis.

Es cierto,
que yo los conozco. ¿Ah hidalgos?

Lisardo.

¿Ola, nos llaman?

Aguirre.

A juicio.

Lisardo.

Disimulemos, y vamos.

Luis.

¡Ah caballeros! esperen.

Aguirre.

¿Quién llama?

Luis.

Yo soy quien llamo.

Lisardo.

¿Qué mandais?

Chichon.

El es quien manda,
y aquí mandará hasta el cabo,
si muere con testamento.

Lisardo.

¿O capitan Maldonado?
¿vos sois?

Aguirre.

El es, ¿qué decís?
amigo, dadme los brazos.

Luis.

No vengo á eso.

Lisardo.

¿Pues á qué?

Luis.

Venid á saberlo al campo.

Chichon.

Sí, que allá sabrán, que el padre
se les ha vuelto padrastro.

Luis.

Chichon, vete.

Chichon.

¿Yo me he de ir?

Luis.

Sí

Chichon.

¿Pues lo que me han mandado,
quién lo ha de cobrar por mí?

Luis.

Yo solo quedo á cobrarlo.

Chichon.

Pues cóbremelo usted todo
muy cabal, que allá lo aguardo;
y no lo he de recibir
si me faltáre un ochavo.

ESCENA XIII.

Dichos menos Chichon.

Luis.

Venid, Lisardo.

Lisardo.

¿Por qué?
decid antes que salgamos,
¿me sacais á la campaña?

pues sabeis que los soldados
nunca salimos á hablar,
sino á reñir en el campo.

Luis.

¿Pues como dudais en eso,
habiendo en mi casa estado
con título de mi hijo?
¿Y habiendo, atrevido, y falso,
contrahéchome la firma,
para poder hospedaros
contra mi honor en mi casa?
Mirad si con causa os saco,
ó si esta es cosa que puede
haber hecho un hombre honrado.

Aguirre.

En dos puntos habeis puesto
el duelo, indignos entrambos;
porque si es el hospedage,
no habiendo en eso pasado
de socorrernos con él,
no es cosa para enojaros,
sabiendo vos lo que es
faltarle á un pobre soldado
para poner la piñata.
El fingirse hijo Lisardo,
sabiendo vos su nobleza,
no resulta en vuestro daño
sino en el suyo, pues él
hace á su madre el agravio:
luego ese duelo es injusto,
que vos no habeis de matarnos,
porque con vos nos honremos.

Luis.

De eso no me satisfago,
que es hacer burla de mi;

y así salgamos al campo.

Aguirre.

Pues yo no le he de dejar.

Luis.

No importa, venid entrambos.

Lisardo.

Señor capitan, teneos,
y escuchadme.

Luis.

Será en vano.

Lisardo.

Lo primero que aquí os digo,
es, que fuí vuestro soldado,
y contra mi capitan
yo nunca la espada saco;
porque caso que haya duelo,
que nos obligue á ir al campo,
antes que reñir con vos,
yo para desenojaros
con mi espada á vuestros pies,
pondré el cuello á vuestro brazo.
Lo segundo es, que aunque ha dicho
el Alferez de bizarro,
que á fingirlo nos movió
socorro tan necesario;
la verdad es, que fué amor;
y aunque son yerros entrambos,
amor, ó necesidad,
el de amor es mas honrado.
Y aunque este mas os ofenda,
antes quiero por mi aplauso,
que enojaros como humilde,
ofenderos como hidalgo.
Ví vuestra hermosa sobrina,
y hallándome enamorado,

y de muchos competida
porque el logro de su mano
mas seguridad tuviese,
fingí.....

Luis.

Cesad : yo, Lisardo;
sé quien sois; si vos me dais
palabra de dar la mano
á mi sobrina, este duelo
queda con esto ajustado.

Lisardo.

Yo os la doy.

Luis.

Y yo os la tomo;
venid conmigo.

Lisardo.

Pues vamos.

Aguirre.

Cuerpo de Cristo conmigo,
no espero ver mas que el caldo
que ha de revolver la tia.

Lisardo.

Mas esperad, Maldonado,
hasta que esto se disponga;
por el decoro de entrambos,
vos habeis de confirmar
que sois mi padre.

Luis.

Me allano.

Lisardo.

Pues dejadme á mi ir delante.

Luis.

Yo seguiré vuestros pasos.

Aguirre.

¡ Vive Cristo, que ha de haber

una de todos los diablos.

ESCENA XIV.

SALA EN CASA DE DOÑA CECILIA.

Chichon, doña Cecilia, doña Francisca y Margarita.

Chichon.
Con ellos quedan sus iras.
Cecilia.
¿Cómo en las gradas están?
Chichon.
Claro está, que allí se van
á retraer las mentiras.
Francisca.
¿Y qué han dicho?
Chichon.
Se han quedado
muertos; y que está sospecho,
sacándolos ya del pecho,
todo lo que me han mandado.
Cecilia.
¿Pues reñirán si eso pasa?
Chichon.
No tal, porque han de advertir,
que él no tendrá que reñir,
si lo riñó todo en casa.
El capitan hecho un fuego,
soltó luego la maldita.
Francisca
¡Ay tal pena, Margarita! *ap.*
Margarita.
El primo se ha vuelto negro.
Cecilia.
Lo que les dijo prosigue.

Chichon.

El se encasquetó el sombrero ;
y le dijo : ¡ Ah , caballero !
y lo demas que se sigue.

Cecilia.

¿ Qué es lo demas ?

Chichon.

Embaidores ;
ingratos ; perros ; malinos ,
embusteros , y asesinos ,
alcahuetes , y traidores ;
y de esto llenas muy bien
las medidas les dejó.

Francisca.

¿ Y él á eso qué respondió ?

Chichon.

Por siempre jamás amen.

ESCENA XV.

Dichos ; Lisardo y Aguirre.

Lisardo.

Cierto que él viene gallardo.

Aguirre.

Mas mozo está cada dia.

Cecilia.

¿ Qué es esto ; sobrina mia ?

Francisca.

¡ Ay Margarita ! ¿ Lisardo ?

Lisardo.

¡ O tia !

Chichon.

Bueno ; á fe mia :
con la tia vuelve acá ;
¿ pues no sabe ; que ya está

desmancipado de tia?

Cecilia.

¿No sabes ya lo que pasa,
Lisardo? ¿el riesgo no infieres
en que estás? ¿ó acaso quieres,
que te maten en mi casa?

Lisardo.

¿Quién á mí me ha de matar?
¿Alferez, que es lo que he oido?

Aguirre.

Vive Dios, que no ha nacido
quien nos mire sin temblar.

Francisca.

¿Pues cómo tu desvarío
vuelve á buscar la ocasion,
cuando sabes, que es traicion
fingirte hijo de mi tio?

Aguirre.

¿Quién ha sido el charlatan,
que del capitan os dijo,
que no es Lisardo su hijo?

Cecilia.

¿De mi hermano el capitan?

Aguirre.

Del capitan vuestro hermano,
y él gran capitan tambien.

Cecilia.

El mismo, si dudais quién;
que dice, que es error vano.

Lisardo.

¿Tal dice?

Cecilia.

Del mismo modo.

Lisardo.

El capitan, mi señor,

no dirá tal, que es error,
si él me engendró.

Aguirre.

Y á mí, y todo.

Francisca.

¿Qué dices, si aquí mi tio
niega que ha sido tu padre?

Lisardo.

No es eso honrar á mi madre;
y ha sido gran desvarío,
que madama Blanca tray
su claro origen de Gante,
y mi abuelo Mons de Anglante
fue natural de Cambray,
y en Holanda hizo á Lisardo
el conde de Curcio Manda.

Chichon.

¡Con Gante, Cambray, y Holanda!
él desciende de algun fardo.

Cecilia.

¿Eso, Lisardo, es así?

Chichon.

Pues claro está que será,
y otro abuelo sacará,
que sea de Caniquí.

Lisardo.

¿Cómo haceis burla de mí?
idos noramala vos:
callad, tia, que por Dios,
que me estais tanteando aquí.

Francisca.

¿Cómo, si tus falsos modos
claramente aquí se vén?

Lisardo.

Y tú, prima, que tambien

me cansas.

Cecilia.

Vámonos todos,
si ya en el mundo esto pasa:
sobrina, déjale ya,
que esto es, de fuera vendrá
quien nos echará de casa.

Lisardo.

Mi padre desengañada
os dejará.

Cecilia.

Y lo previene.

Margarita.

Hele, hele, por do viene
el moro por la calzada.

ESCENA XVI.

Dichos y don Luis.

Lisardo.

Padre, y señor.

Luis.

¡Hijo mio!

Lisardo.

¿Tan poco tu amor me estima,
que á mi tia, y á mi prima
dices tan gran desvarío,
como que no eres mi padre?
Vive Dios, que me he corrido,
porque nunca te ha debido
desestimacion mi madre;
y este es error tan liviano,
que á tí el deshonor te adquiere.

Cecilia.

¡Oigan esto! También quiere

echar de casa á mi hermano.

Francisca.

¿Lo oyes, Margarita mia?
de contento estoy sin mí.

Margarita.

Yo me huelgo, porque así
tu tia será mas tia.

Luis.

Hijo, el haberme informado,
que tú en Madrid te casabas,
que sin mi gusto lo errabas,
me obligó á haberlo negado.
Pero ya que falso ha sido,
lo confieso, y te prevengo,
que ya casado te tengo.

Francisca.

¡Ay cielos, que es lo que oido!

Cecilia.

¿Y con quién? ¡Válgame Dios!

Luis.

Ya yo, hermana, lo he dispuesto:
mas para tratar aquesto:
quedemos solos los dos.
Retiraos.

Lisardo.

Vamos, pues.

Aguirre.

¿Mas, que lo estorba la tia? *Vanse.*

Francisca.

Yo he de morir este dia.

Margarita.

No hagas tal hasta despues. *Vanse.*

Chichon.

Que sea su hijo, de creello
no acabo, mas él lo dijo:

yo tambien me he de hacer hijo,
y me he de salir con ello.

ESCENA XVII.

Don Luis y doña Cecilia.

Luis.

Yo, hermana, tengo pensado....

Cecilia.

Antes que me digas nada,
sabe, que yo estoy casada
con Lisardo.

Luis.

¡Qué he escuchado! *ap.*
¿con Lisardo?

Cecilia.

En la aficion
son estos yerros dorados;
yo le he dado mil ducados
para la dispensacion.

Luis.

¡Cielos, que es esto que he oido!
¿y de concierto ha pasado?

Cecilia.

Sí, que por eso le he dado
la licencia de marido,
y él por eso me atropella.

Luis.

¿Qué dices? tu lengua calle.
Vive Dios; que he de matalle, *ap.*
ó se ha de casar con ella.

Cecilia.

Que te ha pesado colijo;
señor, por amor lo he herrado.

Luis.

Vive Dios, que me ha engañado,
que este traidor no es mi hijo.

Cecilia.

¿Pues por mí quieres negarle?

Luis.

Vete, hermana, entrate allá.

Cecilia.

Esto es afrentarme ya. *Vase.*

Luis.

Vive Dios, que he de matarle
á Lisardo.

ESCENA XVIII.

Don Luis, Celedon y don Martin.

Martin.

Entrad, que en vano
habeis querido escapar:
aquí habeis de confesar,
que os esperé mano á mano,
y que no quereis reñir.

Luis.

¿Ah señores, dónde van?

Martin.

¿A dónde está el capitan?

Luis.

Yo soy, ¿qué quereis? decid.

Martin.

No os busco yo á vos, señor.

Luis.

¿Pues á quién? ¿qué pretendeis?

Martin.

A Lisardo.

Luis.

¿Y qué quereis?

Celedon.

Eso diré yo mejor.
Señor, Lisardo á los dos
nos halló en casa escondidos,
que á poder ser dos maridos,
nos casára.

Luis.

Tened: ¿vos
hablais de esta casa?

Celedon.

Sí.

Luis.

¡Cielos, qué es esto que pasa! *ap.*
¿Escondidos en mi casa?
¿pues qué intentabais aquí?

Martin.

De doña Francisca espero
ser esposo en este dia.

Celedon.

Y yo tambien la queria;
mas riñendo no la quiero.

Luis.

¿Cómo riñendo?

Celedon.

Señor,
él nos mandó pelear,
y dice que la ha de dar
al que fuere vencedor.

Luis.

¡Cielos, cómo este alevoso *ap.*
de esta suerte me ha engañado!
¿si tiene eso concertado,
y hay empeño tan forzoso?

Martin

Llámadle, y vea mi valor.

Luis.

Entrad.

Martin.

¿Que quereis hacer?

Luis.

De aqui no habeis de volver
sin asegurar mi honor.

Coledon.

Detente, hombre temerario:
¡Tambien estas de malicia!

ESCENA XIX.

Dichos, el Fiscal del Vicario, y Notarios

Fiscal.

Caballeros, la Justicia
viene del Señor Vicario.

Luis.

¡Qué es lo que miro! ¿qué quiere
el señor Vicario aquí?

Fiscal.

¿Sois vos de esta casa?

Luis.

Sí.

Fiscal.

¿De vuestro modo se infiere,
que sois dueño?

Luis.

Si seré.

Fiscal

Si lo sois, mandad ahora,
que salga aquí mi señora

Doña Francisca.

Luis.

¿Por qué?

Fiscal

Nos mandan depositarla
por el capitan Lisardo,
que aunque es tan noble y gallardo,
su tia estorba el casarla;
y siendo él tan bien nacido,
darsela en paz mejor fuera.

Luis.

¡Señores, hay tal quimera!
yo he de perder el sentido.
Caballeros, esta accion
se excuse, que me han hallado
tal, que no mire al sagrado
de vuestra veneracion.

Fiscal.

Eso pretendeis en vano,
que es fuerza que la llevemos,
que una cédula traemos
firmada aquí de su mano.

Luis

¿Como haceis tal desvarío,
si está casado?...

Fiscal.

Eso allá
el Vicario lo verá.

Luis.

¿Con mi hermana?

ESCENA XX.

Dichos y doña Francisca.

Francisca.

Señor tio,

no hay tal, su esposa soy yo.
mi tia es quien os engaña.
Señor Fiscal, vuestro amparo,
pues venis por mí, me valga.

Luis.

¡Ah aleve, injusta sobrina!
dejadme, que he de matarla.

Fiscal.

Tened, mirad que es perderos.

ESCENA XXI.

Dichos, Lisardo y Aguirre.

Lisardo.

A vuestro lado mi espada
teneis ¿Capitan que es eso?

Luis.

¡Ah traidor! tu eres la causa.

Aguirre.

Tened de ahí, caballeros,
que está aquí su camarada.

Martin.

Teneos, señor Capitan.

Celedon.

Mirad, no saqueis la espada,
que quedais excomulgados.

Luis.

No me estorbeis la venganza.

Celedon.

Capite, si quis suadente.

Lisardo.

¿Pues Capitan, la palabra
no me cumplis?

Luis.

¡Ah traidor!

si le debes á mi hermana
el honor.

Lisardo.

¡Jesus! ¿que dices?

Luis.

Ella de decirlo acaba.

ESCENA XXII.

Dichos y doña Cecilia.

Cecilia.

Yo no he dicho, que me debe
á mí, mas que la palabra,
y mil ducados, que he dado
para que las Bulas traiga.

Lisardo.

Esos he gastado en joyas
para mi esposa.

ESCENA XXIII.

Dichos, Margarita y Chichon.

Margarita.

Estas cajas
son los testigos.

Chichon.

Bien dices:
buen testigo son las cajas.

Francisca.

¿Pues si esto es cierto, por qué
con Lisardo no me casas?

Lisardo.

Esta es mi mano.

que mi honor no se restaura,
si uno de aquestos dos hombres
no se casa con mi hermana.

Martin.

¿Yo con Viuda? primero
me echaré de una ventana.

Celedon.

Pues yo con ella de miedo
me caso.

Luis.

Solo eso falta:
Cecilia, dale la mano,
y llevaos vos á mi hermana
á vuestra casa, que yo
me quiero ir á una posada;
porque aquí los dos se queden,
y cierto el refran les salga,
de que de fuera vendrá
quien nos hechará de casa.

Francisco.

Pues Lisardo, esta es mi mano. (1)

Lisardo.

Y con los brazos, y el alma
la recibo.

Chichon.

Margarita,
pues todos aquí se casan,
dame tú tambien la mano.

Margarita.

Ten, bobo. *Dale la mano.*

Chichon.

Pícara, daca.

(1) *Dánse las manos.*

Aguirre.

Yo me quedo celibato;
mas pues para mi no hay nada,
comeré de las tres bodas.
mas que ellos, aunque se casan;
para que tenga con esto
fin dichoso, si os agrada,
el que de fuera vendrá
quien nos echará de casa.

De fuera vendrá, quien de casa nos echará.

Esta hermosa comedia tiene el mismo orígen que la anterior: está tomada de una de las infinitas que produjo el inagotable ingenio de Lope, titulada *De cuando acá nos vino*, y mejorada igualmente por don Agustin Moreto. Suprimió en ella muchos personages y escenas inútiles, perfeccionó los principales caractéres, particularmente el de la Viuda, y formó una de las composiciones dramáticas mas graciosas y agradables de nuestro teatro.

Doña Cecilia ha perdido ya la lozanía de la primera juventud: es viuda, pero conserva el deseo de renovar las caricias de himeneo: se cree todavia capaz de subyugar con su belleza otros amantes, y tiene con su sobrina la intolerancia y la envidia consiguiente á esta persuasion. Este carácter es muy cómico, y ridiculiza perfectamente la debilidad de que suelen adolecer en llegando á cierta edad algunos individuos del bello sexo. En las escenas III y IV del primer acto, ve ya el espectador á doña Cecilia, tal como es en el curso de la accion.

Cecilia.

No es cosa la que se trata
para responderos luego.
Vuestra presencia me agrada;
mas si habeis de ser mi esposo
hay muchas cosas que faltan
y han de verse muy despacio.

Celedon.

Yo no os he dado palabra
para ser esposo vuestro.

Cecilia.

¿Pues qué?

Celedon.

Yo, señora, hablaba
solo por vuestra sobrina.

Cecilia.

Mi sobrina no se casa
hasta que me case yo,
que su edad es muy temprana;
y aunque estoy con tocas hoy
ya de quince años lo estaba,
y aun no tengo diez y nueve
cumplidos.

Desde la escena IV del segundo acto empieza á desenvolverse este carácter. Los deseos que tiene la Viuda de casarse con Lisardo, la prisa con que quiere acelerar el matrimonio, la facilidad con que desvanece los obstáculos que opone Lisardo para retardarle, la resolucion de casar precipitadamente á doña Francisca con don Martin, ó con el Licenciado Celedon, á quienes encuentra escondidos; la autoridad de que se reviste entonces Lisardo, son situaciones muy cómicas. Todas estas escenas están perfectamente dialogadas, y sembradas de gracias y donaires. La III del último, en que Lisardo prohibe á la Viuda salir á la calle, es una de las mas bellas de la comedia. Doña Cecilia se resiste con obstinacion; pero cede al punto que Lisardo dice que ya no se casará con ella.

Cecilia.

¿El me ha de ir á la mano
en que salga ó no?

Chichon.

Si hará.

Lisardo.

Pues con eso vendrá ya.
la dispensacion en vano;
que yo á casarme no aguardo
con muger tan licenciosa.

Chichon.

Bien dice, que es muy briosa.

Cecilia.

¿Qué es lo que dices, Lisardo?

Lisardo.

Qué casarme no imagino.

Cecilia.

Quita pronto, Margarita,
quita el manto, quita, quita;
tiene razon mi sobrino. &c.

Estos últimos versos, llenos de viveza y gracia, caracterizan á la Viuda completamente: valen por una descripcion. En la pintura de este carácter se conoce la pluma del autor del Lindo don Diego.

La llegada del Capitan Maldonado, y todas las escenas sucesivas, son muy interesantes y preparan perfectamente el desenlace, que justifica el título de la comedia.

El carácter del Alferez Aguirre, es tambien de mucho mérito; pinta en él un militar alegre, divertido, y nada sentimental en sus amores. La descripcion que hace de las gradas de san Felipe, que eran sin duda en aquel tiempo el mentidero de los ociosos, está escrita con mas viveza y gracia que la de Lope en la comedia citada.

Aguirre.

Que yo con estas gradas me consuelo
de San Felipe, donde mi contento
es ver luego crecido lo que miento.

Lisardo.

¡Qué no sepais salir de aquestas gradas!

Aguirre.

Amigo, aquí se ven los camaradas:
estas losas me tienen hechizado
que en todo el mundo tierra no he encontrado
tan fértil de mentiras.

Lisardo.

¿De qué suerte?

Aguirre.

Crecen tambien aquí, que la mas fuerte
sembrarla por la noche me sucede,
y á la mañana ya segarse puede.

Lisardo.

De vuestro humor, por Dios, me estoy riendo.

Aguirre.

Por la mañana yo al irme vistiendo
pienso una mentirilla de mi mano,
vengo luego, y aquí la siembro en grano, &c.

Los diálogos que tiene con Lisardo, cuando este le cuenta en la escena primera del acto segundo lo que le ha pasado con la viuda, y le ruega que la enamore para librarse de ella, estan rebosando gracia.

Aguirre.

¡Qué tal desatino hiciera
un hombre mozo y soldado!
¿A fingir amor se pasa
á una dueña?

Lisardo.

¿Por qué no?

Aguirre.

Primero dijera yo
que entraba á robar la casa.

Lisardo.

¿Pues si el suceso me empeña?

Aguirre.

Mas quisiera mi opinion
ser tenido por ladron
que por galan de una dueña.

. . . .

Empeñadme vos de veras;
mandadme hacer de malicia
resistencia á la justicia
aunque me echen á galeras, &c.

La descripcion que hace de las mugeres que son de su gusto es tambien muy graciosa y viva.

Hermano, yo no me ajusto
en no habiendo delantal
de picote, saya vieja
sobre el guardapies alzada,
la cintura á un lienzo atada,
lazo verde en la guedeja,
mantilla que me alborota,
con boton el zapatillo,
que descubriendo el tobillo
la brujuleo como sota.
A estas busco, á estas pretendo,
que hablan claro. ¿Hay mas pir
á una fregona decir:
¿ha visto el hombre? no entiendo;
vaya adelante, señor,
no se le acatarre el pecho, &c.

Los caractéres de doña Francisca y Margarita están bien pintados, y forman el contraste con el de doña Cecilia: el de Chichon tiene mucha gracia.

¡Cómo almorzariades vos,

Chichon! ¡Qué bien sabe, pues,
un torreznito despues
de encomendarse uno á Dios!

Todo el diálogo que sigue despues de estos versos, entre Chichon, Lisardo y Aguirre, es escelente.

Sería preciso copiar mucha parte de la comedia si quisieramos citar todos los pensamientos y rasgos originales de que abunda: nos limitarémos á los siguientes:

Acto primero, escena XIV.

Francisca.

¿Le he de abrazar?

Cecilia.

Claro está.

Francisca.

Pues señor, los brazos mios
tomad, y el alma con ellos,
que os la doy para mi tio.

Cecilia.

¡Basta, basta! ¿tanto aprietas?
¡Jesus, y qué desatino!

Francisca.

Yo no sé abrazar mejor,
señora.

Acto segundo, escena III.

Aguirre.

¡Que no sepa un majadero
querer con comodidad
como yo! No sé que tengo,
que si cada tercer dia
no me mudo y me renuevo
el amor y la camisa,
se me ensucian al momento.

Escena IX.

Cecilia.

¿Y el Chichon es alcahuete?

Chichon.

¿Alcahuete? ¡Santos cielos!
¡Alcahuete me ha llamado
á mí que un hermano tengo
que va á caballo delante
del Rey!

Cecilia.

¿Pues qué es?

Chichon.

Su cochero.

A pesar de tantas bellezas, no se halla esta comedia libre de defectos. El carácter del Licenciado Celedon es exagerado, así como algunos pasages de Chichon, y los cuentos del Alferez Aguirre, que pertenecen mas bien á un entremes que á una comedia. El vegete Yañez es un personage enteramente inútil, y lo mismo la relacion del socorro de Gerona.

Moreto pudo facilmente corregir estos defectos, y otros mas leves, y pudo tambien arreglar esta comedia á las reglas clásicas, habiendo principiado en el segundo acto, presentando ya hospedado en casa de doña Cecilia á Lisardo y Aguirre, y suprimiendo la escena en que el capitan Maldonado sale á desafiarlos y los encuentra en las gradas de san Felipe. La unidad de lugar se hallaria entonces observada, y con la misma facilidad la de tiempo: pero Moreto siguió el sistema que inventaron sus predecesores, de ponerlo todo en accion, y adornar la fábula de incidentes, para mantener siempre interesada la atencion de los espectadores.

EL CABALLERO.

PERSONAS.

Don Félix de Toledo, galan.
Don Lope Enriquez, galan.
Don Diego de Ribera, galan.
Don Juan de Toledo, barba.
Doña Ana Enriquez, dama.
Doña Luisa de Ribera, dama.
Inés, criada.
Leonor, criada.
Manzano, gracioso.
Martin, criado.
Dos hombres.
Músicos.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Don Félix y Manzano de camino.

Manzano.

¡Jesus! ¡Jesus!

Félix.

¿Qué te espantas?

Manzano.

Aun no creo que aquí estés.
¿Qué este es Madrid? ¿qué esta es
la calle de las Infantas?
¿Es posible que ya andes
por tierra que anduvo el Cid?
Dios me conserve en Madrid,
que para mí no hay mas Flandes.

Félix.

Asegúrote, Manzano,
pues ya sabes lo que pasa,
que yo me vuelvo á mi casa
por la muerte de mi hermano,
donde si su muerte lloro,
hallar por alivio puedo
un mayorazgo que heredo
y una dama á quien adoro;
que en Flandes contento estaba;
y ahora conozco yo
que aquella escuela me dió

que me faltaba;
aunque la Corte encierra
ros muy perfectos,
er de los efectos
scuela de la guerra,
lo que considero
la en mi pecho ha labrado,
licia es quien dá el grado
á un perfecto caballero.

Manzano.

Fuerza fué que allí aprendieses
cuatro mil caballerías,
no dormir en cuatro dias,
no desnudarse en dos meses;
andar siempre á la aspereza
de agua, nieve ó yelo impio;
bien es verdad que este frio
se resiste con cerbeza,
con que queda acostumbrado
un hombre con tal sustento,
á andar siempre muy hambriento,
muy roto y desaliñado,
afligido, sin dinero,
siempre imaginando flores,
que son las partes mejores
de un perfecto caballero.

Félix.

Como tú lo has discurrido.

Manzano.

Esto es lo que yo aprendí.

Félix.

Labró en tí conforme á tí.

Manzano.

Ergo si haber aprendido
mal, consiste en mi bajeza;

no es la guerra ni sus fueros
quien hace los caballeros,
sino su naturaleza.

Félix.

La misma razon lo abona.

Manzano

¿Pues qué es lo que de ella nace?

Félix.

Yo no digo que los hace,
sino que los perfecciona.

Manzano.

Pues esa cuestion dejada,
¿por qué causa no has querido
irte á casa, y te has venido
á apear á una posada?

Félix.

Mi recato es necesario,
pues lo que llevó mi brio
á Flandes, fué un desafio,
en que maté á mi contrario.
Demas de esto ya el empeño
sabes que aquí dejé yo,
pues sin alma me envió
doña Ana Enriquez mi dueño.
En la carta me protesta
mi padre que con secreto
me venga, pues con efecto,
no está aun la muerte compuesta.
Y demas de esto me llama,
porque casarme ha intentado;
ni sé qué esposa me ha dado,
ni en qué estado está mi dama;
sin verla intenta saber
uno y otro mi agudeza;
que si en Doña Ana hay firmeza,

ser mi muger.

Manzano.

...es si ha venido
Enriquez, hermano
Ana, que era indiano?

Félix.

cartas lo he sabido.

Manzano.

Y el don Lope dudar puedo
si vendrá en lo concertado.

Félix.

¿Pues le está mal ser cuñado
de don Félix de Toledo?

Manzano.

¡Mal diz que le habia de estar!
¿pues eres tú algun mendigo?
se pudiera honrar contigo,
aunque fuera familiar;
y aun anda mi lengua corta:
mas dudo que os concerteis,
si los dos no os conoceis.

Félix.

Siendo yo quien soy ¿qué importa?

Manzano.

Pues al caso, y con audacia.

Félix.

Pues ya es noche, ven tras mí;
que doña Ana vive aquí
al Caballero de Gracia.

Manzano.

Oyes ¿qué en los Capuchinos
de tanto coche se infiere?

Félix.

Que es viernes, y hay miserere,

Manzano.

Suena en acentos divinos;
mas ya el fin debe de ser,
pues sale gente.

Félix.

Hácia allí
nos vamos, no salga aquí
quien nos pueda conocer.

Manzano.

Sí, que la luna ha salido.

Félix.

Me conviene este recato.

Manzano.

Mucho es que quien no es ingrato
quiera ser desconocido.

ESCENA II.

Dichos, doña Ana é Inés con mantos, y doña Luisa y Leonor del mismo modo, y dos hombres galanteándolas.

Ana.

Caballeros, si lo sois,
mostrad el primor de serlo
en no pasar adelante
con quien os pondera el riesgo
que hay en ir á nuestro lado.

Hombre 1.

Ese es el comun despego
que usan todas las mugeres
á los primeros encuentros;
y el quereros festejar
y regalar, si de hacerlo
dais licencia, no es agravio.

que merece ese desprecio.

Luisa.

Ya os hemos dicho otra vez,
que aunque aquí lo parecemos,
no somos de las mugeres
que pensais.

Hombre 1.

Tambien es eso
comun de primer respuesta;
que yo en la Corte estoy hecho
á escuchar eso de todas,
y á encontrar su rendimiento
detrás de poca porfía:
pero seais en efecto
quien fuereis, ¿qué importará
para admitir el festejo
de ir á la confitería,
que de aquí no está muy lejos,
del Caballero de Gracia?

Ana.

¿Inés, viste hombres mas nécios?

Inés.

Si ellos quieres que nos dejen,
admite el ofrecimiento,
que los tales tienen traza
de tener poco dinero,
y nos dejarán si aceptas.

Hombre 2.

Ea vamos, no tardemos,
demos dulces á estas damas.

Luisa.

Ya os han dicho, caballeros,
que os estará mal seguirnos;
y puede ser que encontremos
bien presto quien os lo muestre.

Hombre 1.

¿ Amenaza ? pues por eso,
os hemos de acompañar.

Ana.

Ya eso es pasar de grosero,
y fiaros en que somos
mugeres.

Felix.

¿No oyes aquello ?

Manzano.

Hay hombres ocasionados :
este estará pretendiendo
una compañía en la guerra,
no se la dará el Consejo,
y la procura en la paz.

Hombre 1.

No teneis que deteneros,
que solo por la amenaza
os habemos de ir siguiendo.

Ana.

Eso es porque aquí no veis
quien aquese atrevimiento
os castigue.

Hombre 1.

Si ha de haberle
vamos allá.

Felix.

Caballeros,
habiendo dicho estas damas
que en seguirlas tienen riesgo,
no parece urbanidad
seguirlas á su despecho;
y yo os pido en cortesía
que las dejeis.

Hombre 1.

Bravo empeño:
¿Sois vos el que ellas esperan
que castigue nuestro intento?

Félix.

Soy quien aquesto os suplica
por deuda de caballero;
y si no os quisiereis ir,
quien hará que os vais mas presto.

Hombre 1.

¿Trae algo con que espantarnos?

Manzano.

Trae con que darles tan recio,
que les hará que aquí dejen
las capas y los sombreros,
y las damas, y la gana
de ir con ellas.

Hombre 1.

Antes pienso
que la dejará quien habla.

Manzano.

Mientes poco mas ó menos:
abanza, señor.

Félix.

Ya os voy
á enseñar á ser atentos.

Métenlos á cuchilladas.

ESCENA III.

Doña Ana, Inés, Doña Luisa y Leonor.

Ana.

¡Ay infeliz! ¡doña Luisa,
en qué empeño nos ha puesto
la necedad de estos hombres!

Luisa.

No es ya muy grande el empeño,
doña Ana, que á muy buen paso
de su valor van huyendo,
y no correrá peligro.

Inés.

No hará, que corren con miedo.

Leonor.

Son toreadores de á pie.

Ana.

¿Quién será este caballero?

Luisa.

Si la vista no me engaña,
yo de la luna al reflejo
le ví la cara, y si aquí
pudiera estar, siendo cierto
que está en Flandes, presumiera
que es don Félix de Toledo.

Ana.

¡Ay, Inés, ¿qué es lo que escucho?

Inés

Muy posible es que sea cierto;
su padre le está esperando,
y habrá venido.

Ana.

Y mis zelos
serán ciertos, si es verdad. *ap.*
¡Ah ingrato amante! ¿Qué es esto?
¿tú en Madrid sin verme á mí?
doña Luisa, segun eso,
tú debes de conocerle.

Luisa.

Le debí muchos festejos
antes que se fuese á Flandes;

Ana.

¿Luego es tu amante?

Luisa.

No puedo
presumir yo que aun le dure
un amor que ha tanto tiempo
que yo le desengañé;
y tú sabes ya el estremo
con que á tu hermano don Lope
quise yo siempre.

Ana.

Eso es cierto.
El la conoció, y por ella *ap.*
se empeñó: yo estoy muriendo.

Luisa.

Mas él es el que ha envainado
la espada y viene.

Ana.

¿Que haremos?

Luisa.

Irnos, y no nos conozca.

Ana.

Esto confirman mis zelos. *ap.*
Antes yo le quiero hablar,
porque agradecerle debo
el habernos amparado.

Luisa.

Habla tú, si gustas de eso.

Ana.

Inés, tapémonos bien.

ESCENA IV.[1]

Dichas, don Felix y Manzano.

Felix.

Bien se vió quien eran ellos.

Manzano.

Mas no se irán alabando.

Felix.

¿ Heriste á alguno?

Manzano.

Eso es bueno:
como no podia alcanzarlos,
me alargué de pensamiento,
y á uno dí una cuchillada
que le abrí de medio á medio.

Felix.

¿ Le alcanzaste con la espada?

Manzano.

No, sino con el deseo.

Ana.

¡ Ay, Inés! yo estoy mortal;
don Felix es.

Ines.

Esto es hecho, Ap.
en aqueste instante acabo
de perder yo mi remedio;
porque en nombre de mi ama,
á quien galantea don Diego,
hermano de doña Luisa,
le hago favores supuestos,
y me vale un pozo de oro,
y hoy por don Felix lo pierdo.

Felix.

Aun se están aquí las damas.

Manzano.

Bien pueden darnos el premio.

Felix.

De hallaros aquí, señoras,
presumo cuidado nuevo;
si le teneis, y guardais

de que yo os vaya sirviendo
hasta entrar en vuestra casa,
bien podeis ir sin recelo.

Manzano.

Miren si hay otra pendencia,
que aunque sean veinte de ellos,
con condicion que ellos huyan,
aquí se la emprendo.

Ana.

No esperamos por cuidado,
sino es por agradeceros
el favor; aunque es verdad,
que nos costó el sentimiento
de que un caballero tal,
como lo muestra el empeño,
se aventurase con hombres,
que eran de tan poco precio;
y creed que á haber sabido,
que pudiera á vuestro aliento
empeñarle nuestra voz,
sufriera su atrevimiento,
por no daros la ocasion,
que ya vencida sin riesgo,
os agradezco.

Felix.

Yo soy
quien debe agradecimiento
á la ventura de hallarme,
con lo poco que merezco,
en ocasion de serviros.

Ana.

El don Felix es discreto,
muy galan, y muy bizarro.
Si es cierto lo que sospecho, *ap.*
asi me he de vengar de ello.

Luisa.

Es un grande caballero,
y eso lo debe á su sangre.

Ana.

Bien disimula, si es cierto, *ap.*
¿sois de Madrid?

Felix.

Yo, señora,
no soy sino forastero.

Manzano.

Mi señor es aleman.

Ana.

¿Aleman?

Manzano.

Medio Tudesco,
y ahora ha venido de Angola.

Ana.

Bien se conoce en lo negro;
pero acá no somos indios.

Felix.

Este, señora, es un necio,
que yo soy de Andalucía.

Ana.

Eso parece mas cierto.

Manzano.

Y lo que yo digo, y todo,
que esto es por parte de suegro;
mas por parte de cuñado
es aleman como el yelo,
natural de Calahorra.

Felix.

Calla, no seas majadero.

Ana.

Ya que forastero sois,
holgaréme de ir sabiendo

vuestro nombre, y la posada.

Felix.

La posada es algo lejos,
porque poso en Leganitos;
el nombre, para el efecto
en que yo os puedo servir,
si aseguro, como puedo,
que yo un Caballero soy,
os digo el nombre mas cierto.

Ana.

Si un Caballero es el nombre,
buen nombre es ser Caballero.

Felix.

No pienso yo que se os pueda
ofrecer á vos empeño,
en que querais saber mas.

Ana.

¿No pudiera ser, que al veros
tan bizarro, y tan airoso,
ocasionase el afecto
de alguna de las que veis?

Felix.

No estoy hecho á esos trofeos,
y lo dudo á mi fortuna:
mas sintiéralo, os prometo,
que me diera esa ventura,
cuando lograrla no puedo.

Ana.

¿Por qué no podeis lograrla?

Felix.

Porque yo me he de ir muy presto.

Ana.

Ya mi duda es evidencia,
pues me ha despreciado el ruego
por ver que está aquí su dama.

yo lo he de apurar si puedo.
Doña Luisa, el tal don Felix
muy bien me va pareciendo,
y pienso que he de quererle.

Luisa.

Tendrás muy buen gusto en eso,
que él es digno del cuidado.

Ana.

Si es disimulo, es muy cuerdo, ap.
ó ella está muy satisfecha.
¿Y de verdad, es lo cierto,
el haberos de partir,
ó tener ya algun empeño?

Felix.

Yo en mi vida quise bien.

Manzano.

¿Señor, por qué dices esto?
déjate querer de aquesta.

Felix.

¿Necio, puede un Caballero
engañar aquí á una dama,
si á otra dama está queriendo?

Manzano.

Si quiere, y como que puede.

Ana.

Muy dificilmente os creo,
que no habeis querido bien.

Felix.

No; y es verdad, porque quiero. ap.

Ana.

Os ahorrais muchas congojas;
mas perdeis muchos contentos.

Felix.

¿Tanto sabeis vos de amor?

Ana.

Por las comedias que leo,
tengo de él muchas noticias;
mas puesto que (á lo que infiero)
el encubrir vuestro nombre,
y fingir ese despego,
os tiene alguna importancia
con las que os están oyendo,
no quiero apuraros mas;
y porque cerca tenemos
nuestra casa, os suplicamos,
que os quedeis aquí.

Felix.

Mi intento
solamente es de serviros,
y por eso os obedezco.

Ana.

¡Muerta voy! Ven, doña Luisa.

Luisa.

¿Pasa adelante tu afecto?

Ana.

Ya se descubre el cuidado.
Ven, que despues hablaremos.

ESCENA V.

Dichos menos doña Ana y doña Luisa.

Ines.

Ven, Leonor.

Leonor.

Vamos, Inés.

Manzano.

Digo, reina.

Inés.

¿A quién vá ese

entre las dos?

Manzano.

Yo á una sola;
porque me cansé en Marruecos
de tener treinta mugeres.

Ines.

¿Fué moro?

Manzano.

Un poco de tiempo.

Leonor.

Responde tú á ese letrado,
que yo á mi ama voy siguiendo.

ESCENA VI.

Dichos menos Leonor.

Inés.

¿Y qué quiere?...

Manzano.

Ya ve usté,
yo ando á buscar mi remedio,
y usté me parece cosa.

Ines.

¡Jesus! ¿cosa le parezco?
¿y qué cosa?

Manzano.

Así, cosita.

Inés.

No sea tan lisongero:
¿para qué me alaba tanto?

Manzano.

Si esto es mucho, quitaremos.

Inés.

¿Y de verdad, busca usté
comodidad?

Manzano.

De provecho.

Inés.

¿Parécele bien la mia?

Manzano.

Si usted dijera primero
lo que dá, pudiera ser.

Inés.

Yo doy el salario en zelos;
las raciones en desdenes,
en tibiezas, y despegos,
á de año en año; y si acaso
hay algun gran casamiento,
doy libreas de esperanza.

Manzano.

¿Y no dá usté algun enredo,
ó chisme para sapatos?

Ines.

Cincuenta le daré de eso.

Manzano.

¡Jesus, y qué rica casa!
digo que en ella me quedo.

Ines.

Pues traiga luego su ropa.

Manzano.

Deme señal; iré luego.

Inés.

No tengo mas que esta mano;
si basta.

Manzano.

Poco dinero;
¿no le queda á usté otra blanca?

Ines.

Véla aquí.

Manzano.

Pues voy con eso,
que ya es un maravedí.

Ines.

¿Cómo ha nombre?

Manzano.

Yo, Cerezo.

Ines.

¿Cerezo? mirelo bien.

Manzano.

De árbol es mi nombre, cierto.

Ines.

De árbol si, pero el vedado.

Manzano.

Muger del demonio, arredro.

Inés.

¿Por qué se espanta de mi?

Manzano.

Que eres la serpiente pienso,
pues has olido el Manzano.

Ines.

A Dios, señor embustero,
y crea el señor Manzano,
que ahora ha sido camueso.

ESCENA VII.

Don Felix y Manzano.

Manzano.

¿No oyes áquesto, señor?

Felix.

¿Qué ha sido?

Manzano.

Viven los cielos,
que estas nos han conocido.

Felix.

¿Qué dices? ¿estás sin seso?
¿Recien venido de Flandes,
cómo es posible?

Manzano.

Eso es bueno;
¿pues si me ha dicho mi nombre?
¿Cuanto quieres que apostemos
que eran doña Ana y Inés
dos de las que aquí estuvieron?

Felix.

¿Doña Ana? ¿estás sin sentido?
¿Pues estando, como es cierto,
aquí su hermano don Lope,
habia de hacer el esceso
de estar de noche, y á pie
fuera de casa?

Manzano.

¿Qué riesgo
puede haber en eso, si ellas
viviendo en el Caballero
de Gracia, á los Capuchinos
quieren venir de secreto
el Miserere encubiertas?

Felix.

Vive Dios, que lo recelo,
que la muger que me habló,
me pareció de respeto;
y en una muger de porte
declararse con un ruego,
fuera gran facilidad,
á no tener fundamento.
Manzano, vamos allá.

Manzano.

Peral, vamos al momento

que ellas han sido prudentes
como serpientes en esto.

Félix.

¿Por qué?

Manzano.

Vieron el Manzano,
y la culebra te dieron.

ESCENA VIII.

DECORACION DE CALLE.

Don Diego con músicos.

Diego.

Aquí podeis quedaros retirados,
y estén los instrumentos bien templados;
porque en llamando yo, comience luego
(dando noticia de mi amante fuego)
la música á cantar mi dicha grande:
y no se mueva nadie, hasta que mande
mi cuidado tocar los instrumentos,
dando sus dulces voces á los vientos,
porque á mayor trofeo
del que promete aspira mi deseo;
porque tanto mi amor me tiene ciego.

Músico.

Bien puede descuidar, señor don Diego,
que está famosamente prevenido.

Diego.

El contento de ver favorecido
mi amor me tiene loco;
cualquier festejo á mi deseo es poco,
para significar el alegria
en que me tiene la esperanza mia.
Un año me ha costado este trofeo,

ha que á doña Ana Enriquez galanteo
con porfias, y ruegos, y finezas,
resistiendo desdenes, y durezas,
sin que el sol viese claro solo un dia;
y en fin, todo lo alcanza la porfia,
pues ya mi alivio su favor alcanza;
y para mas aliento á mi esperanza,
hoy licencia me ha dado
de que la signifique mi cuidado
la música que traigo prevenida,
que es el indicio de que tengo vida;
pues es cierto que no lo permitiera
á quien para su esposo no quisiera.
La seña quiero hacer á la ventana,
pues ya es hora que esté sola doña Ana;
que á esta hora mi hermana doña Luisa,
cuya visita el viernes es precisa,
porque á los Misereres la acompaña,
ya se habrá vuelto á casa. ¡Dicha estraña
es la que consiguió porfia, y ruego,
si esposo de doña Ana á verme llego!

ESCENA IX.

Dichos, don Felix y Manzano.

Felix.

Esta es la casa, Manzano.

Manzano.

Y aquella, señor, la reja;
que de arado para tí
fue, cuando andabas tras ella.

Felix.

Pero tuve buena dicha
en cultivar bien la tierra,
pues floreció la esperanza,

porque ahora el fruto se acerca.

Manzano.

Ahora es fruto dichoso,
que á mí tambien se me acuerda
cuando sembrabas suspiros;
pero cogias arena.

Felix.

¿Si estará su hermano en casa?

Manzano.

Yo te haré esa diligencia.

Felix.

Tente, que hay gente en la calle:
en el umbral de esta puerta
estemos hasta que pasen.

Diego.

Llegar quiero á hacer la seña. (1)

Felix.

¿Manzano, no ves aquello?
un hombre á la misma reja
en que yo hablaba ha llamado.

Manzano.

Calla, señor, que es quimera.

Felix.

¿Cómo quimera? ¿qué dices?
¿no le ves parado en ella?

Manzano.

¿Hombre á reja de tu dama?
calla, que será alma en pena.

Felix.

¿Estás ciego? ¿no lo ves?

Manzano.

No lo creo, aunque lo vea:
alma en pena es, vive Dios.

(1) *Llega á la reja.*

Felix.

Me apurarás la paciencia.

Manzano.

¿Pues si la quiere, y tiene alma,
no andará en pena por ella?

Felix.

Aguarda, que ya han abierto.

ESCENA X.

Dichos é Inés que abre una ventana y sale á ella.

Ines.

Ce, ¿es don Diego?

Diego.

Si, Inés bella,
(1) la música prevenida
aquí traigo.

Ines.

Esta es buena; *ap.*
¿qué seria si don Felix
ahora á la calle viniera?
Pero yo no he de perder
lo que don Diego me pecha,
que para todo hay ingenio.
Don Diego, hácia la otra acera
os poned para cantar,
que asi mi ama lo ordena,
que allí viven otras damas,
y se equivoca con ellas
de la música el intento,
para que nadie lo sepa;
que ella la saldrá á escuchar.
Para que salga con ella, *ap.*
aun se está aquí Doña Luisa;
y asi aunque Don Feliz venga

no tendrá que sospechar.

Diego.

Ya esta es prevencion hecha:
yo voy á decir que canten.

Félix

Manzano, mi muerte es cierta.

Manzano.

Mas tuviste buena dicha
en cultivar bien la tierra,
pues dá fruto para todos.

Félix.

Respirando estoy un etna.

Manzano.

Este hombre te ganó el juego
y por la ventana mesma.

Félix.

No ganará si yo puedo.

Manzano.

¿Pues cómo quieres que pierda,
si está á truco aventanado?

ESCENA XI.

Dichos, Doña Ana y Doña Luisa á la ventana.

Ana.

¿Inés, para qué está abierta
esta ventana?

Inés.

¡Ay señora,
que dan música!

Ana.

Pues cierra.

Inés.

Calla, que es á las vecinas
que llaman las boneteras,
y las galantea un indio

que no las dá sino quejas.

Luisa.

Quejosa por tu vida?

Doña Ana.

Ana.

¿Quiéres que entiendas

que es la música por mí?

Luisa.

Antes saliendo tú á verla

te asegurás de esa duda,

y quitas la contingencia;

que á quien la música dan

siempre las ventanas cierra,

por el recato.

Ana.

Ya estoy

tan lejos de dar sospecha,

que nada me importa: oigamos.

Inés.

Mañana tengo pollera

y sortija, qué este canto,

yo le haré volver en piedra.

Diego.

Desde ahí podeis cantar.

Félix.

Música trae.

Manzano.

Señal cierta.

Félix.

¿De qué?

Manzano.

De que te habla clara

este hombre.

Félix.

¿De qué manera?

Manzano.

Te dé los zelos cantados,
porque mejor los entiendas.

Félix.

De la calle á cuchilladas
los he de echar.

Manzano.

Hombre, espera;
¿á tí qué ofensa te ha hecho
este hombre, que galantea
á quien como á tí le admite?

Félix.

No es posible que él me ofenda
no sabiendo que me ofende:
mas si yo con tanta pena
viéndolo estoy, y lo sufro,
yo soy quien me hago la ofensa.

Manzano.

¿No es mejor ver en qué para?

Felix.

¿Y dónde está la paciencia?

Manzano.

Aquí está en los Capuchinos:
aguardémonos siquiera
hasta que canten las coplas,
y si el estrivillo empiezan,
sacudirlos en la fuga
para que vayan con ella.

Música.

Vuela mi amor á tus ojos;
mas es tan noble su llama,
que me quema el corazon,
y me perdona las alas.

Felix.

Manzano, esto no es sufrible.

Manzano.

No me espante que lo sientas,
que la copla es tal, que á todos
nos hace ver las estrellas.

Felix.

Hasta su nombre publica.

Manzano.

Si ella le ha dado licencia
de que lo traiga estrellado,
tú, que lloras su flaqueza,
puedes pasarle por agua;
mas ya prosiguen, espera.

Música.

Vuela mi amor á tus ojos,
mas es noble su llama,
que me quema el corazon
y me perdona las alas.

Diego.

Por la boca de esta calle
una tropa de hombres entra;
proseguid mientras yo voy
á reconocer quien sean. *Vase.*

ESCENA XII.

Dichos, menos Don Diego.

Felix.

Manzano, ¡vive los cielos,
que lo está oyendo á la reja
Doña Ana con sus criadas!

Manzano.

¿Pues querias que estuviera
rezando mientras la cantan?

Felix.

La venganza de mí y de ella

he de ocasionar asi. *Llega à la reja.*
Ingrato dueño, si ostentas
tu mudanza, ya la ha visto
quien morirá de la queja.

Ana.

¿Qué es esto? ¿Quién es este hombre,
que con tanta desvergüenza
llega? ¿Luego habla contigo?

Felix.

Contigo hablo, ingrata Ines.

Ana.

¿No os dije yo que este riesgo
tiene el salir á la reja?
Debe de ser loco ese hombre:
vámonos de aquí; Inés, cierra. *Vanse.*

ESCENA XIII.

Don Felix, Manzano y los Músicos.

Felix.

¡Vive el cielo, que me ha dado,
por satisfacerme atenta,
con la ventana en la cara.

Manzano.

Mucho peor ser pudiera.

Felix.

¿Que darme con la ventana
en los ojos?

Manzano.

Cosa es cierta;
pues peor hubiera sido
que te diera en la cabeza.

Felix.

Pues en él me he de vengar.

ESCENA XIV.

Dichos y don Diego.

Diego.

Amigos, la Ronda es esta;
cesad ahora, que yo tengo
riesgo si ahora me encuentra:
veníos tras mí retirando,
y aprisa, porque se acerca.

Músico.

Yo con el harpa no puedo
correr, y alcanzarme es fuerza.

Diego.

¡Raro empeño! pues dejar
estos hombres es bajeza,
si los aja la Justicia.
Un hombre viene, y es fuerza
valerme de él, sea quien fuere,
para que aquí no me pierda.
¿Caballero?

Félix.

Sí lo soy;
¿qué quereis?

Diego.

Siéndolo, es deuda
en vos amparar á quien
de vos á valerse llega.
Yo hice en esta misma calle
anoche una resistencia
á la Justicia, y ahora
vuelve por la calle mesma
solo á buscarme, sin duda;
con que retirarme es fuerza,
por no ser reconocido:

yo os suplico que si llega,
amparcis vos á esos hombres,
y hagais la música vuestra,
para que no los ultrajen,
pues nada en vos se arriesga
para vos: y á Dios, que vienen.

Félix.

Oid: escuchad.

Diego.

Ved que llegan,
y no puedo detenerme. *Vase.*

ESCENA XV.

Dichos, menos don Diego.

Félix.

¿Que aquesto aquí me suceda?
Yo quedo obligado á hacerlo.

Manzano.

¿Al que te ofende eso intentas?
Mas que el demonio se lleve
los músicos, y los metan
en un cepo de patillas.

Félix.

Amigos, el tono y letra
proseguid, y sin cuidado
cantad; que aunque despues sea
forzoso reñir con él,
ahora debe mi nobleza
ampararle, pues de mí
se valió.

Manzano.

Muden el tema;
y pues cantan por mi amo,
rabiando coplas muy nuevas.

Música.

Solo se llama, porque alumbra,
pues sin consumir regala,
y crece mas la materia
que mas en ella se abrasa.

ESCENA XVI.

Dichos y los mismos con quien riñeron arriba, con los mas que pudieren.

Hombre 1.

El sin duda es de este barrio,
y hallarle aquí es cosa cierta;
y, vive Dios, si le hallamos,
que hemos de vengar la afrenta
de haber huido esta noche,
pues con la industria supuesta
de fingirnos la Justicia,
podemos, sin que se entienda,
reconocerlos á todos
hasta hallarle por las señas.

Hombre 2.

Música estan dando aquí.

Hombre 1.

Dejadme llegar á ella.
Caballeros, la Justicia.

Félix.

Sea muy en hora buena.

Hombre 1.

¿Y quién diremos de ustedes?

Félix.

Gente que no hace molestia;
pues un caballero es
que por su gusto festeja
con esta música el barrio.

Hombre 1.

¿Y á qué intento?

Manzano.

Linda flema;
á una dama que aquí vive,
y por ser muy pedigüeña,
se la damos por sangría,
por no darla de cabeza

Hombre 1.

Lleguemos á conocerle.
¿Y quién es quien la festeja?

Félix.

Ya he dicho que un caballero.

Hombre 1.

¿Un caballero es respuesta?

Félix.

Ese es mi nombre.

Hombre 1.

Eso es bueno.

Manzano.

Y de pila. ¿Es estrañeza,
si se bautizó en Olmedo?

Hombre 1.

Largue las armas ¿qué espera?

Felix.

¿Sobre qué?

Manzano.

¿Pues eso dudas?
será sobre su cabeza.

Hombre 1.

Largue la espada.

Manzano.

No larga,
sino corta.

Felix.

A esa insolencia
se responde de este modo;
que no es justicia quien llega
con aquesa demasía.

Manzano

Señor, que hay muchos, aprieta;

Hombre 1.

El es, amigos, matadle.

Manzano.

Antes ciegues que tal veas.

Músico.

Vamonos de aquí nosotros. (1)

ESCENA XVII.

Doña Luisa y Leonor.

Luisa

¡Ay, Leonor, que yo voy muerta!
Por entre dos mil espadas
hemos pasado

Leonor.

¡Qué pena!
Gota de sangre, señora,
no me ha quedado en las venas.

Luisa.

Gran yerro fué no admitir,
que á acompañarnos vinieran
los criados de doña Ana,
y ahora volver es fuerza
á pedirlos que nos lleven
hásta casa.

Leonor.

La pendencia
es enfrente de su casa,

(1) (*Métenlos á cuchilladas.*)

y es peor volver á ella.

ESCENA VXIII.

Dichos, don Felix y Manzano.

Félix.

La cólera de mis zelos
despiqué en su desvergüenza.

Manzano.

Siete cabezas á uno
le rompí.

Félix.

¿De qué manera?

Manzano.

Porque iba allí cierto amigo
que llaman siete cabezas.
¿Mas á qué vuelves aquí?

Félix.

A que, aunque la vida pierda,
ha de entender esta ingrata
que he sabido sus ofensas.

Manzano.

¿Pues qué se le dá á la otra?

Félix.

Vé, que he de entrar aunque muera.

Luisa.

Hácia aquí vienen dos hombres;
valernos de ellos es fuerza.
Caballeros, aquí acaba
de haber ahora una pendencia,
y vamos, como mugeres,
con temor: por vida vuestra,
que os sirvais, en cortesía,
de acompañarnos, que cerca
está de aquí nuestra casa.

Félix.

¿Manzano, has visto tal tema
de estorbarme la fortuna
que hablar á esta ingrata pueda?

Manzano.

El diablo te lo embaraza,
porque es hacer penitencia.

Félix.

Señora, la obligacion
de serviros, es primera:
vamos luego á vuestra casa.

Manzano.

Si ustedes dieran licencia
que diéramos un aviso
aquí, porque nos esperan:
luego iremos con mas gusto.

Luisa.

Si no tardais, norabuena.

Manzano.

Eso tres horas ó cuatro;
mas la noche es algo fresca,
y aquí pueden pasearse.

Felix.

Anda loco.

Luisa.

A mí me pesa
de estorbaros.

Félix.

El serviros
es la mayor conveniencia.

Luisa.

Yo vivo aquí á Calatrava.

Felix.

Vamos muy en hora buena.

Luisa.

Leonor, don Felix es este:
cierta ha sido mi sospecha.

Manzano.

Yo temo que hemos de hallar
otra aventura tras esta.

ESCENA XIX.

DECORACION DE CALLE.

Don Lope.

Dos horas ha que mi amor
aquí á doña Luisa espera,
y por no errar el camino,
porque puede ser que vuelva
por parte que yo la yerre,
no he ido á mi casa, donde ella
fue esta tarde con mi hermana,
y ya no es hora en que pueda
detenerse allá en mi casa:
¡qué de dudas y quimeras
está un hombre imaginando,
que esperando ama y rezela!

ESCENA XX.

Don Lope, Ines con serenero, y dos criados.

Inés

No ha venido doña Luisa
á su casa: la pendencia,
sin duda la ha detenido,
pues sucedió al salir de ella.

Lope.

Gente sale de su casa:

criados son, no me vean:
aquí estaré retirado.

Inés.

Demos á casa la vuelta;
mas espera, que aquí viene;
dos hombres vienen con ella:
será su hermano don Diego,
que estaba allí á la hora mesma,
ó don Lope, mi señor.

ESCENA XXI.

Dichos, doña Luisa, Leonor y Manzano.

Luisa.

Mi casa, señor, es esta;
mucho favor me habeis hecho.

Felix.

Lleguemos hasta la puerta.

Inés.

¿Señora?

Luisa.

¿Inés, pues tú aquí?

Ines.

Par diez, esa duda es buena;
¿pues no salimos tras tí
en oyendo la pendencia?
Mi señora me mandó
que luego tras tí viniera
con este criado nuevo,
que nunca tu casa acierta,
porque quedó con gran susto,
de verte entre la refriega.

Luisa.

Mucho te lo estimo, Inés,
que doña Ana es tan atenta,

que se debe ese cuidado.

Ines.

¿Tú no supiste quien era
el de la música?

Luisa.

No.

Ines.

Pues tu hermano hacia la fiesta.

Luisa.

¿Mi hermano? ¿qué es lo que dices?
¿pues don Diego, á quién festeja
en tu calle?

Ines.

A mi señora.

Felix.

Manzano, mas evidencias.

Manzano.

No es muy mala esta noticia.

Luisa.

¿Mi hermano?

Ines.

El la galantea;
pero por amor de Dios
que en esto hagas la desbecha,
sin darte por entendida,
que me tendrán por parlera;
pero yo no te lo he dicho,
sino para que lo sepas.
¿Qué me hacia este secreto
á mí acá dentro? ¡Qué sea
yo tan ligera de pico!
Maldita sea mi lengua.

Luisa.

Ines, de lo que mi amiga
no me quiere á mí dar cuenta,

no es bien que yo me la tome?
A doña Ana esta fineza
le agradece de mi parte,
que yo segura y contenta
vine á mi casa, pues quiso,
acompañándome á ella,
venir este caballero.

Felix.

De mi obligacion fué deuda.

Manzano.

Y pariente de la mia.

Ines.

¡Qué miro! segun las señas, *ap.*
don Felix es y Manzano:
cierta ha sido la sospecha
de mi amo. A Dios, señora.

Luisa.

A Dios.

Ines.

Hijos, vamos de esta;
Chisme llevo que contar: *ap.*
ya la boca me hormiguea.

Lope.

¡Cielos, yo estoy sin sentido!
dos hombres vienen con ellas.

Luisa.

Caballero, agradecer
lo que de vuestra nobleza
es blason, es escusado.

Felix.

Siempre que á vos se os ofrezca
serviros de mi, hallareis
en mi pecho esta obediencia.

Luisa.

Guardeos Dios, que bien lo creo

de vuestra atencion discreta;
y tambien creo el valor.

Manzano.

Compañía de ahorcado es esta,
pues os quedais en el Credo.

Leonor.

Ya sacan luces.

Luisa.

Pues entrad. *Vanse.*

ESCENA XXII.

Don Lope, don Felix y Manzano.

Lope.

¡Sin mi estoy! conocerélos, *ap.*
si aquí la vida me cuesta.

Felix.

Manzano, pues ya ha quedado
sin embarazo mi queja,
volvamos, que aun he de ver
si hallo este alivio á mi pena.

Manzano.

¿Si habrá ahora otro embarazo?

Felix.

Vive Dios, que aunque le hubiera,
he de ir allá.

Lope.

¿Caballeros?

Manzano.

Véle aquí al pie de la letra,
dejando uno y tomando otro.
¿Hombre eres sastre, que llegas
tan tomada la medida?

Felix.

¿Quién es?

Lope.

Quien con vos se engaña,
y quiere por un error
saber quien sois.

Manzano.

Mi señor
desciende de la montaña.

Felix.

¿Y á qué efecto?

Lope.

Aquesa dama
con quien venisteis, me obliga
á que os conozca y os siga,
y sepa á qué intento os llama.

Felix.

Pues yo á nadie en caso tal
satisfago.

Manzano.

Y puede creer
que por no satisfacer
me dá á mí de comer mal.

Felix.

Lo que yo os puedo decir,
es que soy un caballero;
lo demas no.

Lope.

Pues yo espero
saber quien sois, ó reñir.

Felix.

Lo segundo está seguro:
mas no tanto lo primero.

Lope.

Pues yo, si sois caballero,
aquí averiguar procuro
quien sois; si la empresa es vana;

que he de reñir, entended.

Manzano.

¿ Digo, y pasarala usted
por una abuela villana ?

Felix.

Pues bajémonos al Prado,
que eso es mejor para allí.

Lope.

No me he de mover de aquí
sin salir de este cuidado.

Felix.

Porque ir allá solo espero,
lo digo.

Lope.

Reñid los dos.

Felix.

Pues vete tú.

Manzano.

Bien, por Dios.

Felix.

Véte, villano.

Manzano.

No quiero.

Felix.

¿Qué es no?

Manzano.

¿Pues con que conciencia
te he de llevar la racion,
si te dejo en la ocasion
que tienes una pendencia?

Lope.

A mí no me se dá nada:
sacad los dos los aceros.

ESCENA XXIII.

Dichos, don Diego y Martin.

Diego.

¿Qué es aquesto, caballeros?

Lope

¡Válgame el cielo! ya nada,
habiendo llegado vos.
Este caballero aquí,
rezelé que iba tras mí,
repuntámonos los dos
sin causa que importe fama:
quiso aquí reñir conmigo.
Consentid en lo que digo, *á Felix ap.*
que es hermano de la dama.

Felix.

Es la verdad, así fué,
mas la culpa tuve yo.

Manzano.

Por menos que eso murió
el quinto hombre que maté.

Diego.

Mucho he estimado el venir
á estorbaros la intencion,
que por tan poca ocasion
no fuera justo reñir
Señor don Lope, mi casa
sabeis que es vuestra; y de vos,
caballero.

Lope.

Guardeos Dios,
que esto adelante no pasa.
Si vos sois tan caballero, *á Felix ap.*
que eso será cosa llana,
á las seis de la mañana
junto á San Blas os espero.

Felix.

Bien está.

Lope.

Señor don Diego,
quedad con Dios. *Vase.*

Diego.

El os guarde.

Felix.

Para mí tambien es tarde.

ESCENA XXIV.

Don Diego, don Felix y Manzano.

Diego.

Que vos conozcais, os ruego,
mi casa, pues de ella espero
que os sirvais en ocasion.

Felix.

Yo os estimo la atencion.

Diego.

Mas esperad, caballero.

Felix.

¿Es otra?

Diego.

Por el vestido
ahora os reconocí:
vos sois de quien me valí,
y me habeis favorecido
esta noche, y pues sois vos,
aquí conoceros debo.

Felix.

No faltará empeño nuevo
que nos juntará á los dos:
yo os buscaré en mas sazon.

Diego.

¿Vos á mí?

Felix.

Bien puede ser.

Diego.

¿Puedo el motivo saber?

Felix.

En llegando la ocasion.

Diego.

Pues quien sois saber espero.

Felix.

Un caballero.

Diego.

¿Y el nombre?

Felix.

Este basta para un hombre;
no soy mas que un caballero.

Diego.

Basta; apuraros no quiero,
pues lo callais: guardeos Dios.

Felix.

No os dé cuidado, que á vos
os buscará el caballero. *Vase.*

Diego.

Martin, síguele.

Martin.

Eso quiero. *Vase.*

Manzano.

¿Quiere usted saber quien es?

Diego.

Me hareis favor.

Manzano.

Oiga, pues.

Diego.

¿Quién es este?

Manzano.

Un caballero.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CAMPO.

Don Felix y Manzano.

Felix.

Vuélvete tú desde aquí;
que porque las cinco son,
y á las seis es la ocasion,
que llegáras permití.

Manzano.

Saber, señor, de tí espero
porqué tanto has madrugado.

Felix.

Porque riñe aventajado
quien sale al campo primero.

Manzano.

Si te quisiere matar
algun enemigo fiero,
madruga y mata primero,
dice un adagio vulgar;
mas en caso tan incierto,
vive Dios, que es en verdad
valerosa necedad
madrugar uno á ser muerto.

Felix.

Aceptado es lo primero,
que ir antes al desafio,
es ser con la ley del brio
mas cabal un caballero.

Lo segundo, es necesario
creer, que indicar temor,
es aumentar el valor
y la fortuna al contrario;
porque si mi cobardía
hace su brazo mas fuerte,
es apresurar mi muerte
de su parte y de la mia.
Luego es cierta consecuencia
que en tal caso la osadía,
aun mas que á la bizarría
se debe á la conveniencia.

Manzano.

Desafió á otro un portugués,
y le esperaba en un monte,
que subir á su horizonte,
cansara á un gato montés;
Llegó allá el desafiado
muerto del paso prolijo,
y en viendo al contrario, dijo
molido y desalentado:
yo no me puedo mover,
¿para qué me llamó aquí?
y él respondió: porque así
teño menos que facer.
Tú no has dormido, á mi ver,
por venir temprano acá;
¿pues si vienes muerto ya,
qué tendrá el otro que hacer?

Felix.

Las obligaciones mias
no andan bien sino á este paso.

Manzano.

En el reñir está el caso,
no en esas filoterías;

y Dios, señor, me es testigo,
que saldré yo por mi honor
á reñir con un doctor,
que es el mas fuerte enemigo;
mas si á tal hora, señor,
me llamaran con desdén,
habia de dormir muy bien,
almorzar mucho mejor,
venir despacio, y no á pata;
y le habia de matar
á puro hacerle esperar,
que es la cosa que mas mata.

Felix.

No es bien hacerle ese ultraje
al que al campo me sacó.

Manzano.

¿Pues á qué me convidó
para que yo le agasaje?

Felix.

Tu buen humor maravilla:
véte ya sin responder;
ya sabes lo que has de hacer.

Manzano.

Aqueso está de cartilla,
callar é irme de camino,
por si fueres mal parado,
tenerte allí aparejado
huevos, paños y buen vino;
que esto no se puede errar,
aunque tenga mas ventura,
pues si no es para la cura,
servirá para almorzar.

Felix.

Vete.

Manzano.

A encomendar á Dios
al otro voy paso á paso,
por si Dios quisiere acáso
llevarse á uno de los dos.

Felix.

¿Pues él, porqué mas te mueve
á ese ruego tan fiel?

Manzano.

Para que le lleve á él,
y tambien para que lleve. *Vase.*

Felix.

Nunca conocí al temor;
pero esperar á reñir
con lugar de discurrir
es la accion de mas valor.
Un hombre viene hácia allí:
poner la máscara quiero. (*Cúbrese el rostro*).

ESCENA II.

Don Felix y don Lope.

Lope.

No sé si vengo el primero,
pues está ya un hombre aquí;
pero que no es él infiero,
pues con mascarilla está.

Felix.

Pues no llega, no será
aqueste hombre el que yo espero.

Lope.

Pero si este se está aquí,
nos puede el lance estorbar.

Felix.

Mas si este aquí se ha de estar,
puede presumir de mí

que conmigo le he traido;
pedir que se vaya quiero:
esto ha de ser.

Lope.

Caballero,
yo á esperar aquí he venido
á una dama, y si los dos
estamos aquí, al llegar,
con vos se ha de embarazar;
y os suplico que si á vos
no os importa, de aquí os vais;
pues en este empeño estoy.

Felix.

Antes, pienso que yo soy
esa dama que buscais.
¿El citaros para aquí
en la calle de Alcalá,
no fué anoche?

Lope.

Bien está.
¿Mas cómo venís así?

Felix.

¿La máscara reparais?

Lope.

Si reparo, pues infiero
que no es ley de caballero,
ni al buen duelo os ajustais.

Felix.

Pues escuchad la razon,
que ni la ley se atropella,
ni dejo en esta ocasion
de cumplir mi obligacion
muy ajustado con ella.
Ningun hombre á pelear
puede salir embozado,

porque se puede arriesgar
á que alguien pueda pensar
que él no fué el desafiado.
Yo en tal duda, es cosa clara
que no incurro, pues es cierto,
que ignorándome la cara,
la misma duda os quedara
si saliera descubierto.
Supuesto esto, y asentado,
que lo que se pide en duelo
no ha de hacer el que es honrado,
cuando está desafiado
un hombre, sobre rezelo,
si aunque sea por desdén,
antes del duelo hace tal
lo que le piden tambien,
aunque en reñir quede bien,
en hacerlo queda mal.
Vos al campo me sacais
por conocerme atrevido,
si encubierto no me hallais,
antes de reñir llevais
el intento conseguido;
y quiero en esta ocasion,
pues puedo cubrirme atento,
sin arriesgar mi opinion,
cumplir con mi obligacion,
sin lograros el intento.

Lope.

No salís igual así.

Félix.

Antes igual he salido:
la causa que os trae aquí,
desconocido os la dí,
y salgo desconocido.

Lope.

La intencion tiene estrañeza
mas aguda y bien pensada.

Felix.

Pues hable ya la destreza,
y hallareis mas agudeza
en los filos de mi espada. *Riñen.*

Lope.

El nombre de Caballero
desempeñais bien, por Dios.

Felix.

En todo mostrarlo espero.

Lope.

Tened que perdí el acero.

Felix.

Volved á cobrarle vos.

Lope.

Herido, lo intento en vano.

Felix.

Que yo os le alcanzara es llano,
mas fuera accion desairada;
que en el campo vuestra espada
no está bien en otra mano.

Lope

Con un dedo menos quedo.

Felix.

¿Podeis reñir?

Lope.

Ya es en vano,
y por ahora no puedo,
no por la herida del dedo,
que sana tengo otra mano;
y cuando herida quedara
tambien estotra, y la herida
tomar la espada estorvara,

con los dientes la tomará
hasta rematar la vida;
que nunca en mi bizarría
tener la mano pasada
causa á no reñir daria;
sino la galantería
de dejarme alzar la espada.

Félix.

Pésame que esteis herido,
cuando sin eso esta accion
pudiera haber sucedido,
porque yo solo he venido
á cumplir mi obligacion;
que padece mucho engaño
quien piensa que es valentía
solo herir, mas yo lo estraño,
pues para mi bizarría
no he menester vuestro daño:
ataros quiero en la mano
este lienzo.

Lope.

Ya no espero
dudar quien sois, pues es llano,
que tan noble cortesano
bien se llama el Caballero.
Mas siento ir tan obligado
de vos, porque aunque esta accion,
en cuanto al lance pasado
cesa aquí, me hallo forzado
á buscar nueva ocasion;
porque yo quiero á la dama
con quien os ví, y de este empeño
no se ha de apartar mi llama,
y por cumplir con mi fama,
os declaro que es mi dueño.

Y ya, por lo que sospecho;
siempre que con ella á vos
os encuentre, á mi despecho,
si no quedo satisfecho,
hemos de reñir los dos;
y yo tendré esta razon
mientras mi duda os ignora.

Felix.

Perdeis la satisfacion,
que sin esa condicion
os pudiera dar yo ahora;
porque habiendo yo reñido
desengañaros pudiera,
mas habiendo prometido
reñir, pensara cualquiera
que por escusarlo ha sido.
Y pues eso prometeis,
si me hallais en ese estremo,
vos hareis lo que debeis,
y yo que en duda quedeis,
porque no penseis que os temo.

Lope.

Mas por lo pasado ya
quedámos los dos amigos.

Felix.

Hasta aquí ajustado está,
despues el tiempo os dirá
si hemos de ser enemigos.

Lope.

A Dios.

Felix.

A Dios. ¡Felíz duelo!

Lope.

Mas oís, yo, por si acaso,
soy don Lope Enriquez.

Felix.

¡Cielo!
ya á mayor silencio apelo, *ap.*
pues por su hermana me abraso.
Yo, por lo dicho, no quiero
decir quien soy.

Lope.

Cuando os tope
otra vez, saberlo espero;
y á Dios, que yo soy don Lope.

Felix.

Pues yo soy un caballero. *Vanse.*

ESCENA III.

Sala en casa de don Lope.

Doña Ana é Inés.

Ana.

Inés, yo estoy sin alma y sin sentido,
que no solo don Felix ha venido
sin haberme avisado,
sino que enamorado
de doña Luisa, olvida mis finezas.

Ines.

En eso paran todas las bellezas
que llegan á querer, señora mia.

Ana.

A fé, Inés, que mi amor no merecia
el desprecio que lloro,
que aun ofendida su traicion adoro;
¿mas qué puedo yo hacer?

Inés.

Pues te provoca,
la ocasion tienes á pedir de boca;

¿Don Diego no te quiere? ámale luego.

Ana.

No me hables en tu vida de don Diego,
que no podré escucharte tan sufrida,
si otra vez me le nombras en tu vida.

Inés.

Zape, callemos, que aun no está en estado, *ap.*
mas yo pagué un bolsillo que me ha dado;
que Dios sabe de aquesta diligencia,
que lo hago por mi propia combeniencia.
¿Pues señora, si en esto estás vengada,
tu hermano no te tiene ya casada?
aunque ignores tu esposo, haya mudanza,
y cásate con él.

Ana.

Buena venganza:
¿tengo la culpa yo de este enemigo,
qué quieres que me diera ese castigo?

Ines.

¿Pues qué puedes hacer cuando él se muda?

Ana.

Valerme del socorro de la duda.

Ines.

Duda aquí, cuando tú fuiste testigo
de todo el lance que pasó conmigo,
y yo de que él la estuvo aquí esperando,
y la fué hasta su casa acompañando,
y ella muy satisfecha y muy mirlada
me dijo: Ines, yo vine asegurada
con este caballero, y por sentillo,
se me ahüecó la boca con tonillo;
y él la dijo: esta es deuda en mi cuidado;
á que ella respondió: ya está pagado.

Ana.

¿Pagado dijo? ¡Ines, sin alma vivo!

Ines.

Y le quiso mostrar allí el recibo.
Nunca los cuentos tienen sal bastante, *ap.*
si no añade un poquito el relatante.

Ana.

El corazon me abrasa una centella.

Ines.

De quien yo me vengara fuera de ella.

Ana.

¿Pues qué culpa ha tenido doña Luisa,
si mi amor mi recato no la avisa,
y ya es tarde? ¡Esta pena me atribula!

Ines.

¡Ay señora. tu hermano!

Ana.

Disimula.

ESCENA IV.

Dichos y don Lope.

Lope.

¿Doña Ana?

Ana.

Hermano: ¡Ay Dios, pena crecida!
¿qué tienes en la mano?

Lope.

Es una herida,
no cosa de importancia, que me dieron
ahora en un disgusto.

Ana.

¡Ay Dios! ¿quién fueron?

Lope.

Tú, doña Ana, pues ya de mi amor sabes
que de tí fio yo casos mas graves,
no importará que sepas este empeño.

Doña Luisa, no sé si ingrato dueño,
que aun nó está la verdad averigüada,
vino á su casa anoche acompañada
de un caballero, que con un criado,
hasta su puerta fueron á su lado.
Quise reconocerle, mas fué en vano:
al intentar reñir vino su hermano,
desafiéle entonces en secreto,
salimos hoy al campo, y en efecto,
anduvo tan bizarro y tan brioso,
que concluir el duelo fué forzoso,
quedando yo allí herido,
y sin poder haberle conocido.

Ana.

Inés, ya yo del todo desespero,
y nó tengo sentido si nó muero.

Ines.

Tomate esa, señora, y yo me alegro,
que ahora habia yo de amar á un negro,
cuanto mas á don Diego que te adora.

Ana.

¿Si hoy salisteis al campo, no fué hora
de conocerle con la luz que brilla?

Lope.

No, que salió á reñir con mascarilla,
que en mi vida oí cosa tan estraña.

Inés.

¿Sacástele á danzar á la campaña?

Lope.

Lo que de él saber pude, fué, primero,
que solo era su nombre un Caballero.

Ana.

Inés, yo estoy penando en un abismo.

Ines.

A nosotras nos dió con eso mismo;

flor nueva traen de Flandes los galanes,
habrá venido entre los tulipanes.

Dentro don Juan.

Juan.

Ah de casa ¿Está acá el señor don Lope?

Ana.

Inés, mira quien es.

Ines.

Ya hace su entrada.

Lope.

Don Juan Toledo es, no importa nada
que estés tu aquí ¿Don Juan?

ESCENA V.

Dichos y don Juan.

Juan.

El Cielo os guarde,
y á vos, señora: yo desde ayer tarde,
á mi hijo don Felix esperaba:
él no ha venido aun, y ahora acaba
un camarada suyo de avisarme,
que de hoy pasar no puede su llegada,
porque ante ayer quedaba á una jornada;
y pues ha de venir, como imagino,
yo voy á recibirle hoy al camino,
y á que me acompañeis solo he venido.

Lope.

Eso en mi obligacion es ya debido,
é iré gustoso allá, por conocerle;
mas advertid, que pues no habeis querido
que le diga á mi hermana como ha sido
vuestro hijo, con quien está casada,
hasta que aquella muerte esté ajustada,
porque no se presuma su venida,

y de esto nazca el riesgo de su vida,
es bien callarlo hasta que esté presente.

Juan.

Vos obrareis en eso cuerdamente.

Lope.

Vamos, señor don Juan.

Juan.

Guárdeos el Cielo. *Vase.*

ESCENA VI.

Doña Ana, Inés y don Lope.

Ana.

Inés, mas evidencias al rezelo;
mira si desde allí viene prendado,
pues no ha visto á su padre.

Inés.

El te ha engañado.

Lope.

Siendo para tu dicha, sabe hermana,
que tu esposo tambien viene mañana.

Ana.

¿Cómo el esposo mio?
¿pues Lope, yo nací sin alvedrió?

Lope.

No vuelvas á la réplica pasada,
porque mañana has de quedar casada. *Vase.*

ESCENA VII.

Doña Ana é Ines.

Ana.

Inés, ¿has visto la desdicha mia?

Inés

Parece que te afligen á porfia.

*

Ana.

¿Cuando está aquí don Felix tras su ausencia,
que me puede amparar de esta violencia,
quiere á otras fortunas mas violentas?
Inés, saca los mantos.

Inés.

¿Pues qué intentas?

Ana.

Sácalos luego.

Ines.

Voy á obedecerte.

Ana.

Aunque esto sea averiguar mi muerte,
yo lo he de ir á saber de doña Luisa.

Ines.

No dirás que no sirvo bien aprisa.

Ana.

Pónmele luego.

Ines.

¿Dónde vas, señora?

Ana.

A ver á doña Luisa voy ahora,
y á salir de una vez de mis desvelos.

Inés.

Haces muy bien, salgamos de estos zelos;
que por Manzano yo tambien me abraso:
¡pues qué uñas llevo yo para si acáso!
yo sé que á Leonor si se las hinco,
le haré saber muy bien cuantas son cinco.

ESCENA VIII.

Dichas y Manzano.

Manzano.

¡Jesus, y qué peligro, si él repara!

al hermano encontramos cara á cara.

Ana.

¿Quién es?

Manzano.

Quien porque un riesgo ha desviado,
entra diciendo: sea Dios loado.

Inés.

Señor Manzano ¿el de la espada floja?

Manzano.

¿Tú has conocido el árbol por la hoja?

Ana.

Ines, yo estoy turbada ¿cómo ha sido,
ó porqué á entrar aquí te has atrevido?

Manzano.

Riesgo es donde hay hermanos tan tenaces;
mas la fortuna ayuda á los audaces.
Don Felix, mi señor, pide licencia
para reñir contigo una pendencia,
que anoche fué de aquí descalabrado;
mas yo pienso, por bien acuchillado,
que venir á reñir zelos de ausencia,
es pedir cara en tono de pendencia.

Ana.

¿Y dónde está don Felix?

Manzano.

Aquí viene.

Ana

Si entra mi hermano, gran peligro tiene;
Inés, avisa para que se vaya.

Inés.

En la puerta me pongo de atalaya.

ESCENA IX.

Doña Ana, Manzano y don Felix.

Felix.

Despues de un año de ausencia
y mil siglos de temor,
vuelvó á tus ojos, señora,
no el que fuí, sino el que soy;
no á ponderar la fineza
de mi errado corazon,
que abrevió el camino en alas
de su mentido favor,
ni á quejarme de haber visto
otro mas felíz que yo;
que olvidarme por el digno,
no es culpa, sino eleccion.
No vengo, pues, á quejarme
que hé menester mi pasion
para morir, y en la queja
se desvanece el dolor.
Solo á darte el parabien
vengo aquí del nuevo amor,
que siendo tuyo, es preciso
ser digno de tu atencion.
Yo le ví anoche, y al verle
me precipitó el furor;
que al estrenar una hoja,
no es mucho errar una voz:
mas despues, volviendo en mí,
conocí que querer yo
dejarte sin alvedrío,
fuera tirana razon.
Lo que fuera justa queja,
fuera fingir el favor,

si habiendo de amar á uno,
nos engañaras á dos:
esto en tí no lo presumo,
que es tal mi veneracion,
que imagino mi desdicha,
por no presumir tu error;
lo que he visto y lo que creo,
es que mi dicha era flor,
y murió al faltar tus ojos,
por el ausencia del sol.
Con la gala de tu gracia
pude merecer tu amor:
perdíla; pero sin culpa;
fué desdicha, agravio no;
que la gracia que me hacia
digno de tu estimacion,
fué gracia, y pudo negarla
la deidad que me la dió.
Mi sentimiento y mi queja
solo á mi estrella la doy,
que quedar sin queja un triste,
fuera esceso del rigor;
y pues para mi tormento
tengo bastante razon,
pues no puedo de quejoso,
de infelíz á morir voy.
Yo moriré, dueño, (¡ay Cielos!)
¿dueño dije? sin mi estoy:
dueño mio iba á decir,
fué osadía; pero no,
que si ya para adorarte
no he menester tu favor,
aunque la ultrajes, no puedes
estorbar mi adoracion.
Yo moriré; y por si acaso

fue industria en tu indignacion
levantarme, para hacer
mi precipicio mayor,
yo te lograré la industria,
y verás en mi afliccion,
que muero de mi fineza,
primero que del dolor.
Y con esto, á Dios, señora,
que ya que el alma la vió,
quiero morir, mas no oir
la sentencia de tu voz.

Ana.

Señor don Félix, oid,
escuchad: ¡ Válgame Dios!
si habeis dicho, y yo os he oido,
oid, que ahora entro yo.

Mansanó.

Gran cosa es ver dos amantes,
que como dos monos son,
que cuando llegan á riña,
muy armados de furor,
se tocan y no se muerden,
y luego juegan los dos.

Ana.

Primero, señor don Felix,
que os responda, seais vos
muy bien venido, que al veros
mil parabienes me doy.
Y ahora volviendo al caso,
en cuanto si quiero yo,
si olvido, ó si favorezco
otro mas digno que vos,
no replico, porque sé
de esa industria la intencion,
y por fingida os respondo

con vuestra misma razon.
Si vos intentais dejarme,
y á eso os mueve otra aficion;
¿qué necesidad teneis
de fingir que os dejo yo?
Vos decís, que en mí el mudarme
no es culpa, sino eleccion;
¿pues lo que no es culpa en mí,
porque puede serlo en vos?
Luego si podeis, sin culpa,
mudaros, pues libre sois,
¿qué mejora la mudanza,
vestida de ese color?
Demas de que, ¿qué embaraza
á un galan, que sin temor
con tres hombres en la calle
por su dama se empeñó?
Que despues la fue siguiendo
y esperando su atencion
que saliese de una casa,
á la suya la llevó.
No digo que era la mia,
que hace el desprecio mayor,
ni que yo venia á su lado
cuando por ella riñó,
ni que ella era doña Luisa,
porque en materias de amor,
esto de nombrar las partes
es muy gran desatencion.
Y para que estas sospechas
se desmientan, si lo son,
ir por ella á un desafío,
herir al competidor;
que como el era mi hermano,
y tan recatado vos,

viniendo herido á mi casa ,
no pude saberlo yo.
Y puesto, señor don Felix,
que esto no os embarazó,
lo que no fingís ayer,
¿para qué lo fingís hoy?
¿Qué teme en mí esa cautela
si se mudó vuestro amor?
yo de vos quejarme puedo;
pero remediarlo no.
Si es querer que no me queje,
por conocer mi razon,
suponerme ese delito,
no es escusarme el dolor.
Señor don Felix, si es culpa
la mudanza, ó si es traicion,
el fingirme á mi culpada,
no os libra á vos de traidor.
Que tenga razon mi queja
no os estorba vuestro amor,
y pues no tengo otro alivio,
no me quiteís la razon.
Yo todas mis esperanzas
tenia puestas en vos,
mas ya solo las tendré
en mi desesperacion.
Mi hermano, señor don Felix,
casada me tiene, y hoy
el último plazo ha sido
que dá á su resolucion.
Mas lo que yo os aseguro,
ofendida como estoy,
es, que he de morir primero
que á otro dé mi corazon;
porque si vuestra mudanza

es liviandad; no es razon
el ver en vos un delito,
para cometerle yo.
Ni esto es querer obligaros,
porque la palabra os doy
de sacarme antes los ojos,
que tenerlos para vos.
Esto es daros á entender,
que yo siempre soy quien soy,
aunque vos seais ingrato;
idos ahora con Dios.

Felix.

Doña Ana, detente, escucha.

ESCENA X.

Dichos é Inés alborotada.

Inés.

¡Ay, señora! ¡muerta estoy!
mi señor ha vuelto á casa
todo perdido el color,
y las puertas ha cerrado,
que cuando Manzano entró
los debió de ver sin duda:
aquí nos mata á las dos.

Ana.

¡Ay de mí! señor don Felix,
si aquí ahora.... (¡muerta estoy!)
escondeos en mi cuarto.

Felix.

No puedo esconderme yo;
morir, y ampararte, sí.

Manzano.

Pues yo me escondo, señor,
que tengo azar con hermanos,
y todos pienso que son

descendientes de Cain.

Felix.

Tente, villano.

Manzano.

Eso no,
que tiemblo de la hermandad,
porque he sido salteador. *Vase.*

Ana.

Para que ampareis mi vida
os lo suplico, señor,
si veis que tengo peligro.

Felix.

Para ese empeño aquí estoy.

ESCENA XI.

Doña Ana, Ines, don Lope, y don Felix y Manzano escondidos.

Lope al paño.

Por mas que disimule
la pena, y la turbacion,
no pude apartar de mí
á don Juan; sin duda vió
los dos hombres que aquí entraban
cuando salimos los dos,
y no ha querido dejarme:
mas de aquí nadie salió,
y está cerrada la puerta;
ahora sabré quien son. *Sale.*
¿Hermana?

Ana.

¡Yo estoy sin alma! *ap.*

Lope.

Cuando yo salia vi dos
hombres, que entraron aquí:
¿donde estan?

Ana.

¿Yo, (¡muerta estoy!)
hombres, Lope? yo.... tú.... cuando....

Lope.

Ya es prueba tu turbacion
de mi afrenta, y tu delito.

Ana.

¿Qué es lo qué dices, señor?
¿hombres aquí? ¡A hablar no acierto ¡ap.

Lope.

Yo los ví, no fue ilusion;
y aunque pueda ser tu esposo
alguno, aqui, vive Dios,
los he de matar contigo.

Ana.

Lope, mira....

Lope.

Eso es error:
mas todo eso es perder tiempo:
de este modo á tu traicion
le he de quitar la salida:
yo lo verè. ¡Sin mí voy! *Vase.*

Ana.

¡Ay Inés! ¿qué hemos de hacer?
la puerta al cuarto cerró.

Ines.

La traspuerta del jardin
está abierta, echemoslos
por ella presto, señora.

Ana.

Bien dices: Felix, señor, *Sale.*
por la puerta del jardin
te puedes ir.

Felix.

Eso no,

viendo tu riesgo, no puede
faltarte aquí mi valor.

Ana.

¡Vete luego.

Félix.

Eso es locura.

Ana.

Vete, y mira por mi honor.

Felix.

Dejando á riesgo tu vida,
no lo he de hacer, vive Dios.

Ana.

¿Pues aquí qué medio cabe?

Felix.

Poner te en salvo.

Ana.

Eso no,
que primero he de morir.

Félix.

Pues lo mismo diré yo.

Lope dentro.

Traidor, en vano te escondes.

Ines.

¡Ay, que á Manzano encontró!

Felix.

Entraréle á defender.

Ana.

Tente, don Felix, por Dios,
que aqueso es perderlo todo.

Félix.

Ya detenerme es peor.

Ana.

Don Felix, libra mi vida,
que aunque sea indigna accion,
donde todo está perdido,

éste es el daño menor.

Sale Manzano.

Señor, que viene tras mí.

Ines.

Presto, señora, por Dios,
que nos cortan.

Ana.

Ve delante.

Ines.

Hermanitos, afufon.

Ana.

Mira que hay golpe en la puerta,
don Félix. ¡Sin alma voy!
que el escusar mayor daño
me obliga á hacer este error,
á pesar de mi decoro.

ESCENA XII.

Don Lope.

Espera, aleve, traidor.

Dentro Inés.

Echa el golpe.

Lope.

¡Ah vil cobarde!
El golpe á la puerta echó,
de que yo me habia olvidado,
y por ella se escapó.
¿Infame, cobarde, qué huyes?
espera.

Félix.

No huyo de vos,
poner en salvo estas damas
es mi primera atencion;
y para que conozcais,

que no puedo huir, yo soy...
aquel mismo Caballero
que hoy en el campo os hirió.

Lope.

Haré la puerta pedazos.
¡Ay de mí, que mi furor
me cegó á no prevenirla.
Yo te buscaré, traidor.
¿Quién será este caballero,
que tirano de mi amor,
de mi honor tambien lo ha sido?
mas la pena mas atroz
es, que don Juan es testigo
de todo mi deshonor.
Mas ya la queja es estorbo,
y pues él todo lo vió,
para hallar á mi enemigo
me valdré de su valor.
Cielos, en tanta desdicha
como padeciendo estoy,
que este sea Caballero
es el consuelo mejor.

ESCENA XIII.

Sala en la posada de don Felix.

Inés y Manzano, y luego don Felix y doña Ana.

Manzano.

Entra, Inés, que aquí el riesgo se mejora.

Inés.

En mi vida he corrido como ahora;
cierra, que ha sido dicha no pensada,
que estuviera tan cerca la posada.

Felix

Doña Ana, pues ya el lance ha sucedido,

por mi respeto, y por tu honor te pido,
que no me hables de quejas, ni de amores,
que solo han de servir de hacer mayores
mis sentimientos, y que falte al trato
de la atencion que debo á tu recato:
solo tratemos de enmendar el daño,
que ha sucedido, sin hablar de engaño,
que yo, como otra cosa no me pidas,
perderé en tu defensa dos mil vidas.

Ana.

¿Cómo no? habla, don Felix, que estoy loca;
y cuando al alma esa traicion le toca,
no hay riesgo de la vida que me altere:
¿yo hablé anoche con hombre que me quiere
¿yo galan? tú le viste, y yo lo estraño;
á no pensar, don Felix, que tu engaño
lo finge por dejarme, cara á cara,
vive Dios, que del pecho me sacara
el corason, porque con mas pureza
vieras con él tu engaño, y mi fineza.

Felix.

Dices bien, yo lo finjo por dejarte,
yo estoy enamorado en otra parte,
y es cautela, y traicion, y intento vano;
pero tambien lo fingirá Manzano,
que lo vió, y lo dirá por darte enojos.

Ana.

¿Tú lo viste?

Manzano.

Mas fué con estos ojos.

Ines.

¡Ay triste, que ellos vieron á don Diego! *ap.*
De arriba abajo se me abrió el talego.

Ana.

¿Tú viste hablar conmigo un hombre, loco?

Manzano.

¡Válgame Dios! ni tanto, ni tan poco;
hablarle tú, ya fuera demasiado:
pero llamó á tu reja un embozado,
y tú luego saliste,
y con él media hora te estuviste;
¿pero que tú le hablásea? nó señora,
que yo no digo que eres tú habladora.

Ana.

¿Hombre llamó á mi reja?

Manzano.

Y en persona.

Ana.

Traidor, villano, mientes.

Manzano.

Pues perdona;
que bien pudo engañarse mi deseo;
porque él no era mayor que un filisteo.

Ana.

¿Inés, has visto tal bellaquería?

Ines.

Que esto es todo maldad, señora mia.
Negar me importa aquí, aunque el gallo cante.
¡Miren que buen testigo era el vergante!
¿mi ama á la ventana? ¿había cenado?

Manzano.

Pues á fé que yo no era el asomado.

Don Diego dentro.

¡Ah de casa!

Felix.

¿Quien es?

Ines.

Señora, el centro.

Manzano

Es un hombre, señor, que entra acá dentro.

Felix.

Retirate doña Ana.

Ana.

¡Ay suerte impía!

Inés.

Calla, señora, que es bellaquería
andarnos escondiendo á troche, y moche. (1)

ESCENA XIV.

Don Felix, don Diego, Manzano, y al paño doña Ana é Inés.

Diego.

Buenas señas tomó Martin anoche,
cuando por mí siguió á este forastero:
Perdonad la licencia, Caballero,
que una duda á un peligro eslabonada,
me ha obligado á buscar vuestra posada,
y por haberme vos favorecido
anoche, hoy á buscaros he venido.

Felix.

¡Cielos, este es la causa de mi daño! ap.
mas aquí se ha de ver el desengaño.

Ana

¡Ay, Inés, qué desventura!
don Diego es el que ha venido.

Inés.

¡Jesus, que todo el vestido ap.
se vá por la picadura!

Felix.

Decid, pues, lo que quereis.

Diego.

Para mi intento, primero

(1) *Escóndense las dos.*

fiaros el alma quiero:
ya vos anoche sabeis
que yo á una dama asistia.

Ana.

¿Si esto lo dice por mí?

Ines.

Calla, y oye desde aquí.

Diego.

Un año ha que la servia,
y en los seis primeros meses
no merecí á sus enojos,
que me mirasen sus ojos,
despues mis ansias corteses
la obligaron al agrado,
y al fin mi amor advirtió,
y mis finezas pagó
con un honesto cuidado.

Félix.

¿Si querrá ahora doña Ana
decir que esto fue ilusion?
¡qué me niegue esta traicion!

Manzano.

Oyendo están la pavana.
¿De suerte, que aquesa dama
ha seis meses empezó,
y á los otros seis cayó?

Diego.

Fue fineza de su fama,
cuando para castos lazos
mi honesto amor la procura.

Manzano.

¿Esa dama es escritura
que se concertó en dos plazos?

Diego.

En seis meses me admitió

un afecto su beldad?

Manzano.

Bien digo yo, la mitad
para San Juan se rindió.

Diego.

Gasté un año en obligarla.

Manzano.

Veló ahí, la otra mitad
cayó para Navidad;
bien podeis ejecutarla.

Ana.

Inés, él no habla de mí.

Ines.

Pardiez, buenas boberias;
¿tendrá él ciento, ¿pues querias
que te amára sola á ti?

Diego.

Y en fin, cuando mi deseo
su amor podia lograr,
yéndola ahora á buscar,
cerrada su casa veo,
y que de ella se ha salido
por un acaso que ignoro;
yo con la fé que la adoro
pienso que la causa he sido;
porque como anoche vos
con la justicia reñisteis,
aunque, como vos lo visteis,
yo no lo supe, por Dios,
puede ser que la malicia
de la necia vecindad
dé causa á esta novedad,
si contra su honor se indicia.
Y así os vengo á suplicar
me digais, pues esto para

si salió de alguna casa
alguien que os vino á ayudar;
ó qué pasó en la pendencia,
por si algun indicio se halla,
con que yo para buscalla
pueda hacer la diligencia.

Ana.

¿Inés, no ves lo que pasa?
por mi es esto.

Ines.

Dale bola;
¿pues pensabas ser tú sola
la que se vá de su casa.

Felix.

A no ser indigna accion,
aquí llamára á doña Ana,
porque viera esta tirana
concluida su traicion.
Este hombre mi amor ignora:
¿qué haré en lance tan cruel?
declararme yo con él
no conviene por ahora.
Caballero, (esto ha de ser)
cuando anoche reñí yo,
nadie á ayudarme salió,
ni yo lo huve menester,
que sobró mucho á mi espada;
lo que supe es, que reñí,
que huyeron, que los seguí,
de lo demás no sé nada.

Diego.

Esto es valerme de vos,
por si hallaba claridad:
guardeos Dios, y perdonad
el cansaros. *Vase.*

Felix.

Id con Dios.

Manzano

¿No es mejor decirle á ese,
que están aquí esas señoras?

ESCENA XV.

Don Felix, Manzano, doña Ana é Inés.

Felix.

¿Niega ahora, ingrato dueño
de mis ansias, niega ahora
lo que á tus ojos confiesa
el que mi pena ocasiona?
¿Dirás ahora que finjo?
¿dirás que es traza engañosa
para dejarte? ¿dirás
que de otro amor se provoca
el dolor con que me quejo?
mas si dirás, ¿quién lo estorba?
que quien niega lo que ví,
negará lo que oigo ahora.

Ana.

¿Don Felix, qué es lo que dices,
que harás que me vuelva loca?
¿No es don Diego de Ribera
ese hombre, á quién desdeñosa,
con mas desaires desprecio,
que él con finezas me enoja?

Felix.

Y como que son desaires,
venir anoche de ronda
á dar música á tu calle,
llamar á tu reja propia,
salir tú, hablarle y cantar,

y porque mi ansia zelosa
llegó á quejarse á la reja,
darme tú, porque él lo nota
con la ventana en los ojos,
satisfaccion bien airosa:
mira tú si son desaires,
ó finezas á mi costa.

Ana

¡Cielos, qué es esto que escucho!
¿tú llegaste á aquella hora?
¿él la música trata?

Manzano.

Y las coplas, y la ronda,
y la pendencia tambien;
pero fué el bobo de Coria,
que nos dejó en la pendencia,
y se fué á hacerte mas coplas.

Ana.

¿Inés, qué es esto que dicen?
¿sábeslo tú?

Ines.

¿Yo, señora?
¿qué he de saber yo?

Manzano.

¡Jesus!
¿de qué ha de saberlo estotra,
si ella no es mas que Aduana,
por donde pasan las cosas?

Ana.

Don Felix, viven los Cielos,
que me obligas á que rompa
con tu respeto y el mio,
si esas traiciones abonas.
Añadirme tú otra pena
á la que ves que me ahoga;

es tirar á hacer mortal
el golpe de mi congoja.
Y si te causa mi vida,
porque otro amor te provoca,
donde está el de verte ageno,
cualquiera tormento sobra.
¿Qué vida podrá quedarme
cuando vea que á otra adoras?
¿pues para qué es otro golpe,
si ese me la quita toda?
Si es querer hacer mi muerte
mas affligida y penosa,
muerta la vida de amor,
no hay sentido para otra.
Pues si esto, señor, es cierto,
no en el veneno interpongas
la dulzura del engaño
á lo amargo de la copa;
franquéame la bebida,
y muera de una vez sola,
que es matar con avaricia
cobardía rigurosa.
Mas si mi estrella conoces,
bien haces, finge, ocasiona,
añade rigor, desmiente,
busca engaños, busca formas;
que segun soy de infeliz,
en penas tan dolorosas,
muriendo de cada una,
tendré vida para todas.

Felix.

Manzano, yo he de perder
el juicio.

Mansgnet.

A buena hora;

¿ pues quien vió lo que vió anoche ,
y á ver á su dama torna ,
tiene juicio que perder ?

Félix.

¿Fué ilusion , fué sueño , ó sombra ,
lo que ví , y lo que á don Diego
escuché aquí de su boca ?

Manzano.

Señor, puede ser.

Félix.

¿ Pues cómo ,
si lo ví , y lo escucho ahora ?

Manzano

Porque lo ví yo tambien.

Felix.

¿ Qué dices ?

Manzano.

¿ Pues esò ignoras ?
uno no puede engañarse ;
pero dós , es fácil cosa ;
y si no , dígalo Inés.

Ines.

¿ Pues yo sé de esas histórias ?
¿ me dá lugar mi labor
de andarme viendo esas sombras ?

Manzano.

¿Tú , qué has de ver de un galan
que festejó á una señora ?

Ines.

Claro está , que no veo nada.

Manzano.

No ves nada ; pero tocas.

Ines.

¿Qué he de tocar ?

Manzano.

Tus derechos,
porque tú no te soborna.

Felix.

Doña Ana, para que yo
no me desespere ahora,
de no sufrir lo que finges
y de sentir lo que lloras,
de haber visto yo un galán
que en tu presencia conforma
lo que mi oido acredita,
á lo que mis ojos notan,
¿qué disculpa puedes darme?
piénsala, que si la logras,
te perdonaré el engaño
por lograr esa lisonja.

Ana.

¿Pues es menester pensar
una verdad tan notoria?

Felix.

¿Pues qué verdad hay en esto?

Ana.

Que tú á su hermana enamoras,
y él á mí, y fingís los dos
lo que á entrambos os importa.

Manzano.

Encontrósela, y al vuelo;
vive Dios, que es cazadora.

Felix.

¿Pues tú quieres que yo finja
lo que en mí primero corta?

Ana.

¿Pues qué corta en tí primero?

Felix.

¿Pues no corta en quién te adora

el cuchillo de perderte?

Ana.

¡Qué tiernamente lo notas!
lástima es que no te crea;
¿duéle mucho lo que contás?

Félix.

¿Pues no me quita la vida?

Ana.

No es mucho mal donde hay otra.

Felix.

Bien dices, donde hay la tuya,
que la adoro, aunque no es propia.

Ana.

No te consueles con ella,
que te aseguro que es poca.

Félix.

Dejemos esto, doña Ana,
que si tu hechizo te abona,
por no perder tu dulzura,
pasaré por mi deshonra.

ESCENA XXI.

Dichos y Leonor con manto.

Leonor.

¿Está aquí el señor don Felix?

Felix.

¿Quién es?

Manzano.

Una muger sola.

Félix.

¿Pues señora, qué mandais?

Leonor.

Doña Luisa, mi señora,
os suplica que mañana...

Felix.

Retirate doña Ana.

Ana.

¡ Ay suerte impía!

Inés.

Calla, señora, que es bellaquería
andarnos escondiendo á troche, y moche. (1)

ESCENA XIV.

Felix, don Diego, Manzano, y al paño doña Ana é Inés.

Diego.

Buenas señas tomó Martin anoche,
cuando por mí siguió á este forastero:
Perdonad la licencia, Caballero,
que una duda á un peligro eslabonada,
me ha obligado á buscar vuestra posada,
y por haberme vos favorecido
anoche, hoy á buscaros he venido.

Felix.

¡ Cielos, este es la causa de mi daño!
mas aquí se ha de ver el desengaño. *ap.*

Ana

¡ Ay, Inés, qué desventura!
don Diego es el que ha venido.

Inés.

¡ Jesus, que todo el vestido
se vá por la picadura! *ap.*

Felix.

Decid, pues, lo que quereis.

Diego.

Para mi intento, primero

(1) *Escóndense las dos.*

iré á ver lo que me mandas.

Leonor.

A Dios, que ella será pronta. *Vase.*

ESCENA XVII.

Dichos, menos Leonor.

Ana.

Mira aquí, tirano dueño,
mira si se ha visto toda
la intencion mal prevenida
de tu queja cautelosa.

Felix.

¿Qué piensas que te he de dar
satisfaccion? no señora,
que ni de tí quiero oirla,
ni que tú de mí la oigas.

Ana.

¿Pues si tu traicion he visto,
para qué á negarme tornas?

Felix.

Eso es imaginacion,
y aquesta es verdad notoria.

Ana.

¿A lo que miran los ojos,
imaginaciones nombras?

Felix.

Lo que yo oí y lo que ví,
tiene prueba mas forzosa.

Ana.

¿Pues qué tienen tus sentidos,
que á los mios se mejoran?

Felix.

Ver yo lo que es evidencia,
y tú una apariencia sola.

Ana.

¿Apariencia es ir al campo
por la dama á quien adoras?

Felix.

Si, que sin amor se riñe,
si el enojo lo ocasiona.

Ana.

¿Y te busca sin amor,
ya que sin él te provoca?

Felix.

No ha dicho ella que la quiero,
como él, que á ti te enamora.

Ana.

Eso es concierto de entrambos.

Manzano.

Ya es de mala esa pelota.

Ines.

No, sino buena y rebuena.

Manzano.

Pues pídase á la redonda,
y pido falta tambien,
porque te tocó en la ropa.

Ana.

De suerte que porque estoy
sujeta á tu amparo ahora,
¿quieres que valga tu engaño
mas que mis verdades todas?

Felix.

Doña Ana, eso es apurarme,
y aun obligarme á que rompa
el coto de tu decoro,
y con voz escandalosa
te trate como á muger,
que á dos á un tiempo enamora.

Ana.

No hagais tal, señor don Felix,
que aunque un riesgo me congoja,
aunque un peligro me oprime,
sabré, amparando mi honra,
morir, y no permitir,
que useis licencia tan loca.
Y para no ocasionarla,
lo que os pido desde ahora,
es, que penseis, que mi amor
ha sido un sueño, una sombra,
que ni me habeis conocido,
ni yo á vos; que de esta forma
ni andareis vos atrevido,
ni mi fama peligrosa.
Ines, el manto te cubre,
y pues ya es de noche, ahora
ven á casa de mi prima
para que allí se disponga
que yo á un convento me vaya.

Felix.

Buena es la causa que tomas
para buscar á don Diego.

Ana.

Ya satisfacer no importa;
lo que quisiereis pensad.
Ven, Inés.

Inés.

Vamos, señora.

Felix.

Pues yo te he de acompañar.

Ana.

Ya mi riesgo á vos no os toca;
yo os absuelvo del desaire.

Felix.

Id con Dios.

Manzano.

¿No es mejor decirle á ese,
que están aquì esas señoras?

ESCENA XV.

Don Felix, Manzano, doña Ana é Inès.

Felix.

¿Niega ahora, ingrato dueño
de mis ansias, niega ahora
lo que á tus ojos confiesa
el que mi pena ocasiona?
¿Dirás ahora que finjo?
¿dirás que es traza engañosa
para dejarte? ¿dirás
que de otro amor se provoca
el dolor con que me quejo?
mas si dirás, ¿quién lo estorba?
que quien niega lo que ví,
negará lo que oigo ahora.

Ana.

¿Don Felix, qué es lo que dices,
que harás que me vuelva loca?
¿No es don Diego de Ribera
ese hombre, á quién desdeñosa,
con mas desaires desprecio,
que él con finezas me enoja?

Felix.

Y como que son desaires,
venir anoche de ronda
á dar música á tu calle,
llamar á tu reja propia,
salir tú, hablarle y cantar;

Juan.

Quien tiene á cargo la honra
que le ha fiado un amigo,
y al pasar por aquí ahora
de esta puerta dos mugeres
vió salir que se las roban.
Yo no he querido seguirlas,
creyendo, que mas importa
reconoceros á vos;
mas lo que á mi edad le toca,
solo es buscar el remedio,
si de esto hay alguna forma:
miradlo, ó será la espada
última razon de todas.

Félix.

¿Manzano, hay mayor desdicha?
mi padre es este: aunque corras,
vé tú siguiendo á doña Ana
por esotra puerta.

Manzano.

Arroga.

ESCENA XX.

Don Felix y don Juan.

Félix.

La voz importa fingir. *ap.*
Caballero, aquese empeño,
ni os toca á vos, como dueño,
ni es fácil de conseguir.

Juan.

Yo os he de reconocer.

Felix.

Yo no os lo he de permitir,
ni con vos he de reñir.

Juan.

Pues mirad como ha de ser.

Felix.

Huyendo yo, y os prometo
que no es falta de osadía.

Juan.

¿Pues huir no es cobardía?

Felix.

Tambien puede ser respeto.

Juan.

Eso me obliga á intentar
conoceros, y os prometo,
si me fiais el secreto,
de procurarlo mediar.

Felix.

Que no puede ser, recelo.

Juan.

¿Por qué no, si os doy favor?

Felix.

Porque es empeño de honor,
y no hay medio en este duelo.

Juan.

Yo os debo favorecer,
por lo que de vos he oido.

Felix.

Sereis contra el ofendido,
y no lo podeis hacer.

Juan.

Que puedo hacerlo colijo,
por lo que pienso de vos.

Felix.

Hicierais mal, vive Dios,
aunque fuera vuestro hijo.

Juan.

¿Qué os importa en caso tal,

que yo me haga ese desden?

Félix.

El estarme á mí muy bien,
el que vos no quedeis mal.

Juan.

Callar juro, y solo quiero,
que me digais quien sois vos.

Felix.

Un Caballero, y á Dios.

Juan.

¿Quién será este Caballero?

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Don Felix y Manzano.

Felix.

Todo esto es morir, Manzano;
mi pena el pecho me parte.

Manzano.

Pues señor, vé á confesarte,
y muere como cristiano.

Felix.

Con tormento tan tirano
á matarme me provoco.

Manzano.

Señor, aliviate un poco
de pesares tan atroces;
grita, quejate, dá voces,
y no mueras como loco.

Felix.

Con don Diego esta tirana
se ha ido.

Manzano.

No lo he pensado,
porque ello la hemos buscado
de la noche á la mañana:
yo he ido á su prima hermana
á buscarla, como un fuego,
todas sus amigas luego
he corrido, y no está allá;

con que ello inferido está
que no estará con don Diego.

Felix.

¿ Pues donde, si mis cuidados
no la hallan con otro dueño ?

Manzano.

Mira, en un lugar pequeño
habia cinco enamorados;
fuese su dama, y turbados
unos de otros sospechaban;
y luego el caso sabido,
hallaron, que se habia ido
con otro que no pensaban.

Felix.

El sin duda ha de ocultalla;
don Diego logra el favor.

Manzano.

¿ Pues si eso es cierto, señor,
para qué vas á buscalla ?

Felix.

Porque mi amor me avasalla
á este tormento, aunque es fuerte;
porque aunque el peligro advierte,
busca engañado mi amor
la dulzura del dolor,
hasta llegar á la muerte.
Al hidrópico retrata
mi afecto con su belleza,
donde es la sed mi fineza,
y ella el agua que me mata;
miro su hermosura ingrata,
y al beber el desengaño,
templo la sed, mas el daño
se aumenta en mal tan aleve;
porque mientras mas se bebe,

crece la sed del engaño.
El comun ejemplo mira
de la simple mariposa,
que de la llama amorosa
ronda el rayo, la luz gira;
á lograr en ella aspira
el alivio de su amor,
y le quita su rigor
las alas para vivir;
¿ pero qué importa morir,
donde es tan dulce el ardor?
Yo en su hermosisimo encanto
hallo el fuego de sus ojos,
donde á templar sus enojos
sale el cristal de su llanto:
no admires que busque tanto
aquella agua en que me anego,
aquélla luz en que ciego,
si soy con mi fé amorosa
hidrópico, y mariposa
de aquel cristal, y aquel fuego.

Manzano.

Pues yo el buscarla condeno,
en su casa, porque si entras,
¿ qué has de hacer, si allá la encuentras?

Felix.

Apurar este veneno.

Manzano.

¿ Y si ella el rostro sereno,
te dijese por favor:
usted me cansa, señor,
dejeme ya por San Juan?

Felix.

Matarme con su galan,
por malograrme el amor.

Manzano.

Un vizcaino insufrible
por una calle iba andando,
y en una reja, pasando,
se dió un codazo terrible.
Enfurecido, aunque en vano,
volvió á la reja culpada,
y la dió tan gran puñada,
que se destroncó la mano.
Irritóse, y á dos brazos
tomó, sacando la espada,
y allí, á pura cuchillada,
la hizo en la reja pedazos.
Y despues muy sosegado
partió, diciendo á su modo:
¿manos rompes ? ¿ quiebras codo ?
pues toma lo que has llevado.
Igual venganza te llama,
si vás con mucha fineza
á que él te abra la cabeza,
sobre llevarte la dama.
Y será gloriosa empresa,
si él te zurra la badana,
decirle luego á doña Ana:
¿me dejas? pues tomate esa.

Félix.

Yo he de entrarlo á averiguar,
fingiendo que á hablarle voy.

Manzano.

Pues señor....

Felix.

Resuelto estoy;
no tienes que replicar;
aquí vive, entremos luego.

Manzano.

Mira...

Felix.

No me adviertas nada.

Manzano.

Vamos á quebrar la espada
en la reja de don Diego.

ESCENA II.

SALA EN CASA DE DON DIEGO.

Doña Luisa, Leonor, doña Ana é Inés.

Luisa.

Esto, doña Ana, pasa, y te aseguro
que hasta ahora ignoraba tu cuidado.

Ana.

De gran tormenta, amiga, me has sacado.
¡Ay don Felix, ahora conjeturo
tu pesar con el mio,
mas sabe amor, que ha sido desvarío.

Luisa.

De justa queja en ocasion me pones,
con dudar de mi amor esas traiciones,
sabiendo tú lo que á don Lope quiero;
que yo llame á don Felix, porque espero
que á tu hermano por mí le satisfaga,
pues por su punto mi decoro estraga.

Ana.

Los zelos no dan queja, amiga mia,
porque son una osada cobardia:
no hay respeto, grandeza, sangre, ó fuero,
que los refrene; á la razon se ciegan,
renuncian la esperanza, la fé niegan;
vén, y no escuchan, de temor movidos,
porque son unos ojos sin oidos.

Ines.

¿No te dije yo siempre, que era en vano,
que doña Luisa siempre amó á tu hermano?

Ana.

De albricias del contento estimo el susto.

Ines.

¿Esotra habia de emplear su gusto
en don Felix, que no es mas que un sujeto
muy galan, muy valiente, y muy discreto,
muy liberal, y amante con esceso?
Señora, que no hablemos mas en eso.

Ana.

Ya, doña Luisa, que de tí obligada
estoy, de mi pasion desengañada,
quisiera que don Felix lo estuviera;
y aunque tú sabes ya de la manera
que mi sospecha me guió á tu casa,
si él me vé aquí, ignorando lo que pasa,
no ha de atender á mas como está ciego,
sino á qué estoy en casa de don Diego.

Luisa.

¿Pues qué quieres hacer?

Ana.

Que tú al momento
vayas á prevenirme algun convento,
donde yo me asegure de mi hermano,
que desde allí, pues su rezelo es vano,
podrá don Felix ver su desvarío,
y tener mejor fin el riesgo mio.

Luisa.

Ya, don Diego ha acabado de vestirse,
y por aquí es el paso para irse.
entrate adentro, no le encuentre ahora.

Ana.

Antes le quiero hablar.

Inés.

¡Jesus, señora!
¿tú á don Diego hablar quieres? ¿tienes juicio?

Ana.

Si, que quiero decirle, con qué indicio,
de qué palabra, ó señas ha inferido
que yo pago su amor, y le he admitido?

Inés.

¡Ay! justicia de Dios, que aquí revela *ap.*
lo que yo he dicho: valga una cautela.
¿Señora, pues ahora eso querias?
¿no ves que amor es todo boberías,
y esta habrá sido alguna de las suyas,
y si tú las revuelves serán tuyas?
Estando á tanto riesgo, y sin sosiego,
¿no es mejor que le empeñes á don Diego,
disimulando todos tus pesares,
en que busque el convento,
que hará la diligencia en un momento?
y estando tú en seguro,
le puedes hablar claro, poco y puro.

Luisa.

Muy bien ha dicho Inés.

Ines.

Que si señora.

Ana.

Esó he de hacer, disimulando ahora.

Luisa

Pues él sale, disponte á prevenillo.

Inés.

Esto es echarle al riesgo un remendillo
dure lo que durare lo encubierto.

Dentro don Diego.

Leonor, mira que el cuarto queda abierto,
entra luego á cerrarle. ¡Mas qué miro! *Sale.*

Ana.

Mucho haré en reprimir lo que suspiro.

ESCENA III.

Dichas; don Diego, y al paño don Felix y Manzano.

Felix.

El es.

Manzano.

Llamale pues.

Felix.

Tente, que he entrado

en mejor ocasion, que hemos pensado.

Diego.

Quien madruga, señora,

no tiene que admirar ver al aurora,

ni hallar la dicha que lloré perdida,

si por no merecida,

la noche la perdió de mis enojos,

y la halló con la luz de vuestros ojos.

Felix.

¡ Cielos, qué es lo que escucho !

mira si cierto fué lo que imagino.

Manzano.

Ya te azotan aquí por adivino.

Diego.

Pero de ver vuestro semblante infiero

vuestro disgusto, y que advirtais espero,

que si yo he dado causa á esa tibieza,

tiene disculpa el yerro en mi fineza,

pues por ser atrevida

os cuesta ese pesar; pero la vida

perderé en vuestro amparo, por disculpa.

Ana.

De esto me he de valer, pues él se culpa.

Cierto es, señor don Diego,
que por vos de este modo á verme llego,
mi vida aventurada,
mi honor á riesgo, mi opinion ajada,
y vos solo la casa me habeis dado;
bien sabe amor, que es él quien lo ha causado.

Felix.

De aquí, Manzano, no saldré con vida.

Manzano.

Ya estoy pensando yo en la zambullida,

Ana.

Pero ya en el peligro sucedido,
en vano es condenar lo inadvertido,
sino buscar la enmienda que lo abona.

Diego.

Para eso está mi espada y mi persona.

Ana.

Menos es menester que esa violencia,
pues basta ahora vuestra diligencia.

Diego.

Decidme, pues, en que serviros puedo.

Ana.

De mi hermano me asusta el justo miedo,
y hasta estar su sospecha sosegada,
bien veis que importa estar asegurada,
y el remedio mejor, es que al momento
vos vais á prevenirme algun convento
donde yo pueda estar decentemente,
mientras pasa el horror de este accidente.

Diego.

Agradecido á mi feliz estrella,
pues mi ventura solamente es de ella,
de mi tan presto os hallaréis servida,
que al volveros á ver obedecida,
imagineis que amor me dió sus alas.

ESCENA IV.

Dichos menos don Diego.

Ana.

¡Ay fortuna! si al mal el bien igualas,
bien se van mejorando mis enojos.

Félix.

¡Ah cruél! ¿eso es bien? pese á tus ojos.

Ana.

Ya, doña Luisa, solo está mi suerte
en que mi hermano aquí no venga á verte,
ni hasta que yo al convento me haya ido,
sepa don Felix que de aquí he salido,
porque es terrible su pasion zelosa.

Félix.

Eso no lograrás, Circe engañosa.

Manzano.

Degollemoslas todas, vaya arreo.

Ana.

¡Pesares, ay de mí! ¿que es lo que veo?

Félix.

Esto es romper con la presa
del dolor, crecer un rio,
cuya violencia se arrastra
troncos, piedras y edificios.
¿Tendrás ahora disculpa,
ingrato dueño querido?
que aun agraviado de tí,
no me he de apartar de fino.
¿Habrá industria á que apelar
para engañarme? ¿habrá arbitrio?
plugniera al cielo le hubiera,
que en el fuego que respiro,
si me ha de acabar su ardor,

mejor le estaba al sentido;
consumirse de mi llama,
que morir de tu delito.
Pues, vive el cielo, cruel,
que ya que alargas el tiro
del rigor de la venganza,
le he de alargar yo contigo.
No tengo otra, sino hacer,
que como aquí lo averiguo,
dos que á un mismo tiempo engañas,
los pierdas á un tiempo mismo.
A seguir voy á tu amante,
porque hallándole mi brio,
él muera de mi venganza,
yo de la suya, y tu hechizo.
Acabese así tu engaño,
cese así el tormento mio,
y muera yo consolado
con que ese placer te quito.

Ana.

Don Felix, señor, detente:
doña Luisa....

Luisa.

Yo os suplico,
que os detengais.

Felix.

Es en vano.

Ana.

Mi bien, señor, dueño mio,
escucha.

Felix.

En vano es tenerme.

Luisa.

Yo por mi atencion os pido
que escucheis.

Félix.

No hay atenciones;
y perdonad, si esto os digo,
que viendo á quien no las tiene,
hago yo lo que he aprendido.

ESCENA V.

Dichos menos don Felix.

Manzano.

Y yo he aprendido tambien,
y sé ya tanto el oficio,
que si aquí engañan á dos,
yo voy á engañar á cinco.

Ana.

¡Ah, Manzano, escucha, espera;
tenedle, Inés.

Ines.

Manzanillo,
vuelve aquí.

Manzano.

¿Pues para qué;
si ya ustedes me han mordido?

Ana.

¿Por dónde entró tu señor?

Manzano.

¿Cómo el mozo es atrevido,
entró por la boca manga.

Luisa.

¿Pues aqueso no está visto?
por el cuarto de mi hermano;
que estaba abierto.

Manzano.

Esto es lindo;
¿si aquí ustedes le han abierto,

qué dudan por donde vino?

Ana.

¿Pues él habló con don Diego
cuando aquí entró, ó cómo ha sido?

Manzano.

No habló sino con el diablo,
pues sin verlo me lo dijo.

Ana.

¿Qué te dijo?

Manzano.

Lo que vió.

Ana.

¿Pues aquí qué es lo que ha visto?

Manzano.

La labor que haciendo estais,
que aquí no hay otro delito.

Inés.

¿Qué labor?

Manzano.

Medias de pelo,
y entre puntos y nudillos,
mi amo entraba en los menguados,
y don Diego en los crecidos;
peró, por Dios, que esta vez
no han de tener artificio
para remediarle el punto
que á mi amo se le ha ido,
porque él lleva ya carrera.

Ana.

Manzano, del dolor mio
ten piedad, y haz tú que vuelva,
y toma este cordoncillo.

Manzano.

Pues eso es vuelta por vuelta.

Ana.

Hazlo, por Dios.

Manzano.

Vive Cristo,
que me has puesto una cadena
para servir, y ya digo,
que ni quieres á don Diego,
ni á su casa te has venido,
ni ahora hablabas con él;
que esto no es mas que un indicio:
miente el mundo, y yo el primero.

Ines.

¿Ahora te haces amigo?

Manzano.

¿Pues si me sitian la plaza,
es mucho haberme rendido
en echándome el cordon?

Ana.

Que hagas que vuelva te pido.

Manzano.

¿Qué llamas hacer que vuelva?
Si ahora se hubiera ido
al juego de la pelota,
le haré que vuelva al proviso,
aunque le encuentre sacando.

Ana.

Que no me faltes te digo.

Manzano.

No, si él vuelve, no hará falta.

Ana.

Pues vuelve tú á darme aviso.

Manzano.

Volveré cuanto quisieres,
como no sea el cordoncillo. *Vase.*

ESCENA VI.

Doño Ana, doña Luisa, Inés, y luego don Lope paño.

Ana.

Doña Luisa ¿hay muger mas desdichada?
mi priméra atencion me sale errada:
¿qué culpa es la que el cielo me castiga?

Luisa.

¡Ay doña Ana! no sé lo que te diga,
¿piensas que es poca culpa un amor fino,
que siempre es ojeriza del destino?

Inés.

Miren que á buen compás se estan quejando, *ap.*
y yo disimulando,
con ser á quien la culpa mas le toca,
mé estoy aquí sin despegar mi boca.

(Al paño don Lope.)

Lope.

Ya que por mi impaciencia desespero
de hallar quien sea aqueste caballero,
ni indicio alguno de mi aleve hermana,
le busco en doña Luisa, y no es muy vana
mi pretension, que en estos pareceres
unas de otras se valen las mugeres;
mas con visita está, tenerme quiero.

Ana.

Ya de que vuelva á hablarme desespero,
segun iba resuelto:

Inés.

Que no, si el quiere bien dale por vuelto;
mas hele, un hombre viene, él es sin duda.
(Va hácia donde está don Lope, y él sale.)

*

Ana.

Mi bien, mi dueño, si el dejarme muda...

Lope.

¡Ah traidora, qué miro!

Ana.

¡Ay doña Luisa!

Luisa.

¿Don Lope, qué haces?

Inés.

Detenedle aprisa.

Lope.

Muera esta aleve, que mi honor abrasa.

Luisa.

¿Así el respeto pierdes á mi casa?

Lope.

A agravios no hay respeto que me riñas:
¡viven los cielos!...

Ines.

Detenedle, niñas.

Luisa.

¿Qué agravios hay aquí, si no ha una hora
que la dejó mi hermano, que va ahora
á hacer la diligencia de un convento?
¿entre tanto está mal en mi aposento?

Lope.

¡Qué es lo que escucho! Sí, don Diego ha sido
quien aquí la ha traido,
á mí me está muy bien que sea su esposo;
con casarla con él quedo gustoso,
que primero es mi honor que mi concierto.

Ines.

Señora, en este engaño toma puerto.

Ana

...uedo hablar, Ines, que estoy cortada.

Inés.

¡Ay señor, mi señora está turbada!
Don Diego es quien aquí nos ha traido,
todo se acaba bien con un marido,
que mejor que sentencia es conveniencia.

Lope.

No quiero yo apelar á otra sentencia,
que con don Diego logro mucha palma;
¿que dices?

Inés.

Dí que sí, pese á tu alma.

Ana.

Señor, la turbacion y el temor mio
no me dejan hablar; yo de tí fio,
que en cualquier accidente,
harás lo que á mi honor es conveniente.

Lope.

¿Pues dónde está don Diego, ú dónde ha ido?

Luisa.

A buscar el convento ahora ha salido.

Lope.

Pues iréle á buscar, que esto ajustado *ap.*
está todo, como él quede casado;
que aunque él no sea quien sacó á mi hermana
de mi casa, pues hallo aquí á doña Ana,
ó el caballero amigo suyo era,
ó iba con él; y caso que no fuera,
¿para qué apuro lo que en esto pasa,
si á mí me basta que la hallé en su casa?
y no hablaré en mi queja á doña Luisa,
hasta hacer diligencia tan precisa. *Vase.*

ESCENA VII.

Doña Ana, doña Luisa, Ines, Leonor y don Felix.

Ana.

¡Ay, doña Luisa, válgame el retiro!

Felix.

¿Ya para qué ha de ser?

Ana.

¡Cielos, qué miro!

Felix.

A quien por tu peligro desvelado,
y viendo que tu hermano aquí habia entrado,
tras él se vino solo á defenderte,
para ver la sentencia de su muerte;
pues viendo ya su enojo reportado,
á la puerta quedó, donde he escuchado
de mi dolor el último decreto;
pues para que mi muerte, con su efecto,
apelacion no tenga para nada,
ya está por tres sentencias confirmada.

Luisa.

¡Jesus, y qué desdicha!

Ines.

¡San Antonio!
¿Señores, esto trázalo el demonio?

Ana.

Don Felix, señor, si el hado,
el acaso y el ahogo,
el Cielo, tu amor, mi pena,
se conjuran en mi oprobio;
yo soy solo un corazon,
donde no cabe por corto
resistencia para uno,
¿mira qué hará para todos?

La fuerza de mi sospecha
anoche entre tanto ahogo
me trajo aquí, donde hallé
desengaños y socorros.
Con don Diego esta mañana
disimulé mis enojos,
porque me busque un convento,
que es el mas honesto abono.
Y si yo hubiera advertido
sus afectos amorosos,
¿para qué era otro sagrado,
donde tengo el que yo escojo?
Al entrar aquí mi hermano,
por reportarle furioso,
llevé adelante el engaño,
á que dió principio él propio:
mas si todo esto se junta
á suceder de este modo,
¿qué he de hacer, si tus sospechas
yo parece que las compro?
Que me lleves á tu casa
es lo que te pido solo,
que allí estoy con tus hermanas
con defensa y con abono:
mas todas estas razones
que son vanas reconozco;
que zelos al ver son linces,
pero al escuchar son sordos.
Solo á mi inocencia apelo,
y te ruego por tí propio,
que me lleves donde digo,
por piedad de mis sollozos.

Félix.

Doña Ana, ahora no es tiempo,
siendo el peligro tan pronto,

ni de admitir la razon,
ni de impugnarla tampoco;
pero para que conozcas
á lo que por tí me arrojo,
siendo deuda del valor,
en lo que me pides noto
quatro mil inconvenientes,
y he de atropellar por todos:
ponte el manto y ven conmigo.

Ana.

Sácale, Inés.

Ines.

No es ahorro
ponértele de camino?

Ana.

Doña Luisa, á Dios; y solo
te prevengo que no digas,
aunque sea mas forzóso,
ni con quién, ni donde he ido.

Luisa.

Eso es demas.

Inés.

A Dios, bobos. *Vanse.*

ESCENA VIII.

Doña Luisa y Leonor.

Luisa.

Yo soy quien queda mas bien
si ahora vienen los otros.

Leonor.

¿Pues tú qué culpa has tenido?

Luisa.

La de pagar yo su enojo,
pues don Lope en mi desaire
ha de desquitarle todo.

Leonor.

Pues, señora, dicho y hecho,
y el diablo le añade un poco,
pues vienen entrambos juntos.

ESCENA IX.

Dichas, don Lope y don Diego.

Lope.

Don Diego, ya lo quejoso
no importa, pues tan honrado
quedo con vos.

Diego.

Saber solo
que ya doña Ana tenia
de vuestra eleccion esposo,
me embarazó á declararme.

Lope.

Con eso se ajusta todo:
llamad, señora, á mi hermana.

Luisa.

¿Qué hermana?

Leonor.

Va de alboroto. *ap.*

Diego

¿Doña Ana, no está contigo?

Luisa.

Acabado de ir vosotros
tomó su manto y se fué,
sin saber yo á qué, ni como.

Lope.

¡Qué es lo que escucho! ¡Ah traidora!

Diego.

¿Pues porqué ha sido ese arrojo,
si ella me quiere, y en ello

viene ya su hermano, y todo?

Luisa.

Don Diego, estás engañado,
porque ella tiene otro esposo,
que es lo que puedo saber,
aunque quien es no conozco.

Lope.

¡Cielos! ¿quién puede ser ese?

Luisa.

Eso pregunté, mas solo
dice que es un caballero.

Lope.

¡Ah traidor, que este es el propio
que la sacó de mi casa.

Diego.

¿Pues quién es?

Lope.

Un hombre, un monstruo,
que en nombre de un caballero,
sin saber mas, me trae loco.

Diego.

Retírate adentro, hermana.

Luisa.

Ya le importa á mi decoro
desengañar á don Lope:
volver á hablarle es forzoso. *Vase.*

ESCENA X.

Don Lope y don Diego.

Diego.

¿No teneis de él otras señas?

Lope.

El es un soldado mozo,
con quien antenoche vos
me hallasteis.

Diego.

Yo le conozco:
vive Dios, que he de matarle,
y he de ir á buscarle solo,
pues de él mi amor he fiado,
y me ha engañado alevoso.
Don Lope, porque no erremos
la venganza, de este modo
el hallarle se asegura:
mientras que yo reconozco
la posada donde él vive,
vos esperad aquí un poco,
por si alguien vuelve á mi casa;
así aseguro el ir solo. *ap. Vase.*

Lope.

Id, que yo aguardo en la calle.
¡Cielos, sacadme vosotros
de este caballero enigma,
causa de tantos asombros!

ESCENA XI.

Don Lope y doña Luisa.

Luisa.

Don Lope, escucha, detente.

Lope.

¿Qué me quieres?

Luisa.

¿Es buen modo
entrar á verme dos veces,
estés ó no estés quejoso,
y irte entrambas sin hablarme?

Lope.

Eso me faltaba solo,
tras el dolor que padezco,

ingrata, cuando conozco
que tambien amor me engaña.

Luisa.

Don Lope, si estais furioso
por vuestra hermana, no es bien
vengarlo en mí, que es muy tosco
ese estilo, y muy grosero
para mi oido y mis ojos.
Una fantasía zelosa
por niños ciegos antojos,
no es causa para ese estilo;
mas para que ciego, ó loco,
otra vez no useis conmigo
de tan pesados arrojos,
aquel caballero mismo
de quien vos estais zeloso,
(Doña Ana aquí me perdone,
que primero es mi decoro) *ap.*
es quien llevó á vuestra hermana
con título de su esposo.
¿Mirad si es cosa creible,
que sin hacerle yo estorbo,
si él me amara, se atreviera
á tanto empeño á mis ojos?
¿O si soy muger, que amando,
tuviera el brio tan corto,
que caso que él se atreviera,
pasara por este oprobio
sin que le.... pero esto sobra;
y es lo cierto, que era impropio
traer yo desaires vuestros
fingidos para mí abono.
Y es cierto que no lo hiciera
á no saber, ni tampoco
á no ser para el empeño

de defender mi decoro.
Mas él llevó á su muger,
y ella se fué con su esposo;
y pues ya estais satisfecho,
ó no lo esteis, que ese aborro
perderá vuestro sosiego;
os suplico que en retorno
no me hableis en vuestra vida,
si quereis quedar airoso.

Lope

Señora, mi bien, espera:
¿el consuelo que en tí solo
me queda, quieres quitarme?
¿no tiene fuero un zeloso
de poder ser atrevido?

Luisa.

Eso sí, pero no loco.

Lope.

Que me perdones te pido,
y me digas por tus ojos
¿quien es este Caballero?

ESCENA XII.

Dichos y Manzano.

Manzano.

A el se lo llevó el demonio.
Mi señor.... ¡pero qué miro!
la casa erré, perdonad.

Lope.

No habeis errado, esperad.

Manzano.

¿Sabe usted á lo que yo tiro?
Vive Dios, que es el hermano.

Lope.

Este es criado, sin duda: *ap.*
sabré lo que el alma duda,
pues me ha venido á la mano:
¿á quién buscais aquí vos?

Manzano.

A don Juan Zaquizamí,
¿vive aquí?

Luisa.

No vive aquí.

Manzano.

Pues quédese usted con Dios.

Lope.

Aguardad: ¿quién, pues lo ignoro,
dueño es de vuestra persona?

Manzano.

Mi dueño es una fregona,
pero limpia como el oro.

Lope.

La curiosidad no es tanta,
ni os toco yo en ese punto;
¿á quién servís, os pregunto?

Manzano.

Yo, á Dios la semana santa.

Lope.

¿No teneis amo, mengüado,
que ya, vive Dios, me irrito.

Manzano.

No, vive Dios: ¿es delito,
que no sea yo criado?

Lope.

No, que yo de ello me alegro:
¿mas cómo cuando yo os ví,
entrasteis diciendo aquí
mi señor?

Manzano.

Ese es mi suegro.

Lope.

¿Sois casado?

Manzano.

Siete veces.

Lope.

Yo os he visto á vos al lado
de un caballero soldado.

Manzano.

Mas que me casca las nueces. *ap.*
Ese es un sobrino mio
que está en Madrid forastero.

Lope.

¿Quién es ese caballero?

Manzano.

El sobrino de su tio.

Lope.

¿Qué es su nombre?

Manzano.

¿Hay tal aprieto? *ap.*
Pierres.

Lope.

¿Ese el nombre es?

Manzano.

Es espía, y porque lo es,
anda en la corte en secreto.

Lope.

¿Y dónde está?

Manzano.

Es vagamundo,
y está en una casa estraña.

Lope.

¿Quién vive allí?

Manzano.

El Rey de España,
á pesar de todo el mundo.

Lope.

¿Vos tambien hablais de encanto?
pues, vive Dios, que mi espada...

Manzano.

Deme usté una cuchillada,
y no me pregunte tanto.

Lope.

Vengarme en vos es bajeza,
ni es eso lo que ha de ser.

Manzano.

¿Pues ya què mas ha de hacer,
si me ha roto la cabeza?

Luisa.

Ese hombre, sea quien fuere,
¿qué te puede ocasionar?

Lope.

Mejor es disimular *ap.*
y seguirle donde fuere.

Manzano.

¿Quiere usted mas?

Lope.

Idos vos.

Manzano.

¿Declaré bien?

Lope.

Fué capricho.

Manzano.

¿Quiére usted que firme el dicho?

Lope.

Idos de ahí.

Manzano.

Pues á Dios. *Vase.*

Lope.

Seguirle ahora es mejor.

Luisa.

Don Lope, esa empresa es vana,
si está casada tu hermana.

Lope.

Seguirle importa á mi honor,
que mi venganza se allana
con seguirle desde aquí. *Vase.*

Luisa.

Pues yo tengo de ir tras tí,
y iré á avisar á doña Ana. *Vase.*

ESCENA XIII

SALA EN CASA DE DON JUAN.

Don Juan, don Felix, doña Ana é Ines tapadas.

Juan.

Por el contento de verte
te perdono el sentimiento,
Felix, de estar en Madrid
sin verme á mí lo primero.

Felix.

Señor, empeños de amor
tienen disculpa, y te ruego
que á este no falte tu amparo.

Ana.

Porque os haga mas empeño
me descubriré con vos: *Descúbrese.*
¿Conocéisme ahora?

Juan.

¡Qué veo!
¿luego don Felix, señora,
fué quien osado, y resuelto,
os sacó de vuestra casa?

Ana.

Si señor, que el es mi dueño.

Ines.

Si señor, y á mí tambien,
que es lo peor que hay en ello;
que soy una doncellita,
y sabe Dios lo que pierdo.

Juan.

Felix, yo me huelgo mucho
de que este sea tu afecto,
que es mi señora Doña Ana
con quien casado te tengo,
y esto está luego ajustado.

Felix.

No es tan fácil como eso,
porque aquesta mi señora
no quiere, á lo que yo entiendo,
que logre yo tanta dicha.

Ana.

No señor, que yo si quiero,
sino que él, por un engaño,
que le hacen injustos zelos
de un hombre...

Juan.

Tened, señora,
entraos conmigo acá dentro,
que no es eso para aquí.
Venid, que con mas secreto
me dareis cuenta de todo:
quedate tú aquí.

Felix.

Aquí espero.

Ana.

¡Ay ingrato, quiera amor
que se reconozca el yerro!

ESCENA XIV.

Don Felix é Inés.

Ines.

¡ Ay Virgen ! ¿ cómo es posible
que yo desate este enredo ?
que á puro tirar la soga
me han hecho ya el nudó ciego.

Felix

¡ Qué miro ! ó miente la vista ,
ó el que allí viene es don Diego :
sin duda él ya me conoce :
aquì retirarme quiero
hasta saber lo que intenta. *Retirase.*

ESCENA XV.

Inés , don Diego , y al paño don Felix.

Diego.

Que es don Felix de Toledo *ap.*
en la posada he sabido ,
y así aquì á buscarle vengo.

Ines.

¿ Señor don Diego ?

Diego.

¿ Tú aquí ?
ya un seguro indicio tengo
de que he hallado á mi enemigo :
voy á buscarle allá dentro.

Ines.

¿ A donde vais ?

Diego.

A vengarme.

Inés.

¡Ay Virgen! aquí me pierdo.
Señor don Diego, escuchad,
y no vais á hacer un yerro,
engañado de otro mio,
que todo esto es un enredo
. . . .
sin que mi señora en ello
entre, ni os haya querido;
que aunque sois galan, lo mesmo
es veros á vos, que al diablo.
No penseis que os lisongeo,
que peor le pareceis;
pero yo, señor, que tengo
mas tierna la voluntad,
fingí favores supuestos
de parte de mi señora,
y os he engañado con ellos;
que ni ella sabe de vos,
ni de vuestro galanteo,
ni que os hablé por la reja;
y si una música os debo,
ya os la pago en lo que canto,
que dádivas, y dineros
bien valen lo que por mí
habeis estado creyendo.
. . . .
. . . .
levantando un testimonio
que para mí era de hierro;
pero para vos fue paja,
con que aquí obligado os dejo
á no tomarlo en la boca,
pues por paja tiene riesgo.

Diego.

Oye, Inés, escucha, espera.
¡Corrido, y sin alma quedo!

ESCENA XVI.

Don Diego y don Felix.

Felix.

¿Cielos, que es lo que he escuchado?
que no me cabe en el pecho
el gusto del desengaño.
¡Ay doña Ana! amado dueño,
mil veces perdon te pido.

Diego.

Pues en él, viven los cielos,
me he de vengar, que no importa
ser mis favores supuestos,
para haberlè yo fiado
mi amor, y engañarme luego.

Felix.

Pues para eso estoy aquí.

Diego.

Mucho de hallaros me huelgo.

Felix.

Pues si de mí teneis queja,
porque vos, señor don Diego,
me dijisteis vuestro amor,
y el mio os tuve encubierto,
sabed, que diciendo vos,
que erais querido primero
no podia ser mi dama
la que á dos amaba á un tiempo;
pero ahora que he sabido
que solo fué engaño vuestro,
es mi dama, y yo la adoro,

y ya en el alma la tengo;
y siempre que la mirareis,
vereis delante mi acero.

Diego.

Para eso de aquí salgamos.

Felix.

Andad; que ya os voy siguiendo.

ESCENA XVII.

Dichos y Manzano.

Manzano.

¡Jesus, señor!

Felix.

¿Donde vas?

Manzano.

Vengo molidos los huesos.

Felix.

¿Pues de qué?

Manzano.

Traigo una maza.

Felix.

¿Qué dices, estás sin seso?

Manzano

Si señor, porque don Lope,
para venirme siguiendo,
se me agarró de la cola,
y hele, que ya entra acá dentro.

Diego.

No importa, que pues conmigo
teneis ya aceptado un duelo,
yo he de estar á vuestro lado
hasta ajustarle primero.

Felix.

Eso no he menester yo.

ESCENA XVIII.

Dichos y don Lope.

Lope.

Aquí entró el criado.... ¡Cielos!
don Juan de Toledo vive
en esta casa.... ¡qué veo!
¿el hombre con quien reñí
no es aqueste Caballero?
¿Sois vos?...

Diego.

No vais adelante,
porque entre los dos tenemos
un duelo acetado ya,
y no hay lugar para el vuestro.

Lope.

Si él es el que yo presumo,
mi venganza es lo primero,
que el mio es duelo de honor.

Diego.

No hay calidad en los duelos;
el que primero se acepta,
se lleva el primer derecho.

Felix.

Pues yo soy el que pensais.

Lope.

Pues mataréle.

Diego.

Teneos;
que he de ponerme á su lado.

Felix.

Salgamos al campo luego,
pues estamos dos á dos.

Manzano.

No señor, que yo soy cero.

y no hago número aquí.

Felix

Venidme los dos siguiendo.

ESCENA XIX.

Dichos y don Juan.

Juan.

A tu lado está mi espada:
¿dónde vas, hijo? ¿qué es esto?

Lope.

¡Qué es lo que miro! ¿Pues vos
sois don Felix de Toledo?

Felix.

Yo soy.

Manzano.

Mas há de treinta años.

Lope.

Pues mejor está mi empeño.

ESCENA XX.

Dichos, doña Luisa y Leonor.

Luisa.

Leonor, que he de llegar tarde
á avisarla, voy temiendo:
¡mas ay Dios! ¿qué es lo que miro?

Diego.

¿Hermana, tú aqui? ¿qué es esto?
¡Ah, traidora!

Lope.

Reportáos,
y advertid, señor Don Diego,
que es mi esposa Doña Luisa,
y á mí me viene sigiendo.

Diego.

Siendo asi, á mí me está bien.

Felix.

Don Lope, si vuestro empeño
conmigo, es por vuestra hermana;
yo os respondo con lo mesmo;
pues doña Ana es ya mi esposa.

Lope.

De albricias de este suceso
os doy los brazos, Don Felix.

Felix.

Yo de hermano los acepto.

Diego.

Pues si esto llega á este estado,
tambien yo mi queja dejo,
y quedo mejor que todos,
pues que me quedo soltero.

Juan

Pues, señora, salid vos.

ESCENA XXI

Dichos, doña Ana, é Ines.

Ana.

A dár á mi amado dueño
toda el alma en un abrazo.

Luisa.

Dulce fin á tanto riesgo.

Ines.

¿Qué está ya todo ajustado?
señores, corrido quedo
de que no se haya sabido
que yo tracé este embeleco:
venga á noticia de todos.

Manzano.

Toca, embustera, esos huesos.

Felix.

Y si logra vuestro aplauso,
aqui acaba el Caballero.

El Caballero.

Esta comedia tiene el mérito que se admira en casi todas las de su género, que es la combinacion de la fábula, los lances interesantes y bien preparados, y las situaciones críticas en que se hallan los personages. Despues del ingenioso Calderon, el que mas aprecio merece en esta parte, es Moreto, porque sabia disponer el plan y distribuir los incidentes de sus comedias con mucha destreza y verosimilitud. Entre las varias que escribió de esta clase, una de las que mas nos agradan, es la presente, así por la ingeniosidad con que está manejado el asunto, como tambien por los diálogos, las gracias del lenguage y la versificacion. Tiene, sin embargo, los defectos que se advierten en otras muchas; pendencias, escondites, desafios, mugeres fugitivas, zelos y cuchilladas repartidas con demasiada facilidad y profusion: estos eran los medios dramáticos de que se valian comunmente nuestros poétas antiguos, tomados de las costumbres galantes y caballerescas de su tiempo; y así no es estraño que se hallen tan repetidos en las composiciones que daban al teatro.

Apesar de esto, la comedia de Moreto se lee con gusto, es interesante, y los caractéres estan pintados con mucha verdad, particularmente los de don Felix y doña Ana: el de Manzano tiene el gracejo que el autor sabia dar á esta clase de personages. En su boca pone pensamientos muy graciosos. Véase la escena primera del segundo acto, en que habla con su amo acerca del desafio con don Lope.

Si te quisiere matar
algun enemigo fiero,
madruga y mata primero,
dice un adagio vulgar.

. . . .

Y Dios, señor, me es testigo
que saldré yo por mi honor
á reñir con un doctor,
que es el mas fuerte enemigo;
mas si á tal hora, señor,
me llamaran con desden,
habia de dormir muy bien,
almorzar mucho mejor,
venir despacio, y no á pata;
y le habia de matar,
á puro hacerle esperar,
que es la cosa que mas mata.

En la escena quinta del tercer acto le regala doña Ana para que haga volver á don Felix.

Ana.

Manzano, del dolor mio
ten piedad, y haz tú que vuelva;
y toma este cordoncillo.

Manzano.

Pues eso es vuelta por vuelta.

Ana.

Hazlo, por Dios.

Manzano.

Vive Cristo;
que me has puesto una cadena
para servir, y ya digo,
que ni quieres á don Diego,

ni á tu casa te has venido;
ni ahora hablabas con él;
que esto no es mas que un indicio:
miente el mundo, y yo el primero.

El cuento del portugués y el del vizcaino, estan referidos con mucha gracia y brevedad.

LA OCASION

HACE AL LADRON.

PERSONAS.

Don Vicente.
Don Pedro de Mendoza.
Don Manuel.
Don Gomez.
Don Luis.
Beltran, criado.
Crispin, criado.
Pimiento, criado
Doña Violante.
Doña Serafina.
Inés, criada.
Polonia, criada.
Un alguacil.
Un mozo de mulas.

La escena pasa en Valencia, en Arganda y en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Don Vicente y Crispin.

Vicente.

Llama, Crispín, á mi hermana.

Crispin.

Segun que venimos tarde,
pues ya asoma la mañana,
cansada de que te aguarde,
la doncella á la ventana,
ó el esclavo en la escalera,
se habrán echado á dormir.

Vicente.

Jugué y perdí.

Crispin.

Esta primera
nos tiene de consumir
bolsa y vida: sales fuera
de casa al anochecer,
mudándote hasta las ciutas,
y como estás sin muger,
yo á los cientos, tú á las pintas,
damos los dos en perder.
Aguárdate mi señora,
que en fé de lo que te ama,
sin tí lo que es sueño ignora,
dando treguas á la cama,

y no hago número aquí.

Felix

Venidme los dos siguiendo.

ESCENA XIX.

Dichos y don Juan.

Juan.

A tu lado está mi espada:
¿dónde vas, hijo? ¿qué es esto?

Lope.

¡Qué es lo que miro! ¿Pues vos
sois don Felix de Toledo?

Felix.

Yo soy.

Manzano.

Mas há de treinta años.

Lope.

Pues mejor está mi empeño.

ESCENA XX.

Dichos, doña Luisa y Leonor.

Luisa.

Leonor, que he de llegar tarde
á avisarla, voy temiendo:
¡mas ay Dios! ¿qué es lo que miro?

Diego.

¿Hermana, tú aqui? ¿qué es esto?
¡Ah, traidora!

Lope.

Reportáos,
y advertid, señor Don Diego,
que es mi esposa Doña Luisa,
y á mí me viene sigiendo.

Diego.

Siendo asi, á mí me está bien.

Felix.

Don Lope, si vuestro empeño
conmigo, es por vuestra hermana;
yo os respondo con lo mesmo;
pues doña Ana es ya mi esposa.

Lope.

De albricias de este suceso
os doy los brazos, Don Felix.

Felix.

Yo de hermano los acepto.

Diego.

Pues si esto llega á este estado,
tambien yo mi queja dejo,
y quedo mejor que todos,
pues que me quedo soltero.

Juan.

Pues, señora, salid vos.

ESCENA XXI

Dichos, doña Ana, é Ines.

Ana.

A dár á mi amado dueño
toda el alma en un abrazo.

Luisa.

Dulce fin á tanto riesgo.

Ines.

¿Qué está ya todo ajustado?
señores, corrido quedo
de que no se haya sabido
que yo tracé este embeleco:
venga á noticia de todos.

¡qué poco hay de juego á fuego!
Encantada ocupacion
fué siempre el divertimiento
de este pintado papel,
libro infame, en que el tormento
solamente escribe en él
dichas, que se lleva el viento.
A ver en mi mismo vengo
la esperiencia de esto llana;
y si enmiendas no prevengo,
es por ser cierta en mi hermana
la satisfaccion que tengo.

ESCENA III.

Don Vicente, y Crispin con luz y un papel.

Crispin.

Todos duermen en Zamora;
solo no he podido hallar
á tu hermana, y mi señora,
y dame que sospechar
la puerta abierta á esta hora,
y el hallar este papel
para tí sobre la mesa.

Vicente.

¿Qué dices?

Crispin.

No sé, por él
podrás ver, si en esta empresa
de desafio es cartel
contra tu poco cuidado.

Vicente.

Letra es de doña Violante.

Crispin.

Por la pinta lo has sacado;

brujulea, que adelante
verás qué juego te ha entrado.

Lee Vicente: *El poco cuidado, hermano mio, que los dos hemos tenido, tú con tu casa, y yo con mi honor, ha dado ocasion para que á los dos nos falte la prenda de mas estimacion: mientras tu jugabas la hacienda, perdí yo lo que no se adquiere con ella. Un don Pedro de Mendoza, forastero, en Valencia, pagó en palabra de casamiento obras de voluntades: huyendo se va; y dice quien le encontró que va camino de Castilla, y yo de un monasterio; que no quiero sepas de mi, hasta que hallándole me vengues: dentro de este papel vá la cédula que me dió de esposo, haz de ella lo que gustares; y si culpas mi liviandad, reprende tu descuido.*

¡Hay hombre mas desdichado!
¿Crispin, qué es lo que he leido?
¡Ay de mí! ¿cómo no muero
de aquesta pena al cuchillo?
¿Sin honra doña Violante?
¿mi hermana sin aquel limpio
blason puro, noble esmalte,
que siempre en Valencia ha sido
de mi heredada nobleza
patrimonio esclarecido?
¿quién se vió de dos contrarios
combatido á un tiempo mismo,
pues mi hacienda al juego pierdo,
cuando mi honor al olvido?
Confieso que de este daño
los divertimientos mios
fueron causa; ¿pero quién
puso freno á los delirios

de la juventud lozana,
que en la carrera del siglo,
sin reparar en el riesgo,
solo atiende al desperdicio?
Pero asentado, que sea
mi error bastante motivo
de su vil ceguedad, ¿cómo
no la detuvo el altivo
honor que guarda, y defiende
la fortaleza, el castillo
de sus nobles esplendores?
¡qué mal hizo, qué mal hizo,
quien fió de la insconstancia
femenil los obeliscos
de privilegio tan alto;
pues fue querer sin aviso
fundar levantadas torres
sobre cimientos de vidrio!
¡Y qué mal hizo, tambien,
quien introdujo el estilo
de hacer cargo al inocente
de los agenos delitos!
¡Qué ley tan sin ley! ¿quién puede
persuadir al alvedrio,
que lo que en otro es bajeza,
en mi venga á ser castigo?
¡O absurdo, el mayor de cuantos
han inventado los siglos,
que ha de ser de otro el antojo,
y el agravio ha de ser mio!
¡lo que en la muger fue acaso,
en mi es desayre preciso!
¡Y ha de estar toda una afrenta
sugeta á un vano capricho!
¡Violante sin honor, cielos!

Crispin.

Deja ahora los suspiros,
é informemonos primero
de como el suceso ha sido,
Lucrecia, Julia, Ines.

Vicente.

Calla,
no publiques atrevido
mi desdicha, porque mientras
está el agravio escondido,
no le siente la deshonra.
Y puesto que estan dormidos,
déjame vivir honrado
este instante en que respiro.

Crispin.

¿Pues qué hemos de hacer, señor?

Vicente.

Ya la industria un medio quiso
ofrecerme: oyeme ahora.

Crispin.

Ya te atiendo de hito en hito.

Vicente.

Don Alonso de Guevara,
caballero conocido
por su sangre en Zaragoza,
de mi hermana amante fino,
con ella intentó casarse.
Don Luis, su padre, el designio
estorbó; porque con otra
mas rica casarle quiso:
bien que don Alonso siempre
dilatarlo ha pretendido,
porque á Violante idolatra;
y cómo en Valencia ha sido
tan público este suceso,

y los de casa han sabido
todo lo que en esto pasa,
siendo tú el mejor testigo:
tú, Crispin, has de quedarte
aquí con un papel mio,
en el cual he de escribirte,
diciéndote que yo mismo
saqué esta noche á Violante
secretamente á un castillo,
donde esperándome estaba
don Alonso prevenido
para casarse con ella.
Y qué importaba encubrirlo
por respeto de su padre,
que siempre lo contradijo,
y que por eso en secreto
con ella á casarse vino.
Encargárete tambien,
por lo mucho que te estimo,
el gobierno de la casa,
y que cuidadoso y fino,
mientras vuelvo de Aragon,
asistas á lo preciso:
leerás el papel á todas
las criadas y vecinos,
y viendo que falto yo
y mi hermana, persuadidos
quedarán de que es verdad
lo que con la industria finjo.

Crispin

Digo que nadie pudiera
pensar mas discreto arbitrio.

Vicente.

Partiré luego á Castilla
en busca de mi enemigo,

y si negare la mano
de esposo á mi hermana, al filo
morirá de aqueste acero,
cuyo sangriento castigo,
dando venganza á este agravio,
será desempeño mio. *Vanse.*

ESCENA IV.

POSADA EN ARGANDA.

Don Pedro Mendoza y Beltran de camino con bota espuelas.

Pedro.

Famosa villa es Arganda.

Beltran.

Y sus posadas mejores:
camas hay como mil flores,
con linda ropa de Holanda.

Pedro

Beltran, cualquiera lugar,
sea de humilde ó alto porte,
estando junto á la corte
sabe su aseo imitar.

Beltran.

Por el soto celebrado
que tiene esta noble villa
es conocida en Castilla.

Pedro.

Pero dejando esto á un lado
¿está la maleta arriba?

Beltran

Dando abrazos al cojin.

Pedro.

¿Qué hoy hemos de entrar, en fin,
en Madrid?

Beltran.

El te reciba
con buen pie, que es menester
confesar y comulgar,
como quien se vá á embarcar,
quien su golfo quiere ver.

Pedro.

¿Golfo?

Beltran.

Y no de muchas leguas.

Pedro

Bien dices, si á Madrid llamas
bello golfo de las damas.

Beltran.

Antes golfo de las yeguas:
¡qué mal su rumbo conoces!
¿mas qué te han de mantear
la bolsa luego al entrar?
pues tiran sus olas coces.

Pedro.

¿Porqué si á casarme voy?

Beltran.

Su nombre lo ha declarado:
¿de marido á martelado,
que vá?

Pedro.

Satisfecho estoy,
de que en doña Serafina
no hay rezelo que me asombre,
porque del modo que el nombre
tiene la fama divina.

Beltran.

Serafin bien puede ser,
mas no creo en serafines,
que por andar en chapines

son fáciles de caer;
y serafines caídos
ya ves de que son demonios.

Pedro.

Como de esos testimonios
levantan hombres perdidos.

Beltran.

¿Hasla visto?

Pedro.

¿Cómo puedo,
si ha un mes que desembarqué
en San Lucar, y llegué
de Méjico.

Beltran.

Y sin mas miedo
te vas á casar con ella?
¿sus virtudes canonizas?
¿su hermosura solemnizas,
y te enamoras sin vella?

Pedro.

Escribió su padre al mio
sobre aqueste casamiento,
que no pudo el elemento
del mar enfadoso, y frio
anegar correspondencias
de su pasada amistad;
pues las que en la mocedad
une, dura en las ausencias.
Informóse de su estado,
que por ser tan conocido,
mil testigos ha tenido,
que á las Indias han pasado;
de su hacienda, que es copiosa,
de su edad, virtud, y fama,
que con aplauso la aclama

de discreta, y virtuosa,
noble, cuerda, y en bellezas
la misma exageracion
es celebrada opinion
apetecible en riquezas,
moza, apacible, y discreta,
y un sugeto digna en fin
de tan bello serafin.

Beltran.

La primera es de Gaceta.

Pedro.

Partí á Cuenca desde el puerto,
en busca de un tio anciano,
rico, y de mi padre hermano,
que habia un año era muerto,
y sin darme á conocer
á deudos impertinentes,
que á título de parientes
salteadores suelen ser
de la perseguida plata,
mas segura de escapar
de los peligros del mar,
que de un pariente pirata;
voy á Madrid, donde espero
ver si en mi esposa se apura
la fama con la hermosura.

Beltran.

¿Y cenaremos primero,
y dormiremos un rato?

Pedro.

Cenar si; mas dormir no.

Beltran.

El relox las once dió.

Pedro.

Ponerme en camino trato

con el bocado en la boca:
¿qué tenemos que cenar?

Beltran.

Puesto está un conejo á asar,
y una perdiz, que provoca
á una bota yepesina,
mezclada con hipocras,
muerta por darnos la paz.

Pedro.

¿No hay mas?

Beltran.

Hay una gallina
fiambre, y medio pernil,
mercader que trata en lonjas;
luego como unas esponjas
de Baco, hay medio barríl
de aceitunas vagamundas,
que las de oficio se van
de Córdoba á cordoban;
y si en postres asegundas,
caja hay de melocoton,
y perada, y al fin saco
una pipa de tabaco
para echar la bendicion.

Pedro.

Mira si hay en la posada
algun noble forastero,
que en mi mesa compañero
nos haga menos pesada
la cena.

Beltran.

Nadie ha venido.

Pedro.

Sin compañía, ya sabes,
que son veneno las aves.

para mi.

Beltran.

Escucha, ruido
juzgo que he sentido afuera
de gente que llega.

Pedro.

Pienso
que dices bien. (1)

Pimiento.

Loado sea
Dios.

Huesped.

Por siempre: ¿qué tenemos?

Pimiento.

¿Hay posada para dos,
seor huesped?

Huesped.

Y para ciento.

Manuel.

Alto, pues, ten ese estribo.

ESCENA V.

Dichos, don Manuel y Pimiento.

Buenas noches, caballeros.

Pedro.

Seais, señor, bien llegado.

Manuel.

Huesped, venga un aposento.

Pedro.

En el nuestro puede estar
vuestra maleta, supuesto
que luego hemos de picar;

(1) *Dentro don Manuel, Pimiento y el Huesped.*

y recibiré contento
que favorezcais mi mesa:
que aunque el convite es pequeño,
esperaba compañía.

Manuel.

El agasajo agradezco
de vuestra presencia digno,
que para mi es gran festejo
la buena conversacion:
pon al instante, Pimiento,
á asar esos dos capones.

Pimiento.

Manidos vendrán y buenos.
¿Y es usted tambien lacayo?

Beltran.

¿Por qué lo pregunta?

Pimiento.

Pienso
que le he visto á usted ahorcado.

Beltran.

Es verdad, que en ese tiempo
servia usted de verdugo.

Pimiento.

Vive Dios, que eres discreto.

Beltran.

Corriente es el lacayazo.

Pimiento.

Estremado es el cochero.

ESCENA VI.

Don Pedro y don Manuel.

Pedro.

¿Qué hora habrá dado?

Manuel.

Las doce
serán, poco mas, ó menos.
¿De Valencia venís?

Manuel.

Antes
camino allá. Digo aquesto
por deslumbrar mi viage
á todos los pasageros.

Pedro.

¿Segun eso, de Madrid
vendreis.

Manuel.

De la corte vengo.

Pedro.

¿Qué hay de nuevo?

Manuel.

Nunca faltan
novedades; del imperio
es ya nuestra Infanta aurora,
cuyo divino portento
las águilas la juraron
por su Emperatriz: muy presto
por Francia hará su jornada,
dando á Paris rayos bellos,
porque su hermana, y su tia,
cristianisimos luceros
del orbe, esmalten sus luces
con tan glorioso trofeo.
Otras muchas novedades
hay tambien, que no refiero,
para que despues de cena
nos sirvan de pasatiempo.

Pedro.

¿Y qué hay de comedias nuevas?

en Madrid?

Manuel.

Muy pocas vemos
sino cual, y cual, de alguno,
que por superior precepto
escribe para Palacio;
pero con tan alto acierto
de novedad, que parece
se está escediendo á sí mesmo.

Pedro.

¿Ese es Calderon?

Manuel.

Sin duda,
que solo puede su ingenio
ser admiracion de cuantos
bebieron el sacro aliento.

Pedro.

No tiene esa facultad
la estimacion que otros tiempos.

Manuel.

Y de eso nace el no haber
quien á estudios tan supremos
dé la atencion: si no miren
con qué laureles, y premios
la antigüedad celebraba
á los varones de ingenio.

Pedro.

El Emperador Antonio
diò á Opinio por cada verso
dos mil escudos: de Augusto
fue todo su valimento
Virgilio, dandole el lado
á vista de todo el pueblo.

Manuel.

Graciano estimó á Ausonio

con tanto amor y respeto,
que le hizo Consul de Roma:
con Píndaro no hizo menos
Alejandro, al concederle
tan inclitos privilegios,
levantando estátuas de oro.
Por eso en aquellos siglos
tantos hombres florecieron
en este elevado estudío,
y el renombre merecieron,
de dívinos ¡ O mudanza
de la edad, que lo que un tiempo
fue divina estimacion,
es hoy casi vituperio!

ESCENA VII.

Dichos y Pimiento.

Pimiento.

Ya está todo prevenido:
ea, á cenar, caballeros;
porque tengo hechas las tripas
unas pelotas de viento,
y de puro estar vacias
juegan cañas, y torneos.

Manuel.

¿Y vos, de donde venis?

Pedro.

Ahora de Cuenca vengo,
y primero de las Indías:
venid, que mientras cenemos
cuenta daré del viage. *Vase*

ESCENA VIII.

Don Manuel y Pimiento.

Manuel

Ya yo os sigo ¿ Donde has puesto
nuestra ropa ?

Pimiento.

En esta sala,
que está junto al aposento
donde cenais, que no es mala;
y pues estos se van presto,
junto á su maleta está
la nuestra.

Manuel.

Muy bien has hecho.

Pimiento.

Vamos á cenar, ¿ qué aguardas ?

Manuel.

Ya te he advertido, Pimiento,
que á nadie digas quien soy,
ni que de Valencia vengo,
ni que don Manuel de Herrera
me llamo.

Pimiento.

Ya estoy en eso.

Manuel.

Don Pedro soy de Mendoza,
como hasta aqui.

Pimiento.

Ya te entiendo:
¿ como quedará Violante
burlada de tu desprecio ?

Manuel.

Habrá de callar por fuerza
por su honor.

Pimiento.

Mucho lo temo:
¡plegue á Dios, que no dé parte
de su tragico suceso,
á Don Vicente, su hermano!
que es bizarro, y caballero;
y temo, que si nos busca :-

Manuel.

Calla, y no me des consejos.

Pimiento.

Don Luis de Herrera, tu tio,
que está en Madrid, si á saberlo
llega, al punto le dará
á tu hermano parte de ello:
mira :-

Manuel.

Ya te he dicho,
que no he menester consejos.

Pimiento.

Digo que está ya acabado,
no dire mas; plegue al cielo,
que no pare este fracaso
en estopa tinta y huevos!

ESCENA IX.

DECORACION DE CAMPO.

Doña Violante, é Ines vestidas de Estudiantes galanes.

Violante.

¡Què hermosa, y buena maraña!
con las joyas, y dinero
que he traido nos vestimos,
y cuarto alquilamos luego,

Ines.

Cierto, que es famoso el trage,
y que te está de los cielos;
luego con la blanca insignia
de San Juan, que te honra el pecho,
y con el cabello corto,
capa larga, loba, y cuello,
nadie podrá conocerte:
yo misma, que te estoy viendo,
sabiendo que eres Violante,
parece que no lo creo.

Violante.

Esto, Ines, y mucho mas
cabe en el confuso centro
de Madrid.

Ines.

Ya yo conozco
que siendo uno forastero,
puede entrar aquí vestido
de elefante, ó de camello,
sin que en ello se repare.

Violante.

Y á ti te encubre el manteo,
de suerte, que es imposible
que te conozcan.

Ines.

Profeso
famoso me constituyo
de tu peregrino ingenio,
señor don Lope de Luna.

Violante.

Mi socio es ya, y compañero
el Licenciado Camacho.

Ines.

¿Y qué hemos de hacer ahora?

Violante.

De esta manera pretendo
restaurar mi honor perdido,
de un aleve ingrato dueño,
á quién adoro ofendida.
¡ Qué raros son los estremos
de amor, pues al que me agravia
le vengo amante siguiendo !
Centinela de sus pasos
he de ser, y si resuelto
negare á finezas mias
correspondencias de atento,
en Madrid hay tribunales,
adonde el recurso espero
hallar de sus sinrazones;
que son los ultimos medios
á que aspira un infelice.
Y cuando no basten estos,
será fiscal de mi enojo
una venganza, que intento
hacer, la mas desusada,
que haya repetido el tiempo;
que en defensa de mi honor,
no he de temer ningun riesgo;
pues es lisonja el peligro,
cuando es noble el desempeño.

Inés.

Señora, quien tal dijera:
¡ válgate Dios, por don Pedro
de Mendoza! ¡ qué en un hombre,
tenido por caballero,
cupiese una accion tan vil!

Violante.

Yo nací con hado adverso;
lo que siento solamente

es, que hallarle no podemos
por posadas, ni mesones,
calle mayor, ni paseo.

Inès.

Y por eso nos venimos
divertidos, y suspensos
hàcia estas tapias de Atocha,
que es el camino derecho
de Valencia, por si hallamos
coche, galera, ó correo,
que nos dé alguna noticia.

Violante.

El florido campo ameno
á ejercicio nos convida.

Inès.

De quien con mayor rezelo
podemos guardarnos, es
de tu hermano, que al momento
vendrà á tomar, ofendído,
venganza del tal Don Pedro;
que es hombre de mucho punto
tu hermano y de mucho aliento.

ESCENA X.

Dichas y Beltran retirandose de Don Pedro.

Pedro.

¿Qué no te dé mil estocadas, perro?
¿qué no te quite, infame, vil, la vida?

Beltran.

Caballero, amparadme.

Pedro.

Será yerro,
que ninguno por tí perdon me pida.

Beltran.

Las maletas troqué, si ya me yerro,
y era de noche, y mucha la bebida,
madrugáras tu menos.

Pedro.

¡Qué esto escucho!
vive Dios

Violante.

Deteneos.

Beltran.

¿Pues fue mucho?

Pedro.

Quitaos de delante. ¡Que á esta burla
á mi tal me suceda aqui en la Corte!

Violante.

Perdonadle, pues que su pena llora.

Pedro.

Caballero, dejadme, que le corte
las piernas.

Beltran.

¡Valgame nuestra Señora
de Atocha!

Violante.

Vuestro enojo se reporte.

Beltran.

Bien por servirte desde niño medro;
disculpame este error, mi amo Don Pedro.

Violante.

¿No sabremos la culpa que ha tenido
este pobre criado?

Pedro.

¡A Dios plugniera
que nunca yo le hubiera conocido,
ó que al llegar al puerto se muriera!
¿á quien tal desventura ha sucedido,

cuando en Madrid un serafin me espera
para darme de esposa el sí, y la mano?
¿con qué testigos me creerá, villano?
Vuelve tras ese hombre, traidor: anda,
sube en mi mula, alcanzale si puedes.

Beltran.

El mozo va tras él, la furia ablanda;
no temas, no, que sin maleta quedes;
á las doce se acostó el otro en Arganda,
y entre cortinas, que enmaraña redes,
dormideras de Yepes, y lo asado,
le mandarán volver al otro lado.

Violante.

Si pues basta á obligaros, caballeros,
un termino cortés, y un ruego hidalgo,
y aqui por fuerza habeis de deteneros,
porque ocupeis aqueste tiempo en algo,
contadnos la ocasion de entristeceros.

Pedro.

¿Como podré cuando de aquesto salgo?
mas siempre, ó perdidoso, ú ofendido,
soy con los caballeros comedido.
Criollo soy de Mejico, que es nombre
que dan las Indias al que nace en ellas;
en Chile al Rey serví bien, como hombre
de valor, con feliz norte, y estrella
la hacienda heredo á un pobre, y el renombre
de que en España tanto caudal sella,
por la nobleza que en sus reynos goza,
y llamome Don Pedro de Mendoza.

Violante.

¡Ay cielo! ¿no es este el apellido *ap.*
del ingrato que busco disfrazada?

Pedro.

Mi padre desde España persuadido

por un amigo, que la edad pasada
tuvo en Madrid, y no borró el olvido;
siendo estafeta una, y otra armada,
de una hija que tiene, determina
hacerme esposo, el nombre es Serafina.
Tres meses ha, que en un bajel de aviso
le escribió, que en la flota venidera
me embarcaria, y para aviarme quiso,
que en barras treinta mil pesos trajera;
mas como el mar sepulta de improviso
toda una armada, si se arroja entera,
no se atrevió á fiar tanto tesoro
de ese monstruo, que traga plata, y oro.
Por eso mercaderes de Sevilla,
y de la Corte, cédulas librando,
de San Lucar pisé la antigua orilla,
feliz su barra celebré surcando;
no quisieron deseos de Castilla
detenerme en Sevilla, registrando
de su Contratacion tratos gustosos,
ni hablar sus mercaderes poderosos.
Antes por ver que entonces ocupados
andaban en registros, y cobranzas,
para otro tiempo dilaté cuidados,
trayendome conmigo las libranzas;
con dos mulas, en fin, y dos criados,
cargado de papeles, y esperanzas,
llegué de Cuenca á la famosa sierra,
Antigua patria de mi padre y tierra.
Tenia en ella un tio, que hallé muerto,
y sin hablar á deudos codiciosos,
guio á la Corte, que es general puerto
del mundo con bajios peligrosos;
y á noche, quando ya juzgué por cierto
el fin de mis viages enfadosos,

como mi amor prosigue en la demanda,
por ser de noche, me quedé en Arganda.

Para cenar conmigo, á un forastero
convidé; porque á solas nunca trato
dar al cuerpo alimento, que es grosero
qualquier manjar sin un discreto trato:
á la conversacion llamó salero
del alma un sabio, y como qualquier plato
sin sal jamas està bien sazonado,
la mesa, asi tambien sin convidado.

Cenamos juntos, que por el camino,
tratamos varias cosas en la mesa,
y el fin apenas con el postre vino,
quando dandome amor, y el tiempo priesa
mandé ensillar, y el sueño, ó desatino
de este, que mi dicha, ó bien le pesa,
trocando las maletas, ó cojines,
á principios dichosos dió estos fines.

En conclusion, dexandose la mia
en la posada, la del forastero
me puso en el arzon, descubrió el dia
aqueste engaño para mí tan fiero:
considerad, señores, lo que haria
quien fuera de las joyas, y dinero
que deben de montar treinta mil pesos,
pierde cartas, libranzas, y procesos.

Violante.

Prometoos, que es desgracia nunca oida;
mas supuesto que el mozo fue por ella,
antes que el otro empieze su partida
el trueque desharà

Beltran.

Mi mala estrella,
la obscuridad, y el ser tan parecida
con la del otro, me obligó á ponella.

con tanto amor y respeto,
que le hizo Consul de Roma:
con Píndaro no hizo menos
Alejandro, al concederle
tan inclitos privilegios,
levantando estátuas de oro.
Por eso en aquellos siglos
tantos hombres florecieron
en este elevado estudío,
y el renombre merecieron,
de dívinos ¡O mudanza
de la edad, que lo que un tiempo
fue divina estimacion,
es hoy casi vituperio!

ESCENA VII.

Dichos y Pimiento.

Pimiento.

Ya está todo prevenido:
ea, á cenar, caballeros;
porque tengo hechas las tripas
unas pelotas de viento,
y de puro estar vacias
juegan cañas, y torneos.

Manuel.

¿Y vos, de donde venis?

Pedro.

Ahora de Cuenca vengo,
y primero de las Indías:
venid, que mientras cenemos
cuenta daré del viage. *Vase.*

ESCENA VIII.

Don Manuel y Pimiento.

Manuel.

Ya yo os sigo ¿ Dónde has puesto
nuestra ropa ?

Pimiento.

En esta sala,
que está junto al aposento
donde cenais, que no es mala;
y pues estos se ván presto,
junto á su maleta está
la nuestra.

Manuel.

Muy bien has hecho.

Pimiento.

Vamos á cenar, ¿ qué aguardas ?

Manuel.

Ya te he advertido, Pimiento,
que á nadie digas quien soy,
ni que de Valencia vengo,
ni que don Manuel de Herrera
me llamo.

Pimiento.

Ya estoy en eso.

Manuel.

Don Pedro soy de Mendoza,
como hasta aqui.

Pimiento.

Ya te entiendo:
¿ como quedará Violante
burlada de tu desprecio ?

Manuel.

Habrà de callar por fuerza
por su honor.

Beltran.

Un retrato, vive el cielo,
he topado.

Pedro.

Buen consuelo.

Beltran.

Y á fe, que el rostro es divino
de la dama.

Pedro

Arrójale,
con la maldicion. (1)

Violante.

Del suelo
le he de levantar: ¡ay cielo!
¡qué es lo que he visto!

Inés.

¡Qué fue!

Violante.

Ines, este es mi retrato.

Inés.

Disimula.

Beltran.

Unos papeles
son estos.

Pedro.

Desatalos.

Violante

Versos son estos, por Dios.

Pedro.

Estos son buenos cordeles
para quien mi rabia ve.

Ines.

Libranza es esa importante.

(1) *Arrojale, y levantale Violante.*

Violante. (1)
Soneto á Doña Violante
la noche que la burlé.
¿ qué asi al amor me sujete ?
Ines
Si la pobre está burlada,
será la tal, la violada
Violante de Navarrete.
Lee Beltran,
Memoria de cien ducados,
que he de pagar en Madrid
á Geronimo del Cid,
por otros tantos prestados
aqui en Amberes.
Ines.
Por Dios,
que son buenas hipotecas
de las maletas que truecas.
Pedro.
Es verdad, con otras dos
de estas ditas, bien desquito
mas de treinta mil ducados.
Beltran.
Estos son pliegos cerrados.
Pedro.
Mirad, pues, el sobreescrito.
Violante.
Este dice: al Presidente
de Flandes: este: al Marques
de Velada: este grande, es,
para el Ilustre Regente
del Consejo de Aragon.

---

(1) *Lee, y guarda unos papeles.*

Pedro.

A Madrid va, segun esto,
el que en tal lance me ha puesto.

Violante.

Alientese el corazon;
la Violante del soneto
la causa debe de ser
por quien huye.

Pedro.

Podra ser,
pues por eso va en secreto;
no he perdido la esperanza,
supuesto que á Madrid vá,
de encontrar con él allá.

Violante.

Ni mi amor de su venganza.

Pedro

Abre algunas de esas cartas;
supuesto que traen cubierta,
tendremos noticia cierta
de su nombre, pues hay hartas.

Inés.

Dios te la depare buena.

Beltran.

Esa del Regente abrí,
yo leo mal.

Violante.

Dice así.

Marco.

Valgate el diablo por cena.

Violante.

Lee. *El capitan don Manuel de Herrera, en diez años que ha que sirve á su Magestad en Flandes, ha sido mi camarada: sus hazañas y servicios son grandes, como mostrarán los papeles que lleva. Sucedióle,*

sobre unas palabras, de dar de estocadas á un capitan navarro en el cuerpo de guardia; y por ser el delito en tal lugar, le es forzoso huir al amparo de V. S en quien por el aumento de sus pretensiones, como el perdon de su Magestad, espero hallará el favor que me asegura de la piedad de V. S cuya vida guarde el cielo, &c. Sobrino de V. S, el maese de campo, Don Martin Roman.

Beltran.

Miren si lo dije yo

Pedro.

El mostraba en su persona
el valor de que le abona
la carta, aunque me mintió
en el viage que hacia.

Inés.

Tu peligro considera.

Violante.

¿En fin, don Manuel de Herrera
se llama ¡Desdicha mia, *ap.*
qué escuchais! ¿el que destroza,
ingrato, mi honor; y fama,
aquí don Manuel se llama,
y don Pedro de Mendoza?

Pedro.

El para hacer la desecha
se habrá partido á Alcalá,
y luego se volverá
á Madrid.

Beltran.

Poco aprovecha
ahora el discurso; vamos,
señor, ligeros tras él.

Violante.

¡Ah amante ingrato y cruel! *ap.*

Beltran.

Señor, no nos detengamos.

Pedro.

Dices bien, vamos los dos
á deshacer este viage.

Inés.

El cielo os dé buen pasage.

Pedro.

Caballero, á Dios.

Violante.

Á Dios.

ESCENA XII.

Violante, Inés, y despues Pimiento.

Violante.

¿ Inés, que es lo que has juzgado
de este suceso ?

Inés.

No sé,
señora, si afirmaré,
que es verdadero, ó soñado;
solo digo, que has tenido
suerte en el lance presente,
pues sabes distintamente
quien es el que te ha ofendido.

Pimiento.

Vive Dios, que está borracho
quien pone su vida á riesgo,
porque no se vuelque un coche,
que será, si viene á pelo,
de la suegra de Tarquino,
tronera de los infiernos,
si por no encontrar con nadie,
venimos por vericuetos,

saltando de rama en rama,
y andando de cerro en cerro:
¿Quén te mete á don Quijote?

Inés.

¿No ves, señora, á Pimiento?

Violante.

Calla, y disimula. ¿Hidalgo,
que pareceis forastero,
buscais amo?

Pimiento.

No señor,
porque con uno que tengo
me sobra hasta que me mate,
que será en muy breve tiempo.

Violante.

¿Pues por qué

Pimiento.

Porque es un loco;
el caballero del Febo
no tuvo mas aventuras:
á un coche, que iba corriendo
con seis mulas deshocadas,
hijas del aire, y del fuego,
fue á socorrer, mas no sé
en que ha parado el suceso,
porque el coche iba volcado.

Violante.

Es propio de heróicos pechos
socorrer en los peligros:
¿quién es ese caballero?

Pimiento.

Es don Pedro de Mendoza,
que ha sido en Flandes sargento
mayor de batalla.

por darme priesa tú, sobre tu macho.

Pedro

Mejor dijeras por estar borracho.

ESCENA XI.

Dichos y Mateo, mozo de mulas, con un cocin y maleta

Mateo.

Valgate el diablo por hombre,
por arte de encantamiento
debió de llevarle el viento
sin dejar rastro, ni nombre.

Pedro.

¿Qué hay, Mateo?

Mateo.

Por Dios, nada.

Pedro.

¿No parece?

Mateo.

No, señor.

Pedro.

¿Qué dices de esto, traidor?
él me contó su jornada,
y á Valencia dice que iba.

Mateo.

Pues debióte de mentir,
que un pastor le vió salir
y en vez de echar hácia arriba,
tomando á la mano isquierda,
dijo, que iba hácia Alcalà,
y nadie otras señas da.

Pedro.

¿Qué por ti mi hacienda pierda?

Violante.

Su pérdida cada cual
siente, vengativo amor,
yo lloro la de mi amor,
y este la de su caudal.

Mateo.

¿ Mira qué habemos de hacer
de este coxin, y maleta?

Pedro.

¿ Qué ? abrasallos.

Violante.

No es discreta
sentencia, á mi parecer,
la que dais.

Pedro.

¿ Qué he de hacer pues?

Violante.

Mejor será que la abramos,
y por lo que trae, sepamos
donde camina, ó quien es.

Pedro.

Decis muy bien.

Mateo.

Ya está roto
el candado.

Pedro.

¡ Penas crueles !
mira que hay dentro.

Beltran.

Hay papeles. (1)

Mateo.

Por ellos, como piloto,
haremos nuestro camino.

---

(1) *Van sacando papeles de la maleta.*

Beltran.

Un retrato, vive el cielo,
he topado.

Pedro.

Buen consuelo.

Beltran.

Y á fe, que el rostro es divino
de la dama.

Pedro

Arrójale,
con la maldicion. (1)

Violante.

Del suelo
le he de levantar: ¡ ay cielo !
¿ qué es lo que he visto !

Ines.

¡ Qué fue !

Violante.

Ines, este es mi retrato.

Ines.

Disimula.

Beltran.

Unos papeles
son estos.

Pedro.

Desatalos.

Violante

Versos son estos, por Dios.

Pedro.

(1) Estos son buenos cordeles
para quien mi rabia ve.

Ines.

Libranza es esa importante.

---

(1) *Arrojale, y levantale Violante.*

Violante. (1)
Soneto á Doña Violante
la noche que la burlé:
¿ qué asi al amor me sujete ?
Ines
Si la pobre está burlada,
será la tal, la violada
Violante de Navarrete...
Lee Beltran,
Memoria de cien ducados,
que he de pagar en Madrid
á Geronimo del Cid,
por otros tantos prestados
aqui en Amberes.—
Ines.
Por Dios,
que son buenas hipotecas
de las maletas que truecas.
Pedro,
Es verdad, con otras dos
de estas ditas, bien desquito
mas de treinta mil ducados.
Beltran.
Estos son pliegos cerrados.
Pedro.
Mirad, pues, el sobreescrito.
Violante.
Este dice: al Presidente
de Flandes: este: al Marques
de Velada: este grande, es
para el Ilustre Regente
del Consejo de Aragon.

---

(1) *Lee, y guarda unos papeles.*

Pedro.

A Madrid va, segun esto,
el que en tal lance me ha puesto.

Violante.

Alientese el corazon;
la Violante del soneto
la causa debe de ser
por quien huye.

Pedro.

Podra ser,
pues por eso va en secreto;
no he perdido la esperanza,
supuesto que á Madrid vá,
de encontrar con él allá.

Violante.

Ni mi amor de su venganza.

Pedro

Abre algunas de esas cartas;
supuesto que traen cubierta,
tendremos noticia cierta
de su nombre, pues hay hartas.

Inés.

Dios te la depare buena.

Beltran.

Esa del Regente abrí,
yo leo mal.

Violante.

Dice asi.

Marco.

Valgate el diablo por cena.

Violante.

Lee. *El capitan don Manuel de Herrera, en diez años que ha que sirve á su Magestad en Flandes, ha sido mi camarada: sus hazañas y servicios son grandes, como mostrarán los papeles que lleva. Sucedióle,*

sobre unas palabras, de dar de estocadas á un capitan navarro en el cuerpo de guardia; y por ser el delito en tal lugar, le es forzoso huir al amparo de V. S en quien por el aumento de sus pretensiones, como el perdon de su Magestad, espero hallará el favor que me asegura de la piedad de V. S cuya vida guarde el cielo, &c. Sobrino de V. S, el maese de campo, Don Martin Roman.

Beltran.

Miren si lo dije yo

Pedro.

El mostraba en su persona
el valor de que le abona
la carta, aunque me mintió
en el viage que hacia.

Inés.

De peligro considera.

Violante.

¿En fin, don Manuel de Herrera
se llama? ¡Desdicha mia, *ap.*
qué escuchais! ¿el que destroza,
ingrato, mi honor y fama,
aquí don Manuel se llama,
y don Pedro de Mendoza?

Pedro.

El para hacer la desecha
se habrá partido á Alcalá,
y luego se volverá
á Madrid.

Beltran.

Poco aprovecha
ahora el discurso; vamos,
señor, ligeros tras él.

Violante.

¡Ah amante ingrato y cruel! *ap.*

Beltran.

Señor, no nos detengamos.

Pedro.

Dices bien, vamos los dos
á deshacer este viage.

Inés.

El cielo os dé buen pasage.

Pedro.

Caballero, á Dios.

Violante.

Á Dios.

ESCENA XII.

Violante, Inés, y despues Pimiento.

Violante.

¿Inés, que es lo que has juzgado
de este suceso?

Inés.

No sé,
señora, si afirmaré,
que es verdadero, ó soñado;
solo digo, que has tenido
suerte en el lance presente,
pues sabes distintamente
quien es el que te ha ofendido.

Pimiento.

Vive Dios, que está borracho
quien pone su vida á riesgo,
porque no se vuelque un coche,
que será, si viene á pelo,
de la suegra de Tarquino,
tronera de los infiernos,
si por no encontrar con nadie,
venimos por vericuetos,

saltando de rama en rama,
y andando de cerro en cerro:
¿Quén te mete á don Quijote?

Inés.

¿No ves, señora, á Pimiento?

Violante.

Calla, y disimula. ¿Hidalgo,
que pareceis forastero,
buscais amo?

Pimiento.

No señor,
porque con uno que tengo
me sobra hasta que me mate,
que será en muy breve tiempo.

Violante.

¿Pues por qué?

Pimiento.

Porque es un loco;
el caballero del Febo
no tuvo mas aventuras:
á un coche, que iba corriendo
con seis mulas deshocadas,
hijas del aire, y del fuego,
fue á socorrer, mas no sé
en que ha parado el suceso,
porque el coche iba volcado.

Violante.

Es propio de heróicos pechos
socorrer en los peligros:
¿quién es ese caballero?

Pimiento.

Es don Pedro de Mendoza,
que ha sido en Flandes sargento
mayor de batalla.

Violante.

¿A donde

camina ahora?

Pimiento

El Consejo

le ha llamado para hacerle
general de Barlovento.

Inés.

Ensayado el papel trae.

Dentro Polonia.

Ya del accidente ha vuelto.

Dentro Gomez.

Buscad otro coche al punto.

Pimiento.

Los volcados son aquestos.

Inés.

Y entre ellos, tu ingrato.

Violante.

Vamos,

porque mejor desde lejos
siguiendo iremos sus pasos.

Ines.

Dichoso ha sido el encuentro.

Violante.

No le perdamos de vista.

Inés.

En el garlito cayeron.

Violante.

O me ha de costar la vida,
ó he de tenerle por dueño.

Pimiento.

Qué guste este amo á quien sirvo
de andar siendo aventurero.

*

ESCENA XIII.

Don Manuel, doña Serafina y Polonia.

Manuel.

Señora, venced el susto,
ya que la suerte ha dispuesto,
que de entre el bastardo eclipse
amanezca el sol mas bello;
y permitid, que á la mia,
dé el parabien halagüeño,
pues que logro una ventura,
cuando padeceis un riesgo.
Volcado el coche, señora,
os ví entre congojas, siendo
Faeton, que en perlas vertidas
desperdiciaba luceros.
Llegué á socorreros yo,
por el estribo, tan presto,
que fue fuerza que en mis brazos
se sustentasen los vuestros.
Y así he quedado dichoso,
porque fuera yo muy necio
en no elegir buena estrella,
teniendo en mi mano el cielo.

Serafina.

Caballero, que el acaso
os trajo para deberos
una obligacion, que nunca
puedo pagar, yo agradezco
el estilo cortesano,
con que brioso, y discreto,
mezclais en aplausos mios
lo piadoso, y lisonjero;
id con Dios, y estad seguro

que tan hidalgo respeto
sabrá agradecer mi padre.

Manuel.

Dejad, que este breve tiempo,
que le aguardais, os asista.

Serafina.

Eso es ya querer el premio,
y no he de pagaros yo
lo que hicisteis por vos mesmo.

Manuel.

¡No vi mayor hermosura! *ap.*
yo estoy sin alma. Teneos,
y permitid, que os refiera
lo grande de vuestro imperio.

Serafina.

Yo os ruego que os vais.

Manuel.

Oid,
y vereis como obedezco.

Pimiento.

Y usted tiene acaso á mano,
siquiera un favor mostrenco?

Polonia.

¿Qué es favor mostrenco?

Pimiento.

Amiga,
es un semblante halagüeño,
y unos agrados comunes,
que nunca llegan á efecto.

Polonia.

De esos le daré un millon.

Pimiento.

Y será contra los necios,
que en viendo una cara alegre,
piensan que le estan queriendo.

ESCENA XIV.

Dichos y don Gomez.

Gomez.

Hija Serafina, el coche
te espera ya; ¿Mas qué es esto?
Caballero, perdonad,
de que haya andado grosero,
en no rendiros las gracias
del favor que me habeis hecho,
de socorrernos piadoso;
allá en Madrid nos veremos,
y en cuanto se ofrezca, siempre
seré muy servidor vuestro.
Vámos, hija, que hoy tu esposo
no llega á Madrid, supuesto
que no avisó.

Serafina.

Señor, vamos.

Manuel.

La dicha del forastero
fue la mia, pues apenas
llego á Madrid, cuando encuentro
la ventura de serviros.

Gomez.

Mil años os guarde el cielo.

ESCENA XV.

Don Manuel y Pimiento.

Manuel.

No pierdas de vista el coche,
porque seguirle pretendo.

Pimiento.

¿Para qué?

Manuel.

Para saber
quien es aqueste portento
de hermosura, esta muger
que en mi vida, yo estoy ciego,
he visto belleza igual.

Pimiento.

El aire está de Toledo.

Manuel.

¿Quién habrá que se resista
á tan soberano incendio?

Pimiento

¿No ves que espera á su esposo
segun lo que dijo el viejo?
¿Piensas tú, que todas son
Violantes?

Manuel.

Yo estoy sin seso.

Pimiento

¿Tan aprisa te enamoras?

Manuel.

No puedo mas, vamos presto.
¡Ay, qué divina hermosura!

Pimiento

¡Ay qué solemne embustero!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Don Manuel y Pimiento.

Manuel.

¿Qué dices de esto, Pimiento?

Pimiento.

Que de alegria estoy fuera
de mi: ¡ó maleta, esfera
de mi dicha, y mi contento!
No es tu dicha de soldado,
pues en diez años que has sido
en Flandes, ya entretenidó,
ya alferez determinado,
ya señor de una gineta,
no adquiriste lo que un hora
la fortuna enredadora
te ha dado en una maleta.

Manuel.

Raro trueco.

Pimiento.

Hermósas barras,
dejad que os dé muchos besos.

Manuel

Tres hay de oro de mil pesos,
y entre otras joyas bizarras,
un cintillo de diamantes,
y de perlas siete vueltas,
con otras muchas, que sueltas,

entre esmeraldas brillantes;
guarda un cofre de cambray.

Pimiento.

Asi la tortuga llaman
las Indias, que oro derraman.

Manuel.

Hay tambien....

Pimiento.

¡Que lindo hay, hay!

Manuel.

Un rubí, que el sol vincula,
con otros juguetes mil,
de ambar, nacar y marfil,
con que el interes adula
la codicia de las damas.

Pimiento.

En fin, la maleta está
hecha una colmena, y dá
panales de oro á quien amas:
¿mas ya que lo cuentas todo,
por qué olvidas las libranzas?

Manuel.

Mucho montan sus cobranzas.

Pimiento.

Pues yo he pensado un buen modo
para cobrarlas aquí,
y en Cádiz.

Manuel.

Sin juicio estas,
y eres vil.

Pimiento.

Oye, y verás;
¿no abriste las cartas?

Manuel.

Si.

Pimiento.

¿Y su dueño descuidado
no es don Pedro de Mendoza?

Manuel.

De ese ilustre nombre goza,
segun ellas me han mostrado.

Pimiento.

¿Tú, y todo no te confirmas
con el mismo nombre?

Manuel.

En él
trueco el de don Manuel.

Pimiento.

Pues si te abonan sus firmas,
y esotro no es conocido,
ni de Méjico salió
otra vez donde nació,
conforme lo que has leido;
¿no puedo yo, en nombre suyo,
partir, y cobrarlo todo
con las cédulas?

Pimiento.

¡Qué modo
tan vil, y bajo es el tuyo!

Pimiento.

Y supuesto que consigo
ha de tener tus papeles,
sin que en nada te desveles;
sirviendo yo de testigo,
puedes hacerle prender
por la muerte que en Amberes
hiciste.

Manuel.

Como quien eres
discurres, sin atender

el modo, el punto, el respeto,
con que ha de pisar la linea
de hombre de bien, el que nace
espuesto á las esquisitas
mudanzas de la fortuna.

Pimiento.

¿Qué es lo que hacer determinas
de este bien que Dios te ha dado?

Manuel.

Yo no he de hacer cosa indigna
de quien soy, ni á mi nobleza
ha de ultrajar la codicia:
yo he de volverle, Pimiento,
el oro, y las joyas ricas,
sin que un átomo le falte;
porque es la joya mas rica
la opinion, y esta en mi siempre
ha de vivir pura, y limpia,
sin que á bajos pensamientos
ningun motivo la rinda.
Los delitos de los nobles
son aquellos que origina
el amor, y los que nunca
la sangre desacreditan.
Sino, mira los sucesos
de las historias antiguas,
verás como insignes hombres,
á la dulce tiranía
de amor, los brios rindieron,
y con astucias fingidas
lograron de sus deseos
las amorosas delicias.
Júpiter, en lluvias de oro
poseyó de Danae esquiva
los favores; por Europa,

fingido bruto, acuchilla
el cristal, formando en ondas
círculos de plata fina;
por Leda, en cisne transforma
su amante deidad divina;
y aunque las fábulas nombran
dioses á los que esto hacian,
eran hombres como todos;
y por sus esclarecidas
acciones, les dió la fama
esta aclamacion divina.
Yo, con aqueste motivo,
que amor disculpa osadías
de un impulso arrebatado,
que en mi aficion predomina,
pretendo con la cautela
ser dueño de Serafina.
Serafina, aquel prodigio
de hermosura, á quien se inclina
el corazon, desde el punto
que me miraron sus niñas,
flechando el alma; ¡ó milagro
nuevo de amor! ¿quién diria,
que la que por un acaso
fue en el coche socorrida
de mi atencion, fuese ahora
la que triunfa de mi vida?
¿y qué estuviese mi suerte
pendiente de su desdicha?
Y pues quiso mi ventura,
que viniese á ser la misma
con quien á casarse viene
el Mendoza de las Indias,
fingiéndome ser él mismo,
pues el nombre me acredita,

juntamente con las cartas
joyas, papeles, y firmas,
he de ver si alcanzar puedo
el logro de mis caricias.

Pimiento.

¡Jesus, nadie imaginára
ta horrenda bobería!
¿No vés que el otro vendrá
á buscar luego su ninfa,
y si en su casa nos topa
queda la trama perdida,
y el trueco de las maletas?

Manuel.

Ir por el riesgo à la dicha
sucede á muchos; que nadie
sin gran peligro camina
à imposibles de amor; yo
estoy sin alma, y sin vida,
y pues me abraso, el amor
junte al ardid la osadia.

Pimiento.

¿Mira, señor; no es mejor,
que con esas joyas ricas
nos partamos á Granada,
á dar á tu hermano envidia?
Tu hermano, que siendo noble,
y poderoso, te envia
á Flandes sin un sustento,
y de tì no se lastima.

Manuel.

Vive Dios, que á no ser tú
quien aqueso me decia,
le matara á cuchilladas:
¿en mí cabe una ignominia?

Pimiento.

¿Y esotro, qué es?

Manuel.

Es amor,
que en las pasiones domina;
y no es vileza.

Pimiento.

Si, pero
es ramo de picardía.

Manuel.

Aquí vive aquel prodigio,
á quien mi estrella me inclina.

Pimiento.

¡Mas qué has de tener por ella
alguna estraña mohina,
y te has de quedar in albis!

Manuel.

Sígueme, y nada me digas,
que con amor todo es fácil,
y nada me atemoriza.

Pimiento.

Un coche he visto á la puerta
con gente.

Manuel.

Esta es Serafina:
aquí empieza mi cautela.

Pimiento.

Y aquí mi gallinería.

ESCENA II.

Dichos, Serafina con manto, Polonia y don Gomez.

Serafina.

Sin duda, que en esta flota
no ha venido, ó la noticia

que nos dieron de que en Cuenca
estaba, fue engaño.

Gomez.

Hija,
no hayas miedo, que don Pedro,
tu esposo, que de las Indias
viene á casarse contigo,
deje de venir aprisa,
porque el haberse tardado
en escribir de Sevilla,
no es acaso; yo sospecho
que viene por carta viva,
y que amante de tus ojos,
quiere ganar las albricias.

Serafina.

Yo se la diera á mi muerte,
si de esa causa nacida
fuese la tardanza: ¡Cielos,
qué ha hallado mi fantasía
en aquel hombre, que ayer
me socorrió en la ruina
del coche, para que yo
todo el afecto le rinda?

Gomez.

Vamonos ahora al Prado,
porque tu melancolía
diviertas: llegad el coche.

Manuel.

Válgame aqui la osadia.

Pimiento.

Entra con el pie derecho.

Serafina.

¡Qué es lo que mis ojos miran!

Gomez.

¿Caballero, qué manda?

Manuel.

Perdonad mi grosería.
¿Dónde vive aquí don Gomez
de Peralta?

Gomez.

En esta misma
casa que veis, y yo soy
don Gomez, que en ella habita;
mas antes que prosigais,
si no me engaña la vista,
pienso que sois el que ayer
nos socorrió en la caida
de un coche en Atocha.

Manuel.

Es cierto;
que mi afecto, en profecía,
parece que adivinaba
el logro de tanta dicha:
á don Pedro de Mendoza
abrazad, que de las Indias
viene á ser, aun mas que amante,
esclavo de Serafina.

Gomez.

¡Qué encuentro tan venturoso!
hijo mio de mi vida,
otra vez me dad los brazos,
que cierto vuestra venida
nos tenia cuidadosos:
volved el coche, y tú, hija,
¿cómo á tu esposo no abrazas?

Serafina.

En la memoria os tenia
tan presente, que sin veros
os aseguro que os via:
vos seais muy bien venido

á esta vuestra casa, y digan
mis ojos con el semblante
lo que el silencio no esplica.

Pimiento.

¿Qué estoy viendo? ¡Vive Dios!
que esto no pasa en Turquía!

Manuel.

A mi fortuna, bien puedo,
señora, de esta alegría
dar las gracias; pues el tiempo
que en tan remotas provincias
estuve amante, no tuve
por gloria de mis fatigas,
mas que la memoria vuestra;
y hoy que me vienen las dichas
todas juntas, no es capaz
el pecho de resistirlas:
y asi dejad que las dude,
porque entretanto reciba
la respiracion aliento;
que está tan pronta la vida
á morir de los pesares,
como de las alegrías.
En Cuenca estuve primero
á diligencias precisas
de mi hacienda, y la tardanza
tiranamente enemiga
me pribó de aquesta gloria,
que siempre la suerte impía
permite que se desee
lo que ha de negar esquiva.

Gomez.

¿Como queda vuestro padre?

Manuel.

La gota algo le fatiga.

Pimiento.

Pero cuanto á los colores,
sano está como una endrina.

Gomez.

Los dos fuimos estudiantes
en Alcalá.

Manuel.

El me decia
de aquesa amistad pasada
las mocedades antigüas,
y que en noble emulacion
vuestras plumas competian
en hacer prosas, y versos.

Gomez.

Es verdad, él me escedía
en los versos, pero yo
en la prosa le vencia.

Pimiento.

Linda prosa gasta el viejo, *ap.*
él se clavó como hay viñas.

Gomez.

¡Gallardo espiritu tiene!
¿qué, se acuerda todavia
de aquellos tiempos pasados?

Pimiento.

Tiene memoria divina.

Gomez.

Vos me habeis dado un gran gusto:
entrad, que de la fatiga
es justo que descanseis,
y suban la ropa arriba
los criados.

Manuel.

Yo, señor,
como vine tan aprisa,

y á la ligera, no traigo
mas que una maleta mia
con joyas, oro, y diamantes;
pero luego de Sevilla
vendrán con toda mi ropa.

Gomez.

Está muy bien : Serafina
conmigo, por divertir
la grave melancolia
de vuestra tardanza, al prado
salia ; pero á la dicha
de haberos visto, agradeco
la entrada por la salida.

Manuel.

En mi rendimiento fuera
delito de grosería
estorbar el pasatiempo
de una diversion tan digna;
sirviendoos iré de esclavo.

Serafina.

Pagais las finezas mias :
muy bueno fuera, que cuando
vuestra ausencia me inducia
á buscar alivios, yo,
neciamente, inadvertida
buscára otro, hallando en vos
el que mi amor solicita.

Gomez.

Entrad, señor.

Manuel.

Norabuena;
pero la antorcha que guia
va delante

Serafina.

Eso es de noche;

Manuel.

Sin vuestro sol nunca hay dia.

Serafina.

Quiero enseñarme, señor,
á obedecer.

Manuel.

¡Que entendida!
Amor, si eres ciego, añade ap.
este triunfo á tus insignias.

Gomez

¡Que bizarro es el Don Pedro!
de su padre es copia viva:
feliz yo, que llego á ver
ya en estado á Serafina.

ESCENA III.

Pimiento y Polonia.

Pimiento.

Mamola el viejo: Dios quiera, ap.
que esto no pare en paliza.
Y usted, señora doncella,
digame usted por su vida,
¿es fámula de esta casa?

Polonia.

¿Por qué lo dice?

Pimiento.

Queria,
para empezar á obligarla,
darla algunas niñerias.

Polonia.

Soy tan cortés en tomar,
que si hago algunas visitas,
siempre en el recibimiento
me quedo como tomista.

Pimiento.

¿Toma usted tabaco de humo?
porque traigo de batinas
cien rollos,

Polonia.

Pues para qué?

Pimiento

Es, porque si alguna ninfa
me dice: Vayase al arrollo;
voy luego, y tomo una pipa.

Polonia.

¿Qué mas traes.

Pimiento.

Un papagayo
que es maestro de capilla,
y á marizapalos canta,
por el són de los folias,
que es un prodigio.

Polonia.

¿Qué mas?

Pimiento

Tambien traigo algunas micas
del Cayro, seis elefantes,
dos leones, y una tigra,
diez gimios, cuatro lebreles,
y otras fieras infinitas,
que me acompañan de noche.

Polonia.

Fiera es tambien la mentira.

Pimiento.

Es, que las traigo pintadas
en un broquel de la China.

Polonia.

Bien saliò

Pimiento.

Son muy discretos
los que vienen de las Indias.

Polonia.

¿ Será firme ?

Pimiento.

Seré un bronce.

Polonia.

¿ Será tierno ?

Pimiento.

Como almivar.

Polonia.

¿ Será franco ?

Pimiento.

Como un César.

Polonia.

¿ Tiene plata ?

Pimiento.

Ni una pizca.

Polonia.

Pues usted se vaya al rollo.

Pimiento,

Voy á tomar una pipa.

ESCENA IV.

SALA EN CASA DE DON GOMEZ.

Don Gomez, y Doña Serafina.

Gomez.

Dejémosle por un rato
descansar de la fatiga
del camino, que á quien viene
de jornadas tan prolíjas,
es el mejor agasajo

el sueño : ¿dime ahora, hija ;
qué te parece Don Pedro ?

Serafina.

Que su presencia es muy digna
de estimacion, y que el arte,
agrado, y galanteria,
discrecion, y entendimiento,
prendas son que por si inclinan.

Gomez.

Es gallardo mozo : ahora
es fuerza, que se reciba
otra criada.

Polonia.

Ya tengo
encargado á dos amigas
la diligencia.

Gomez.

Está bien :
di al mozo, que vaya aprisa
por provision á la plaza,
de aves, y dulces, camina :
yo estoy loco de contento,
de ver, que es tanta tu dicha,
que te parezca tu esposo
tan bien como significas ;
que el mayor gusto de un padre
es dar buen novio á sus hijas.

Polonia.

Voy á hacer lo que me mandas :
hoy saco mi racion limpia.

Gomez.

Oye, Serafina, aparte.

Serafina.

Ya escucho.

ESCENA V.

Serafina, don Gomez don Pedro, y Beltran.

Pedro.

No hay dar con él.

Beltran.

¡Válgate el diablo por hombre!
Madrid es mar, no te asombre,
que no halles tan presto en él
un Cayman donde andan tantos.

Pedro.

No he perdonado meson.

Beltran.

Casas de posadas son
castillos de estos encantos.

Pedro.

De Don Gomez he sabido,
que vive aqui.

Beltran.

Una imprudencia
ha sido la negligencia
que en descubrirte has tenido:
hablale, que con su ayuda
será muy facil de hallar
aqueste hombre

Pedro.

Ha de dudar
de mi.

Beltran.

Entre tanto que duda,
dando señas de quien eres,
esotro parecerá

Pedro.

Aquì Don Gomez está.

Beltran.

Cuanto mas te detuvieres,
mas agravias á tu amor;
¿ pero conócesle ?

Pedro.

Sì,
ayer mañana le vi.

Beltran.

Pues llega à hablarle, señor.

Pedro.

Si vuestros brazos merece, (1)
quien ror lograr vuestra casa,
el pielago inmenso pasa
que sepulcro al sol ofrece,
los trabajos restaurad
de un viage tan prolijo,
en quien, siendo vuestro hijo,
hace deuda la amistad,
que con mi padre tuvisteis,
y por vos España goza;
Don Pedro soy de Mendoza.

Gomez.

Como es eso ?

Pedro.

Si escribisteis
á Don Diego, mi señor,
deseos de que viniera
de Mejico y mereciera
juntar en uno el valor
de vuestra casa, y la mia,
en fe de cumplirlas veugo,
puesto qne ocasiones tengo,
mas de pesar que alegria.

---

(1) *Llega quitándose el sombrero.*

Gomez.

Caballero, no os entiendo,
que sois don Pedro decís
de Mendoza, y qué venís
de Méjico?

Serafina.

¿Qué estoy viendo?

Pedro.

Muy cariñoso entendí,
que mi venida os hallára,
mas quien tan seco repara
en mis palabras así,
no debe de aguardar yerno
de Indias, ó habrá tenido
nuevas de que se ha perdido:
creí, que amoroso, y tierno
mi nombre apenas dijera,
cuando os hallára colgado
de mi cuello, y que turbado
mientras la lengua pudiera
darme alegre el bien-venido,
los ojos le interpretaran
con lágrimas, que mostraran
el que vos habeis fingido.

Gomez.

¡Válgame el cielo! qué es esto?
¿Serafina, eso no ves?

Pedro.

¿Aqueste el serafin es,
que en tanto riesgo me ha puesto?
Señora, en deidad tan alta
logre hoy amor mis trofeos. (1)

(1) *Va á abrazarla.*

Serafina.

Caballero, deteneos,
y advertid...

Pedro.

Esto me falta.
¡ó Madrid, esto en tí medro! *ap.*

Gomez.

Que vos don Pedro os llameis,
creo muy bien; mas sabeis
que el verdadero don Pedro
ha un hora que en casa está
por hijo de ella admitido,
por cartas reconocido,
y por las señas que da:
si la corte os ocasiona,
y sus enredos, á usar
marañas, con que engañar,
no es digna vuestra persona
de tan bajo proceder.

Serafina.

Mejor fuera dár noticia *ap. al paño.*
de este engaño á la justicia.

Pedro.

¿Cielos, qué esto llego á vér?
No me espanto, que engañado
señor don Gomez, esteis,
con quien nunca visto habeis,
en vuestro error obstinado.
Ese don Pedro fingido,
es un embelecador,
en sus engaños traidor,
si en su talle bien nacido:
que hurtándome hacienda y nombre
en Arganda el otro dia,
pagó así mi cortesía,

y festejos; porque es hombre,
que engañando con el trage,
á quien en su casa le honra,
las hijas nobles deshonra
en pago de su hospedage.
Huyendo de Flandes viene,
como dirá este papel,
y el capitan don Manuel
de Herrera por nombre tiene:
palabra de esposo dió
á cierta doña Violante
en Valencia, y al instante
se fue que la deshonró.
Si no basta esta esperiencia,
en casa le recibid,
que mejor hará en Madrid
embelecos, que en Valencia:
y admitale por amante
vuestra hija, si á él se inclina,
porque á doña Serafina
consuele doña Violante.

Gomez.

¡Hay embuste mas estraño! *ap.*
Llamadme á don Pedro acá.

Serafina.

No le llames, que será *ap.*
motivo de algun gran daño.
Este será su enemigo,
que por este modo intenta
hacer á don Pedro afrenta;
y advierte, pues yo lo digo,
que el corazon no me engaña,
porque quien ha de creer
que tal se atreviera á hacer
un hombre, á quien acompaña

tan noble disposicion ?
¿No autorizan su nobleza
las muestras que con fineza
acaba de hacer ? ¿ no son
las cartas testigos fieles,
que del Virey ha traido,
las que de su padre has leido,
las libranzas, y papeles
de mas de treinta mil pesos ?
¿con qué mentiras contrasta ?
Yo le quiero bien, y basta.

Pedro.

¡Hay mas confusos sucesos!

Beltran.

Ahora entra el hablar yo
á pagar de mi dinero,
que es astuto caballero
la maleta nos llevó
por mi culpa, y nuestro daño,
en Arganda, y que en su vida
vió á Méjico; y si es servida,
salga aquí, y verás su engaño;
y sino, porque aproveche,
respóndame á este argumento.
¿Las islas de Barlovento
cuántas son ? ¿Dónde es Campeche ?
¿Cómo se cóge el Cacao ?
¿Guarapo, qué es entre esclavos ?
¿Qué fruta dan los guayavos ?
¿Qué es cazabe, y qué es jaojao ?

Serafina.

¿No ves como estan sin seso ?
Repara en los disparates
que dicen.

Gomez.

Casa de Orates
es la corte.

Pedro.

¿Cómo es eso?
Vive Dios, que me obligueis
á que en la calle dé voces,
y saque ese infame á coces,
cuando esconderle intenteis.

Serafina.

Miren si crece la furia.

Gomez.

No hay hablar, locos están.

Serafina.

Lástima los dos me dan.

Pedro.

Cuando me hagais esa injuria,
os hará creer quien soy
la espada que al lado ciño.

Gomez.

¡Pobre mozo!

Serafina.

Buen aliño
de don Pedro.

Pedro.

¡Qué esto á mí
se me diga! ¡Qué consienta
éste desprecio, esta afrenta!

Serafina.

Ya le toma el frenesí.

Pedro

¡Vive Dios, que he de sacalle
á estocadas acá fuera!
veamos si esta quimera
osa afirmar en la calle;

ya de veras me provoco,
y el seso, y paciencia pierdo.

Serafina.

Señor, teme, si eres cuerdo,
la espada en manos de un loco.

Gomez.

Sus disparates me dan
indicios de su furor. *ap. los dos.*

Serafina.

Sigue mis pasos, señor,
y déjale en el zaguan.

Gomez.

Dices muy bien, mejor es
llevarle el humor. Hidalgo,
mirad, si me mandais algo,
y veamonos despues. (1)

ESCENA VI.

DECORACION DE CALLE.

Don Pedro y Beltran.

Pedro.

Vive Dios, que á no tener
respeto á sus canas graves,
y á no ver yo, que era inútil
testigo de mi corage
su caduquez, que le hiciera
mas átomos, que impiedades
inventó el rencor en iras.

Beltran.

¡Qué nos tengan por Orates!

---

(1) *Vanse cerrando la puerta.*

Pedro.

Rompere la puerta á coces.

Beltran.

Con eso lo confirmaste.

Pedro.

¡Qué tras la hacienda perdida
sufra yo un tan vil desaire!

Beltran.

No es solo eso; pero temo
que te han de mandar que bailes.

Pedro.

¡Qué no me entrase allá dentro!
vive Dios, que soy cobarde.

Beltran.

Demos en la calle voces,
y pregonemos vinagre.

Pedro.

Sin crédito y sin hacienda,
¿cómo no vengo este ultraje?

Beltran.

¿Señores, no hay quien socorra
á dos pobres vergonzantes?

ESCENA VII.

Dichos y doña Violante de estudiante.

Violante.

¿Caballeros, qué es aquesto?

Pedro.

¿Qué ha de ser? la mas notable
sinrazon que ha visto el mundo;
mas ya que la suerte os trae,
caballero, á ser alivio
siempre en mis adversidades,
favor me haceis, por lo mucho

que debeis á los esmaltes
de esa cruz, que os honra el pecho,
de socorrerme en un lance
de honor; pues en vos consiste
el remedio de mis males.

Violante.

¡Válgame Dios, cuando vengo
de un ingrato en el alcance,
siempre he de hallar quien me estorbe!
Cuanto en mi fineza cabe
haré por vos.

Pedro.

En los nobles
lucen mejor las piedades.
¿Conoceisme?

Violante.

Bien me acuerdo
de que con otro trocasteis
la maleta, y los motivos
todos que á Madrid os traen.

Pedro.

Pues, caballero, no es ese
el mayor mal de mis males,
sino que entrándome ahora
á dar de mis penas parte
al padre de Serafina,
que es con quien vengo á casarme,
me han tratado indignamente;
porque el otro anticiparse
quiso á la accion con mi nombre,
y logra los hospedages,
por hijo en casa admitido.

Beltran.

Llegó el primero, y fue fácil
que diese al viejo papilla.

con el dinero, y diamantes,
y los papeles que lleva.

Pedro.

Vos, que de aquestas verdades,
sois verdadero testigo,
entrad conmigo á informarles
de todo lo que sabeis;
para que se desengañen,
y quede mi honor bien puesto,
y castigado un cobarde.

Violante.

¡Válgame el cielo mil veces! *ap.*
¿qué haré en empeño tan grande?
Si le culpo, es imposible
que dejen de castigarle;
y si es que ha de ser mi esposo,
será preciso ampararle;
pues primero está mi honor,
que las defensas de nadie:
pero tambien, si no atajo
el mal, puede acrecentarse,
y ser mi razon motivo
para que á tantos engañe.
Quien pudiera con la industria
hallar un medio suave
para que él no se perdiese,
ni yo á mi intento faltase.

Pedro.

¿Qué os suspendeis?

Violante.

¿[illegible] Imagino,
que es ponerme á un desayre
de que tambien no me crean,
y en ocasion semejante
es darle nuevo motivo

de irritaros, é irritarle;
mejor será que busqueis
testigos, haciendo examen
de quien sois; y si en Madrid
como es posible, os faltaren,
podeis conducir prudente
desde Sevilla, ó de Cádiz
algunos que os conocieren;
porque en empeño tan grave,
y una verdad tan segura,
cualquiera imposible es fácil.

Pedro.

Decís bien; pero entre tanto
¿no puede el traidor casarse?

Violante.

Eso no, yo os aseguro,
que la boda se dilate,
hasta que vos, de quien sois
hagais informe bastante.

Pedro.

¿Y como lo habeis de hacer?

Violante.

Eso dejadlo al dictámen
de la diligencia mia.

Pedro.

¿Y qué causa os persuade
á hacer por mí esa fineza?

Violante

Vame en ello mucha parte.

Pedro.

¿Parte á vos? ¿de qué manera?

Violante.

No mas que por lastimarme
vuestra desgracia, y dolerme
de vuestras adversidades.

y ser noble.

Pedro.

En mi memoria
tendré esta accion por carácter.

Violante.

Seguro podeis estar
de que los dos no se casen,
hasta que hagais vuestro informe.

Pedro.

¡Vive Dios, qué he de sacarle
el corazon á pedazos!

Violante.

Ahora no hay que indignarse,
hasta que primero hagais
de quien sois entéro examen.

Pedro.

Decìs muy bien.

Violante.

Id con Dios.

Pedro.

Mil años el cielo os guarde.

Beltran.

Si aquesto dura, del nuncio
hemos de ser conventuales.

ESCENA VIII.

Violante.

¡Válgame todo mi aliento!
¡quién se vió en tan duro lance!
Siguiendo vengo á un ingrato,
solo para que me pague
finezas de amor; y cuando
iba en el último alcance,
le hallo metido en un riesgo

de que le prendan, ó maten;
con que me es forzoso ahora
(¡quién vió tan nuevo combate!)
encubrirme del que busco,
y al que me ofende ampararle,
porque su honor no padezca
algun impensado ultraje,
que adorno, que he de ponerme,
seria error no guardarle,
Ya desde anoche he sabido,
como lince vigilante,
de sus intenciones todas,
que mas que el oro, le trae
al amor de Serafina,
de quien en el mismo instante
que vió su hermosura, quiso
ciegamente enamorarse;
mas yo cautelosamente,
para poder acordarle
la antelacion de la prenda,
que debe á mi noble sangre;
he dispuesto que Inés venga
por criada á acomodarse
en casa de Serafina,
que es la que causa mis males;
con cuya industria pretendo,
sin que lo entienda, estorbarle
el error de lo que emprende,
viendo un testigo delante;
ayude amor mi cautela,
pues es fiscal de verdades.

ESCENA IX.

Don Vicente y Crispin.

Vicente.

Crispin, á cuantas mugeres
vieres, que se recataren
con cuidado de nosotros,
sigámoslas el alcance,
que ya querrá la fortuna,
que en este caos, este grande
laberinto de la corte,
encuentre la que me trae
sin honor, hasta que pueda
labar mi ofensa en su sangre.

ESCENA X.

Dichos é Ines con manto medio tapada.

Crispin.

Allí viene una tapada.

Inés.

Obedeciendo á Violante,
para en casa de don Gomez
por criada acomodarme,
á mis basquiñas me he vuelto:
¿mas qué es lo que he visto? ¡Hay lance
mas cruel!

Crispin.

Señor, aquesta
es Inés, porque el semblante
la ví: ella es, vive Dios.

Vicente.

Si no mienten las señales,
la misma me ha parecido.

¿para qué son los disfraces?
Villana, descubre el rostro,
si no quieres que te mate,
porque ya te he conocido;
no te tapes, no te tapes,
mira, que irritas mi enojo.

Inés.

¡Qué luego aquí le encontrase!
Yo soy, señor, ten la furia.

Vicente.

Cuanto aquí te preguntáre
me has de decir, si no quieres
que en tí mi venganza acabe.

Inés.

Verdad es, señor, que yo
salí con doña Violante
la misma noche; mas tú
ya todo el suceso sabes.
Viéndose burlada, no
quiso en Valencia quedarse,
que el noble, y discreto piensa
que todos su afrenta saben;
fiada de mi lealtad,
hasta Morviedro se parte,
y en aquella real clausura
ó monasterio admirable,
á la abadesa, su tia,
dió parte de sus pesares,
y allí encerrada, señor,
quedó llorando sus males.
Prometila de venir
hasta Madrid, y en alcance
del don Pedro de Mendoza,
y quiso Dios, que en la parte
misma, que él posaba, yo

tambien posada, tomase;
y entrando, señor, ahora
en su aposento á buscarle,
no le topé, y como suelen
en la posada quedarse
abiertos los cuartos, yo,
curiosa de novedades,
comencé á mirar papeles,
que vi revueltos quedarse
sobre un bufete; y vi entre ellos
por instrumentos constantes,
que el tal don Pedro se llama
don Manuel de Herrera, y trae
para todos los ministros
cartas de favor de Flandes,
para el perdon de una muerte
que hizo allá: si gustares,
vén conmigo, y lo verás.

Vicente.

¿Dónde vive?

Inés.

Junto al Carmen.
Perdone el indiano ahora, *ap.*
que estos delitos le achaque;
que aunque sé que está inocente
hago aquesto, por librarme
del furor de un ofendido;
porque despues será fácil,
en apareciendo el otro,
que la verdad se declare.

Vicente.

La noticia agradeciendo
á mi enojo puedo darme *ap.*
albricias de que le encontré;
pero en empeño tan grave

es menester que el castigo
á la prudencia acompañe;
pues cautela vil supone
quien de dos nombres se vale;
guia à su posada, Inés.

Ines

Si haré, señor, voy delante.
Así aseguro mi vida.
y la de doña Violante.

ESCENA XI.

Don Pedro y Beltran.

Pedro.

¿Beltran, aquesta es la corte
de Madrid? Con razon de ella,
los que de España pasaban,
me decian que era emblema
de ficciones y artificios,
por los engaños que encierra
su confusa Babilonia.

Beltran.

Mas me parece que es tierra
de Argel, donde á un forastero
le hacen renegar por fuerza.

Pedro.

Bien lo esperimento en mi,
pues en Madrid entro apenas,
cuando confunden mi dicha
los laberintos de Creta.
¿Qué he de hacer menospreciado,
sin crédito, y sin hacienda,
tenido por loco en casa
de don Gomez?

Beltran.

Mudar quejas
en diligencias, señor.

Pedro.

Es tan infeliz mi estrella,
que no hallo quien me conozca,

Beltran.

Hoy es dia de estafeta;
escribe luego á Sevilia
á algun amigo, que venga,
ó remita informacion
de esta verdad

Pedro.

Será fuerza.
El capitan del navio,
en que venimos, profesa
conmigo grande amistad,
segun los indicios muestra:
él, y los que me conocen
serán de aquesta evidencia
testigos; mas la tardanza
me turba, y me desalienta.

Baltran.

Mira, señor, que es preciso,
que tambien tu diligencia
avise á los mercaderes
sobre quien vienen las letras
que de las Indias trajiste,
porque cobrarlas no pueda
quien cobra las de tu amor.

Pedro.

No es esa, Beltran, no es esa
la pena que mas me aflige;
que el oro, ni la riqueza,
nunca me dieron cuidado;

el punto sí, y la belleza
de Serafina, á quien rinde
mi amor todas las potencias;
es solo la joya, que
mas en mi discurso pesa:
¡á quién habrá sucedido
tan desusada, tan nueva
desgracia!

Beltran.

Digo, que es cuento
para hacer una comedia.

Pedro.

Vé, Beltran, luego á llevar
las cartas á la estafeta.

Beltran

Voy, señor, al punto.

Pedro.

Yo he de perder la paciencia.

ESCENA XII.

Dichos y don Vicente.

Vicente.

¡Válgame el cielo! ¿Si es este
el vil autor de mi afrenta?
Venganza, tened la espada,
que aquí ha de hacer la prudencia
mas que el enojo arrojado:
caballero, yo quisiera
saber, por no errar el lance,
como os llamais?

Pedro.

¿Qué os altera?
Don Pedro soy de Mendoza.

Vicente.

Direis Don Manuel Herrera;

que se allanará muy presto,
en llegando de Sevilla
un cierto informe, que espero.

Violante.

¿Como puede ser, si en Indias
esta casado don Pedro?

Gomez.

¿Don Pedro casado?

Violante.

Sí.

Gomez.

¿Pues como en su entendimiento,
sangre, y valor, quereis vos
que quepa un error tan feo?

Violante.

Señor, él está casado.

Gomez.

¿Pues como puede ser eso?
Mirad, que os han engañado.

Violante.

No es engaño; estadme atento.
Señor Don Gomez, yo soy,
porque sepais mis sucesos,
doña Ana de Fuen-Mayor,
cuyo altivo nacimiento
me ha dado abuelos ilustres,
que con valerosos hechos
de aquel nuevo mundo han sido
conquistadores un tiempo.
Nací en Méjico, y la suerte
inclinó mis pensamientos,
á que de don Pedro yo
admitiese los festejos
que de amorosas promesas,
acompañados, pudieron.

Pedro.

La justicia.

Vicente.

Es vil quien no la respeta ;
mas primero es mi venganza.

Pedro.

Hombre, que no soy quien piensas.

Dentro Justicia.

Prendedlos, seguidlos.

Vicente.

Quien
os busca desde Valencia,
mañana sabrá mataros,
sino os desposais con ella.

ESCENA XIII

Dichos, la justicia que coge á don Pedro, y don Vicente se và.

Justicia.

Soltad, hidalgo las armas.

Pedro

El no resestirme es fuerza.
Mirad primero ¿ soy yo ?

Justicia.

¿ Pues quién quereis vos que sea ?

Pedro.

¿ Qué delito he cometido ?

Justicia.

No mas de aquesta pendencia,
y una injusta muerte, que
disteis à un hombre en Bruselas ;
la muger del muerto aquí

de vos ha dado querella;
pues ya es público en Madrid
que sois don Manuel de Herrera:
los papeles, que con vos
traeis, son los que os condenan.

Pedro.

¿Qué nuevas persecuciones,
fortuna mia, son estas?
Miente el traidor alevoso,
y miente la infame lengua,
que eso publíca en mí agravio;
porque á no ser mi nobleza
tan conocída....

Justicia.

Tened,
que aquí no os pedimos pruebas
de quien sois, allá en la cárcel
de todo dareis la cuenta:
caballeros, vamos.

Pedro.

¡Cielos,
qué una sinrazon como esta
intenteis hacer!

Justicia.

Llevadle.

Pedro.

¿No hareis por mi una fineza?

Justicia.

Esto es cumplir con mi oficio.

Pedro.

Mirad.

Justicia.

No espero respuesta:
allá dareis el descargo,

Pedro.

El furor resisto apenas

en mi venganza; ¿Fortuna,
qué quereis de mi paciencia?
¿ [illegible] no me vale;
por qué con vida me dejas?

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DOÑA VIOLANTE.

Doña Violante é Inés de damas, muy bizarras.

Inés.

Deja, señora, que estrañe
los primores de tu ingenio,
y de tu raro capricho
la novedad: lo primero,
te has vuelto al antigüo trage,
y para hacer galas, luego
has rematado las joyas:
lo segundo (aquí me pierdo)
has alquilado este cuarto,
de alhajas ricas compuesto,
que quien viere este aparato
de estrado, sillas, y espejos,
dirá, que desde las Indias
veniste.

Violante.

Con el dinero
todo en Madrid se consigue.

Inés.

¿Pero á que fin es aquesto?
que me tienes aturdida.

Violante.

Si sabes, que mi respeto
atropelló aquel tirano,

y que en el instante mesmo,
que me vió, sin darme oidos,
volvió la espalda grosero;
y si tambien, Inés, sabes,
que no puedo hallar remedio
para que don Gomez crea
la verdad: ¿por qué á mi ingenio
condenas trazas, y ardides?

Inés.

¿Pues con aqueste embeleco
enmiendas esos errores?

Violante.

Lince es amor, yo me entiendo;
Inés, no me digas nada,
que esto importa á mi sosiego.
¿Diste el papel á don Gomez?

Inés.

Sì, señora, y al momento
dijo, que vendria aqui;
y le dije por entero
señas de la casa, y calle,
y con encarecimiento
le dije, que una señora
Indiana, de mucho peso,
tenia un poco que hablarle
sobre un importante pleyto.

Violante.

¿Y diste el otro papel
á don Luis de Herrera?

Inés.

Es cierto.

Violante.

Es tio de Don Manuel,
y por noticias que tengo,
de su espiritu bizarro,

nobleza, y valor espero
que ha de amparar mi desgracia.

Inés.

Es famoso caballero. *Llaman.*

Violante.

Mas á la puerta han llamado.

Inés.

Este sin duda es el viejo.

Violante.

Abre, Inés.

Inés.

Entrad, señor,
que esta es la casa.

ESCENA II.

Dichas y Don Gomez.

Gomez.

Ya veo,
que sois vos la que me disteis
el papel.

Inés.

Y esta es mi dueño.

Gomez.

A saber lo que mandais
vengo, señora, al precepto
de vuestro aviso, estimando
logros del servicio vuestro;
porque siempre con las damas
de cortesano me precio.

Violante.

El cielo os guarde mil años.
Llegad sillas.

Gomez.

Será esceso.

Violante.

Yo os suplico que os senteis.

Gomez.

Dicha es mia obedeceros. *Siéntase.*

Violante.

Si mi prima la Condesa
viniere á buscarme luego,
dirásla, que me perdone,
porque ocupada en un pleito
estoy; y á ningun criado
dejes entrar acá dentro.

Ines.

Si haré. ¿ Señores, á donde
irá á parar tanto enredo?

ESCENA III.

Doña Violante y don Gomez.

Violante.

No ignorais, señor don Gomez,
que es uso en los caballeros
defender á las mugeres;
y como en vos puso el cielo
sangre ilustre, y piedad noble
seguro fio, me prometo,
de que las desdichas mias
habeis de amparar atento:
por huésped teneis en casa,
sino me engaño, á don Pedro
de Mendoza, que ha venido
de las Indias, por concierto
con la hija vuestra á casarse.

Gomez.

Es verdad, y el no estar hecho
ha sido por un estorbo

que se allanará muy presto,
en llegando de Sevilla
un cierto informe, que espero.

Violante.

¿Como puede ser, si en Indias
esta casado don Pedro?

Gomez.

¿Don Pedro casado?

Violante.

Si.

Gomez.

¿Pues como en su entendimento,
sangre, y valor, quereis vos,
que quepa un error tan feo?

Violante.

Señor, él está casado.

Gomez.

¿Pues como puede ser eso?
Mirad, que os han engañado.

Violante.

No es engaño; estadme atento.
Señor Don Gomez, yo soy,
porque sepais mis sucesos,
doña Ana de Fuen-Mayor,
cuyo altivo nacimiento
me ha dado abuelos ilustres,
que con valerosos hechos
de aquel nuevo mundo han sido
conquistadores un tiempo.
Nací en Méjico, y la suerte
inclinó mis pensamientos,
á que de don Pedro yo
admitiese los festejos;
que de amorosas promesas
acompañados, pudieron

convencer de mis desdenes
el duro, y áspero ceño.
¿ Pero qué roca, al combate
del arroyo lisonjero,
no vá ablandando á su curso
lo rebelde, y lo soberbio?
Y apenas logró cumplida
la pretension á su intento,
cuando ordenó su partida
para España, loco, y ciego,
dejando con la promesa
burlados mis pensamientos;
que quien en palabra fia,
es fuerza que cobre en viento.
Yo viendo su tirania,
me embarqué tras él; venciendo
con alientos femeninos
del mar profundo los riesgos.
¡ Qué peligros no he pasado!
¡ Què naufragios no me hicieron
primero que en la tormenta,
anegar en llanto el pecho!
Y apenas llegué á Madrid,
cuando sé, que por conciertos
con Serafina se casa,
menospreciando el honesto
esmalte de mi decoro,
de quien le hice unico dueño;
pues en calidad, y hacienda
le igualo; si no le excedo.
Y porque os satisfagais
de esta verdad, que os refiero,
mirad aqui su retrato,
que me dió al principio, siendo
testigo fiel de este agravio.

que, aunque mudo, está diciendo
retorico, su delito,
y vivo, mi sentimiento.
Estos papeles, y firmas,
y otros muchos instrumentos,
que guardo para testigos,
si no se ablanda á mi ruego,
os sirvan de desengaño,
para que prudente, y cuerdo
pongais vuestro honor en cobro,
antes que sea escarmiento;
pues un papel que me ha dado
Don Pedro de casamiento,
le tengo entregado á quien
le ha de cobrar justiciero,
si conmigo no se casa,
la deuda restituyendo,
que á quien la razon le sobra,
nada arriesga en los desprecios.

Gomez.

¿Qué es lo que decis, señora?
¡O falso y vil caballero!
No ha de estar una hora en casa;
que quien niega á mi respeto
la estimacion, ser merece
motivo de mi desprecio:
¡quien vió tan villano trato!
Señora, no solo pienso
de Serafina apartarle,
sino que con todo esfuerzo
he de amparar vuestra causa,
que me lastima en extremo
ver, que una muger tan noble,
y de tanto entendimiento,
viva sujeta á un desayre,

en vez de lograr un premio?
vive Dios, que á ser mi hijo,
le castigára yo mesmo!
Con Dios, Señora, quedad,
que mi palabra ós empeño
de agradecer el aviso,
pues embarazais un riesgo.
De este caso á Serafina
es preciso avisar luego,
y poner mi honor en cobro,
pues llegó el aviso á tiempo.
¿ Esto encubierto tenia ?
¡ ó falso, y vil caballero!

ESCENA IV.

Doña Violante é Inés.

Inés.

¿Señora, en qué ha de parar
tanto confuso embeleco?

Violante.

Ya que la verdad no vale,
me ha de valer el ingenio;
pues con aquesta invencion
ya conseguí, por lo ménos,
deshacer el matrimonio,
segun lo ha creido el viejo.

Inés.

¡ Vive Dios, que eres demonio,
y que dió lumbre el enredo!
¿falta otra marañaahora
que urdir?

Violante.

Yo tengodispuesto
con don Luis de Herera un lance

para concluir el pleito.

Inés.

Pues él viene.

Violante.

No te vayas.

ESCENA V.

Dichas y don Luis.

Luis.

Segun las señas me dieron,
esta es la casa. Sois vos,
señora, (anduve grosero
en no llamar, perdonadme)
doña Violante Pacheco?

Violante.

En fe de la cortesía
á que es mi noble obligado,
y de vos mi dicha fia,
os he, señor, suplicado
que honreis mi casa este dia;
porque despues que he sabido
que de don Manuel de Herrera
sois tio, me he prometido
el buen suceso que espera
mi honor, por el ofendido.

Luis

Cuando de venir á veros
no consiga otro interes,
señora, que conoceros,
y que me mandeis despues
servicios que pueda haceros;
estimaré mi ventura,
dando á todos que envidiar;
pues si agradaros procura

¿qué mas premio, que obligar
á tan divina hermosura?
Tio soy, como decís,
de don Manuel, y he sabido,
sí ofendida de él venis,
que está en Madrid, y que ha sido
del modo que me advertis;
y que está en la cárcel preso
por un engaño fingido,
que ha fabricado su esceso;
porque en Madrid, persuadido
de su amor, ó poco seso,
á una doña Serafina,
bella, ilustre, rica, y moza,
hacer creer determina,
que es don Pedro de Mendoza,
con quien casar imagina,
y viene de Indias á España,
fingiendo no sé que trueco,
principio de esta maraña,
con uno, y otro embeleco,
á cuántos le ven engaña:
poco ha que tuve noticia
que habia llegado hasta aquí,
y le prendió la justicia;
mas como nunca le ví,
por profesar la milicia
desde niño, hasta saber
cual de estos es mi sobrino,
no me he dado á conocer,
ni le he hablado; aunque me inclino
al mas comun parecer,
de que es don Manuel el preso,
y don Pedro de Mendoza
el que en aqueste suceso

el nombre, y posesion goza.

Violante.

No teneis que dudar de eso.

Luis.

Diciéndolo vos, ya fuera
mi duda poco cortés;
¡ mas qué don Manuel de Herrera
el amoroso interes
de tanto sol, tanta esfera,
desestime! Vive Dios,
que estoy por desconocerle;
porque agraviandoos á vos
es culpa el favorecerle,
pues nos agravia à los dos;
pero yo tomo à mi cuenta,
señora, haceros vengada,
por mas que el bárbaro intenta
dejar su sangre manchada
con tan conocida afrenta.
La palabra que os ha dado,
hacer hoy que os cumpla quiero,
que es insulto en él doblado,
el quebrarla caballero,
y el no cumplirla soldado.

Violante.

Discreto habeis prevenido
las quejas que os quise dar,
y pues me habeis conocido,
por vos pienso restaurar
mi fama y honor perdido.
En vos, señor don Luis,
pongo toda mi esperanza.

Luis.

Si mi palabra admitís,

ella os dará la venganza,
ó el honor por quien venís.
A la cárcel voy á ver
á vuestro ingrato traidor,
y si sabe conocer
las prendas de vuestro amor,
fácil será deshacer
esta quimera, y soltarle;
que amigos tengo en Madrid
con que poder ayudarle.

Violante.

Que está mi hermano, advertid,
aquí, y que viene á buscarle,
é importa que esté ignorante
de que en esta corte asiste.

Luis.

No temais, bella Violante,
y pues la hermosura he visto
que despreció vuestro amante,
(mal mi cólera reprimo)
él por esposa os tendrá.

Violante.

Vuestro favor noble estimo,
pues seguro fin tendrá
mi amor, siendo vos su arrimo.

Luis.

La corte he de revolver
hoy por hacerle soltar.

Violante.

Dificultoso ha de ser.

Luis.

Mis amigos han de dar
muestras hoy de su poder,
cuando sepan el valor
del preso, sobrino mio,

con un seguro fiador,
que salga por él, confio,
que han de hacer este favor:
mañana estamos los dos
aquí, porque estoy dispuesto,
señora, á volver por vos.

Violante.

No lo digais nada de esto.

Luis.

Pues claro está, á Dios.

Violante.

Á Dios.

ESCENA VI.

Doña Violante é Inés.

Ines

¿Si es don Pedro el que está preso,
por qué por don Manuel
le haces soltar?

Violante.

Te confieso,
que tengo lástima de él,
que como de su suceso
fuì la causa, no me está
su libertad mal á mi,
pues suelto, averiguará
quien es, estorbando así
lo que preso no podrá.

Inés.

¿Pues para qué le has culpado
con su tio, y has fingido,
que fe de esposo te ha dado,
que aquì por él has venido,
y que le traiga has trazado

aquì contigo á casarle?

Violante.

No he hallado modo mejor
que el que ves, para obligarle
que ponga en esto calor
y haga mas presto soltarle.

Inés.

¿Y aquì, que habemos de hacer
con él?

Violante.

Tú dejame á mì.

Inés.

No vì tan rara muger.

Violante.

Despues sabrás lo que aquì
no acabas de conocer.

ESCENA VII.

Sala en casa de Don Gomez.

Don Manuel y Pimiento.

Manuel.

¿Metiste todas las joyas?

Pimiento.

Si señor, en la maleta,
del modo que me mandaste,
con los papeles, y letras
con que la topamos, menos
la carta, que de creencia
diste á don Gomez.

Manuel.

No importa.

Pimiento.

¿Mas no me dirás qué intentas?

¿Vamos á algun lapidario
á que tase aquestas piedras,
y que sean, siendo finas,
lo que él quisieren que sean,
teniendo á su voluntad
ó á su antojo, nuestra hacienda,
y que despues de mentirnos,
le paguemos el que mienta?
¿Es esto?

Manuel.

Pimiento, no;
mas noble causa me lleva,
que la que has imaginado;
que bien pudo la belleza
de Serafina obligarme
á que amante me valiera
de una carta, que me dió
la casual contingencia
del trueque de esas balijas;
porque en la amorosa guerra
suena con ardid, lo que
sin él sonára á bajeza:
pero no para que yo
las joyas, y las preseas
pudiera tenerlas, sin
el pretesto de volverlas
á quien son, para que á un tiempo
á cobrar mi ropa vuelva;
y asì, sabiendo quien es
el dueño de aquesa hacienda,
que está en la carcel, segun
han dado noticia cierta,
vendrás conmigo á llevarla,
pues es suya, esa maleta.

Pimienta.

Y has de volverle tambien
la muger?

Manuel.

¿Como pudiera,
quando mariposa ardiente
vivo á la luz que me quema?

Pimiento.

Como le quieres volver
todo lo que suyo sea,
muy justificado, y muy
Don Quijote de la legua,
crei tambien que tu amor
cedias.

Manuel.

Locuras deja,
que aun no era Serafina
suya cuando llegué á verla,
y llegó á rendirme el alma:
luego, en buena consequencia,
de una prenda, que no es suya,
¿qué restitucion me queda?

Pimiento.

Pues cuando él quiera ajustarse,
que es dificil, sin pendencia,
¿como se han de asegurar
tu novia, y la buena pieza
del señor suegro, que está
casado con su moneda
mas, que no con tu persona?

Manuel.

Esa diligencia hecha
queda ya, pues como á mi
me fueron luego á dar cuenta
del nuevo esposo Don Pedro,

pude dejar satisfecha
á Serafina, y Don Gomez,
diciendo, que desde Cuenca
á Madrid, en el camino
encontré á ese hombre, que era
loco, el qual supo de mi
mi patria, nombre, y hacienda,
y que así falto de juicio
había dado en aquel tema.

Pimiento.

Mirad, señor, que es mañana
la amonestacion postrera
para concluir tus bodas,
y que es menester que entiendas,
que si un poco te descuidas,
darás con la trama en tierra.

Manuel.

Esto es primero, y despues
suceda lo que suceda.

Pimiento.

Quiera Dios que páre en bien.

Manuel.

Ya estoy, aun que yo no quiera,
empeñado; y aunque arriesgue
mi vida, seguirlo es fuerza.

ESCENA VIII.

Dichos Serafina, y Polonia, deteniendole.

Serafina.

Esperad, señor Don Pedro,
que aunque hasta aquí mi fineza
de vuestro trato ignorando
la ingrata correspondencia,
pudo engañada obligarse,

era en fe de la cautela
con que lisonjero amante,
para empeñar mi belleza,
fingisteis tiernos halagos;
pero ya, que de la niebla,
oscura de vuestro engaño
salió á la luz mi sospecha,
dad vuestro amor al olvido,
sin aspirar á una empresa
ya para vos imposible;
y nunca mas os suceda
fingir ardientes suspiros,
cuando sé la intencion vuestra.

Manuel.

Yo no os entiendo, señora;
cuando mi amor os venera
por fenix de la hermosura,
y por dilatado cuenta
el tiempo, en que espera verse
esclavo á las plantas vuestras,
¿eso me decís, señora?
Dadme á entender vuestra queja;
¿qué novedad turbar pudo
vuestro cielo?

Serafina.

Mejor fuera
dar el oido al encanto
de aquella hermosa sirena,
que desde Méjico os viene
siguiendo constante, y tierna.

Manuel.

¿Muger de Mejico á mi
me sigue?

Serafina.

Alguna alma en pena.

será, que del otro mundo
viene á pagaros la deuda
de vuestro amor: ¡ah tirano!

Manuel.

Señora, un rayo me encienda,
si en Méjico tuve nunca
muger á quien bien quisiera.

Serafina.

Ahora reconozco, ingrato,
vuestra traicion y cautela.
¿A la señora doña Ana
de Fuen-Mayor, rica, y bella,
no conoceis?

Manuel.

¿Qué doña Ana?

Serafina.

Famosa está la desecha:
¿vil caballero, una cosa
mas clara que las estrellas,
para negar teneis cara?
No penseis, que está encubierta
vuestra traicion, que ella misma
á mi padre ha dado cuenta
de como en Méjico vos,
con dádivas, y promesas
de casamiento, robasteis
de su honor la mejor prenda.

Manuel.

En Méjico tal muger
no vi jamas, ni en su tierra
hay dama de ese apellido.

Serafina.

Papeles, y firmas vuestras
mostró á mi padre

Manuel.

Es embuste.

Serafina.

Hareis que el sentido pierda.

Manuel.

Desengaña à Serafina,
Pimiento.

Pimiento.

Si está resuelta
en su porfia.

Serafina.

¿Qué tienes
que responder á evidencias?

Pimiento.

Señora, es verdad que en Indias
quiso mi amo á una bella
mestiza, en quien tuvo seis
hijos como una pimienta;
mas la tal no se llamaba,
que eso muy bien se me acuerda,
doña Ana de Fuen-Mayor,
sino Hipólita Guareza,
que murió en el Paraguay
del hartazgo de unas fresas,
que allá llaman capulies.

Serafina.

Ya sé que todo es cautela;
pero supuesto que vos
asegurais, que es quimera
todo esto, para que yo
pueda quedar satisfecha,
con mi padre aquesta tarde
á ver esta indiana bella
quiero ir; que me la alaban
de muy hermosa, y discreta;

y estando en visita, vos
entrareis á su presencia,
y allí veré claramente
si os engañais vos, ó ella.

Manuel.

Será para mí, señora,
lisonja la diligencia,
pues con eso se asegura
vuestra duda, y mi fineza.

Serafina.

Pues en aqueso quedamos. **Vase.**

Manuel.

Norte sereis de mi estrella.
Pimiento, sin duda alguna
que esta doña Ana resuelta,
siguiendo viene á don Pedro
é ignorando que yo sea
otro Mendoza fingido,
ha dado á don Gomez queja;
yo quiero ver á esta dama,
y declararme con ella
primero, porque ella misma,
si es que con don Pedro intenta
casarse, me ha de ayudar
á que yo logre la empresa
de Serafina.

Pimiento.

El capricho
de medio á medio me asienta;
tú has dado en ello.

Manuel.

Pues vamos
á ver, qué muger es ésta;
y lleva tambien contigo
las joyas para volverlas

al preso, despues que hablemos
á aquesta indiana belleza.

Pimiento.

Válgate Dios por doña Ana
de Fuen-Mayor, lo que enredas.

ESCENA IX.

DECORACION DE CARCEL.

Don Pedro y Beltran, presos.

Pedro.

¿Qué en fin, Beltran, no hay quien crea
mi desdicha, y mi pesar?

Beltran.

Ya poco puede tardar
de Sevilla, quien desea
desenlazar este enredo,
y darnos á conocer.

Pedro.

Así me lo escribió ayer
mi amigo don Juan de Oviedo,
en cuya nave venimos;
pero temo que entretanto,
que se deshace este encanto,
y aquesta prision sufrimos,
se case aquel vil traidor,
que dará á sus bodas prisa,
como el peligro le avisa.

Beltran.

El serafin de tu amor
habrá gentil lance echado
en sabiendo esta quimera.

ESCENA X.

Dichos y don Luis.

Luis.

¿Sois vos don Manuel de Herrera,
que ha sido en Flandes soldado?
¿Sois vos, señor caballero,
don Manuel de Herrera?

Pedro.

¿Hay cosa *ap.*
en el mundo mas graciosa?
Con esto me desespero:
no hay sino darme á partido,
pues todos en esto dan.
¿qué dices de esto, Beltran?

Beltran.

Estoy, que pierdo el sentido.

Pedro.

Habre de decir que sì,
pues en ello persevera.

Beltran.

Lo que él me mandára fuera.

Luis.

¿No hallais mérito en mì
para responderme?

Pedro.

Digo,
que el veros me divirtió,
y entre un confuso sì, y no,
estoy dudando conmigo.

Luis.

Vanos caprichos dejad:
de veros gustoso estoy,
don Luis vuestro tio soy,

y asi los brazos me dad.

Pedro.

? Pues quien sois ?

Luis.

Don Luis de Herrera ;
que deseoso de veros,
serviros, y conoceros,
dejandoos de la quimera
en que vuestro amor ha dado,
os vengo á dar libertad.

Pedro.

Mi ignorancia perdonad,
no supe, á fe de soldado,
que tal pariente tenia
en Madrid.

Luis.

¿ Sobrino, puedo
reñiros ahora ?

Pedro.

Quedo
corrido de mi osadia.

Luis

Cosa indigna ha parecido
de vuestra sangre y valor,
que por lograr un amor
os valgais de otro apellido.

Pedro.

Si el amor, y su poder
el alma muda en el hombre,
no es mucho que mude el nombre.

Luis

Bien sabeis por vos volver.
Si fuerades tan constante,
como enamorado os veo,
que no se quejara, creo,

de vos la hermosa Violante,
que atropellando caminos
os sigue.

Beltran.

Ya escampa.

Pedro.

¿A mi?

Luis.

Agora por ella aquí
supe vuestros desatinos.
Dadme licencia, que asi
los llame, por lo que os quiero.
¿Posible és, que un caballero
tan poco aprecio de sí
haga, que á una ilustre dama
quiebre palabras de honor;
y vaya manchando el valor
de su nobleza, y su fama?
¿Merece tal hermosura
tal cautela? ¿qué decís?

Pedro.

¿Posible es, tio don Luis,
que está aqui?

Luis.

Y fue ventura,
que á intercesion suya, hoy
soltar os hice en fiado:
sus pesares me ha contado.

Pedro.

¿Pues sabe, que preso estoy?

Luis.

¿Pues no lo habia de saber?

Pedro

¿Y afirma, que el que está preso
es don Manuel?

Luis.

Bueno es eso;
¿pues si sois vos, qué ha de hacer?

Pedro.

¿Ha visto á mi opositor?

Luis.

No sé por Dios.

Pedro.

Cosa estraña;
como á los demas la engaña
aqueste comun error.
Pero salga yo de aqui,
que en viendome, cesará
este engaño, y volverá
como por su honor, por mi.

Luis.

¿En qué os habeis divertido?

Pedro.

¿Qué quereis? No sé qué diera,
porque sabido no hubiera
mis desatinos.

Luis.

Han sido
bien raros; pero su amor
todo lo perdonará,
si os canseis, sobrino, ya
de hacer ofensa á su honor:
su hermosura peregrina
he visto, y firme os adora.

Pedro.

¿Cuando la visteis?

Luis.

Ahora,
y que os lleve determina
conmigo á ver su hermosura.

Pedro

Esto, Beltran, hace Dios. ap.
Confesaré, que por vos
hoy restauro mi ventura.

Luis.

Sobrino, sígueme luego,
que estará doña Violante
con inquietudes de amante.

Pedro.

Tio, hasta aquí estuve ciego.

Luis.

Vamos.

Pedro.

Salga yo de aquì, ap.
que todo lo he de allanar.

ESCENA XI.

Beltran.

¡Válgate Dios por lugar,
qué de engaños hay en tí!
Pues en fiado ha salido
mi amo, antes que acà vuelva,
quiero, como buen criado,
poner en cobro su hacienda,
zapatos, medias, capote,
peine, escobilla, montera,
toalla, espejo y cepillo,
y un librito de comedias,
que son cosas no escusadas,
quiero ir recogiendo: apenas
habrá sucedido à nadie
tan esquisita tragedia,
como à mi amo le pasa
en la próspera, y adversa,

pues por don Manuel le prenden,
y por don Manuel le sueltan.

ESCENA XII.

DECORACION DE CALLE.

Don Luis y don Pedro.

Pedro.

Cortés ha sido el alcaide,
pues porque yo no saliera
sin espada, de la cinta
se quitó la suya.

Luis.

Es deuda
en un noble ese agasajo;
en fin, Madrid es escuela
del garbo, y la cortesía,
sin que le haga competencia
corte ninguna. Ahora bien,
señor don Manuel, en esta
casa vive vuestra esposa.

Pedro.

Pues primero que la vea,
un favor quiero pediros
para obligar su belleza.

Luis.

¿Y cuál es?

Pedro.

Que vais delante
primero á satisfacerla
de los agravios pasados;
y asi, que templeis sus quejas,
para que suba me hagais
desde el balcon una seña.

Luis.

Vos lo pensais como noble.

Pedro.

Aquì aguardo.

Luis.

Norabuena.

ESCENA XIII.

Don Pedro.

Cosas hay, viven los cielos,
que no basta la paciencia
á sufrirlas, ni el discurso
es capaz de comprenderlas.
¿ A quién habrá sucedido,
que otro con su nombre quiera
desposarse con su dama,
y con sus joyas pretenda
acreditar ?..... Mas yo haré
al tal don Manuel de Herrera,
que sepa quíen soy.

ESCENA XIV.

n Pedro, Don Manuel y Pimiento con un bulto debajo de la capa.

Pimiento.

Señor,
clavado en la misma puerta
don Pedro está de Mendoza.

Manuel.

Esto es verdad, por la cuenta,
doña Ana de Fuen-Mayor
le hizo saltar; esta es buena
ocasion para volverle

sus joyas. Pues os encuentra
caballero, mi fortuna....

Pedro.

¡Ah traidor! de esta manera...

Manuel.

Teneos, señor don Pedro,
y escuchadme, antes que puedan
embarazar las espadas
la obligacíon de la lengua,
que tiempo habrá para todo.

Pedro.

¿Pues qué decis?

Pimiento.

Aquì es ella.

Manuel.

Pues ya sabeis, que el descuido
de los criados, las maletas
trocó de los dos, que yo
cumpliendo con mi nobleza,
os traigo la vuestra aquí,
con la forma, y la manera
que la hallé.

Pedro.

No os agradezco
el primor, que la riqueza
nunca tuvo en mi discurso
estimacion; mas la ofensa
de pedir á Serafina
con engaño, y con cautela,
vengaré con este acero.

Manuel.

Cuando en mi saneado queda
el punto, por lo demas
solo os doy esta respuesta. *Riñen.*

Pimiento.

Para poder apartarlos,
pondré en cobro la maleta.

ESCENA XV.

Don Pedro, don Manuel y don Vicente con la espada desnuda.

Vicente.

Caballeros, reportad
la ira, si á ello os empeña,
ver que me interpongo yo.

Manuel.

Perdonadme, que no pueda
obedeceros.

Pedro.

Dejadme,
que asi vengue una cautela.

Vicente.

Teneos, y pues llegué
á tiempo, que estorbar pueda
el disgusto, á mi me importa
saber (¡ah honor, lo que cuestas!)
cual de los dos es don Pedro
de Mendoza.

Los dos.

Yo soy.

Vicente.

¡Penas,
qué escucho! Viven los cielos,
que á uno de los dos no crea,
cuando sé, que de los dos
uno es don Manuel de Herrera,
que es á quien vengo buscando
para vengar mis ofensas.

Manuel.

Si es hermano de Violante,
notable empeño me espera.

Pedro.

Ya os he dicho que yo soy,
y sobre aquesta materia
otra vez hemos reñido,
y pues no está satisfecha
de mí verdad vuestra duda,
ya por la porfia necia
á mi me toca reñir
con vos; pues cuando no fuera
yo don Pedro de Mendoza,
soy el primero que encuentran
vuestras iras, y es forzoso,
que el primero al duelo sea.

Manuel.

Tened, que aunque soy don Pedro
de Mendoza, en mi es ya deuda
reñir, por lo que quisiereis,
que sea yo, ó que no sea:
mas una vez empeñado,
en materias como aquestas,
obliga el hombre fingido
á lo que el propio pudiera.

Vicente.

¡Quién vió mayor confusion,
y entre dos empeños puesta
la duda de mi venganza,
ofuscada en la evidencia;
pues á un mismo tiempo afirman,
lo mismo que á un tiempo niegan!

Pedro.

¿Mirad pues, como ha de ser?

Manuel.

Ved como quereis que sea.

Vicente.

Matándoos á entrambos juntos,
pues otro medio no queda. *Riñen.*

ESCENA XVI.

Dichos, don Luis y don Gomez con las espadas desnudas: don Luis se pone al lado de don Pedro.

Luis.

¿Caballeros, qué es aquesto?

Gomez.

Vuestro furor se detenga.

Luis

Don Manuel, á vuestro lado
estoy.

Vicente.

¿Qué he escuchado? muera
quien me agravia.

Luis.

Deteneos.

Vicente

Nadie habrá que me detenga,
que es este el hombre á quien busco,
para castigar la ofensa
de una hermana vil.

Luis.

Teneos;
que aunque vuestro acero intenta
desempeñar un agravio,
á que el honor os empeña,
no puede ser por dos causas.

Vicente.

¿Cuales son?

Luis.

Es la primera,
que don Manuel, mi sobrino,
es ya de Violante bella
esposo, por quien ahora,
con mi industria, y diligencia,
ha salido de la cárcel
para casarse con ella.

Pedro.

¡Quién vió confusion mas rara! *ap.*

Luis.

Y la segunda es, que cesa
el duelo, haciendo en entrambos
igual amor, y nobleza.

Vicente.

Eso no me satisface,
hasta que á Violante vea,
pues sé que está en un ronvento.

Luis.

¿Si os llevare á su presencia,
y á vuestros ojos se dieren
las manos, qué direis?

Vicente.

Esa
será fineza, y no agravio.

Luis.

Pues venid, que aquí está cerca
la que ha de dejar airosa
de vnestro honor la sospecha.

Vicente.

Fiado en vuestra palabra,
os sigo.

Luis.

Don Luis de Herrera
sabrá dejar, como noble,

vuestra inquietud satisfecha.

Pedro. *ap. á don Manuel.*

Don Manuel, con vuestra dama
su hermano á casar me lleva:
y aunque vos ya conoceis,
que es imposible que sea
por vos callar he querido,
para que yo solo pueda
tomar la justa venganza
de las sinrazones vuestras.

Manuel.

Ya yo empeñado una vez,
he de morir en la empresa.

Luis.

Seguidme los dos.

Vicente.

Ya os sigo.
¡Fortuna, á mucho me arriesgas, *ap.*
si de aquesta vez no dejo
desempeñada mi afrenta!

ESCENA XVII.

Don Manuel y don Gomez.

Manuel.

Veis, señor don Gomez, como
fue vana vuestra sospecha,
y como en el laberinto
de Madrid siempre se encierran
engaños, que se acreditan
solamente en la apariencia?

Gomez.

A no haberlo visto yo,
don Pedro, no lo creyera;
digo que hay hombres notables.

Manuel.

Pues de la misma manera
doña Ana de Fuen-Mayor
debe de ser, pues inventa
que en Indias la he festejado.

Gomez.

Ya Serafina fue á verla,
señor don Pedro, y supuesto
que está allá, y su casa es esta,
entremos los dos, que al punto
que vos dejeis satisfecha
á Serafina, será
vuestra esposa.

Manuel.

Norabuena;
vereis como es todo engaño.

Gomez.

Plegue al cielo que asi sea.

ESCENA XVIII.

Doña Violante retirandose de Don Vicente, que sale tras ella con la espada desnuda, y tras ellos Don Pedro. Violante se ampara de Don Gomez, y Don Manuel: sacan todos las espadas, y sale tambien Serafina.

Vicente.

Morirás con este acero,
pues que ser tu esposo niegas.

Violante.

Caballeros, amparadme.

Manuel.

¡Qué he mirado, cielos! esta
es Violante, y ya me toca
el volver por su defensa.

Violante.

¿Como en el valor de entrambos?
cabe un engaño?

Pedro.

Detenga
vuestro furor la osadia.

Serafina.

Quien vió confusion tan ciega?

Pedro.

Yo por salir de la cárcel,
solo á vengar mis ofensas,
me fingi ser don Manuel
para con don Luis de Herrera.

Luis.

Informado de Violante,
creí que mi sobrino era.

Pedro.

Don Pedro soy de Mendoza,
con que vuestro engaño cesa,
pues el que teneis delante
es el don Manuel de Herrera.

Vicente.

Pues muera quien::-

Gomez.

Deteneos,
y si las canas respetan
los nobles, podeis mirar,
que informe engañoso os ciega;
doña Ana de Fuen-Mayor,
que es esta señora, señas
dará de quien es don Pedro.

Vicente.

¿Doña Ana quereis que sea
la que es Violante, mi hermana?

Todos.

Señora, hablad.

Violante.

Mis cautelas
se lograron con industria
de mi ingenio: y pues es fuerza
que aqui la verdad se aclare,
pues estoy en la presencia
de mi hermano, que procura
cobrar de su honor la deuda;
como amante, y como honrada,
que este es don Manuel de Herrera
publico, á quien como esposa
le rendi la mejor prenda.

Manuel.

Asi es verdad; yo confieso,
que me rindió la belleza
de Serafina, y que ingrato
te olvidé, pasion fue ciega,
con la ocasíon que me dió
el trueco de la maleta,
que vuelvo á don Pedro con
las libranzas, y preseas;
y pues aqui la razon
de mi obligacion me acuerda,
lograd, ilustre Mendoza,
de Serafina; y tú, bella
Violante, llega á mis brazos.

Violante.

Con aquesto el duelo cesa,
pues que restauro mi honor.

Gomez.

¡Quien imaginar pudiera
tan rato suceso! Ahora
llegad á mis brazos: ea,

dale la mano á tu esposo.

Serafina

Mi mano, don Pedro, es esta
que quien por cartas sa casa,
se espone á estas contigencias.

Manuel.

Con que aquí, senado ilustre,
para serviros, fin tenga
La ocasion hace al ladron,
porque un vitor os merezca.

